

Col. 522
Top. 201.551

SUR

REVISTA BIMESTRAL

LETRAS ALEMANAS CONTEMPORÁNEAS



308
309
310

SEPTIEMBRE DE 1967

FEBRERO DE 1968

CORREO
ARGENTINO

SUC. 20 (B)

TARIFA REDUCIDA

CONCESION 3291

SUR

FUNDADA EN 1931
Y DIRIGIDA POR
VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración
VIAMONTE 494, 8º piso
T. E. 32-5148
BUENOS AIRES

COMITÉ DE COLABORACIÓN

MILDRED ADAMS	EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA
ERNEST ANSERMET	RAIMUNDO LIDA
ADOLFO BROY CASARES	EDUARDO MALLEA
ALBERTO LUIS BIXIO	FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI
JORGE LUIS BORGES	SILVINA OCAMPO
ROGER CAILLOIS	ERNESTO SÁBATO
CARLOS ALBERTO ERRO	MARÍA ROSA OLIVER
ALBERTO GIRRI	ENRIQUE PEZZONI
ALFREDO GONZÁLEZ GARAÑO	GUILLERMO DE TORRE

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

Número suelto \$ 300.— m/n.

SUSCRIPCIÓN ANUAL

Argentina y países limítrofes:

Anual \$ 1.500.—

Número simple: \$ 300.—

Otros países:

Anual 7 dólares

Número simple: U\$S 1,20

Biblioteca Lundiacita



CITA S.A.

Av. Pte. R. Sáenz Peña 1164
Exposición y Ventas
Av. Pte. R. Sáenz Peña esq. Cerrito:
Tel. 35-9029/9202

NOVEDADES

OBRAS DE MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS. PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1967.

NOVELISTAS DE NUESTRA ÉPOCA

EL SEÑOR PRESIDENTE.

HOMBRES DE MAÍZ.

VIENTO FUERTE.

EL PAPA VERDE.

LOS OJOS DE LOS ENTERRADOS.

MULATA DE TAL.

WEEK-END, EN GUATEMALA.

GRAN TEATRO DEL MUNDO

CHANTAJE — DIQUE SECO — SOLUNA — LA AUDIENCIA
DE LOS CONFINES.

POETAS DE AYER Y DE HOY

CLARIVIGILIA PRIMAVERAL.

BIBLIOTECA CLÁSICA Y CONTEMPORÁNEA

LEYENDAS DE GUATEMALA (núm. 112).

EL ALHAJADITO (núm. 317).

OTRAS NOVEDADES

Pablo Neruda: LA BARCAROLA.

Su nuevo libro de poemas, coronación del *Memorial de Isla Negra*.

Sara de Ibáñez: LA BATALLA.

Juana de Ibarbourn: LA PASAJERA. DIARIO DE UNA IS-
LEÑA. ELEGÍA.

Dora Isella Rusell: EL TIEMPO DEL REGRESO.

Tres voces tan diferentes como importantes de la lírica uruguaya.

Fernando de Elizalde: DILAPIDADORES DE UN PASADO.

Una novela que evoca la década del 60 y el significado de ser
argentino.

Luisa Mercedes Levinson: LAS TEJEDORAS SIN HOMBRE.

Exquisita y vigorosa colección de relatos.

EDITORIAL LOSADA S. A.

ALSINA 1131

BUENOS AIRES

Uruguay - Chile - Perú - Colombia

S1CJ.15.1.2

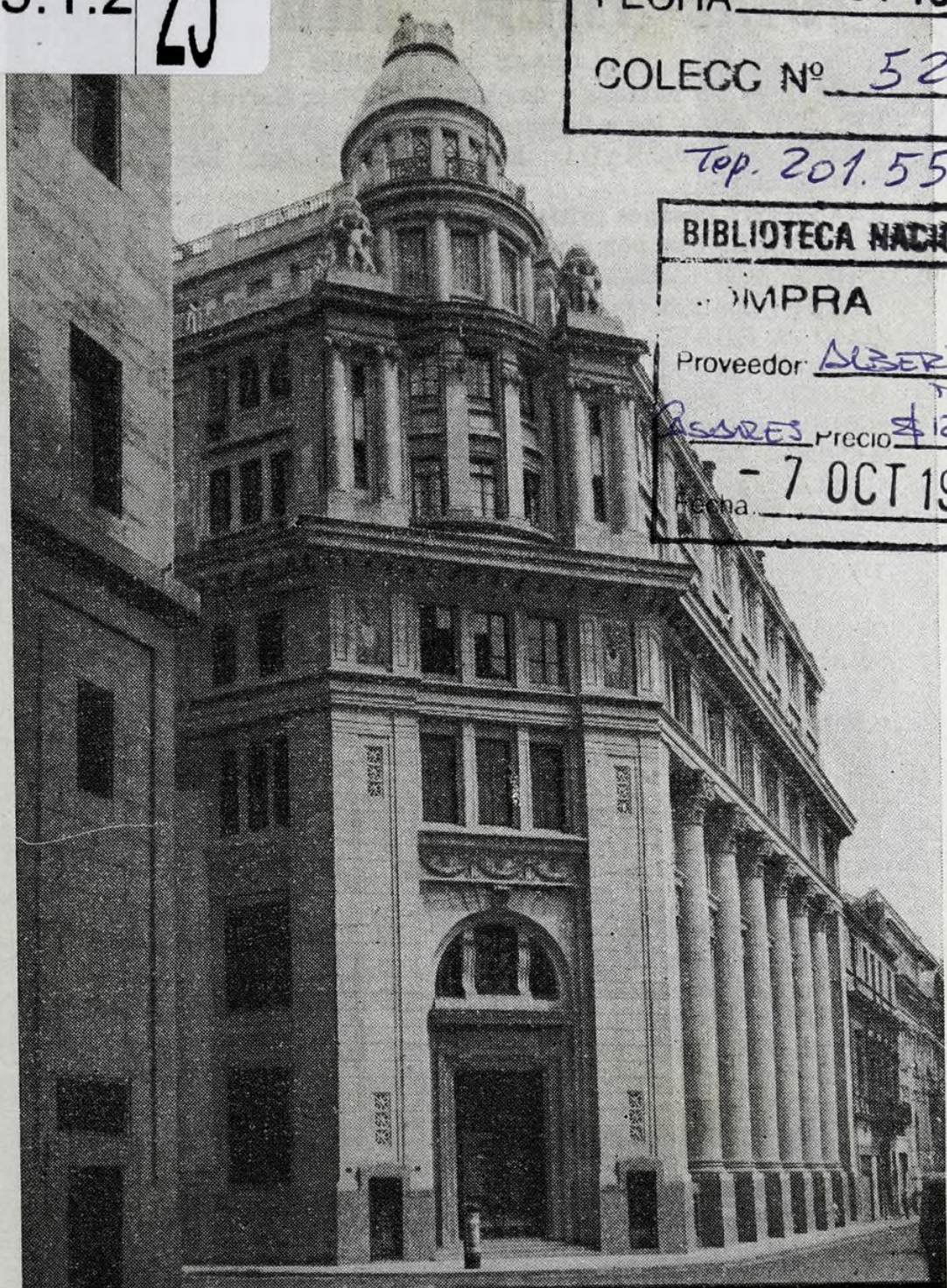
25

H0008102

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC N° 522

Top. 201.551

BIBLIOTECA NACIONAL
IMPRA
Proveedor ALBERTO
PRECIO \$12000
- 7 OCT 1998



**BANCO ALEMAN
TRANSATLANTICO**

IBER-AMER ARGENTINA

OBRAS DE INTERÉS

LESSING: Un hombre y dos mujeres (Seix Barral) ..	\$ 1.445.—
PRIETO: Mensajes y Señales . Rúst. (Seix Barral)	„ 1.360.—
MARTÍNEZ ESTRADA: En torno a Kafka . Rúst. (Seix Barral)	„ 1.275.—
BARTHES: Ensayos críticos . Rúst. (Seix Barral)	„ 1.488.—
KNOWLES: Paz por separado . Rúst. (Seix Barral) ..	„ 1.063.—
ISHERWOOD: Adiós a Berlín . Rúst. (Seix Barral) ..	„ 1.275.—
TRABA: Los laberintos insolados . Rúst. (Seix Barral) ..	„ 935.—
GARCÍA HORTELANO: Gente de Madrid . Rúst. (Seix Barral)	„ 935.—
SIMONOV: No se nace soldado . Enc. (Destino)	„ 2.338.—
MEDIO: Bibiana . Enc. (Destino)	„ 1.275.—
AZORÍN: La amada España . Enc. (Destino)	„ 1.063.—
CASTILLO PUCHE: Hicieron partes . Enc. (Destino) ..	„ 1.275.—
GARCÍA: Los infiernos del pensamiento . Rúst. (J. Mortiz)	„ 612.—
YÁÑEZ: Ojerosa y pintada . Rúst. (Joaquín Mortiz) ..	„ 740.—
DROGUETT: El compadre . Rúst. (Joaquín Mortiz) ..	„ 740.—
OJEDA: Como la ciega mariposa . Rúst. (J. Mortiz) ..	„ 570.—
GRASS: Años de perro . Enc. (Joaquín Mortiz)	„ 2.445.—
VARELA: Renovación de la novela en el Siglo XX . Enc. (Destino)	„ 2.475.—
PRATOLINI: Constancia de la Razón . Rúst. (Seix Barral)	„ 1.488.—
VITTORINI: Las mujeres de Mesina . Rúst. (Seix Barral)	„ 1.700.—
BRETÓN: Los vasos comunicantes . Rúst. (Joaquín Mortiz)	„ 612.—
FEIFFER: Harry es un perro con las mujeres . Rúst. (Joaquín Mortiz)	„ 740.—
AZAÑA: El jardín de los frailes . Rúst. (J. Mortiz) ..	„ 655.—
MATUTE: El tiempo . Enc. (Destino)	„ 1.063.—
CUNQUEIRO: Las crónicas de Sochantre . Enc. (Destino)	„ 850.—
SENDER: El bandido adolescente . Enc. ((Destino) ..	„ 1.063.—
BELLOW: Herzog . Enc. (Destino)	„ 1.275.—
GARCÍA PAVÓN: Los liberales . Enc. (Destino)	„ 1.063.—
ARPINO: Las sombras de las colinas . Rúst. (Seix Barral)	„ 1.360.—
BASSANI: Historia de Ferrara . Rúst. (Seix Barral) ..	„ 1.530.—
CARPENTIER: El reino de este mundo . Rúst. (Seix Barral)	„ 765.—
CELA: La familia de Pascual Duarte . Enc. (Destino) ..	„ 1.063.—
CELA: Obras Completas . 5 Tomos. Enc. (Destino) c/u. ..	„ 3.600.—
EHRENBURG: Los dos polos . Enc. (Joaquín Mortiz) ..	„ 1.632.—

En todas las buenas librerías y en

BOLÍVAR 260

T. E. 30-4036

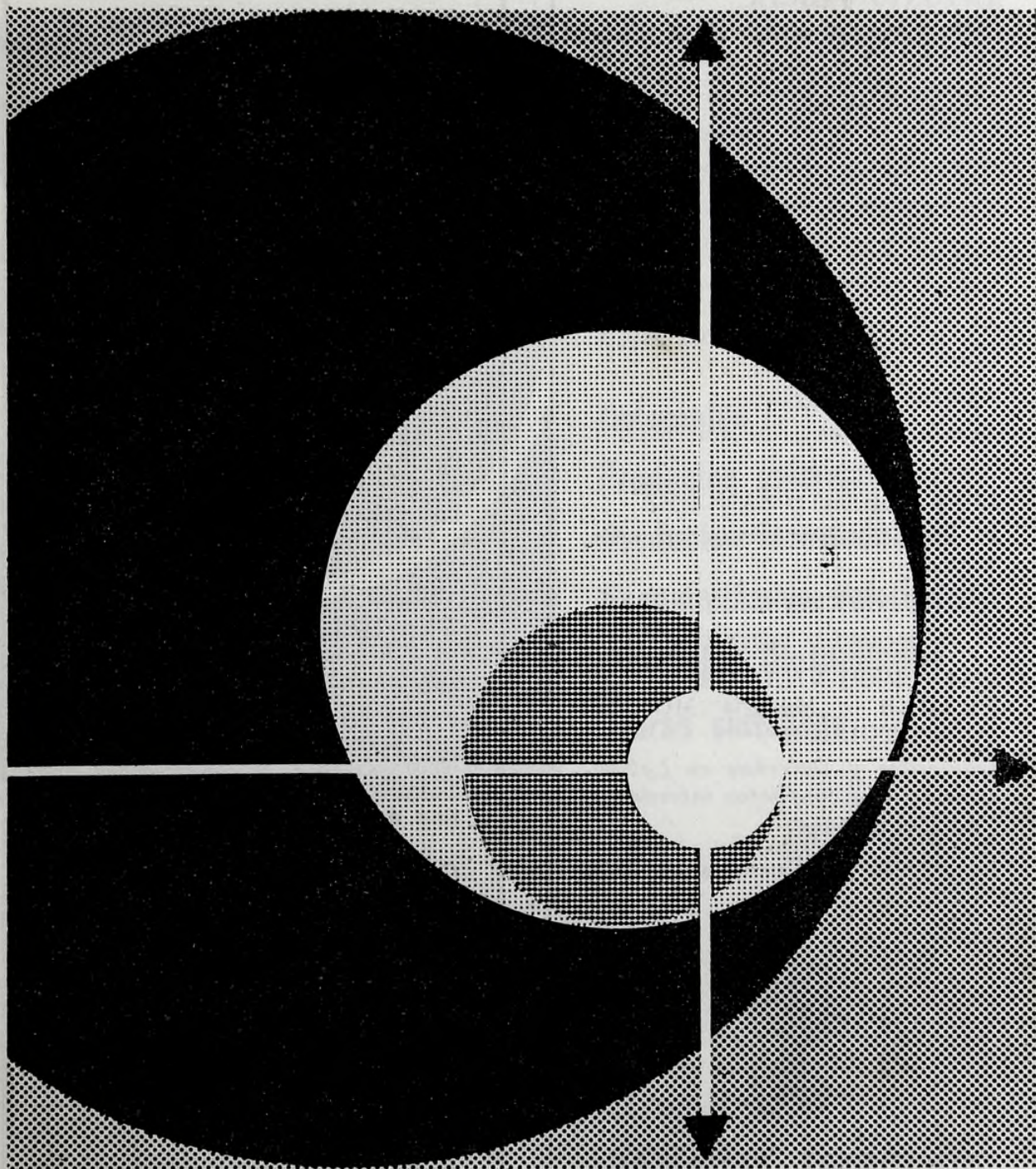
BUENOS AIRES

FERIA DE HANNOVER 1968

27 de Abril

5 de Mayo

MERCADO MUNDIAL DE LA INDUSTRIA



Representación para la Argentina.

CAMARA DE COMERCIO ARGENTINO-ALEMANA MAIPU 521 T. E. 392-6293/7641 BS AS

EXITOS DE PLEAMAR

J. G. FICHTE

Discursos a la Nación alemana.

W. SCHUSSLER

Testamento político de Bismarck.

ANTONIO GARCIA

Estructura del atraso en América Latina.

ANTONIO GARCIA

La rebelión de los pueblos débiles.

CARLOS MONTENEGRO

Nacionalismo y coloniaje.

ARTHUR M. SCHLESINGER, Jr.

Nuevos estilos en política.

AUGUSTO CÉSPEDES

Sangre de mestizos.

DARDO CÚNEO

Aventura y letra de América Latina.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

El pueblo en la revolución americana.

DARDO CÚNEO

El desencuentro argentino.

FRANCISCO VILLAGRAN

KRAMER - MARIO MONTEFORTE TOLEDO

Izquierdas y Derechas en Latinoamérica. Sus conflictos internos.

LEOPOLDO ZEA

La esencia de lo americano.



EDITORIAL PLEAMAR

Tucumán 764 Buenos Aires

POESIA ALEMANA DE HOY 1945/1966

Ingeborg Bachmann, Paul Celan, Günter Eich, Hans-Magnus Enzensberger, Günter Grass, Helmut Heissenbüttel, Karl Krolow y Nelly Sachs, en una antología preparada por Klaus Dieter Vervuert.

LA IDEA DE LA UNIVERSIDAD EN ALEMANIA

Textos de Fichte, Schleiermacher, Humboldt, Nietzsche, Lagarde, Max Weber, Scheler y Jaspers, reunidos por el Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades (Universidad de Montevideo).

NOVELAS DE THOMAS MANN

Doktor Faustus

El Elegido

Las Cabezas Trocadas

La Engañada

Las Confesiones del Estafador

Félix Krull

VIAJE A TRAVES DEL TIEMPO

El conde Hermann von Keyserling habla en este libro de personajes —Kassner, Kant, Tolstoi, Unamuno, Shaw, Jung, Victoria Ocampo— y de ideas, de paisajes de la tierra y del alma, de una auténtica aventura espiritual.

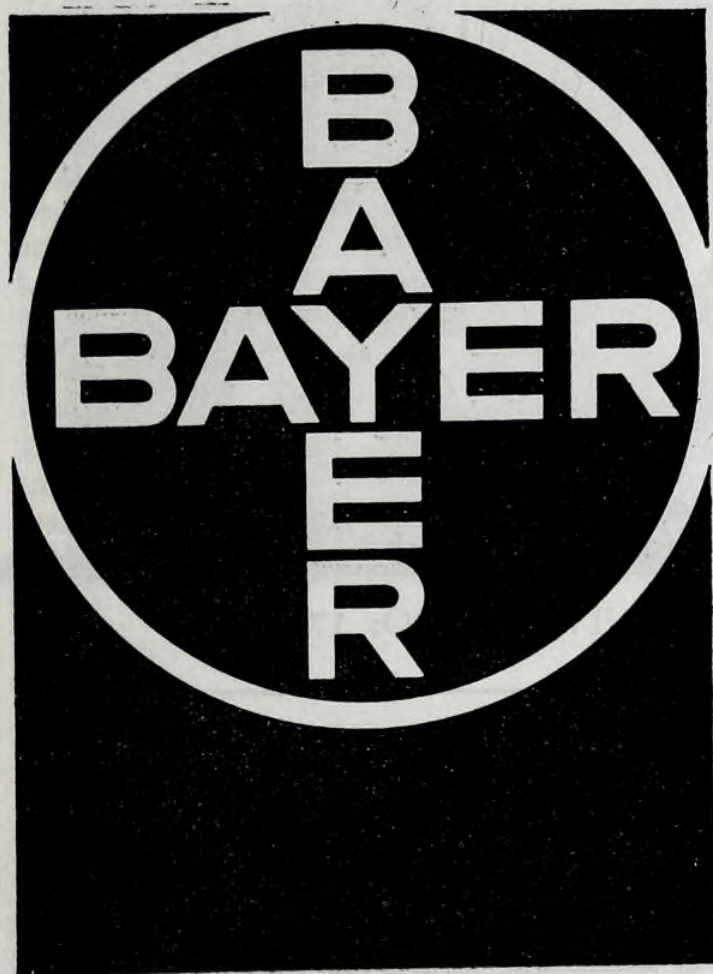
OBRAS FILOSOFICAS

Libros fundamentales de Eugen Fink, Nicolai Hartmann, Johannes Hessen, Karl Jaspers, Helmut Kuhn, Karl Löwith, Hans Urs von Balthazar, Ludwig Landgrebe, Rudolf Carnap, Ludwig Wittgenstein, en la Biblioteca de Filosofía.

EDITORIAL SUDAMERICANA S.A.

Humberto 1º 545 - 30-7518 -
Buenos Aires

I-11



Bayer produce:

Colorantes

Productos químicos

Productos farmacéuticos

Especialidades veterinarias

Productos fitosanitarios

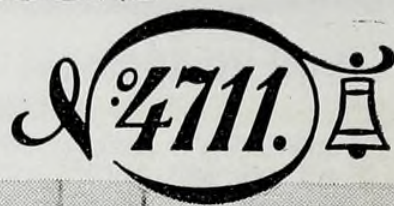
Fibras sintéticas

Bayer Argentina S. A.
Buenos Aires



EAU DE COLOGNE

fresca, vivificante,
de fama mundial!



175 ANIVERSARIO: 1792-1967

E. BEUTELSPACHER S. R. L.

IMPORTADORES DE LIBROS Y REVISTAS
ALEMANES

LIBROS EN CASTELLANO

SARMIENTO 815
35-1030

CABILDO 1809
73-2758

BUENOS AIRES

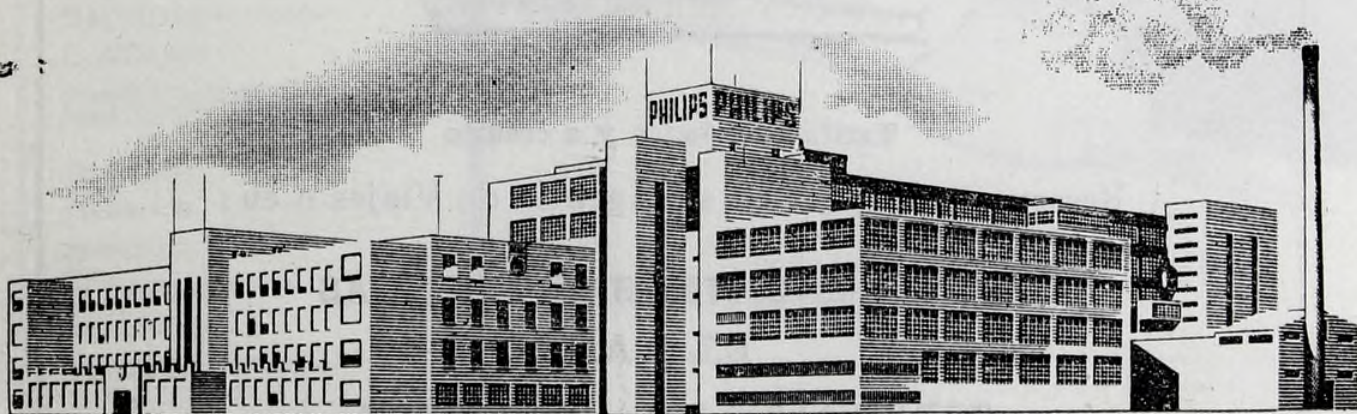
PHILIPS símbolo universal de confianza

Todos los días, en la actividad de la industria o de la ciencia, o en cada instante de nuestra vida familiar, disfrutamos los beneficios de una serie de elementos que contribuyen a nuestra seguridad y bienestar.

Entre esos elementos, lo mismo están los nuevos artefactos utilizados en la iluminación a gas de mercurio — origen de las modernas “vías blancas” de nuestras ciudades — que la sencilla lámpara que alumbra la sobremesa hogareña; los aparatos científicos de alta precisión que usan los profesionales y los prácticos artículos para el hogar, que liberan al ama de casa de cansadoras tareas.

La música, que pone su nota de belleza en nuestras vidas, llega también hasta nosotros a través de magníficos medios de reproducción musical... Y en todo eso, en lo espiritual y en lo material, está presente Philips Argentina S. A., la organización que hace más de 30 años dispone de un numeroso plantel de expertos técnicos y eficientes operarios que trabajan incesantemente en sus laboratorios y plantas de producción. Operarios y técnicos argentinos que aprovechan la vasta experiencia mundial de Philips en electricidad y electrónica, sumando su esfuerzo a la constante evolución de la técnica para mantener la primacía en la industria de su especialidad.

**PHILIPS
ARGENTINA S. A.**



BRECHT

EL HOMBRE

Ensayos de
BERTOLT BRECHT, MAX FRISCH,
WLADIMIR POZNER, HANS WINGE
y otros

LA OBRA

Ensayos de
GEORGE LUKACS, PETER DEMETZ,
MARTIN ESSLIN, ERIC BENTLEY
y otros

*UN LIBRO QUE IMPORTA DE
EDITORIAL JORGE ALVAREZ*

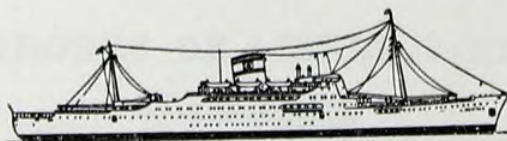
TALCAHUANO 485 T.E. 35-6875 BUENOS AIRES
Distribuye. Librecol

FELIZ VIAJE

EN CONFORTABLES BUQUES ARGENTINOS

SERVICIO DE CLASE UNICA

A VIGO - LE HAVRE - LONDRES - HAMBURGO



Tarifa económica y a crédito

Reservas y Pasajes en su Agencia de Viajes o en:

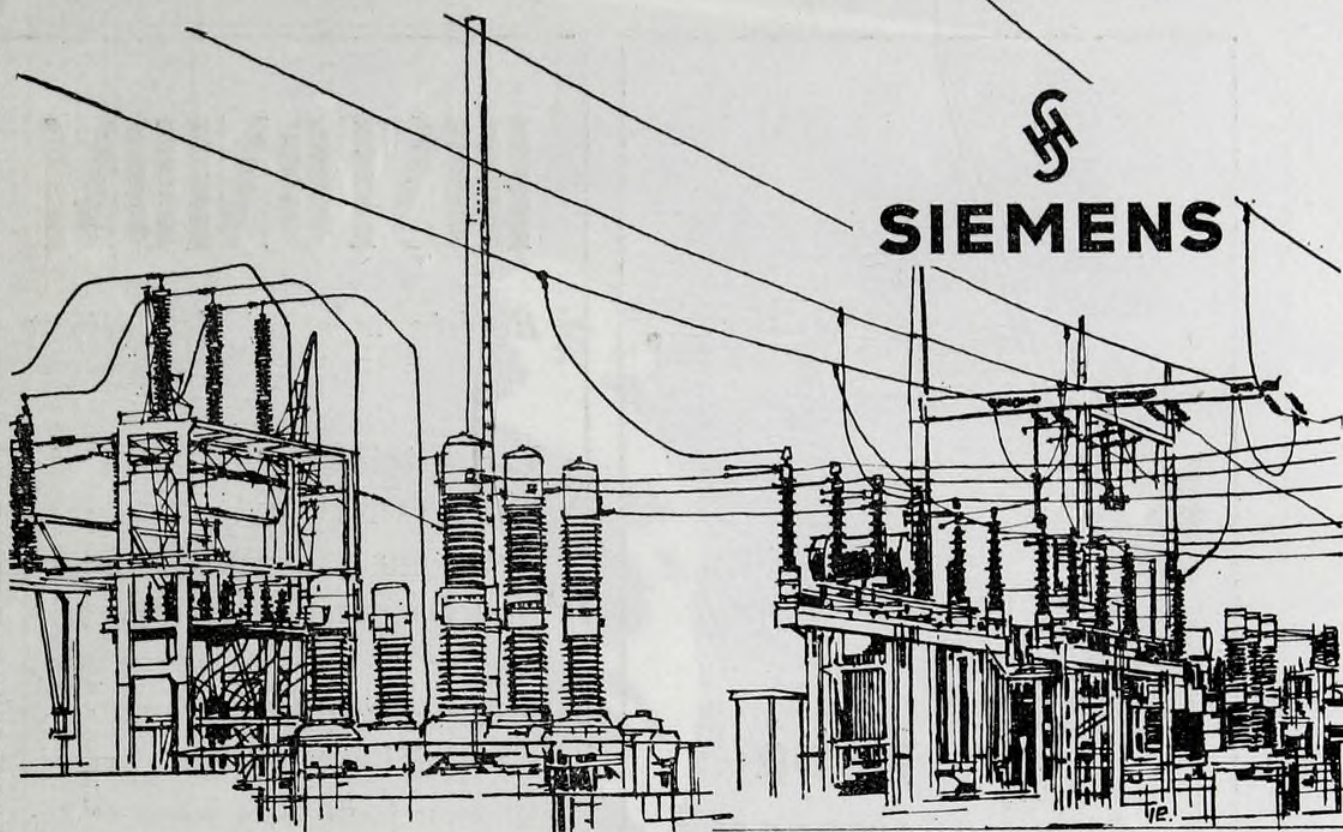
LINEAS MARITIMAS ARGENTINAS

E.L.M.A.

CORRIENTES 389 — Tel. 32-4861



SIEMENS



**una organización
mundial
poniendo la
electricidad
a su servicio**

GENERADORES Y MOTORES

SISTEMA DE DISTRIBUCION
DE ALTA Y BAJA TENSION

APARATOS DE MANIOBRA
Y PROTECCION

ELECTROTECNIA NAVAL

ILUMINACION

EQUIPOS ELECTRICOS
PARA TODAS LAS INDUSTRIAS

TELEFONIA

TELEGRAFIA

SEÑALIZACION

TV Y RADIODIFUSION

RADIOENLACES

MEDICION Y CONTROL



Vale la pena consultar a SIEMENS

SIEMENS ARGENTINA S.A.

BUENOS AIRES BAHIA BLANCA CORDOBA MENDOZA RESISTENCIA ROSARIO SALTA TUCUMAN



beba
**INDIAN
TONIC
CUNNINGTON**
y
olvídese
de la
sed

HISTONIUM

Revista mensual de cultura

Las páginas ilustradas de "HISTONIUM" ofrecen al lector un panorama completo del acontecer mundial por medio de sus corresponsales y agencias informativas.

La actividad cultural argentina en todas sus fases se refleja vivamente en ella mediante las crónicas plásticas, bibliográficas, científicas y de espectáculos, comentados adecuadamente por cronistas especializados.

De manera que todo aquello que sucede dentro de nuestras fronteras y fuera de ellas de interés general está debidamente representado en la Revista "HISTONIUM".

Suscripción anual \$ 1.500.—

Precio del ejemplar: \$ 150.—

Administración y Redacción:

PARANA 464

Tel. 40-4045



dominante...

Sensibilidad que vibra...
Ordenamiento del impulso... Equilibrio del gesto...
Autoridad.

Facultad de quien domina la orquesta
y su caudal sonoro.
Del gran director que triunfa.

Y en todos los triunfos:

CRAVACHE. de Robert Piguet - París
(Colonia - Talco - Jabón)



Cravache

PATRIA

COMPañIA DE SEGUROS GENERALES S.A.

Incendio - Transportes - Equipajes - Automóviles - Robo -

Accidentes del Trabajo - Accidentes Personales - Cristales -

Responsabilidad Civil - Pielles - Alhajas - Daños

por Agua - Fidelidad - Dinero en Tránsito -

Ganado - Granizo - Accidentes a

Pasajeros - Aeronavegación

y

SEGUROS DE VIDA



SARMIENTO 354/56

Tel. 30 - 4501



**Inscríbase
en la**

BIBLIOTECA CIRCULANTE

Harrods

**80.000 ejemplares en
CASTELLANO, FRANCES e INGLES**
que incluye las últimas Novedades
de la Literatura Universal.

Florida 877 (R. 5)

FERROMAR ARGENTINA S. A.

Representantes en la Argentina de:

Ferrostaal A.G., Essen / Alemania

Instalaciones Industriales, Materiales de Hierro y Acero.

Didier Werke A.G., Wiesbaden / Alemania

Instalaciones para la Industria Petroquímica.

Siempelkamp & Co. Maschinenfabrik, Krefeld / Alemania

Plantas y Equipos para la Industria Maderera y de la Goma.

Westinghouse Bremsengesellschaft m.b.H., Hannover / Alemania

Equipos y Repuestos para Frenos de Aire.

Corning Glass International, S.A., Louisville / U.S.A.

Material Refractario Electrofundido "CORHART".

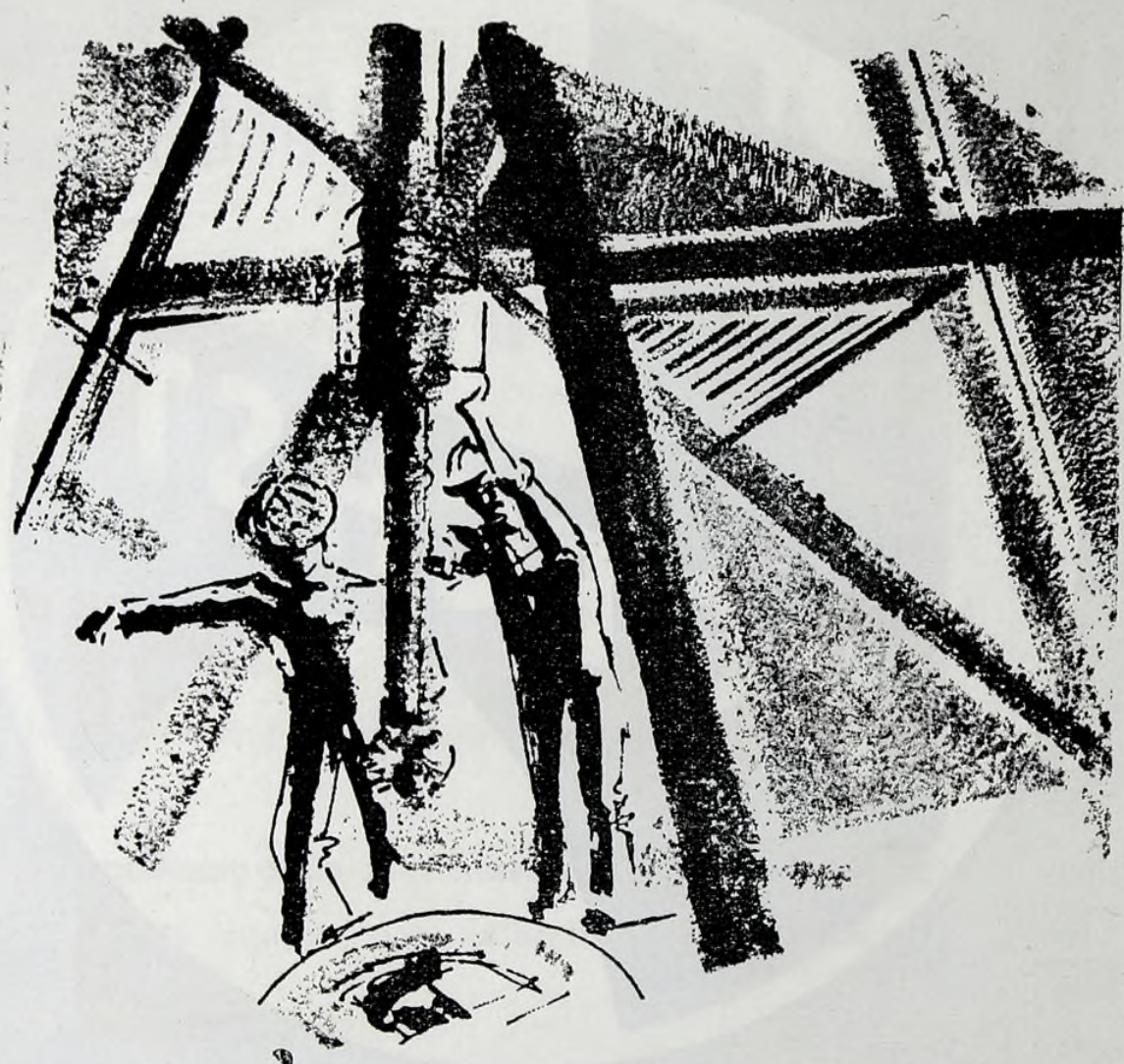
Belgrano 680, 9º piso.

T.E. 30-2938

Buenos Aires



QUIMICA-HOECHST S.A.
Corrientes 222
Teléfonos: 32-3006 y 3036
Buenos Aires

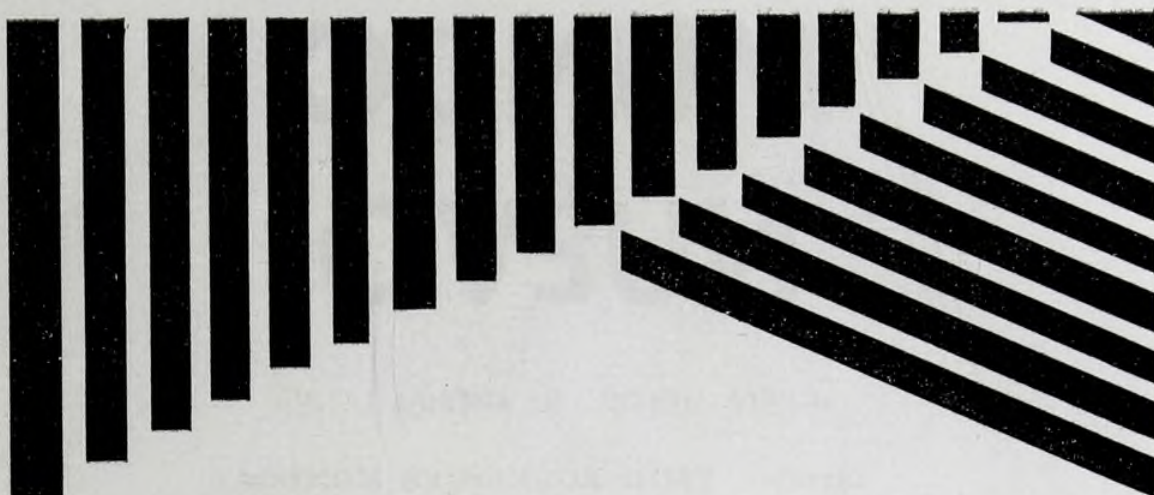


el esfuerzo fecundo
de gente que cree en el
país ha hecho la realidad

ASTRA

Compañía Argentina de Petróleo S. A.

**VANGUARDIA DE LA INDUSTRIA
PETROLERA PRIVADA ARGENTINA**



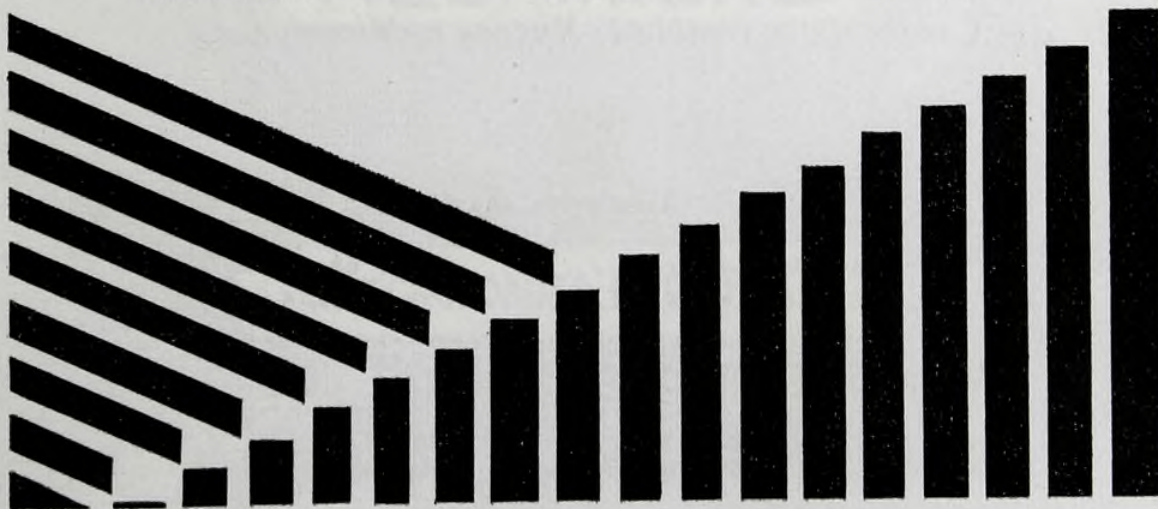
'Duperial'

Primera palabra en:

- * PRODUCTOS QUIMICOS
- * ANILINAS
- * PINTURAS
- * PLASTICOS
- * PRODUCTOS AGROPECUARIOS



INDUSTRIAS QUIMICAS ARGENTINAS DUPERIAL S. A. I. C.
Paseo Colón 285 Tel. 30 - 2011 Buenos Aires



MUNDO NUEVO

REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA

Director: **EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL**

Administrador: **Ricardo López Borrás**

SUMARIO DEL Nº 20

JOÃO GUIMARÃES ROSA: *Primeras historias*. — GERMÁN URIBE: *La visita*. — NICANOR PARRA; ROBERT LOWELL: *Lectura a dos voces*. — RUBÉN BARREIRO SAGUIER: *Nueve poetas paraguayos*. — ELENA DE LA SOUCHÈRE: *La guerrilla en Bolivia*. — EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL: *En busca de Guimarães Rosa*. — GUILLERMO CABRERA INFANTE: *Otro inocente pornógrafo*. — JORGE BLANCO: *Dúo*. — SEVERO SARDUY: *Escritura / Travestismo*. — RICARDO GUILLÓN: *Espacios de Antonio Machado*. — JULIO ORTEGA: *Canjes de la realidad; Nuevas publicaciones*.

Suscripción anual:

América Latina	u\$s. 6.—
Estados Unidos	u\$s. 8.—
Francia	25 F
Otros países europeos	40 F

Solicite un ejemplar de muestra a:

97, rue St. Lazare, Paris 9e.



ROEMMERS

ESPECIALIDADES MEDICINALES

comentario

revista bimestral

Tribuna para el pensamiento y los problemas
contemporáneos

Editada por el Instituto Judío-Argentino de Cultura e Información

Relaciones humanas.

Problemas de Argentina y Latinoamérica.

Sociología.

Letras.

Bibliografía.

Suscripción anual
\$ 700

Número suelto
\$ 120

Redacción:

San Martín 663, 2º piso

T. E. 31-6040

Administración:

Tucumán 2137

T. E. 48-1031

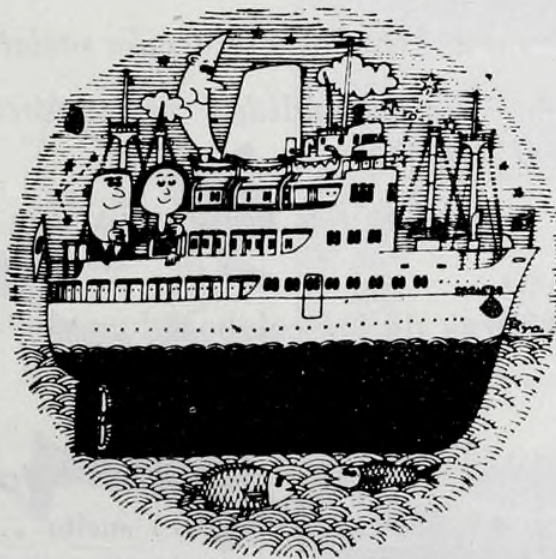
SUS COMPRAS HAGALAS EN ALTA MAR, DONDE TODO EL AÑO ES NAVIDAD!

AYER le decíamos que el **VERDADERO TURISMO ES NAVEGAR**. Y que su pasaje es 25 % más barato que en avión. HOY le decimos algo más. Con lo que ahorra, Ud. puede adquirir en la boutique de nuestras naves: Perlas, perfumes orientales, relojes, televisores, radios, grabadores, máquinas fotográficas, decoraciones, juguetes, etc. de las mejores marcas, a un precio más bajo que en el mismo Japón. En otras palabras, aunque viaje a Brasil tendrá la grata sensación de haber pasado por Japón. Además gozará de su confort y su incomparable servicio.

PROXIMAS SALIDAS:

BRAZIL MARU

21-2-68
24-6-68
24-10-68



ARGENTINA MARU

24-4-68
22-8-68
24-12-68

Mitsui O.S.K. Lines

Agente General en la Argentina
LINEAS MARITIMAS ARGENTINAS

Corrientes 389 - Buenos Aires - Tel. 32-7809

DIOGENES

REVISTA TRIMESTRAL

Publicada bajo los auspicios del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas y con el Concurso de la Unesco

Nº 57

SUMARIO

Walter A. Weisskopf: *Dialéctica de la abundancia.*

Kenneth G. Denbigh: *El método científico: ¿orden o libertad?*

Efim Etkind: *La estilística comparada, base del arte de traducir.*

David W. Theobald: *Los dichos filosóficos y la imaginación.*

Adam Schaff: *La alienación y la acción social.*

Khalil Jaquiche: *La fecundidad matemática: de Omar Khayyam a G. Saccheri.*

Paul Vieille: *Nacimiento y muerte en una sociedad islámica.*

Notas bibliográficas de los colaboradores de este número.

Edición en castellano

Argentina

Exterior

número suelto .. \$	300 m/arg.	número suelto	u\$s. 1.25
suscripción anual „	1.080 „	suscripción anual ..	u\$s. 5.—

En venta en todas las buenas librerías del país y del exterior y en

EDITORIAL SUDAMERICANA

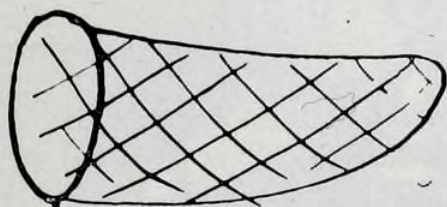
Humberto Iº 545

Buenos Aires

Rep. Argentina



EXIMIO CAZADOR DEL FIEL SONIDO



DAVAR

Revista Literaria editada por la
SOCIEDAD HEBRAICA ARGENTINA

Nº 116

Enero-Febrero-Marzo de 1968

Director

Dr. MARCOS DINER

Asesor Literario: **BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT**

S U M A R I O

- Roberto Juarroz*: A Paul Eluard.
Salo W. Baron: Nuevos enfoques de la Historia Judía.
Edwin Samuel: La integración de Israel.
Raúl N. Gardelli: Dos temas para una nostálgica ruralia.
Nelly Jussem-Wilson: La trayectoria de Bernard Lazare: de israelita a judío.
Noé Nojehowiz: Imagen de Chagall.
Nathan Rotenstreich: La resurrección del fósil o Toynbee y el nacionalismo judío.
Hugo-Samuel Quartaruolo: Sobre el "deicida" Israel.
León W. Wells: Curiosidades del mundo literario alemán.
Bernardo Ezequiel Korembli: Bonae Litterae.
José Horn: Información Cultural Judía.

LOS LIBROS

Eugenio Pucciarelli, Attilio Dabini, Jorge D'Urbano, Rodrigo Bonome, Syria Poletti, Tulio Carella, Ernesto B. Rodríguez, Noemí Vergara de Bietti, Lázaro Liacho, Guillermo Orce Remis, María Antonieta Moisés, Hemilce Cárraga, Lisandro Gayoso, Francisco Tomat-Guido, Haydée M. Jofre Barroso, Elena F. Poggi, Beatriz Eichel, Julio César Médici, Enrique R. del Valle.

Dirección y Administración

SARMIENTO 2233 - T. E. 48-5570

BUENOS AIRES



Ein Symbol
der Qualität
für mehr
als 100 Produkte

MERCEDES-BENZ

Ihr guter Stern auf allen Straßen



ZONA FRANCA

REVISTA DE LITERATURA E IDEAS

Director: *Juan Liscano*

Redacción: *Baica Dávalos*

Relaciones Públicas: *Emira Rodríguez*

SUMARIO DEL NÚMERO 52 DE DICIEMBRE DE 1967

HOMENAJE A JOÃO GUIMARÃES ROSA: La obra de Guimarães Rosa, Xavier Domingo; La Tercera Orilla del Río, Traducción de Rodolfo Alonso; ENTREVISTA CON ROBERTO JUARROZ, Alejandra Pizarnik; DIÁLOGO EN CARACAS CON CARLO COCCIOLI, Gregorio Bonmatí; POEMAS DE THOMAS MERTON, Traducción de Julieta Suere; FIN DE MUNDO AÑO NUEVO, Rafael José Muñoz; COMUNICACIÓN Y CENSURA: La temperatura a que arden los libros, Mariano Baptista Gumucio; Las comunicaciones y el futuro, Antonio Paneso Robledo; Bogotá: Conversación sin censura con Santiago García, Flavia; Buenos Aires: Piernas en censura y columnas de humo, Fabio Gómez; LA MAGIA NUESTRA DE CADA DÍA DÁNOSLA HOY, MARIO ABREU, Rodolfo Alonso. SECCIONES: CINE, EN LA BALANZA, LECTURAS, ÍNDICE DE PUBLICACIONES.

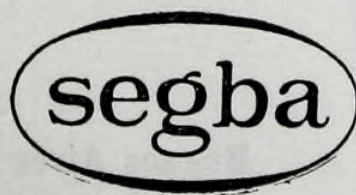
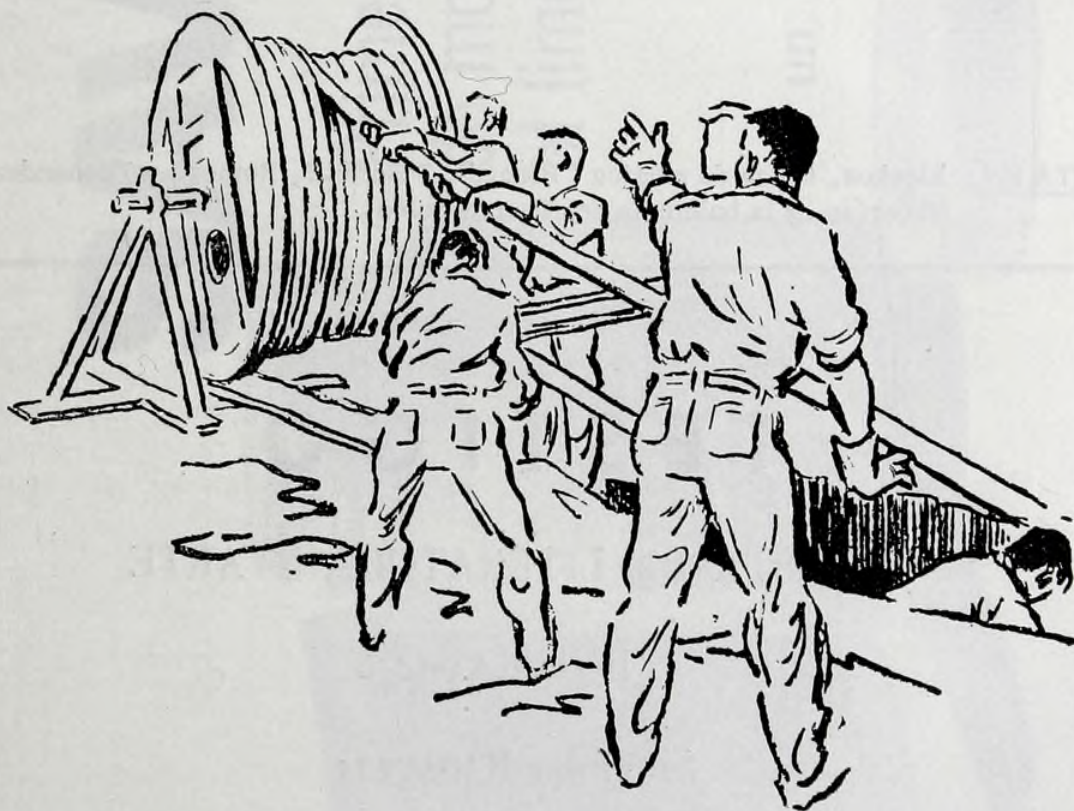
Precio del ejemplar: Bs. 2,00 Suscripción anual: Bs. 22,00

Extranjero:

Precio del ejemplar: u\$s 0,50 Suscripción anual: u\$s 6,00

ZONA FRANCA: Apartado Postal 8349, Caracas, Venezuela.

SEGBA invierte en el país todos sus beneficios y presta especial atención a la producción nacional, utilizando gas, petróleo y carbón argentinos y adquiriendo en el mercado interno la mayor cantidad posible de los elementos que necesita. Así contribuye SEGBA a crear fuentes de trabajo para obreros argentinos y al mejoramiento de nuestra industria.



SERVICIOS ELECTRICOS DEL GRAN BUENOS AIRES S. A.

TRIBUNA MUSICAL



REVISTA DE INFORMACION Y CRITICA

EN VENTA EN: kioskos, casas de música (Ricordi, Piscitelli, Romero y Fernandez),
librerías, y la boletería del Teatro Colón.

T E S T I G O

REVISTA DE LITERATURA Y ARTE

Dirigida por

SIGFRIDO RADAELLI

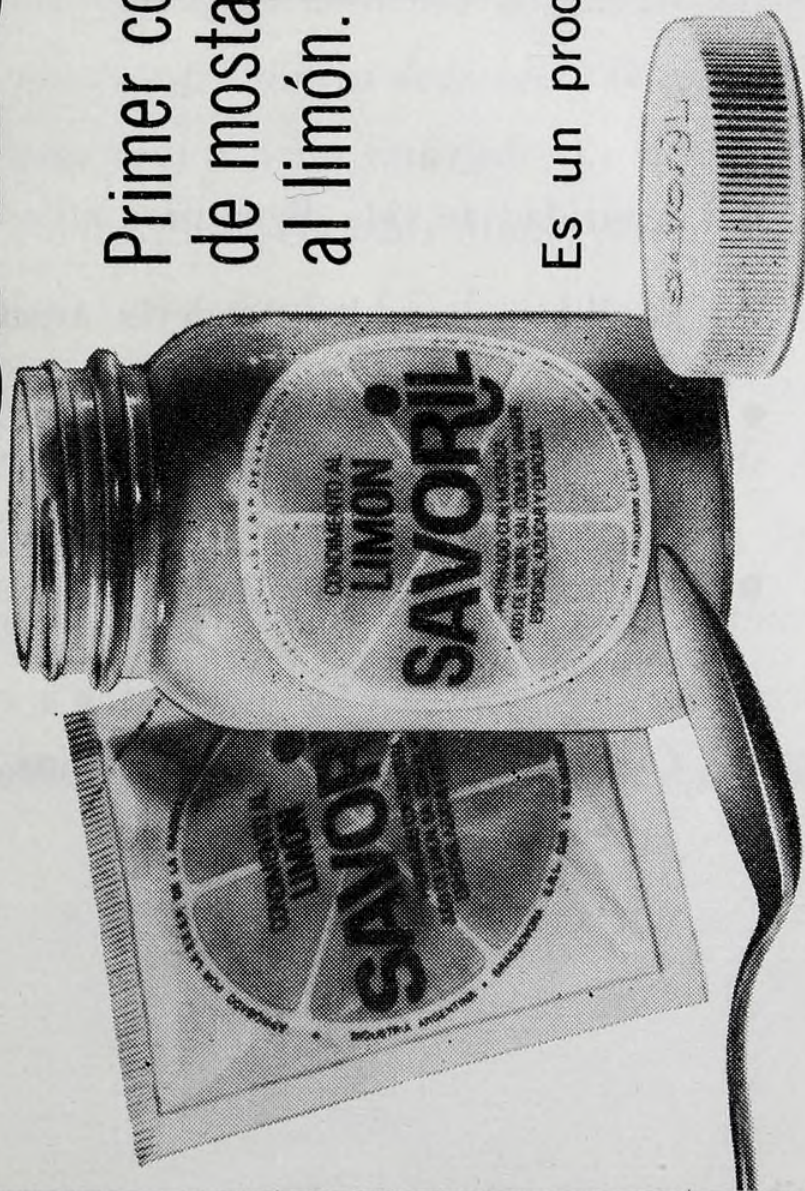
Callao 449, 8º

Buenos Aires

SAVORIL

Primer condimento
de mostaza
al limón.

Es un producto SAVORA.



Esto es



- Seguridad de vida digna para miles de familias.
- Equilibrio para la ganadería argentina.
- Inversiones constantes en productos de industria nacional.
- Millones de pesos aportados a la Nación en concepto de impuestos.
- Carne argentina para la Argentina y los cuatro extremos del mundo.

SUR

NÚMERO 308-309-310

SETIEMBRE DE 1967 - FEBRERO DE 1968

SUR quiere expresar su agradecimiento a quienes hicieron posible la publicación de este número dedicado a la actual literatura alemana de creación: el señor embajador de la República Federal Alemana, doctor Ernst-Günther Mohr; el agregado de prensa de la Embajada, señor Gerhard Dohms —cuya devoción llegó al extremo de revisar los textos originales y las versiones en español—; el ex agregado cultural de la Embajada de Alemania, señor Rudolf Müller-Horn, y la organización Inter Naciones, que promueve tan activamente el intercambio de escritores alemanes y argentinos. La selección de los materiales incluidos en este número se debe al señor Curt Meyer-Clason.

MINIMA MORALIA

Tough Baby. Un cierto gesto de hombría, sea de la propia o de la ajena, merece desconfianza. Expresa independencia, seguridad de poder de mando, la tácita conjuración de todos los hombres entre sí. Antes esto se llamaba, admirándolo temerosamente, caprichos de dominador; hoy se ha democratizado y los héroes cinematográficos se lo enseñan hasta al último empleado bancario. El arquetipo de ello es el hombre de buen aspecto que, vestido de smoking, llega solo, tarde de noche, a su departamento de soltero, enciende la iluminación indirecta y se prepara una mezcla de whisky y soda: el cuidadosamente registrado siseo del agua mineral dice lo que calla esa arrogante boca: que desdeña lo que no huele a humo, cuero y crema de afeitar, sobre todo a las mujeres, y que precisamente por ello éstas vuelan a su encuentro. Para él, el ideal de las relaciones humanas es el club, el lugar donde impera un respeto fundado sobre una considerada desconsideración. Las alegrías de esta clase de hombres, o mejor dicho de sus modelos, a los que casi ningún ser vivo se iguala, ya que los hombres siguen siendo mejores que su cultura, tienen todas algo de acto de violencia latente. Según las apariencias, esta violencia amenaza al prójimo, a quien uno de éstos, despatarrado en su sillón, hace mucho que ya no necesita. En realidad es una violencia ejercida contra sí mismo. Si todo el placer recoge en sí el disgusto anterior, en este caso el disgusto de soportarlo como orgullo se ha convertido, inmediatamente y sin transformación, en estereotipo del placer: a diferencia de lo que sucede con el vino, cada vaso de whisky, cada chupada al cigarro todavía deja sentir de nuevo el disgusto que le ha costado al organismo responder a estímulos tan poderosos, y sólo eso se registra como placer. Por lo tanto, esos hombres-eh serían, de acuerdo con su propia constitución, tal como suele presentarlos el argumento cinematográfico, masoquistas. La mentira está oculta en su sadismo, y sólo como mentirosos se convierten realmente en sádicos, en agentes de la represión. Pero esa mentira no es otra que la de la homosexualidad desplazada y se presenta como única imagen aprobada del heterosexual. En Oxford se distingue entre dos clases de estudiantes, los

tough guys y los intelectuales; debido al contraste, estos últimos son equiparables, casi sin más, a los afeminados. Muchas cosas hablan del hecho de que el estrato dominante en camino hacia la dictadura se polariza de acuerdo a estos dos extremos. Esa desintegración es el secreto de la integración, de la felicidad de la concordancia en la ausencia de felicidad. Al final, los *tough guys* son los verdaderos afeminados, que necesitan a los maricas como víctimas para no confesar que son iguales a ellos. El totalitarismo y la homosexualidad van juntos. Mientras el sujeto se hunde, niega todo aquello que no es su propia naturaleza. Las antinomias del hombre fuerte y del adolescente obediente transcurren en un orden que impone netamente el principio masculino del dominio. Al convertir en sus objetos a todos sin excepción, incluso a los presuntos sujetos, recae en la pasividad total, virtualmente en lo femenino.

Para postsocráticos. Nada resulta más inadecuado para el intelectual que se propone llevar a cabo lo que antiguamente se denominaba filosofía, que querer conservar la razón en la discusión, y casi quisiera decir en la argumentación. El querer-conservar-la-razón en sí mismo, hasta dentro de su más sutil forma lógica de la reflexión, es una expresión de ese espíritu de autoconservación cuya disolución importa precisamente el anhelo de la filosofía. Conocí a uno que invitó a su casa a todas las celebridades de la teoría del conocimiento, de las ciencias naturales e intelectuales, una tras otra, discutió profundamente su sistema con cada una por separado y, después de que ya ninguna se atreviera presentar un argumento contra su formalismo, consideró su causa como absolutamente de valor fijo. Todavía hay algo de esta clase de ingenuidad en todas aquellas partes en las que la filosofía se asemeja, aunque sólo sea a la distancia, al gesto de la convicción. Éste se basa en el presupuesto de una *universitas literarum* —un acuerdo apriorístico de los espíritus que pueden comunicarse entre sí— y con ello, en todo el conformismo. Cuando los filósofos, a quienes, como es sabido, el callar siempre resultó difícil, inician la conversación, deberían hablar de manera tal que nunca tuvieran razón, pero de una manera tal que convenciera al adversario de la mentira. Se trataría de poseer conocimientos que no fueran absolutamente correctos, a toda prueba —éstos desembocan irremisiblemente en la tautología—, sino tales que frente a ellos la cuestión de su corrección se planteara por sí sola. Pero con ello no se tiende al irracionalismo, al establecimiento de tesis arbitrarias, justificadas por la creencia en la revelación de la intuición, sino a la abolición de la diferencia entre tesis y argumento. Pensar dialécticamente significa, en este sentido, que el argumento debe conquistar la drasti-

cidad de la tesis, y que la tesis contenga en sí misma la plenitud de su fundamento. Todos los conceptos-puente, todas las comunicaciones y operaciones auxiliares lógicas que no se hallan en la propia cosa, todas las conclusiones secundarias y no saturadas de la experiencia del objeto, deberían olvidarse. En un texto filosófico, todas las frases deberían ser equidistantes del centro. Aunque Hegel jamás haya expresado esto, todo su proceder rinde testimonio de esta intención. Así como no quisiera conocer una cosa primera, así, tomándolo estrictamente, tampoco debería conocer una cosa segunda o derivada, y el concepto de la intermediación lo ha trasladado precisamente de las interdeterminaciones formales a los propios objetos, queriendo con ello superar su diferencia de un pensamiento exterior e intermediario. Los límites fijados al logro de una intención tal en la filosofía hegeliana son, al mismo tiempo, los límites de su verdad, es decir, los restos de la prima philosophia, de la suposición del sujeto como una "cosa primera" a pesar de todo. Entre las tareas de la lógica dialéctica se cuenta la de eliminar los últimos rastros del sistema deductivo junto con el último ademán advocatorio del pensamiento.

Legado. El pensamiento dialéctico es la tentativa de quebrar el carácter coercitivo de la lógica con los medios propios de ésta. Pero al tener que servirse de estos medios se halla a cada instante en peligro de incurrir él mismo en ese carácter coercitivo: la astucia de la razón todavía querría imponerse contra la dialéctica. Lo ya existente no se deja superar de otra manera que como podría hacerlo lo general, que está derivado de lo propio existente. Lo general triunfa sobre lo existente por el propio concepto de éste, y por ello, en un triunfo semejante, el poder de lo meramente existente amenaza restablecerse constantemente a partir del mismo poder que lo quebrara. Mediante el dominio exclusivo de la negación y según el esquema de la antinomia inmanente, el movimiento del pensamiento se vuelve inequívoco como el de la historia, exclusivo, llevado a cabo con inexorable positividad. Todo queda comprendido bajo las fases principales económicas que alguna vez hayan sido históricamente decisivas en toda la sociedad y su evolución: todo el pensamiento tiene algo de eso que los artistas de París llaman *le genre chef d'oeuvre*. El que el mal sea ocasionado precisamente por la concisión de esa evolución, y el que ésta se relacione precisamente con la dominación, no está cuando menos explícito en la teoría crítica que, al igual que la tradicional del escalonamiento, también espera la salvación. La concisión y la totalidad, los ideales ideológicos burgueses de la necesidad y de la generalidad, circunscriben de hecho la fórmula de la historia, pero precisamente por ello se con-

creta, en los grandes conceptos dominantes mantenidos, la constitución de la sociedad contra la que se orientan la crítica y la práctica dialécticas. Cuando Benjamin decía que la historia había sido escrita desde el punto de vista del vencedor y que debería ser escrita desde el del vencido, habría que agregar a ello que si bien el conocimiento debe describir la fatal rectilineidad de la sucesión de triunfos y derrotas, también debe dirigirse simultáneamente hacia aquello que no entró en esa dinámica, quedando a un lado del camino; en cierto modo, los desperdicios y pasajes opacos que se le escurrieron a la dialéctica. Es la esencia del vencido aparentar ser, en su impotencia, inesencial, accesorio, fútil. Lo que trasciende a la sociedad gobernante no es sólo la potencialidad desarrollada por ella, sino también aquello que no se ajustaba bien a las leyes del movimiento histórico. La teoría se ve relegada a lo oblicuo, lo obscuro, lo incomprendido, lo que como tal ciertamente lleva en sí, de antemano, algo anacrónico, pero que no se diluye en lo anticuado porque dio un chasco a la dinámica histórica. Esto puede verse de la manera más inmediata en el arte. Libros infantiles como *Alice in Wonderland* o *Struwelpeter*, ante los cuales la cuestión de progreso o reacción sería ridícula, contienen claves incomparablemente más elocuentes, incluso de la historia, que la gran dramaturgia de Hebbel, que se ocupa de la temática oficial de la culpabilidad trágica, mutación de los tiempos, evolución del mundo e individuo, y en las impertinentes y disparatadas piezas pianísticas de Satie centellean experiencias con las que no puede soñar siquiera la consecuencia de la escuela de Schönberg, detrás de la cual se halla todo el *pathos* de la evolución musical. Justamente la grandiosidad de las consecuencias puede adoptar súbitamente el carácter de lo provinciano. Los escritos de Benjamin son una tentativa de hacer fructificar filosóficamente, con una prolongación siempre renovada, lo que no está ya determinado por las grandes intenciones. Su legado consiste en la tarea de no reservar ese intento a las enajenantes imágenes enigmáticas del pensamiento, sino en recuperar la falta de intención mediante el siguiente concepto: la necesidad de pensar, al mismo tiempo, dialéctica y no-dialécticamente.

(Trad. León Mames.)

LOS ÚLTIMOS DEL “HOMBRE NEGRO”

El contrabandista Karl Roland, que había sido estudiante de filosofía en la Universidad de Königsberg en Prusia Oriental hasta 1939, año en que ingresó al cuerpo de infantería, caminó con dificultad por la carretera surcada de hondas huellas desde la aldea Brandscheid hacia el bosque, más allá de las laderas pobladas de retamas. Sabía que Lisa lo seguía con la mirada desde la casa de su tío, donde estaba de visita, pero no se volvió.

—No subiré allá arriba —le había dicho cuando la invitó a acompañarlo. Todo en aquel lugar se me antoja muy lúgubre.

Eran las ocho de una noche de julio, y tras la frontera belga el cielo semejaba un enorme escudo de oro. Roland cruzó derechito como un zorro la calle que llevaba de Bleialf a Prüm. Ya del otro lado recorrió una angosta calleja. Cosa extraña, no había ningún indicador de caminos en su comienzo.

Sentía aún sobre la lengua el gusto del infame aguardiente de orujo que le sirviera el tabernero de Brandscheid, a quien había entregado el café. Una sucia y tenebrosa empresa y naturalmente debían engañarlo tan cerca de la frontera. Si hubiera avanzado un poco más tierra adentro a no dudar habría obtenido mejor precio por el café.

—¿Qué hace usted allá arriba? —le había preguntado el tabernero con desconfianza, mientras apuntaba con el pulgar hacia el cielo raso de la taberna, como si hubiera aludido a ese lugar y no a los bosques de la cresta de Schnee-Eifel— ¡Vaya región horripilante, puh! —y se bebió algo del aguardiente que había servido a Roland.

—Allá arriba es donde estoy más seguro —había replicado Roland, clavando su mirada en el tabernero. Sabía que les desagradaba su mirada, que no la toleraban y tan sólo anhelaban que se fuera al diablo tan pronto terminara sus negocios. Su mirada, lo sabía, venía de un arcano que ellos no podían sospechar siquiera.

—¿Qué haces constantemente en ese bosque siniestro? —quiso saber Lisa también. Llevaba un claro vestido estival de grandes flores estampadas y empujaba por la aldea el cochecito de su bebé. Era en verdad una joven elegante, con un hermoso rostro de dama encuadrado por una mata de pelo negro. Era un verdadero solaz para quien estuviera obligado a vivir en Eifel.

—Allí vivo —solía responder Roland sin faltar a la verdad, cuando paseaba en su compañía por las pendientes cubiertas de retamas o los senderos de la campiña.

—Vivo en una casamata —le explicaba—. Casi todas han sido voladas, pero quedan algunas donde se puede vivir muy bien. Tengo allí un catre de campaña, una mesa y una alacena donde dejo mis cosas. De la pared penden dos cuadros: una vista de Königsberg y una foto de Rita Hayworth que hallé en un viejo número de *Life*. Es realmente muy cómodo y nadie podrá encontrarme allí.

El sendero salía de un plantel y luego empezaba el bosque. En torno al horizonte se alzaban oscuros los pinos y ante ellos se extendía la planicie con los muñones de los árboles talados. Toda vez que Roland paseaba sus ojos por ella recordaba la explosión fragorosa de las granadas que los hacía doblarse. La calle conducía a la cresta y desde allí se abarcaba el inmenso panorama de un océano de valles planos y bosques que avanzaban desde el oeste, desde St. Vith y Malmedy. Una sensación bastante geográfica. A Roland le gustaban las fronteras porque en ellas las naciones se tornaban inseguras, se perdían en bosques, se deshilachaban en carreteras de súbito interrumpidas, en huellas de bicicletas, en senderos marcados por los peatones, bajo la alta hierba amarillenta que nadie siega, en pantanos, yermos, enebros, granjas de mala fama, soledad, traición y aullidos de águilas ratoneras. Eso se llamaba Schnee-Eifel, Ardenas, Alto Venn...

Oscurecía, pero aún se podía ver bien. Por todas partes los campos de troncos muertos y en la calle las placas de hormigón de las casamatas destruidas alzándose al aire, blancas como huesos... "Por cierto no era un lugar apropiado para llevar a Lisa", reflexionó Roland, "se espantaría". Además, ella sólo salía a pasear con él de día. Tan pronto la primera penumbra se mezclaba a la luz se separaba de él aludiendo cualquier pretexto. Tenía miedo, lo sentía. Todos lo temían, hasta el mismo señor párroco de Brandscheid le tenía miedo, aun cuando Roland le había confesado la verdad.

No tenía plan alguno para esa noche, más aún, el contrabando comenzaba a aburrirlo. Ya conocía de memoria el camino que conducía a través de Ormont a la posada de Losheim. En Losheim, situado del lado

belga, llenaba su mochila con café y partía luego hacia Brandscheid, Hallschlag, Winterspelt o Kronenburg, donde la mercancía le dejaba suficiente beneficio para pasar holgando otros catorce días. Todavía le gustaba comer y se había acostumbrado a beber un poco. Así pues, compraba delicados manjares envasados en latas y encargaba whisky y gin a los comerciantes de Kronenburg. Lo hacía pensando también en Mike. El señor párroco de Brandscheid le conseguía libros, en su mayoría obras recién aparecidas, de las que Roland tenía noticias por el periódico.

Sin embargo, en el fondo, nada despertaba su interés. Todo era tedioso porque no encerraba para él peligro alguno. Aparecía en las aldeas como una sombra. Los gendarmes de la frontera hacía mucho habían abandonado la intención de capturarlo. Sabían que desaparecía en algún lugar de Schnee-Eifel, pero era una región muy vasta y en realidad no constituía un centro de contrabando. Se ignoraba, por otra parte, cuáles eran las zonas aún minadas y a los policías se les antojaba que ése era un lugar demasiado misterioso.

“Si Lisa hubiera sabido que no corría ningún peligro a mi lado”, pensaba Roland. Por cierto se habría cohibido si ella hubiera tomado en serio sus galanteos. No debía temer por su honor en lo que a él se refería. Sólo había alimentado la esperanza de que alguna vez lo acompañara a su guarida y luego intentara ayudarlo. En algunas de las antiguas sagas que trataban casos como el suyo, se afirmaba que el amor puro de una doncella podía redimir a un espíritu incapaz de hallar la paz. ¡Idea romántica! De cualquier manera ya no era una virgen. ¡Bah, pronto se marcharía! ¡Lástima! ¿Y si le decía antes lo que le ocurría? ¡Qué absurdo! Ni el mismo señor párroco de Brandscheid creía su historia.

La calle se aproximaba al sector del bosque llamado “Hombre negro”. Desde allí mediaban dos horas de camino hasta Brandscheid hacia el sur y otras dos horas hasta la casa forestal Schneifel, al norte. Entre ambos puntos no había ninguna vivienda humana. Las casamatas eran cada vez más nutridas y entre los muñones de los árboles derribados se alzaban también allí los muertos de pie, altos esqueletos de pálido resplandor en medio de la oscuridad. Los últimos vestigios de luz se reflejaban en las profundas charcas de la calle. Un casco de acero pendía de una cruz y debajo decía “Soldado Desconocido”. Roland sabía que ese solo podía ser uno de su compañía y toda vez que pasaba ante esa cruz rememoraba la lista de caídos.

Oyó rumor de pasos y divisó a Mike, que desprendiéndose de las penumbras venía hacia él.

—¡Hallo, Charlie! —dijo Mike indolente y preguntó—: ¿Conseguiste todo?

—Ajá —musitó Roland—; también traje whisky.

En realidad sólo iba en su busca para complacer a Mike. En los cinco años que habían transcurrido desde aquel febrero de 1945, Mike había aprendido bastante bien el alemán, pero su acento americano habría llamado la atención si se hubiese atrevido a bajar a la aldea. Había pertenecido a aquel cuerpo de combate del ejército de Bradlep que defendió el sector "Hombre negro" de la ofensiva de Rundstedt.

—Bien —dijo Mike—. ¿Obtuviste algo más?—. Roland movió la cabeza. Meditó sobre su conversación con el señor párroco de Brandscheid.

—Redímanos usted, señor párroco —le había suplicado al religioso, como lo hacía toda vez que lo visitaba. Pero cuando Roland aludía a este tema, se enfurecía.

—Usted está loco —decía—. ¡Déjeme en paz con sus alucinaciones! Todos los que permanecen mucho tiempo allá arriba acaban por perder el juicio —añadía farfullando.

—¿Por qué no denuncia el caso ante la superioridad? —lo apremiaba Roland—. ¡Consulte a la sede arzobispal de Tréveris!

Como siempre, el sacerdote se había rehusado.

—Esas no son cosas mías. Después de cada misa rezo tres padrenuestros por usted. Es todo cuanto puedo hacer.

De esta manera el señor párroco de Brandscheid se desentendía del asunto. Ya era un anciano y sospechaba no sin razón que le darían el retiro inmediato si se presentaba en Tréveris con la historia de Roland. Pero al mismo tiempo había tenido miedo. Roland lo había visto llamear en sus ojos.

Sintió la desesperanza de Mike. Juntos abandonaron la calle y cruzaron el terreno cenagoso. En las hoyas abiertas por las bombas había agua, en sus bordes crecía el lino silvestre. Reflejos fosforescentes poblaban la oscuridad. El letrero con la leyenda "¡Cuidado, minas!" y la palabra francesa "danger" había sido derribado hacía mucho y se estaba descomponiendo en el terreno putrefacto. A través de la arboleda muerta se dirigieron hacia el negro muro del bosque. Sobre ellos se cernía un cielo nocturnal gris plomizo y las nubes que se deslizaban desde el lado belga habían ocultado la luna.

Bajo los pinos que se levantaban a orillas del bosque tropezaron con el primer esqueleto. La calavera se destacaba con su resplandor blancuzco en medio del terreno musgoso. El uniforme ya estaba completamente podrido. Roland se arrodilló y palpó la cruz de hierro que el tiempo había

cubierto de herrumbre. Debajo del cráneo halló la libreta del soldado envuelta en hule y la hojeó. Él mismo la había envuelto con esa tela para que el caído pudiera ser identificado cuando lo hallaran. Encendió la linterna y contempló por milésima vez su propio rostro. Así había sido doce años atrás, cuando lo llamaron bajo bandera. "Karl Roland", decía al pie de la foto, y en la columna correspondiente a la ocupación civil, "estudiante".

Apagó la linterna y se incorporó. Mudo y sombrío, Mike se erguía a su lado con la mirada fija en las tinieblas del pinar. Allá dentro yacía Mike.

—¿De modo que no quiere darnos sepultura? —inquirió Mike abandonando sus lúgubres cavilaciones. Roland se encogió de hombros.

—Quizá nos crea dementes inofensivos —respondió—, y tal vez tenga miedo. Sin duda tiene miedo.

Cuando llegaron a la casamata le comentó a Mike:

—Ya nadie cree en espíritus.

Como casi todas las noches, jugaron un par de horas al diecisiete y cuatro y bebieron whisky en pequeños sorbos antes de acostarse.

(Trad. María A. Gregor.)

DE LA INFANCIA DEL PROFESOR

"De la infancia del profesor" es un episodio, completo en sí mismo, de una nueva novela de Ernst Augustin, la tercera suya después de *La cabeza* (1961) y *La casa de baños* (1963), y cuyo tema serán tres carreras: la de un financista, la de un general y la de un profesor de medicina. Ernst Augustin, que actualmente vive en Munich como neurólogo, leyó este trozo en la reunión del Grupo 47, en Princeton.

El patio es estrecho, muy alto, una rendija marrón, en la que Heino Burke corre tras Plünnen Deckermann; Gido Raps tras Berte Kloose. Yo mismo no puedo participar del juego, porque no corro lo suficientemente rápido y tengo mi puesto frente al lavadero, donde todos pasan alguna vez: allí deben mostrarme luego sus emparedados, y si alguien tiene queso en ellos, *casem sequam*, debe arrojarlo de inmediato, lo que tiene especial validez para el queso viejo, que es de lo más fuerte en el verano. O salchichón. Éste deben mostrármelo por separado, porque a menudo está seco. Pero la carne seca hay que evitarla del todo en el verano, porque los animales se envenenan por dentro cuando tienen sed y no pueden beber.

¡Y tampoco tomen leche, digo, que no soportáis y que se agria en el estómago! Pero no oyen, probablemente yo mismo me trate en forma completamente equivocada. Tengo ahora once años y engordo horriblemente, mi peso es casi el de Heino Burke y Plünnen Deckermann juntos; pero éstos corren endemoniadamente rápido, de modo que apenas si puedo echar mano de alguien, como a Herbert Behm, que tuvo constipación, o como Asse Toblacken. Porque en esos casos hay que frotar la barriga para que el alimento se distribuya mejor, y muchos (los que se rascaron lo suficiente) volvieron a engordar rápidamente.

En lugar de eso, saltan en el patio como gorriones. Finos y sutiles, gritan: socorro, viene el doctor Schnabel. Eso es correcto, yo paso como el doctor Schnabel, temido por su rudeza, que lleva consigo tijeras, cu-

chillo, tenazas y un trozo de manguera de goma. Ricino para los cólicos. Trementina para los ojos, fortalece la cabeza, disipa el flato y aligera el intestino. Que finalmente fue serruchado entre dos tablas por un diagnóstico errado. De ahí la amargura en la voz del médico, la melancolía y la obesidad que lo obliga a esperar hasta que pase alguien, hasta que por fin alguien tenga que ir al baño. Dijo Fabrizio Zoli: La medicina es un edificio con sus espejos y relojes cubiertos con un velo; quien allí entre puede ser esperado de regreso, pero no debe ser esperado de regreso. La salida no está iluminada.

Pero a principios de la tarde, cuando el sol abandona justamente el patio, echo mano de Stani Peukert. Eso él no lo esperaba. Corre, delgado como un cordel, por ahí, porque justamente tiene que hacer sus necesidades y grita: socorro, doctor Schnabel, pero el baño está muy favorablemente situado junto al lavadero, y al fin lo tengo en mis manos, cuando el patio ya está sombreado.

Chilla: Estoy sano. Suéltame.

Eso es ridículo, si de eso se trata, precisamente. De que la enfermedad llega volviendo la cara, y nadie nota cuándo es el momento. Por eso debo insistir en que Stani entre aquí, bien al centro de la sala, donde resulta accesible desde todas partes, quiera o no. Mientras que los niños se agolpan ante la ventana para ver lo que hago con él. Bien. Primeramente me hago mostrar la lengua, que está seca, y afuera gritan: ahora ya berrea. Pero en definitiva no puedo prohibirles que miren por la ventana: Fabrizio Zoli, que fue ajusticiado en Florencia en 130, dijo una vez que le ofrecen a uno mil consejos de regalo, y todos son absurdos; por un diagnóstico erróneo fue colocado entre dos tablas y serruchado.

¿Qué quieres hacer? pregunta Stani.

Ver si tienes un hidrocele, digo afirmativamente.

Stani tiene que desvestirse, pues; es un muchacho delgado como un madero. Bueno, digo, no parece tener un hidrocele, y lo palpo; en mi opinión gime demasiado fuerte. Lamentablemente sólo dispongo de este lavadero, en el que los espejos y los relojes están velados, y quien espere aquí una gran ciencia se verá defraudado, pese a que a todo el mundo debe admitir:

Que en este instante

y en este lugar

no hay otra posibilidad de ayudar a Stani Peukert. Y eso terminará por comprenderlo él mismo. Stani, digo tranquilo (y ahora también él está completamente tranquilo), ¿puedes decirme qué comísteis en el almuerzo?

Carne, dice Stani Peukert.

¿De cuál...?

Carne de cerdo.

Pregunto: ¿Conoces la historia de Galeno y la carne dulce? Y le cuento: Galeno comió una vez en la hostería una sopa con carne dulce, y no tuvo sospechas hasta que encontró en la olla la parte delantera de un dedo. Entonces Stani se incorpora.

Acuéstate, Stani, cuando te aprieto aquí. Sí, grita Stani. No, digo yo, cuando aprieto aquí, ¿duele? Sí, grita. —Y en lo sucesivo, ¿siempre vendrás a tiempo cuando hayas comido algo que no debes? —¡Sí sí! — A saber, ¿qué?

Todavía no lo sabe.

¡Carne de cerdo!, grito, no debes comer carne de cerdo, porque es demasiado semejante a la carne humana, como lo ha demostrado este ejemplo. Entonces se incorpora de un salto y corre hacia la puerta.

¡Ah, digo yo, quieres venir aquí!

Le digo: Si te escapas no puedo ayudarte, eso lo comprendes.

Son cerca de las tres. En el patio, la sombra asciende lentamente. Como un espejo líquido. He reflexionado detenidamente sobre el caso, y en ese momento considero indicada una enema. Hoy por hoy, en cualquier oportunidad se inyectan papilla de avenas, manteca, jabón, y hasta cerebro de ternero y caldo de gallina (se considera al Zancudo como el inventor). Pero eso nada quiere decir acerca del valor del procedimiento: cuando considero llegado el momento me gusta inyectar de dos a tres litros de agua —espanto con la jeringa a los niños que están en la ventana— e inyecto la cantidad de líquido que considero correcta en el pequeño y rosado asunto de Stani. Le sienta bien. A las tres existe aquí el mejor ambiente en el patio, totalmente tranquilo, de color anacarado al sol, pero que aquí abajo ya va hacia el negruzco, y si se vertiera plomo en el patio se obtendría una columna pentagonal algo chata.

Preparo ahora una medicina para Stani Peukert, *flores sulphures*, la flor de azufre, que es buena para el temblor del corazón, para el estrechamiento de la coronaria, y también para la fiebre, la caída del cabello (si se frota con ella la parte calva), y si se la da a los pájaros descende la fiebre. Le digo: Ahora traga, Stani, te hará bien, con esto obtengo los mejores resultados.

En cambio él, decúbito dorsal: ¿Qué es eso? —Una píldora, digo, ves, un ratoncito liso y redondo, y ya se lo metí en la boca; está tan asombrado que de inmediato le baja por la garganta. Pero después afirma que se siente mal; eso es absurdo.

Media hora después aparece Winfried Selbach, el chico alto y callado, hijo de padres ricos; detrás de él hay dos más parados junto a la puerta. Son las cuatro, la hora en que el espejo líquido ha ascendido hasta el techo. Me sorprende, digo, que ustedes vengan por sí solos.

Hemos visto todo.

¿Ah, sí?, me sorprende, qué habrán visto.

Lo que haces con Stani Peukert.

¡Ajá!

Si ya está muy enfermo, grita Winfried Selbach, se puede ver cómo sufre. Y se acerca al pobre Stani para sacarlo del catre, y después afirma que ahora se siente mal.

¡Ajá! digo, ¿y qué tratamiento es el correcto, en vuestra opinión, si puedo preguntar? Ya que vieron todo y también comprendieron todo, como supongo. Y que también pueden juzgar todo. ¿Cómo se hace?

Y cuál es la mejor manera de maltratar al médico que se afana por el paciente. Pero luego me adelanto y señalo con el dedo a Winfried Selbach, y trueno: Como a Fabrizio Zoli.

¿Todavía pregunta a quién?

¡Fabrizio Zoli, el descubridor de las válvulas venosas, vuestras válvulas venosas! ¿Cómo maltrataron a ese!

Y bueno, dice Winfried Selbach.

Ya no lo saben: lo pusieron entre dos tablas y lo serrucharon. Y Rayer de Graaf. ¿Quién? Sí, se murió de pena —sí, es ridículo— de pena, por mortificaciones inmerecidas. Se trata de disputas acerca de la competencia respecto de los órganos genitales, sí, pero eso después de haber descubierto los folículos de Graaf.

¡Vuestros folículos de Graaf!

Bueno, digo muy tranquilo, ¿qué tienen para proponer, Nada, no tienen nada que proponer.

Cuando el hombre está enfermo, explico, hay que hacer el favor de dejarlo en paz, pero muy especialmente cuando tiene fiebre y el cuerpo está como una sartén en el fuego. ¿Qué les parece, exclamo, cómo está de ánimo?: la fiebre sube, pero ¿hacia adónde? A la cabeza, naturalmente, grábense eso: el cerebro es el zar de nuestro cuerpo; un solo movimiento en falso, y el hombre tartamudea: un golpe en la cabeza, y el paciente pierde el habla.

Yo no tartamudeo, dice Stani.

No, lo tranquilizo, de eso ni hablar. Y tampoco hay disputas acerca de competencia (no hay mortificaciones inmerecidas). Ahora sólo importa cómo puede ayudársele. Yo digo: Mírame, cuando los tres se han ido por

fin, mírame el dedo, y no sé, ahora el muchacho ya no me gusta nada. Le digo: Acércate, tiene manchas en la cara, totalmente gris, y huele curiosamente a constipado. Le pregunto: ¿Qué te pasa, tienes que orinar? Pero entonces comienza a llorar, pobre tipo, ya pasó la enema, ya pasó la píldora, y ahora se podría ir. Pero no en ese estado. —Sí. —Le digo—: ¡Stani! Ahora ya no me gustas nada, mejor tomas otra vez la medicina, ¿eh? ¡Stani! *Sulphures flores*, flor de azufre: cabeza dividida, viento fortalecido. ¿Eh? Bueno, por lo menos se ríe. Pero no se ríe nada, se larga a berrear, le digo: Pero ahora haz un esfuerzo, Stani, haz el favor de tragar esto.

Y después todo vuelve a refluirle por boca y nariz, y se abandona de veras.

Le ordeno (de otro modo no va): ¡Abre la boca!

Traga. Baja todo.

Y yo espero.

Stani, manchado.

¿Y?

Inanimado.

¿Está en el estómago (que está como una sartén en el fuego)?

Asiente.

Pero después se me desmayó. Se me desliza, simplemente, y me sume en el error. Se puede preguntar: Tomó demasiada flor de azufre o demasiado poca. O tomó *flor de azufre*. Responde: La medicina es un edificio sin iluminar, y quien espera aquí la ciencia puede ser desilusionado, no necesita ser desilusionado, mi pregunta reza sólo: Cómo entonces y de qué manera se podía ayudar *si no* a Stani Peukert.

De eso se trata. Hasta médicos tan importantes como Fabrizio Zoli tienen sus errores: Zoli era olvidadizo, se equivocaba en la dosificación, dos veces embarazó a pacientes. Franco Barthelmi era degenerado, Ullrich Menge rivalizaba en chupar con sus pacientes, y el célebre Jakob Sulfert era tan avaro que en el invierno jugaba a la pelota para economizar leña, o llevaba los muebles escaleras arriba y abajo. Y cuando agonizaba se dice que se incorporó de un salto para ponerse las botas, el Sylvius con botas. ¿Qué se espera de mí?

Imagínese, una vez se me desliza un error, una vez se me desmaya alguien, entonces en seguida se dice: ¿Qué pasa? ¿Qué hizo el médico para que pudiera pasar algo así? Por favor, he tratado a Stani Peukert absolutamente *rite*, en el caso de aparic. repent. del conoc. pienso de inmediato en fricciones de alcohol, con las que tengo las mejores experiencias: la cara y los pies, todo el cuerpo, en lo posible con un género limpio, o por

mí con nafta, si se la tiene justamente a mano. Pero, demonios, no a plena luz, todavía digo: ¡fuera con esa vela, o quieren que el paciente arda como una marcha! Ahí despertó. De repente está bien y mira con vivacidad hacia todos lados. La sangre circula, la respiración anda, el ojo.

Y yo digo amablemente: Y, Stani, ¿nos sentimos otra vez mejor, eh?

Entonces ya bajó del catre y salió por la puerta y cruzó el patio en dos saltos. Hacia las cinco de la tarde. El patio ya está crepuscular, arriba hay un par de airoas chimeneas, y yo también alguna vez puedo terminar antes. Bueno, pienso, listo, a ese ya no lo llamo de nuevo: el que no quiere, que lo deje.

Lo traemos de vuelta, grita Winfried Selbach desde los portabicicletas, donde empotraron a Stani. Son las cinco y ya está anochecido.

Bueno, tráiganlo. Naturalmente, veo a primera vista que no se halla en buen estado: no dice ni una palabra, tampoco vomita, no orina, sólo huele algo constipado y yace como una piedra sobre el catre.

¿Por qué no dices nada?, pregunto.

¿No puedes hablar?

Menea la cabeza. Sí.

Están parados frente a la ventana para ver qué hago con Stani Peukert, y admito que estoy algo fastidiado. El pulso es blando, rápido, cede ampliamente. La tapa del vientre blanda y nudosa, el pulso flojo. Paciente inquieto. Digo: Dar grandes saltos y después quedar tirado en el catre como un muerto, eso puede enojarme de veras. Pero está inquieto y dice tonterías: Déjenme ir al baño en seguida, que tengo una cosa detenida, o algo así. Yo digo: Stani, qué tonterías estás diciendo, no me hagas enojar. El pulso está acelerado, blando como manteca, tibio. La pared del vientre dura, curiosamente aguzada, todo lo demás está en orden. Le di nuevamente de la medicina, *sulphures flores*. ¡Vamos, Stani!

Ahora no dice nada, cede notablemente, pulso filiforme, pero por lo demás bastante bien. Uno puede engañarse. Al comienzo de su carrera el médico tiende a una injustificada seguridad, que pronto cede terreno a una justificada inseguridad. Pero en realidad no encuentro tan mal a Stani, quizás un poco falto de tensión, un poco constipado.

A las seis y media llega el momento en que todos los niños deben subir —entre dos paredes refractarias se halla el frente iluminado de las cocinas, once ventanas superpuestas—, y espero que hasta entonces mi paciente esté más o menos levantado. Llaman a cenar a Winfried Selbach. Después de él, a Rigi Weber, todavía tenemos tiempo: el pulso no muy tenue, la pared del vientre cede, no está blanda, el corazón satisfactorio.

Llaman a Kulle Karsow y a Heino Burke. Después a mí mismo.

Voy. Mamá grita: ¡Ven ya mismo! Aparentemente no me oyó: voy en seguida, en este momento todavía tengo muchísimo que hacer. Lllaman a Dolli Heiden y a Plünnen Deckermann. Después de un breve rato a Karlchen Spenzer. Se van Walter Kloose y Gido Raps, después todavía Berte Kloose, y justamente ahora mi paciente se me desmaya.

No sé, miro justamente su vientre, que trabaja con toda regularidad, y todo está en orden, y de repente se me desmorona, pienso, epa, despacio, y todavía hablo con él. ¡Ahora nos va mejor, eh Stani! y quiero ayudar al muchacho a bajar del catre porque en seguida tiene que ir a cenar, cido por completo. Grito: ¡Ahora, rápido! Esto da la impresión de que se lo esperaba.

Totalmente incoloro.

Completamente blanco. El vientre en forma de bote. Pulso desaparecido por completo. Grito: ¡Ahora, rápido! Esto da la impresión de que se me quiere ir. Una sangría, rápido, grito, y cada cual toma parte, se ata un delantal, va a buscar un balde de agua, uno sostiene el brazo, otro presiona la pierna hacia abajo para que pueda salir la sangre... no, lamentablemente me equivoqué por completo, porque apenas me doy vuelta toda la banda ya ha desaparecido, tienen que subir justo en este instante porque la cena está lista.

Y yo.

Estoy aquí con mi sangría. Estoy obligado a proceder solo: hundir en la vena azul, que siempre se escapa, que hay que asir fuertemente. Cuando nadie me asiste, la luz es mala y las condiciones desfavorables en el lavadero, y afuera llama la señora Peukert. Entonces abro, completamente solo, como corresponde, la vena en la profundidad de la curvatura del codo. Cuánto fluye.

No soy un héroe. Pero todo lo que se acumuló durante los días de la enfermedad. Y se abre camino finalmente, pura sangre estancada, un mero y negro río estancado, demonios. Y el paciente, inmediatamente en mejor estado, abre los ojos y sonrío. Le digo: ¿Y, Stani, nos sentimos mejor, ahora? Sí.

Con toda seguridad dijo que sí.

Está oscuro, ante la ventana hay un caño gris, pero me alcanza la luz de las cocinas de enfrente para comprobar que el muchacho está trabajando nuevamente en forma regular, nuevamente fuerte como un puño, hasta ahí puedo asegurarlo, y a la señora Peukert, que llama desde arriba y que interfiere con la cena, le aseguro: Stani vendrá en seguida, aunque no podría jurar que me oyó, ya que en este momento estoy haciendo todo lo humanamente posible. Para no hacerme reproches después. Le doy al-

canfor, tártaro emético, ricino, trementina, todo. Administro rodillos, compresas, paños fríos, y no creo que haya quedado nada sin probar. Masajes. Le dí. Respiración artificial, todo.

También una botella de tónico cardíaco de la farmacia.

Hacia las nueve muere mi paciente. Ha cesado de trabajar, su corazón está quieto, no hay nada que hacer. Los diversos órganos mueren en un determinado orden, bastante regular, el frío asciende desde abajo, los ojos mortecinos, las sienes hundidas (según Hipócrates, un último sollozo). Un adolescente con la antorcha hundida.

Pero puedo asegurar que se hizo todo, pero todo lo humanamente posible. El chico era sólo una línea.

Supongo que fue el corazón.

(Trad. León Mames.)

C A M P O S

queríamos una vez un domingo en setiembre—: pero un domingo así no lo tienes todos los días no son como este domingo: incluso puedes decir que ningún domingo eso es así como una vez en setiembre antes de los días polacos, cuando temblorosamente blanco el aire y siempre el temblor en la fosa gástrica: ¿por qué se va el verano? ¿y un domingo así es el último del verano, seguro? ¿sabes? ¿pero sabes de veras y prestas atención cada vez que empiezo desde ese domingo de setiembre, que hoy no es, o es? o qué crees en todo el verano queríamos una vez ir Rin abajo en un domingo así a Zons y vuelta tresssesenta una sola vez al año en setiembre corre el verano así dices tú y yo sólo pienso en setiembre y lo que luego blanquea el aire, ¡y temblando sí, inquieto también en la fosa gástrica: eso viene del pánico a fines del verano que acaba de no ser ¿no es cierto? no. ¿no? puedes decir que todo domingo es fin del verano pero esto no es así, porque así es en un domingo así no se olvida el setiembre en el año de la cruzada el verano era justamente interminable en la playa frisona se tostaban las rubias y rodaban en la arena nosotros veloces como el viento y corríamos tenaces como el cuero de las botas del centinela de guardia en el mirador hacia piquera y cielo y rastros blancos a leer aprendimos allí gremialmente bajo conducción y nos llamábamos la esperanza de la conducción depositaba en nosotros allí reposaba profundamente su ojo sobre nosotros temblaba allí gremialmente la fosa gástrica y nos cavaba la ira de las fosas cavamos recién después el cielo estaba nuevamente blanco del humo de la patria y de las nubecitas blancas de la defensa de los blancos vuelos en círculo en ese aire tembloroso de setiembre sobre la playa, miras al cielo: ¿y ves el vuelo de maniobras en el cielo? no imposible dejar de verlo: lo que blanquea el cielo nuevamente el domingo de setiembre cuando en camino al barco a Zons,

	sólo una vez		en el viento
	con	banderitas	
agitamos		¡heil!	gritan gavi-
tas	plateadas		y Zitsch

y balanceo
reluciente

salpica
de olas

pasan nubecitas

profundamente

aúllan

en el chasquido el blanco

aire desgarrado lleno de maniobras y recuerdo a aire blanco restallante, sabes: así es ese domingo fue en el setiembre polaco lleno de terror y de miedo infantil y mira al cielo: lo que blanquea al cielo desgarradoramente y atemoriza como otrora cuando en el viento los altoparlantes plenos de fanfarrias victoriosas, ¡no! nunca ahora en el año con barco a Zons en setiembre en un domingo así Rin abajo Rin arriba para festejar el domingo tan pacíficamente con banderitas y alegre en el cantar hasta cansado ebrio luego a casa: no no cualquiera solo como ese domingo fue en setiembre no

todavía en el Niesel, qué hacer, sentado sobre el banco puesto por el municipio lleno de estercolado por esas palomas de iglesia para quedarse en el movimiento de trompo del tránsito descansadamente, como a la izquierda ese amigo del vermut en su paraíso de aguardiente ordinario y a la derecha esa redonda madamita cómodamente solo por un minutito, y además el solaz chorrear de la fuentecita de fraternal mano maestra para las palomas católicas hasta la carburación; pero alrededor de mi rostro revolotea la redonda, pone en la fachada el cartel de dirección de tránsito, salta entre las ventanas Hotel Excelsior Ernst y cae por el abismo hacia la plaza del ferrocarril, sube trepando saltando con el lado occidental catedral y cae en la verde colina suicida entre peregrinos turísticos de picnic; rostro en la veta de rostros, detrás, por encima entremedio entre ellos, que donde queda y anda nuevamente

para la fiesta de medianoche el 1 de febrero de 1926 en hora histórica mundial, de ello se informó en Diario de Colonia: Cuando sonó la hora de medianoche, un burbujeo y un profundo movimiento atravesaron la muchedumbre humana, la campana de San Pedro, la Campana Alemana del Rin, repicó con pesados y potentes golpes iniciando la solemne manifestación. En dos gigantescos candelabros, levantados a ambos flancos de la escalinata de la catedral, poderosos fuegos ardían hacia el cielo, un cuadro que permanecerá inolvidable para todo aquel que lo haya contemplado. Profundamente conmovidos, los espectadores guardaron silencio. Luego, el intendente doctor Adenauer se acercó al estrado de orador y, con medulosas palabras, pronunció una alocución que, propagada a través de altoparlantes, podía comprenderse muy bien en la plaza:

“¡Ha llegado la hora tan ardorosamente, tan fervorosamente anhelada, ha comenzado el día de la libertad! Nuestros corazones vuelan ascendiendo hacia Dios Todopoderoso. ¡Gracias a él, que nos ha llevado a través de las penurias y el peligro! ¡Estamos nuevamente unidos con nuestro Estado, nuestro pueblo, nuestra patria, unidos y libres después de muchos años de separación y de esclavitud! En las penurias soportadas en común, superadas en común, surge la camaradería más fiel. Vosotros, conciudadanos alemanes de los territorios aún ocupados, habéis estado con nosotros hombro con hombro. ¡A vosotros, que aún echáis de menos la libertad, os saludamos en esta hora con amor y fidelidad! Hemos debido tolerar pesadamente el duro puño del vencedor en siete largos años. Hoy, en esta hora solemne, callémoslo; sí, queremos ser justos, a pesar de lo mucho que nos ha sucedido, queremos reconocer que el difunto adversario hizo empeñar el juego justiciero en el terreno político. Esperemos que nuestro período de sufrimientos no haya sido en vano, y que de ahora en más un nuevo espíritu ingrese a los pueblos de Europa. ¡Los fundamentos del derecho y de la moral que rigen para la relación de los individuos entre sí, que declaran a cada hombre libre e igual y con igualdad de derechos, también deben alcanzar validez en la realidad, no sólo en las palabras, para la sociedad de los pueblos! ¡Hermanos, hermanas! Hablamos la misma lengua, amamos a la misma patria. Ricos o pobres, de izquierda o de derecha, los sentimientos más íntimos y profundos, los más humanitarios nos son comunes a todos. Hemos sufrido penurias comunes, hemos experimentado qué es la comunidad de destinos. Si ahora nos quitan ese peso, si ahora salimos hacia la libertad, ¡no lo olvidemos jamás! Esta plaza fue consagrada otrora mediante estas palabras: “Que las puertas de esta catedral se conviertan en el más hermoso triunfo del espíritu de la unidad y el poder alemán.” En esta plaza consagrada estuvieron las tropas extranjeras; ¡consagrémosla de nuevo! Un símbolo de la unión y la unidad alemanas es nuestra catedral, como dedos en un juramento se alzan sus poderosas torres en el cielo nocturno. ¡Vamos! ¡Alcemos también nosotros la mano para el juramento! ¡Y todos vosotros en las provincias alemanas, que estáis con nosotros en espíritu, jurad con nosotros! ¡Juremos unidad, fidelidad al pueblo, amor a la patria! Exclamad conmigo: Alemania, patria amada, ¡viva!, ¡viva!, ¡viva!

(Trad. León Mames.)

VUELVEN LOS LOBOS

A partir de la Revolución, la aldea había sido bautizada con el nombre Krasno Sheri. Distaba cincuenta verstas de la ciudad más próxima, la rodeaban grandes bosques y una carretera la recorría de oeste a este.

El starosta * de Krasno Sheri iba en busca de siete prisioneros al campamento de la ciudad. Iba en su carro de dos ruedas, tirado por un caballo sudoroso. Sostenía entre sus rodillas un fusil de cañón largo y mira herrumbrosa. En el cajón, detrás del asiento, llevaba la bolsa de vituallas de los prisioneros, llena de pan, sal, maíz triturado, cebollas y pescado seco.

Los prisioneros caminaban a derecha e izquierda de la franja comprendida entre la huella de cada rueda y el borde de los campos. Al desembocar la carretera en el primer bosque, el starosta bajó del carro, ató las riendas en el respaldo del asiento y siguió a pie detrás de los prisioneros.

Caminaban al ritmo del paso del caballo. Todos los cautivos caminaban lentamente. Llevaban las cabezas gachas, sólo uno la tenía erguida y la movía de aquí para allá con curiosidad y desconfianza.

"Tengo un fusil" pensaba el starosta. "Ellos no tienen fusil, mi fusil por cierto no está..."

El prisionero se detuvo. Dejó que se adelantaran tres de los que lo seguían hasta quedar a la altura del starosta.

—Buenos días —lo saludó.

Desde la primera guerra el starosta no había vuelto a ver a ningún alemán. Éstos eran distintos de los alemanes de entonces. Observó que el prisionero era joven. Tenía ojos celestes como el agua.

—¿Hay lobos en el bosque? —preguntó el prisionero.

—¿Lobos? —el starosta meditó acerca de la pregunta. Sí, era una pregunta natural—. ¿Lobos? Los hubo. Ahora ya no tenemos lobos. Los habéis ahuyentado con vuestra guerra. Los lobos han emigrado a Siberia.

* En los pueblos eslavos, el alcalde de una aldea.

Antes el bosque estaba infestado de lobos y nadie se hubiera atrevido a andar solo por este camino en invierno. Vi los últimos en el primer invierno de la guerra, cuando el tronar de los cañones llegaba desde Wyshni Volotchek.

—La guerra terminó hace cinco años —replicó el prisionero—. Hace tiempo que los lobos hubieran podido regresar.

—Que se queden donde están —observó el starosta—. En Siberia. Allí deben estar.

Los prisioneros y el starosta cruzaron a través de los bosques hasta el atardecer. A veces se interrumpían los bosques, aparecía entre ellos una pradera, una franja de tierra no cultivada, poblada de arbustos secos; luego continuaba el bosque, una formación hirsuta, desordenada, de árboles bajos, achaparrados y sotos exuberantes.

Cuando llegaron a Krasno Sheri las gentes salieron de sus casas y sombrías permanecieron de pie junto a las puertas. El starosta distribuyó a los prisioneros. Dejó uno en cada casa y se llevó a la suya al muchacho que había preguntado por los lobos y sabía hablar en ruso.

Sobre la mesa había una lámpara de aceite. A la luz de esa lámpara estaban sentados a la mesa un muchacho y una niña, ambos con las pupilas fijas en la puerta, en cuyo umbral esperaba el cautivo.

Una mujer traspuso la puerta de la estancia vecina.

—Se llama Maxim— informó el starosta, mientras se quitaba el abrigo de pieles.

El prisionero avanzó hacia los niños sentados a la mesa. Ante ellos había libros abiertos con letras manuscritas y figuras en huecograbado.

—¿Cómo os llamáis vosotros? —preguntó.

El muchacho se levantó de súbito, con un brusco movimiento de su mano arrojó el libro al suelo y dirigiéndose a un rincón del cuarto dio la espalda al desconocido.

La niña alzó la mirada y sonrió.

—¿Cómo te llamas?

—Julia —respondió.

—Julia, hermoso nombre —observó el prisionero.

—Él se llama Nicolai —agregó la niña.

La mujer dejó sobre la mesa el pan y dos escudillas colmadas de sopa. El starosta se sentó y el prisionero también. Soplaron sobre la cuchara antes de llevarla a la boca y luego comieron. La mujer permaneció de pie junto al hogar y de cuando en cuando hacía algún comentario acerca del trabajo, la comida, los vecinos, el tiempo.

El muchacho se acercó. Alzó el libro, se sentó a la mesa y comenzó a leer a media voz:

“¡Salve, padrecito de todos los niños, Vladimir Ilitch Lenin! ¡Salve, padrecito de los pequeños colonos, José Vissarionovitch Stalin!”

Sobre la cabeza del niño resplandecía el papel dorado que encuadraba al ángel de la Trinidad.

A la mañana siguiente los prisioneros, los campesinos de las granjas colectivas y las muchachas salieron al campo. Con la ayuda de su caballo y del arado el starosta roturó los terrones duros como vidrio. El agua de los surcos estaba congelada. La capa de hielo se resquebrajaba. Las papas estaban heladas. Las jóvenes y los prisioneros escondían sus manos en el hueco de las axilas y el aliento humeaba ante las bocas.

El sol se alzó por encima de los bosques, se desplazó por el diáfano cielo azul verdoso, vastamente extendido sobre el horizonte. Los cuervos dibujaban en él su desplumada escritura cirílica.

La aldea se levantaba en medio de los campos abiertos, rodeados de bosques. El camino hacia oriente tendía a través de ellos una delgada huella. Por el camino iban los niños, lejanos y pequeños, pero sus voces sonaban como tazas que se colocan sobre una bandeja.

—Van a la escuela —explicó una mujer al joven cautivo—. Detrás del bosque está Rossono. Rossono es más grande que Krasno Sheri.

—¿Julia y Nicolai van con ellos? —preguntó el prisionero.

—Sí, van con ellos —afirmó la mujer.

El prisionero los saludó con la mano. Los niños saludaron con la mano. Balanceaban sus atados de libros. Los niños llevaban gorras de piel y chaquetas de algodón, bajo las cuales no se podía reconocer quién era Julia y quién Nicolai. Todos agitaban las manos.

Cuando los niños regresaron por ese camino, el sol se ocultaba tras los bosques del oeste. Una gran parcela había sido cosechada, los sacos y cestos habían sido transportados y todos los que habían trabajado regresaron cansados, con el torso dolorido y caras frías, en espera de la estancia, el fuego y la sopa caliente.

De nuevo estaban los niños sentados a la mesa, detrás de los libros abiertos.

Julia dijo:

—Maxim, hemos visto la huella de un lobo.

—¿Qué habéis visto? —preguntó el starosta.

—Hemos visto una huella de lobo —confirmó Julia.

—¿Quién la vio?

—Primero la vio Spiridion, luego Catarina, luego yo, luego Nicolai.

—Yo la vi antes que tú —terció Nicolai.

—Habéis visto la huella de un conejo —dijo el starosta.

—No, era más grande —insistió Julia—. Eran profundos agujeros del tamaño de manzanas y en la parte anterior estaban las garras marcadas en la tierra.

—¿Cómo era la huella, Nicolai?

—Como la describe Julia. Como manzanas. Y también había garras.

—Tonterías —dijo el starosta—. Los lobos están en Siberia. Ahora vamos a comer.

Antes de que pudiera ser cosechado el último campo, nevó. El arado quedó encajado en la tierra congelada y los prisioneros convivieron con quienes les dieron alojamiento y meditaron.

Los niños estaban en la escuela. El starosta y su mujer se hallaban sentados a la mesa. El prisionero, de pie junto a la ventana, contemplaba el campo.

—Si continúa el frío mañana destilaremos sarmagonka. ¿Qué te parece, Maxim? —propuso el starosta.

—¿Por qué no?

—Bien, mañana haremos sarmagonka —convino el starosta.

—A mí no me gusta —observó la mujer.

—No es necesario que lo bebas —replicó el starosta—. A Maxim y a mí nos sabrá mejor.

De pronto, ante la ventana, sobre una colina apareció un animal, un animal flaco, de patas largas, cabeza abultada y ojos oblicuos; parecía un perro, pero no lo era.

—¡Allí!

Había tanto espanto y angustia en la exclamación del prisionero, que el starosta y su mujer se precipitaron hacia la ventana y alcanzaron a ver al animal volverse y desaparecer en los remolinos de nieve.

—Sí, es un lobo. Así parece. Los niños decían la verdad —afirmó el starosta.

—¡Y los niños vienen en camino! —exclamó la mujer.

—El lobo está aquí y los niños allá —observó el starosta.

Sin embargo, no convencía.

—¡Tenéis un fusil! ¿Por qué no salimos? —propuso el prisionero.

—Mi fusil...

—No está cargado —dijo la mujer.

El starosta dejó escapar una maldición.

—Un lobo nunca viene solo —insistió la mujer.

—No tengo municiones, Maxim —confesó el starosta—. En la ciudad no me las dieron, tampoco en el almacén, ni en el campamento. No quería que los prisioneros lo supieran.

—Entonces tomemos un hacha grande, una pequeña, una guadaña o palos.

—Tú no conoces a los lobos, Maxim, pero si deseas venir...

Caminaron por la carretera hacia el este y cuando llegaron a la elevación, advirtieron que no se habían puesto los abrigos.

El starosta respiraba con dificultad. En sus cejas, en su barba se quedaban prendidos los copos de nieve. Era un hombre viejo.

—Los niños ya debieran estar aquí —observó.

Siguieron avanzando. Todo era silencio, sólo se escuchaba el rumor de la nieve. A lo lejos se oyeron las voces de los niños.

El starosta llamó:

—¡Julia! ¡Nicolai!

El prisionero llamó:

—¡Julia! ¡Nicolai!

Luego los niños también llamaron.

El starosta y el prisionero apuraron el paso, los niños apuraron el paso. Como gallinas acosadas por un perro, revolotearon alborotados entre los dos hombres: Julia, Nicolai, Catarina, Ludmilla, Sina, Stepan, Alexander, Iván, Nikita y Spiridion, diez niños, todos vestidos con chaquetas de algodón y gorras de piel y en las manos ateridas el atadito de libros.

Hablaban todos a una de lobos en el bosque, leña quebrada, aullidos y una red de huellas en la nieve recién caída.

Mientras permanecían en el camino y hablaban el starosta, el prisionero y los niños, llegaron los lobos. Lo primero que vieron fue sus ojos, luces siniestras y peligrosas a través de la cortina de nieve. Adelantaban sus testas, las orejas enhiestas, una corona de pelos erizados en torno al cuello, los cuerpos hirsutos de color gris cemento y colas plumosas. Como una cuña irrumpieron del soto y se volcaron sobre los campos al norte de la carretera.

Los niños se tragaron la última palabra y se agolparon a espaldas de los hombres. El starosta alzó el hacha, el prisionero alzó la guadaña. El cuero cabelludo se puso tenso y las ideas se esfumaron.

Los lobos siguieron su carrera a lo largo de la carretera, una jauría muda, ondulante. Hilera tras hilera, lomo con lomo, sigilosamente, sobre las patas largas. Por cierto, detrás de esa manada venían otras, invisibles en el torbellino de la nieve, centenares de manadas. Algunas de las bestias pasaban tan cerca que podían distinguirse sus costillas, los huesos, los músculos, los tendones bajo la piel sarnosa y sus lenguas rojas, largas, que colgaban fuera de las bocas. El hambre los impulsaba, el hambre no les permitía ver la presa junto a la huella.

Del mismo modo entraron los ejércitos en las ciudades del enemigo, atravesando muros de silencio, de desprecio, de odio. Los seres humanos se ocultaban a su paso, apagaban las luces, contenían el aliento, cerraban los ojos y creían que sus corazones golpeaban contra la pared y que los de afuera oirían sus latidos irrumpirían a través de la puerta y dispararían a mansalva sus armas dentro de la habitación.

La oscuridad fue en aumento, pero aún no cesaba el desfilar del ejército de lobos. ¿Cuánto tiempo llevaban desfilando? ¿Cuántos eran? Horas. Todos los lobos de Siberia. Luego llegaron los últimos lobos, animales enfermos, viejos y cachorros a los que les costaba levantar las patas, y que trotaban a la zaga de la manada.

La noche envolvió al starosta, al prisionero y a los niños. Durante un largo tiempo no se atrevieron a apartarse unos de otros, ni a moverse, ni a hablar. El primero en romper el silencio fue el starosta.

—Vuelven los lobos. Husmean la paz.

(Trad. María A. Gregor.)

EL TIRADOR DE COSAS

Desde hace algunas semanas trato de no ponerme en contacto con gente que pudiera preguntarme acerca de mi oficio, porque si tuviera que nombrar realmente la actividad que ejerzo, me sentiría forzado a pronunciar una palabra que podría asustar a mis compatriotas. Por eso elijo el camino abstracto de poner mis confesiones por escrito.

Hace algunas semanas todavía hubiera estado dispuesto, en cualquier momento, a una confesión oral; casi me sentía impulsado a ello, me llamaba inventor, hombre de letras, en caso de necesidad, estudiante, en la emoción de la embriaguez inicial, genio ignorado. Me exponía al alegre prestigio que puede irradiar de un cuello gastado, recurría con naturalidad jactanciosa al crédito otorgado con reticencia por comerciantes desconfiados, que veían desaparecer en los bolsillos de mi sobretodo la margarina, el sucedáneo de café y el mal tabaco; me bañaba en la atmósfera del desaliño y bebía al desayuno, a mediodía y de noche la miel virgen de la bohemia: el hondo sentimiento de dicha de estar en desacuerdo con la sociedad.

Pero desde hace algunas semanas subo al tranvía cada mañana, alrededor de las 7.30, en la esquina de la calle Roon, muestro al guarda discretamente, como todos los demás, mi billete semanal, visto un ambo gris, una camisa verde y una corbata de tono verde, llevo mi pan del desayuno en una caja chata de aluminio, y en la mano, el diario de la mañana arrollado como una ligera cachiporra. Presento el aspecto de un ciudadano que ha logrado escapar de la meditación. Después de la tercera parada, me pongo de pie para ceder mi asiento a una de las trabajadoras ancianas que suben en los hogares de emergencia. Después de haber sacrificado mi asiento a la compasión social, sigo leyendo el diario de parado y alzo de tanto en tanto la voz para zanjar una disputa cuando el enojo matinal hace injustos a mis contemporáneos; corrijo los errores políticos e históricos más groseros (como por ejemplo cuando aclaro a los pasajeros que entre la S. A. y la U. S. A. existe una indudable diferencia), y apenas alguien se pone entre los labios un cigarrillo, sostengo discretamente mi encendedor

debajo de su nariz y le enciendo con la pequeña, pero segura llama, el cigarrillo mañanero. Así completo la imagen de un ciudadano educado, que es lo suficientemente joven como para que pueda utilizarse a su respecto la calificación de "bien criado".

Evidentemente, he logrado colocarme con éxito aquella máscara que excluye cualquier pregunta relativa a mi actividad. Paso muy bien por un señor culto que comercia con cosas que están bien empaquetadas y huelen bien —café, té, especias—, o con pequeños objetos valiosos agradables a los ojos: joyas, relojes; por una persona que ejerce su oficio en un grato despacho anticuado, donde cuelgan de las paredes oscuros cuadros de antepasados comerciantes; por alguien que alrededor de las diez de la mañana telefonea a su esposa y es capaz de otorgar a su voz aparentemente desapasionada un matiz de ternura en el que pueden percibirse amor y preocupación. Como también participo de las bromas habituales, y no rehusó reírme cuando el empleado de la administración municipal grita cada mañana dentro del coche: "¡Cuiden de reforzarme el ala izquierda!"* (¿no era en realidad la derecha?) al llegar a la calle Schlieffen, y como tampoco niego mi comentario sobre los acontecimientos del día o los resultados de la lotería, estoy considerado como alguien que, según lo acredita la calidad del traje, si bien goza de una buena posición, arraiga sin embargo profundamente su sentimiento de la vida en los fundamentos de la democracia. La atmósfera de la integridad me envuelve como el ataúd de cristal encerraba a Blancanieves.

Cuando un camión a punto de pasarnos sirve por un momento de fondo a la ventana del tranvía, controlo la expresión de mi rostro; ¿no está acaso demasiado, casi dolorosamente pensativo? Con diligencia borro el resto de cavilación, y trato de dar a mi semblante la expresión que debe tener: ni reservado ni familiar, ni superficial ni profundo.

Me parece que mi disfraz ha tenido éxito, pues cuando bajo en el Marienplatz y me pierdo en la confusión de la ciudad vieja, donde hay bastantes negocios agradables y anticuados, bufetes de notarios y discretas oficinas, nadie sospecha que entro por una puerta trasera al edificio de la "Ubia", que puede enorgullecerse de dar pan a trescientas cincuenta personas y de haber asegurado la vida de otras cuatrocientas mil. El conserje me recibe en la entrada de servicio, me sonríe, paso de largo, bajo al sótano y comienzo mi tarea, que debe concluir a las 8.30, cuando los empleados afluyen a las oficinas. La actividad que desarrollo por la mañana

* Frase del general von Schlieffen, autor del plan de operaciones militares para el supuesto caso de una guerra entre Francia y Alemania.

en el sótano de esta firma honorable, entre las 8.00 y las 8.30, sirve exclusivamente a la destrucción. Tiro cosas.

Años enteros he empleado en inventar mi profesión, en hacerla comprensible mediante cálculos; escribí ensayos; representaciones gráficas cubrían —y cubren aún— las paredes de mi casa. He trepado por abscisas y ordenadas durante años. He degustado teorías y he disfrutado el helado éxtasis de poder resolver las fórmulas. Sin embargo, desde que en la práctica de mi oficio he visto cumplidas mis teorías, me llena la misma pena que al general obligado a descender desde las alturas de la estrategia a las bajezas de la táctica.

Entro en mi lugar de trabajo, me cambio el saco por un guardapolvo gris, y pongo manos a la obra sin dilación. Abro las sacas postales que el conserje ha traído del correo en las primeras horas de la mañana, las vacío en dos bandejas de madera que, trazadas de acuerdo con mis proyectos, cuelgan de la pared a derecha e izquierda, sobre mi mesa de trabajo. Así, casi como un nadador, no necesito más que estirar las manos y comienzo, presuroso, a clasificar la correspondencia. Primero separo los impresos de las cartas, mera tarea de rutina, para la que es suficiente un vistazo al franqueo. El conocimiento de las tarifas postales me ahorra en esta tarea consideraciones de tipo cambiario. Entrenado por largos años de experiencia, he realizado este trabajo en el curso de media hora. Son las ocho y media: escucho sobre mi cabeza los pasos de los empleados que afluyen a las oficinas. Llamo con el timbre al conserje, que lleva las cartas clasificadas a las distintas secciones. Siempre me entristece ver cómo el conserje lleva, en un canasto metálico del tamaño de una mochila de escolar, lo que resta del contenido de tres sacas postales. Podría triunfar, porque la justificación de mi teoría de tirar cosas ha sido durante años el objeto de mis estudios privados; pero, curiosamente, no triunfo. Haber tenido razón no siempre constituye una causa para ser feliz.

Cuando el conserje se ha ido, queda todavía el trabajo de revisar la gran montaña de impresos, por si se encuentra allí, disfrazada de carta mal franqueada, una factura remitida en calidad de impreso. Casi siempre esta tarea resulta superflua, porque la corrección en el tráfico postal es francamente abrumadora. Aquí debo conceder que mis cálculos no estaban justificados: había sobreestimado el número de los tramposos postales.

Raras veces una postal, una carta, una factura enviada como impreso han escapado a mi atención; alrededor de las nueve y media llamo al conserje, que lleva los objetos restantes de mi atenta investigación a las respectivas secciones. Ahora ha llegado el momento en que me es necesario un alimento ligero. La mujer del conserje trae mi café, saco el pan de la

caja chata de aluminio, desayuno y charlo con la mujer del conserje acerca de sus chicos. ¿Ha mejorado algo Alfred en aritmética? ¿Ha podido Gertrud corregir sus fallas en caligrafía? Alfred no ha mejorado en aritmética, mientras que Gertrud pudo superar sus faltas en caligrafía. ¿Han madurado debidamente los tomates, han engordado los conejos, y ha tenido éxito el experimento con los melones? Los tomates no maduraron debidamente, pero los conejos engordaron, mientras que el experimento con los melones es todavía dudoso. Problemas serios, cuestiones educativas, —si deben o no guardarse las papas en el sótano— si debe uno iniciar a los hijos en los temas sexuales o dejarse iniciar por ellos, merecen nuestra consideración apasionada.

Alrededor de las once la mujer del conserje me deja; la mayoría de las veces me pide algunos folletos de viaje; los colecciona, y esta pasión me hace sonreír, pues he conservado por ellos un recuerdo sentimental; de niño yo también coleccionaba folletos de viaje, que sacaba del canasto de papeles de mi padre. Ya desde temprano me intranquilizaba el hecho de que mi padre arrojaba al canasto, sin mirarla siquiera, la correspondencia que justamente acababa de recibir del cartero. Este antecedente ofendió mi congénita inclinación por la economía: aquí algo había sido proyectado, redactado, impreso, había sido puesto en un sobre, franqueado, había pasado por los misteriosos canales a través de los cuales el correo permite que la correspondencia llegue efectivamente a nuestra dirección, había sido embebido con el sudor del dibujante, del redactor, del linotipista, del aprendiz encargado del franqueo, había —en niveles distintos y con distintas tarifas— costado dinero; ¿todo esto para que, sin ser ni siquiera honrado con una sola mirada, finalizara en un cesto de papeles?

Ya a los once años de edad había tomado la costumbre, apenas mi padre se dirigía a sus tareas, de sacar del canasto de papeles lo allí arrojado, de contemplarlo, clasificarlo y guardarlo en un arcón que me servía de cajón de juguetes. De esta manera, ya a los doce años me hallaba en posesión de una magnífica colección de ofertas de vinos Riesling, poseía catálogos para la elaboración de miel artificial y de historia del arte; mi colección de folletos de viaje creció hasta convertirse en una enciclopedia geográfica. Dalmacia me era tan familiar como los fiordos de Noruega, Escocia tan cercana como Zakopane, los bosques de Bohemia me tranquilizaban así como las olas del Atlántico me inquietaban; me ofrecían bisagras, propiedades y botones, los partidos solicitaban mi voto, las fundaciones, mi dinero: las loterías me prometían riqueza, las sectas, pobreza. Dejo a la fantasía del lector que se imagine cuál era el aspecto de mi colección, cuando a los diecisiete años, en un repentino ataque de hastío, la ofrecí

a un anticuario, que me pagó por ella la cantidad de siete marcos y sesenta peniques.

Entretanto, habiendo arribado al bachillerato elemental, seguí las huellas de mi padre, y puse mi pie en el primer escalón de la escalera que lleva al servicio en la administración.

Por los siete marcos y sesenta peniques adquirí un legajo de papel milimetrado y tres lápices de colores, y mi intento de hacer pie en la carrera administrativa se convirtió en un rodeo doloroso, ya que en mí dormitaba un feliz tirador de cosas, en tanto que me exponía como un desdichado meritorio de la administración. Todo mi tiempo libre se volcaba en cálculos complicados. Cronómetro, lápiz, regla de cálculo, papel milimetrado, se convirtieron en los requisitos de mi manía; calculé cuánto tiempo exigía abrir un impreso de tamaño chico, mediano o grande, ilustrado o no, contemplarlo fugazmente, convencerse de su inutilidad, arrojarlo luego al canasto; un proceso que requiere un lapso mínimo de cinco segundos, y un máximo de veinticinco; si el impreso ejerce atracción por su texto o ilustraciones, pueden emplearse minutos, a veces cuartos de hora. También calculé el costo mínimo de la confección de los impresos, para lo cual hacía tramitaciones fingidas con diversas imprentas. De manera infatigable puse a prueba los resultados de mis investigaciones, las perfeccioné (sólo después de dos años advertí que debía incluirse en mis cálculos el tiempo que lleva a las mujeres que hacen limpieza vaciar los canastos de papeles); dirigí los resultados de mis investigaciones a empresas en las cuales se utilizaban diez, veinte, cien o más empleados, y llegué a conclusiones que un experto en economía hubiera considerado, sin vacilación, como alarmantes.

Obedeciendo a un impulso de lealtad, ofrecí primero mis conocimientos a mis jefes; y si bien había tomado en consideración la ingratitud, con todo me aterrorizó el tamaño de esa ingratitud. Fui acusado de negligencia en mis tareas, sospechoso de nihilismo, declarado loco y despedido; renuncié, con la aflicción de mis buenos padres, a la promisorio carrera, comencé otras, las interrumpí, abandoné el calor del hogar paterno, y comí —como ya dije—, el pan del genio ignorado. Padecí con mi descubrimiento la humillación de tener que vender, infructuosamente, baratijas por la calle, pasé cuatro años en la dichosa condición de la asocialidad, de un modo tan consecuente, que mi tarjeta, después de haber sido extensamente perforada con el signo de la alienación mental, fue marcada en el archivo central con la señal convenida para los asociales.

En vista de tales circunstancias, cualquiera podrá comprender cuán asustado estaba yo, hasta que por fin a alguien —el director de la *Ubia*— lo iluminó la evidencia de mis reflexiones; cuán profundamente me tocó

la humillación de llevar una corbata verdosamente coloreada, pero, con todo, debo seguir acompañado del disfraz, ya que tiemblo de ser descubierto. Angustiosamente trato, cuando me río del chiste de la calle Schlieffen, de otorgar a mi rostro la expresión debida, porque ninguna vanidad es mayor que la de los graciosos que pueblan de mañana los tranvías. A veces, temo también que el coche esté lleno de gente que el día anterior haya realizado un trabajo que yo destruiré a la mañana siguiente: tipógrafos, linotipistas, dibujantes, escritores que se emplean para redactar los textos de propaganda, gráficos, empaquetadoras, aprendices de los oficios más diversos. Desde las ocho hasta las ocho y media destruyo sin piedad los productos de honestas fábricas de papel, de dignas imprentas, de genios gráficos, los textos de autores dotados; papel de tornasol, papel satinado, huecograbados, todo lo ato sin el menor sentimentalismo, tal como viene de la bolsa postal, en paquetes manejables para el ropavejero. En el término de una hora destruyo el resultado de doscientas horas de trabajo, le ahorro a *Ubia* cien horas más, de modo que en total (aquí debo caer en mi propia jerga) obtengo un concentrado de 1:300. Cuando la mujer del conserje se ha retirado con la cafetera vacía y los prospectos de viaje, pongo punto final al trabajo. Me lavo las manos, cambio el guardapolvo por el saco, tomo el diario de la mañana y dejo, por la puerta trasera, el edificio de la *Ubia*. Paseo por la ciudad y medito acerca de cómo podría evadirme de la táctica y regresar a la estrategia. Lo que me entusiasmaba como fórmula me desilusiona al comprobar su fácil realización. Una estrategia de fácil ejecución puede ser cumplida por peones. Seguramente instalaré escuelas de tiradores de cosas. Quizás intentaré también introducir tiradores de cosas en las oficinas de correo, posiblemente en las imprentas; se podrían emplear energías, valores e inteligencias enormes, ahorrar franqueos; quizás podría llegarse tan lejos como para que los folletos fueran concebidos, dibujados, compuestos, pero ya no impresos. Todos estos problemas exigen todavía un estudio a fondo.

No obstante, el puro hecho de tirar las cosas del correo apenas me interesa; lo que aún puede perfeccionarse se deduce de la fórmula fundamental. Hace ya bastante tiempo me encuentro ocupado con cálculos concernientes al papel de envolver y al embalaje: aquí existen todavía terrenos baldíos, nada ha ocurrido aún, aquí todavía se trata de ahorrarle a la humanidad aquellas fatigas inútiles bajo las cuales gime. Diariamente se realizan miles de millones de movimientos para tirar cosas, se dilapidan energías que, si se pudieran aprovechar, bastarían para modificar la faz de la tierra. Así, resultaría importante poder ser admitido para experimentar en tiendas; ¿si fuera posible renunciar al embalaje, o bien ubicar junto al

mostrador de empaque a un tirador de cosas adiestrado que volviera a desempaquetar lo recién empaquetado, y que en seguida hiciera un paquete con el papel de envolver para el ropavejero? Estos son problemas que deben ser debidamente considerados. De todas maneras, me llamó la atención que en muchos negocios los clientes ruegan que no se les empaquete el objeto adquirido, a pesar de lo cual son obligados a dejarlo empaquetar. En las clínicas de enfermedades nerviosas se acumulan los casos de pacientes a quienes, al desempaquetar un frasco de perfume, una caja de bombones, o al abrir un cartón de cigarrillos, les sobrevino un ataque, y ahora estoy estudiando intensamente el caso de un joven de mi vecindad que comía el amargo pan de crítico literario, pero que temporariamente no podía desempeñar su profesión porque le resultaba imposible desatar el hilo de alambre que envolvía los paquetes, y que aún cuando hubiera podido realizar este esfuerzo físico, no podía atravesar la compacta capa de papel engomado con que se pega el cartón ondulado. El joven causa un efecto de perturbación, y ha pasado a comentar libros no leídos, y a colocar los paquetitos en su biblioteca sin haberlos desenvuelto. Dejo a la fantasía del lector que imagine las consecuencias que podría tener este caso en nuestra vida espiritual.

Mientras paseo entre once y una por la ciudad, voy tomando nota de numerosas peculiaridades; con disimulo me demoro en las tiendas, vagabundeo por los mostradores de empaque; me detengo en cigarrerías y farmacias, tomo pequeñas estadísticas; de vez en cuando compro también alguna cosa, a fin de hacer efectivo conmigo mismo este proceso absurdo y descubrir cuánto trabajo es necesario para tener verdaderamente en la mano el objeto que se desea poseer.

Así, entre once y una en mi traje impecable doy el último toque a la imagen de un hombre que es lo suficientemente adinerado como para permitirse algo de ocio; que alrededor de la una se encamina a un pequeño restaurante bien atendido; que distraídamente escoge el mejor menú y toma notas en las tapas de los jarros de cerveza, las que tanto podrían ser cotizaciones de bolsa como intentos líricos; que sabe alabar o criticar ante el camarero más experto la calidad de la carne con argumentos que denuncian al conocedor, y que en la elección del postre vacila sutilmente entre si pedirá queso, torta o helado, y que concluye sus notas con un empuje revelador de que eran cotizaciones de bolsa, lo que apuntaba. Aterrado por las consecuencias de mis cálculos, abandono el pequeño restaurante. Mi fisonomía se torna cada vez más pensativa, mientras voy en procura de un pequeño café, donde paso el tiempo hasta las tres y puedo leer el diario de la tarde. Alrededor de esa hora entro de nuevo por

la puerta posterior al edificio de la *Ubia*, para despachar el correo vespertino, que consiste casi exclusivamente en impresos. Exige apenas un cuarto de hora de trabajo extraer las diez o doce cartas; después ni siquiera tengo que lavarme las manos, simplemente las golpeo una contra otra, entrego las cartas al conserje, dejo el edificio, subo al tranvía en el Marienplatz, contento de no tener que reír en el viaje de regreso a casa con el chiste de la calle Schlieffen. Cuando el toldo oscuro de un camión que nos va pasando proporciona un fondo a la ventana del tranvía, observo mi rostro: está despejado, lo que significa pensativo, casi caviloso, y disfruto de la ventaja de no tener que componer otra cara, porque ninguno de los pasajeros de la mañana ha terminado a esta hora su trabajo. Bajo en la calle Roon, compro un par de pancitos frescos, un trozo de queso o de salchichón, café molido, y subo a mi pequeño cuarto, cuyas paredes están cubiertas con representaciones gráficas, con curvas agitadas; entre abscisas y ordenadas capturo las líneas de una fiebre que aumenta cada vez más: ninguna de mis curvas baja, ninguna de mis fórmulas me proporciona sosiego. Gimiendo bajo el peso de mi fantasía económica, y mientras aún hierve a borbotones el agua para el café, apresto mi regla de cálculos, mis notas, papel y lápiz.

La instalación de mi cuarto es sobria, más bien se asemeja a la de un laboratorio. Tomo mi café de pie, como apresuradamente un sandwich, hace tiempo que dejé de ser el sibarita que aún era al mediodía. Me lavo las manos, enciendo un cigarrillo, luego pongo en marcha mi cronómetro y desempaqueto el fortificante nervioso que he comprado a la mañana durante mi paseo por la ciudad: el papel de envolver anterior, la cubierta de celofán, embalaje, el papel de envolver interior, las instrucciones para su uso aseguradas con un anillo de goma: treinta y siete segundos. Mi desgaste nervioso durante el proceso del desempaquetamiento es mayor que la energía nerviosa que me podría procurar el remedio, pero esto puede deberse a causas subjetivas que no deseo incluir en mis cálculos. Lo cierto es que el empaque representa un valor más grande que el contenido, y que el precio de las veinticinco píldoras amarillentas no está en proporción con su valor. No obstante, estas son consideraciones que podrían desembocar en el terreno de la moral, y yo desearía fundamentalmente abstenerme de la moral. El nivel de mi especulación concierne a la economía pura.

Numerosos objetos aguardan a que yo los desempaquete, muchas papeletas están pendientes de evaluación: tinta china verde, roja, azul, todo se encuentra dispuesto. La mayoría de las veces se hace tarde antes de que vaya a acostarme, y cuando me duermo me persiguen mis fórmulas, mundos enteros de papeles inútiles ruedan sobre mí; algunas fórmulas explotan como dinamita, el estruendo de la explosión suena como una risa enorme:

es la mía, la risa sobre el chiste de la calle Schlieffen, que surge de mi miedo ante el agente de la administración. Quizá tenga acceso al archivo de tarjetas perforadas, ha buscado la mía, ha comprobado que contiene no sólo la señal de "alienado", sino también una segunda, más peligrosa, la de "asocial". Nada es más difícil que tapar un agujero tan minúsculo en una tarjeta perforada: posiblemente mi risa por el chiste de la calle Schlieffen sea el precio de mi anonimato. No confesaría oralmente de buena gana lo que se me hace más fácil por escrito: que soy un tirador de cosas.

(Trad. Rodolfo E. Modern.)

C U E N T O *

Cuando murió mi abuelo se infantilizó. Toda la familia estaba reunida alrededor del lecho mortuario, desde lejos fueron atraídos por la noticia, en semicírculo rodeaban la cama, cabeza con cabeza, la alcoba del moribundo estaba llena de gente, hasta afuera, en el corredor, se apretujaba de puntillas, estiraba los cuellos. Así no lo había esperado, el viejo, que siempre se había quejado del olvido de la familia, la cual lo dejaba morir indefenso y solo, a él, un hombre viejo, su bienhechor, que a todos había levantado, habiéndose gastado por ellos, guiándolos por el mundo, no importaba cuántos habían sido, y luego esto. Ya no podía ver, cómo se había equivocado, los ojos ya no cumplían su función, los viejos ojos. Jadeante yacía sobre la cama, agonizaba respiraba con dificultad jadeaba balbuceaba algo incomprensible, medio destapado, no dejaba acercarse a nadie, a nadie soportaba a su lado, con los brazos cruzados cuando uno se le acercaba, no se dejaba dispensar ningún servicio, ningún cuidado, rechazaba la alimentación, repelía la medicina, trató de estrangular al médico. Yo estaba en primera línea, desde muy cerca vi la muerte del viejo, era entonces todavía un niño, por seguridad me aferraba a la cadera de mamá, había un silencio de muerte, en la sala la primera agitación había cedido, los inútiles esfuerzos por acercarse al viejo habían cejado, todo esperaba y deseaba que pronto llegara el fin. Las persianas estaban cerradas entre los resquicios penetraba la luz del sol crepuscular, pintaba claros firuletes sobre la frazada revuelta arrugada de sombras, iluminaba ahí la mano canosa que flácida descansaba sobre el cobertor, sobre la mesa de noche, en el intacto vaso con agua, las medicinas disueltas sin que él lo supiera, tal vez lo tomaría. A mi izquierda estaba mi padre, con las hermanitas en los brazos, las mellizas que lloraban quedamente, del otro lado Carlos, mi hermano mayor, sostenía el lienzo con el que mamá de tiempo en tiempo se secaba las lágrimas, a sus pies se acurrucaba el más pequeño de mis hermanos, Edzard, el único que no miraba al abuelo en la sala, de alguna manera se había

* Hemos respetado la puntuación arbitraria del original alemán.

escurrido de la vigilancia de la niñera, jugaba con el anillo de sello del abuelo, un anillo grande y brillante, de alguna manera debió de habérselo sacado del dedo. Yo tiraba a papá de la punta del saco, quería hacerle notar el comportamiento rebelde de mi hermano, inútilmente, papá hizo señales de que lo dejara tranquilo, tenía otras preocupaciones, la casa le quedaba a él, es decir, el abuelo había contraído deudas, habría dificultades con la herencia. Mientras tanto mi pequeño hermano continuaba jugando sin molestarse, ahora lanzó un pequeño grito, ya que había colocado el anillo en una posición que le encantaba especialmente, siempre tenía que estar travesando, siempre salía ileso, esta vez no, la niñera había oído su grito, lo había buscado por todas partes, entonces se acercó de puntillas y lo alzó, él se defendía, pataleaba, gritaba, ahora se dio cuenta mamá de lo que pasaba, a través de su velo de lágrimas, involuntariamente sacudió la cabeza, más tarde le pediría explicaciones a la niñera, ahora no había tiempo para ello, siempre era culpable de las transgresiones del pequeño, era regañada en lugar de regañar, ella estaba ya muy acongojada, así no se había imaginado su servicio, en su cuarto por la noche yo la había oído una vez llorar, una pálida y delgada muchacha, me daba lástima. Yo quería hablar con mamá a su favor, una pequeña mención podía significar un alivio, pero no lo pude llegar a hacer, el abuelo se había incorporado en la cama, gritaba algo, llamaba repetidas veces, ninguno entendía lo que quería, entonces se acercó mi hermano, se inclinó sobre él, Carlos, mi hermano mayor, a él lo había querido siempre el abuelo, pareció que lo reconocía, un vestigio de inteligencia recorría su cara, parecía no estar totalmente ciego, con ambos brazos abrazó a mi hermano, le susurró algo en el oído, a mí me dio frío mirarlo, tan cerca de la espantosa vejez, tan cerca del respirar de su muerte, a mi hermano parecía no molestarle, él había sido siempre el más valiente de nosotros dos, ahora se levantó, se acercó a papá, hablaron quedamente entre los dos, se produjo un cambio de palabras, entonces papá afirmó con la cabeza, dio su asentimiento para algo, entre tanto el abuelo se había tranquilizado, no había sido satisfecho su deseo todo lo rápido que él quería, comenzó a llamar a mi hermano, primero quedamente, luego siempre más fuerte, era el único ser que toleraba cerca de sí, antes habían pescado juntos, a mí me odiaba, una vez me pegó con su bastón. Mi hermano corrió hacia él, inmediatamente se tranquilizó el pataleo del viejo, mi hermano trató de convencerlo, él sacudió la cabeza, no, dijo, no, mi hermano agarró el vaso de agua, todavía sacudía la cabeza, mi hermano le acercó el vaso a la boca, su resistencia se debilitó, finalmente tomó el agua. ¡Un milagro! Se siente un suspiro de alivio entre los espectadores. El viejo estaba ahora sentado en la cama a horcajadas, con un empujón volcó el vaso, que

rodó por el suelo, si hubiese estado aquí Edzard, mi hermano pequeño, lo habría agarrado en seguida para jugar, por fortuna lo había llevado la niñera, luego pidió el abuelo agua nuevamente, un vaso de agua, gritó, un vaso de agua, el camisón se le había resbalado sobre los hombros hacia abajo, dejando al descubierto el pecho todavía poderoso, el cobertor había caído al suelo por los bruscos movimientos, además el camisón se había arrojado hacia arriba entre las dos piernas, su miembro se hizo visible, grande y arrugado yacía ahí, en parte iluminado por una titilante mancha de luz, ahora tendría que haber estado mi hermano en el lugar para tapar la desnudez del abuelo, pero hacía un instante había salido precipitadamente para buscar agua fresca, a una criada le había hecho señales de que no, ese deseo quería satisfacerlo él mismo. El criado principal del viejo se acercó, quería ayudar al abuelo, él lo empujó, comenzó a gritar, a berrear, a bracear con sus largos brazos como aspas de molino, dónde estaba mi hermano, mamá se desvaneció, sollozaba, cayó al costado, un desmayo pasajero, yo solo apenas la podía sostener, una mujer vieja, pesada, finalmente nos vio papá, levantó a mamá, la condujo hacia la puerta, una calleja se abrió entre la parentela, él había sentado a las mellizas en el suelo, lloraban, yo era el hermano mayor, debía hacer algo, recogí a las dos y sequé sus mejillas, les limpié las narices, entretanto gritaba el abuelo cada vez más fuerte, mi hermano no llegaba, papá no llegaba, por mucho tiempo más no podía tranquilizar a mis hermanas, eran demasiado pequeñas, demasiado lloronas, a la menor ocasión gritaban, siempre querían estar en brazos de papá. Nuevamente trató el criado principal de acercarse al abuelo, esta vez recibió un golpe en el pecho, cayó redondo, un veijo débil, había malgastado sus fuerzas en el duro servicio del abuelo, al caer volcó el bacín, el contenido se derramó por el suelo, vieja amarilla orina, mis hermanas gritaban, también el abuelo berreaba más fuerte, dos criados y una criada acudieron rápidamente para ayudar al caído. Les dio que hacer, lo tapaban con sus cuerpos, él no reaccionaba, tal vez había caído sobre la cabeza, se llamó a un médico, un médico era necesario, uno de mis tíos era médico, tío Teodoro, se le pidió presentarse, otro tío se ofreció, tío Alfredo, tenía algunos conocimientos médicos de su época de militar, palpó al caído, el abuelo gritó entretanto tan fuerte que ya no se entendía lo que decía, una de mis hermanas se había zafado de mí y se había resbalado en el orín derramado en el suelo, estaba sentada en lo húmedo, sucio su vestido blanco, y aullaba confundida, también la otra gritaba, me mordía, me arañaba con las uñas, quería soltarse de mí, yo apretaba sus bracitos uno contra otro, tampoco esto ayudó, gritaba todavía más enfadada, ¿dónde estaba mi hermano, papá! Tío Alfredo revisaba todavía al caído, tenía puesta la cabeza sobre su pecho, lo

auscultaba, lo golpeaba con los nudillos, movía de vez en cuando la cabeza, puras medidas sin sentido, sólo para ocultar que él no sabía ningún remedio, para no tener que confesar su desconocimiento, los criados y la criada estaban de pie a su lado, con los brazos caídos, su respeto por el tío era demasiado grande como para haberse atrevido a emprender pasos arbitrarios. Finalmente se levantó el tío, como era previsible, la revisión no había dado ningún resultado, yo no quiero, gritó él, que recaiga sobre mí la responsabilidad de un diagnóstico definitivo con todas las desagradables complicaciones que se pueen producir, ciertamente creo saber lo que le pasa al accidentado, pero no, la responsabilidad... ¿es conveniente llamar a un médico! Esto se sabía de antemano, no se había adelantado mucho, pero ¿dónde buscar un médico en medio del apuro? Sucedió que tío Teodoro se detuvo en la ciudad, en casa del abogado, para aclarar asuntos de herencia, había que avisarle rapidísimamente, por añadidura entró arrastrándose en ese instante Edzard, el griterío lo había atraído, pero la confusión reinante en el cuarto del moribundo parecía superar sus más atrevidas esperanzas, chillando de contento se arrojó sobre su hermanita, la que todavía estaba sentada llorando en el charco de orín, la agarró de los cabellos y la volteó, tanto que quedó de espaldas sobre el suelo pataleando, a la niñera, que lo había seguido y que quería agarrarlo, le mordió la mano, ella lanzó un grito, perdió el equilibrio, a horcajadas saltó sobre ella, en un ovillo rodaron por el suelo, el griterío del abuelo se había convertido en un canto, cantaba cierta melodía de la época de su niñez, la demencia le flameaba en los ojos, incorporado en la cama, los brazos tendidos, completamente iluminado por el sol que antes penetraba poderoso, la parentela se puso en movimiento, agitados se empujaban unos contra otros, los sirvientes utilizaban la confusión para manosear a las sirvientas, para tocarlas debajo de las faldas, huían chillando las mucamas al corredor, una saltó de la ventana, que abierta de par en par se mecía en el viento del atardecer. Yo no podía seguir viendo cómo Edzard, mi pequeño hermano, maltrataba a la niñera, solté a mi hermana, que por lo demás todo el tiempo me había estado dando mordiscos, salté hacia él, agarré a mi hermano del cuello y lo sacudí tan fuerte que comenzó a gritar, entonces apareció papá en la puerta. A su lado, todavía pálida, apoyada en él, mamá; apenas vio la confusión general y especialmente a su predilecto Edzard, estrangulado por su poderoso hermano mayor, volvió a desvanecerse, papá tuvo que conducirla nuevamente hacia afuera. Detrás de él entró mi hermano mayor, en el corredor de la casa se había tropezado con el criado que debía buscar al médico de la ciudad, inmediatamente se hizo informar de todo, en el temor de que el querido abuelo pudiera sufrir daños, se apresuró a través de la multitud, el vaso de agua levantado en el aire, hacia

el abuelo, que para él era lo más importante del mundo, los moribundos eran para él más importantes que los vivos, lo respaldó, lo tapó, le dio la bebida, inmediatamente se calmó el viejo, entonces apareció de nuevo papá, los criados habían tenido tiempo de apostarse contra la pared, como si no hubiese pasado nada, solamente en un rincón había todavía un rezagado ocupado con una criada, la mano debajo del corpiño, papá se acercó, bofetadas, después silencio sepulcral, los pecadores fueron expulsados, por mandato del padre fue cerrada la ventana, el charco de orina secado, la niñera mandada afuera con mi hermano Edzard y con las mellizas, a una de las cuales hubo que sacarla de debajo de la cama del abuelo, yo mismo tuve que quedarme allí junto con mi hermano mayor, el que, abrazando al abuelo, estaba sentado sobre la cama, entonces se acercó papá al criado accidentado al cual se lo había acostado sobre una camilla, parecía que estaba bien nuevamente, tenía los ojos abiertos, inmediatamente quiso levantarse de golpe, no es nada, gritó, estoy sano, papá le ordenó permanecer acostado, a pesar de sus protestas fue conducido hacia afuera en la camilla, un médico ya no era necesario, había que llamar al abogado, la venida de tío Teodoro tenía que ser anulada. Papá hablaba tranquilamente y con calma, de vez en cuando lanzaba miradas de reojo a los criados, a la parentela, su deber debiera haber sido procurar tranquilidad, había hombres suficientes.

Cuando la tranquilidad y el orden fueron restablecidos, las persianas cerradas, la habitación oscurecida, sin que un rayo de sol penetrara más, y todo el mundo en su lugar, papá hizo encender velas y se acercó a la cama del abuelo. Él yacía sobre los almohadones cubierto hasta el cuello, su cabeza descansaba sobre el brazo de mi hermano, la mirada era tranquila y clara, los rasgos amables y distendidos, como muy pocas veces se lo había visto en vida. Fijamente miraba a papá, parecía percibir a cada uno en la habitación, su cama estaba luminosamente alumbrada, hasta de los pliegues del cobertor se había sacudido toda sombra. Papá permaneció parado delante de él, papá le preguntó ¿quieres algo? El abuelo se intranquilizó por un momento, pidió estar acostado más arriba, mi hermano lo acostó más arriba, así podía ver todo. Mi último deseo, dijo el abuelo con desacostumbrada clara voz —hasta el más alejado rincón de la sala irrumpieron sus palabras, todos escuchaban atentamente en tensión —si me preguntáis mi último deseo, una matraca infantil. Papá quedó perplejo, frunció la frente, entonces se volvió hacia la rígida servidumbre, ¡sois sordos! gritó, ¡no oís, queréis negarle a un moribundo su último deseo, a vuestro señor y patrón! Un criado trae lo deseado, sobre un plato, papá no se deja quitar el placer de alcanzarlo en

propias manos al abuelo, él lo toma del plato, lo alza a la altura de los ojos, lo deja caer, comienza a llorar. ¿Qué sucede?, pregunta papá solícito, se inclina sobre él, ¿qué tienes? Esta no, murmura el abuelo con voz sofocada, una roja. ¡Rápido, rápido! gritó papá, ¡no oís! Inmediatamente hay un criado en el lugar, el abuelo no puede esperar, desde lejos estira las manos, demasiado rápido agarra, demasiado rápido suben las manos, demasiado rápido caen hacia abajo. La cabeza se le cae sobre el pecho, respira ahora rápidamente. Papá está atónito, estas son dificultades inesperadas, se inclina hacia mi hermano, pregunta tú, parece susurrarle, el abuelo se confiará a mi hermano más que a otro. ¿Qué necesitas?, pregunta mi hermano, solícito, ¿por qué lloras? Yo quería una matraca roja, roja. Ésta es una matraca roja. El abuelo no lo quiere creer, incrédulo sacude la cabeza. Fíjate, dice mi hermano, y para demostrarlo toma el juguete en la mano, lo mece en el aire, comienza a matraquear. Ahora está feliz el abuelo, de pura alegría palmea como un niño, por favor, dice y apenas puede esperar para obtener el juguete. Finalmente lo sostiene en las manos, lo aprieta contra su pecho, a la izquierda, a la altura del corazón, una sonrisa de felicidad cubre su cara, está muerto.

(Trad. Olga Costa Viva.)

APUNTES 1942-48

Sería lindo a partir de una cierta edad, año por año, ir de nuevo em-
pequeñeciendo y recorriendo hacia atrás aquellos mismo peldaños que una
vez se escalaron con orgullo. La dignidad y la honra de la mayor edad
seguirían, no obstante, siendo las mismas que son hoy; de modo que la
gente absolutamente menuda, los muchachos de seis u ocho años, serían los
más sabios y más experimentados. Los más viejos monarcas serían los más
pequeños; en general habría sólo muy diminutos Papas; los obispos mira-
rían desde mayor altura a los cardenales y los cardenales al Papa. Ningún
niño podría desear ya ser algo grande. La historia perdería en importancia
en razón de su edad; se tendría la sensación de que los sucesos de hace tres-
cientos años habrían acontecido entre criaturas semejantes a insectos, y el
pasado tendría, finalmente, la dicha de no ser advertido.

(Trad. Norberto Silveti Paz.)

RECUERDOS DE UNA PERSONA OLVIDADIZA

... se sabe todavía algo seguro? Y qué se sabía realmente, qué se podía en ese entonces saber ...

¡Todo vino tan repentinamente!

... no se pensaba en nada malo, cómo se podía ... A veces había dificultades. Pero después siempre se continuaba de alguna manera. Generalmente mejor, cuando uno no se calentaba demasiado la cabeza. De todas formas no había mucho que hacer, qué le quedaba a uno por hacer ... dificultades hay hoy, hubo ayer ... y precisamente entonces ...

¡Repentinamente vino todo así!

... sin embargo había qué comer. No cantidades, pero alcanzaba. En ciertos años se tienen sólo ciertas apetencias. Años felices ... También siendo dos se sale del paso; y justamente porque se es dos, tal vez. En alguna parte siempre uno se arrastra, y está agradecido, aunque viva con estrechez. Cuanto más lugar, más molestia. Y cuanta menos supresión de espacio, por así decirlo, menos preocupación. Eso lo enseña pronto la experiencia, en el caso de que no se sepa de inmediato, antes de que uno todavía choque, aquí y allá. Bastante tiene uno que hacer consigo mismo, la mera dilación prohíbe, mezclarse uno en eso, lo que sucede afuera, lo que uno no puede omitir, lo que no se deja juzgar, lo que no importa ... Generalmente tampoco vale la pena, por eso algunas inseguridades se arreglan: es más insignificante, sin importancia, de lo que uno piensa. Fuera de esto hay allí siempre gente, que lo puede omitir y juzgar. Y si cada uno permaneciera solo allí, donde pudiera omitir y juzgar todo, ciertamente habría más orden en el mundo.

Se ha intentado, por lo menos para la propia persona. Y para dos. También para dos ...

¡Hasta que repentinamente todo vino así!

... tener ideales era por cierto natural. Solidaridad, intercambio, recíproca admiración. En ciertos tiempos ciertos sueños. Sueños, el deseo de no soñar solo. Tiempos felices... Como uno se quería arreglar la vida, se representaba el futuro... ¿Qué sabe uno pues todavía de esto? Lindo, eso probablemente. De alguna manera útil. Y bueno, sobre todo bueno. Pero esto lo conoce ciertamente todo ser. Una vida que merece ser vivida, especialmente si uno todavía está al comienzo... Esto puede verse solamente en el conjunto. Quien no siente esto, tampoco comprenderá, nunca... Confiar el sentimiento a otro, dejarse guiar por el sentimiento. Devolver al mundo la inocencia. Vivir como en el paraíso. Así, sentir, ser así, una vez... grande a través de un gran sentimiento...

Malo, cuando uno comienza a confundir esto. Malo, cuando uno apenas comienza a quitar a las cosas su más íntima inocencia.

¡Tan repentinamente vino entonces todo!

Uno estudiaba. Qué fundamentalmente, es difícil ahora de decir, a tan gran distancia... tan lejos como está, tan lejano como quedó atrás, qué poco ha quedado... Solidaridad, intercambio, incesante admiración... ¿Qué está vivo todavía, presente? La ciudad, y justamente esa ciudad... esa inmensa ciudad, en la que uno tenía que arreglárselas entre millones... En ciertas ocasiones se recogen ciertas experiencias. Y el que millones recojan las mismas experiencias es una imagen tranquilizadora...

¡Repentinamente ardió!

Dónde, no se supo con certeza. Y por qué...

¡Y estaban allí, repentinamente!

Quiénes eran, de dónde provenían... Tampoco eso se sabía. Se los había visto ya antes, separados. Siempre cuerpos extraños. Completamente distintos de todos los restantes. Distintos en el rostro. Distintos en el vestir. Distintos en el movimiento.

Ahora estaban en todas partes. Un espejo en cada lugar, sus figuras cien veces reflejadas. Cada calle un largavista: en su final aparecían, dispa-

raban en la altura, resplandecían con gigantesco crecimiento. Se estrechaban nuevamente juntos, cuando se acercaban, pero sin embargo uno tenía que apretarse contra la pared pues eran tantos, y apenas le dejaban a uno lugar.

Habían llegado repentinamente sobre la ciudad, arrastrándose de senderos subterráneos, tal vez, o caídos del aire, habían pasado adelante, tomando su posesión. Repentinamente desaparecieron. Y después de horas estaban de nuevo allí.

Y nuevamente en masas; a donde uno quisiera desviarse, pululaban también...

Cuando ardió, la calle estaba todavía vacía. Las casas se encumbraban negras como de hierro, solamente en la altura carcomida de óxido. Bien arriba, en un balcón, había una mujer de pie y señalaba el fuego. Detrás de los techos, humo y el nuevo fulgor de las llamas. Entonces hubo atropello por parte de un hombre, que pasaba corriendo. Venid conmigo, gritó él, venid, venid. Tenían los brazos cargados de bolsas. Todo cayó al suelo. Las casas parecían derretirse, primero rojo, después blanco encendido. Había que hacer, recoger todo nuevamente. Conservas, bizcochos, bolsas con legumbres secas, exacto, arenques en jalea, también tomates, un kilo de papas. Y una caja de jabón en polvo se había reventado y esparcido. En esa época se pronunciaba todavía en inglés, Sun-light.

Por la noche había una constante intranquilidad en la escalera.

Se pasaban las noches juntos. Se estudiaba en alta voz, se escuchaban recíprocamente, se discutía. Para salir no alcanzaba el dinero. De pronto golpearon en la puerta de la vivienda. Los dueños de casa no se molestaron. Ninguno parecía estar en casa. Después nuevamente... silenciosamente, rápido uno detrás de otro. Una voz susurraba, había que abrir. Sonó como: ven ven, ven conmigo. Un grito sofocado. Algo atropelló la puerta como al pasar corriendo. También, sólo una corriente de aire. Naturalmente se tenía cuidado de abrir.

Mucho más tarde otro ruido, ningún paso, acompasado, sin interrupción, un chupar, tronar y crujir como de un imponente cuerpo extraño, que lentamente trepaba los escalones, un animal desconocido allí afuera, un monstruo. Lo que en un principio pareció una mancha de luz, que por debajo de la puerta se deslizó, era en realidad una pata de materia luminosa, que continuamente cambiaba su figura, tanteaba el suelo, antes de apartarse hacia atrás. Poco tiempo después una gritería, sola, y un ruido de muchos gaznates que se encajonaba en sí mismo y se deslizaba por la escalera y rayaba las paredes como un único cuerpo, grande y quejumbroso.

Era la primera noche en la que se estaba juntos. Y después... ¿entonces? No mucho... Un ataque de tos, enojo, porque él arruinaba algo... ¿Qué? Un instante, el que no volverá a ser, el que ya hace mucho no es más, del que ya no se sabe más cómo ha sido... Hacia la mañana, hambre canina. Se comía casi todo lo que se había traído.

Algo parecía cierto, no eran seres humanos normales. Algunas veces uno se preguntaba si realmente eran seres humanos.

Irrumpían en bloque, como estampados, en formación de marcos prensados primero, a cuadros después. La parte aislada de un gran cuerpo, por éste dirigido, provisto de funciones, coordinado con las otras. Cada línea un miembro, brazo, pierna, alguno de ellos una mano, un pie, diez iguales a ellos diez dedos, diez dedos de los pies.

Tales grandes cuerpos se movían constantemente a través de la ciudad, estaban sentados en los locales, persistían en obstruir estirados en las esquinas de las calles. Se expresaban en una lengua extraña, despóticos con sonidos desconocidos, cuando detenían a uno. Y frecuentemente era uno detenido. Sorprendentemente sin embargo se los entendía; y también ellos entendían generalmente casi todo lo que se trataba de decirles.

En las clases un ser humano, una vez se lo tenía sentado al lado de uno a la izquierda, otra vez a la derecha. Siempre aparecía en la cercanía. Su frente estaba vendada, llevaba el brazo en cabestrillo. A pesar de que a uno no le parecía conocido, uno debió haberlo visto alguna vez en algún lugar.

Hoy quisiera uno jurar, que él al día siguiente estaba ya sin las vendas. Sonriente, un muchacho impertinente, travieso, atrevido, quien conducía a una cantidad de gente joven que en alguna forma se le parecía. Estaban armados con palos y piedras. Ven conmigo, decía él, ven ven.

Pero uno tenía obligaciones que no se podían eludir. Y menos a causa de algún alborotador. Y si uno se acuerda bien, la clase estaba tan concurrida como siempre, casi más llena que otras veces, atestada.

Ciertamente un poco antes, o después, uno había juntado un poco de dinero, había salido a bailar. Muchos más eran los que miraban el baile, no se tenía en esto ninguna práctica, de ambas partes, y uno no se atrevía en medio de las parejas. Ya que como siempre se había uno apurado, se llegaba ya apenas comenzada la noche, cuando el local estaba todavía totalmente vacío, uno consiguió una de las mejores mesas, arrimada a la pista de baile. Un poco triste de estar solamente sentado, si uno lo piensa bien, y a pesar de eso lo bastante desacostumbrado y excitante para los

dos, apenas se notó, y demasiado tarde, que uno de los cuerpos extraños comenzaba a introducirse en la sala, se extendía, rápidamente, y nuevamente se reducía, siempre más rápido, al principio alas, cilindros, que todo ordenaban a los lados, auténticas tenazas, de cuyo atenzamiento cada uno trataba de zafarse, después una cuña que avanzó sobre la pista de baile. En la mesa de al lado una persona notoriamente empeñada en obligar, con sus miradas a sus contornos, a que nadie se moviera del lugar. Nuevamente el muchacho. O parecido a él, menos sospechoso, un mellizo... tampoco quedó tiempo de reconocer a alguien. Se levantaron, hicieron lugar. Y apareció el lugar que todos dejaban libre, el doble de grande que aquel cuerpo extraño, se vació totalmente. Todavía antes que uno dejase el espacio detrás de sí, se había él ya estrechado. Una prueba más de que ellos, esos incomprensibles seres, poseían la propiedad de multiplicarse en un momento y a voluntad.

Pero el recuerdo puede allí engañar...

Uno se casaba.

... y encontraba una casa, justo a precio razonable. Un agujero infernal debajo del techo. Más bien una barraca construida sobre una casa de alquiler, embutida entre dos armatostes de chimeneas. Un desván para dormir, un ventoso granero pegado como cocina, un viejo hornillo a gas, un recipiente metálico para lavarse, un cuartito para las necesidades y una para las escobas, a la altura de un hombre, angosta como un ataúd. Tabiques, revestimientos de hojalata, redes alambradas delante de las ventanas, detrás como única perspectiva una montaña escarpada de ennegrecidos techos de ladrillo...

Solamente un transitorio hospedaje. Para poco tiempo.

Con esto uno se consolaba.

Aunque se tenían grandes planes. Todavía. O justamente ahora.

Uno tenía aspiraciones en la vida, se esperaba quién sabe qué cosa del futuro; uno exigía demasiado.

Lo restante se presupone. Y naturalmente parecía mucho más que el resto, por ese entonces. Una posición... no solamente de dinero, profesionalmente, socialmente, también ideal. Una posición elevada.

Qué se imaginaba uno con ello, cómo se lo pintaba uno exactamente, todo se ha perdido. La seguridad representaba de todos modos un papel, una cierta ostentación, y admiración, admiración no medida en forma estrecha. Una obra para la generalidad.

Dentro de esto ciertamente se mantenían solidaridad, intercambio, la incipiente admiración. Toavía hoy el sentimiento de haber conocido

alguna vez grandes sentimientos... En alguna forma un sentimiento tranquilizador, consolador. Que todo esto entonces haya venido en forma tan distinta, no es culpa de uno mismo.

Donde uno había podido desarrollar un vestigio de ambición, donde ascendía un vestigio de esperanza, donde también uno había tenido en las manos solamente un rastro de poder... estaban ellos. Allí se habían arraigado. Siempre los más rápidos. Mientras todavía se estaba buscando, se tenía que presenciar cómo todos tomaban mejores puestos, cómo se afianzaban sobre uno, cómo se propagaban, proliferaban, parásitos que todo contraban, todo escape, toda salida.

Finalmente uno estaba contento de poder arreglarse en un nivel más bajo de vida. En un modesto puesto. Con algunos pequeños deberes burocráticos por el resto de la vida, de cuyo sentido uno no quiere salirse, todavía mientras uno lo realiza; ni mucho menos más tarde, y hoy. Y ciertamente debía llegar el momento de que uno reconociera también su significación y necesidad...

Lo que se ganaba, no alcanzaba, ni con el ahorro más estricto, para mantener la condición de hasta entonces.

Por lo demás no parece cierto que después de las peleas siempre se llorase. El orden era más bien al revés: primero venían las lágrimas, depresiones sin fin, y luego seguía una período de una nueva disputa siempre propensa a estallar. Se peleaba, tan pronto como uno lo veía. Pero entonces sin lamento, sin confusión. Y finalmente sólo se hacían bromas, también esto con caras impávidas.

Existía peligro aun de perder pequeños puestos, apenas notaran que uno difería demasiado de ellos. Constantemente despedían personas que de alguna manera habían sobresalido. Ellos parecían allí inflexibles. Uno tenía entonces que tratar de igualarlos lo más posible. Había que convertirse en uno de ellos.

Y uno se vestía como ellos. Se movía como ellos. Tomaba el rostro de ellos.

Y de todas formas uno no conseguía jamás ser igual a ellos. Ellos eran siempre distintos todavía. Queda una no aprehensible, pero decisiva diferencia. Finalmente una cosa era clara: estaban realmente sobre uno, eran perfectos, sin ningún defecto humano, nada podía amenazarlos, hacerlos caer, poseían fuerzas sobrenaturales, su infalibilidad no les costaba ningún trabajo, pertenecían a otro mundo, solamente un humor incompre-

sible había permitido que tomaran la figura de seres humanos. Transitoriamente.

A pesar de todo era bueno que también las mujeres buscaran asemejarse a ellos, aprendieran su arte de moverse, se apropiaran de su cara, se vistieran como ellos. Uno no necesitaba presionar mucho, también cada uno debía ser ahora razonable; las mujeres mismas se daban cuenta.

Y uno se sentaba enfrente con la cara de ellos. Uno se peleaba con la cara de ellos. Uno toleraba ciertas bromas ofensivas con la cara de ellos.

En este tiempo uno aprendió a creer en el valor de la más deslucida actividad. Y la creencia produjo, en forma milagrosa, que hasta comenzara a alcanzar el sueldo...

Uno vivía realmente mejor.

... que el hombre que vivía un piso más abajo, uno ya lo había encontrado antes una vez, se daba uno cuenta cuando a uno lo tenía hasta el cuello con sus necesidades y no podía uno zafarse de él. Él corría por toda la casa con esto. Un muchacho impertinente, aun cuando la risa parecía entretanto habersele diluido... Como por lo demás a todos nosotros. Era ciertamente aquel a quien él hacía recordar, y por qué si no entonces habría llegado uno a estos pensamientos, debió de haber envejecido varias décadas en estos años. En efecto, en tiempos como estos, nada desacostumbrado. Bastaba con verse a sí mismo, o a la mujer que se sentaba enfrente de uno.

Él venía con el pedido de que por amor de Dios no le solicitaran su vivienda. Él podía conservarla si nadie de la casa la quería, pero al primer pedido que fuera formulado debía dejarla, lo había averiguado confidencialmente.

Él era muy insignificante, y justamente por eso tan notorio. Pequeño, frágil, el cabello gris, casi blanco, desordenado y erizado, como si se sintiera desde el comienzo vencido. Su vestimenta era desacostumbrada y parecía ocultar algún defecto corporal. La cara cambiaba ininterrumpidamente. Se movía sin ningún dominio. Así como estaba parado ahí y corría, una amenaza para cada uno. Para ellos una constante, insostenible provocación.

Entonces se mudó...

Y uno obtuvo su vivienda. El alquiler se encareció sólo medianamente.

Y se podía hasta retener el desván debajo del techo para cosas que eventualmente estaban en desuso.

No era eso lo que alguna vez uno se había imaginado, pero sin embargo una linda vivienda. Cuartos cómodos y agradables. Con vista a la

calle. Y arreglada muy ordenadamente, con todas las comodidades. No faltaba en realidad nada.

Solo no habría sido necesario hacer énfasis una y otra vez, y con tanto odio, en que uno no había merecido esto, en que era un azar y nada más. Las mujeres no terminan tan pronto con esto. Uno estaba sentado ahora enfrente de la mujer y la nombró; la otra parte. Y a sí mismo: la propia parte.

Ir al cine significaba, en tal estado, tener dos horas de reposo. Cuando uno regresaba, se escondía alguien detrás de la puerta de calle. Arrinconado. De cabello gris, casi blanco. Temblando. Nuevamente él. Y sin embargo casi irreconocible.

La otra parte siguió inmediatamente de largo. Hacia arriba.

La propia parte se quedó de pie. Se veían solamente los ojos. No se habló nada. Él tampoco se acercaba a la luz, parecía replegarse aún más en su escondrijo. Más tarde, en efecto, a uno le pareció como si se hubiese murmurado algo, la vivienda fuese muy pequeña, uno quería con gusto alojarlo en algún lugar, antes que nada hubiera que buscar las llaves del desván...

De todas formas la otra parte lo llamó a uno.

Y juntos olvidaron la llave.

Él, seguramente, no había dicho nada. Solamente lo miró a uno. Y uno mismo se quedó en contra de su voluntad, parado, por un instante paralizado.

Por la noche uno se despertaba. Ninguno necesitaba despertar al otro. Afuera se acercaban vehículos. A juzgar por el ruido, vehículos como nunca se habían visto hasta entonces. Irrepresentables también en su medida, y por la cantidad. Parecían venir del aire, aterrizar lentamente, y en el aterrizaje como si estuvieran parados sobre un armazón de viento, una plataforma de ráfagas de tormenta. Luego un chupar y un murmurar, tronar y crujir, mientras el huracán parecía calmarse. Se pensaba en todo lo posible, fuego, aire, impulsado, borbotar de agua, transpiración que a uno sobre la mano se le convierte en sangre, respiración congelada... granizo, un crujiente, estrepitoso alud que sepultaba la calle de ambos lados. Y silencio. ¡E inconfundibles en sus movimientos, los desconocidos sonidos con los que ellos hablaban alguna cosa en tono imperioso! Repentinamente un grito aislado, otro más distante, nuevamente otro más cerca, y como si se tragarán estos pedidos de auxilio, empleaban, utilizaban para la impulsión, rompían los vehículos en su rugir, se alzaban y se alejaban...

Uno se calló desde entonces.

Uno prefirió no perderse más de vista mutuamente.

Una mirada bastaba para hacer sentir a la otra parte que se sabía exactamente qué era lo que debía ocultar.

Y una contramirada le recordaba a uno que uno mismo buscaba escon-
der algo que a la otra parte le era conocido en cada detalle. No se nece-
sitaban palabras para encontrarse recíprocamente.

(Trad. Olga Costa Viva.)

EL EJEMPLO

En el campo Zilch vio a un patrón arrear de su casa hacia las praderas a un rebaño de hombres y mujeres que reptaban. El señor llevaba un látigo en la mano y lo descargaba sobre aquellos que se aferraban a los portones o se apretaban contra los muros del parque. No gritaban cuando los azotaba y debía de golpearlos con fuerza, porque el silbido del látigo en el aire entre el brazo levantado del señor y sus espaldas podía oírse desde lejos. Aullaban y gruñían. En lugar de ropa llevaban pieles y plumas. Las partes en que la piel quedaba al descubierto mostraban huellas de dentelladas.

Cuando los hubo alejado un buen trecho de las puertas de su parque y estaban en pleno campo, el señor se volvió presuroso, golpeó a los que pretendían gatear tras él y emprendió el regreso a la casa. Entonces se incorporó uno del rebaño, evidentemente el vocero, y graznó: ¡Casa señor, casa señor, buen señor! Mantenía los brazos apartados del cuerpo, los codos un poco flexionados, y los subía y bajaba como si estuviera por levantar vuelo.

Una mujer comenzó a abrir un hoyo en la tierra con los dedos. Luego se acurrucó sobre el hoyo y puso huevos. Pero un hombre la apartó gruñendo; rompió los huevos y se los comió, con la cabeza hundida en el hoyo.

Cuando se sintió satisfecho y la mujer volvió a posarse sobre el nido con el rostro vuelto hacia el cielo, el hombre avanzó a gatas hacia donde se encontraba Zilch. Zilch retrocedió. Pero el hombre lo siguió, gateando con la habilidad de un niño que aún no ha aprendido a andar. Mantenía el rostro bajo y sólo lo levantó para husmear los pantalones de Zilch hasta la rodilla. Luego se inclinó y comenzó a lamerle los zapatos. Sin saber qué hacer, Zilch se quitó el sombrero y saludó al hombre que tenía a los pies, porque a pesar de sus pieles, su postura y su actitud, aún le veía algo de humano. Intentó alejarse. Hasta arrojó una moneda al hombre. Pero él no la recogió y lo siguió paso a paso, apoyando las manos a la misma altura de los pies de Zilch.

¡De esa manera jamás se librará de él!, gritó el señor desde el portón

de la granja. ¡Tiene que darle un puntapié! Zilch se volvió y vio que el señor se acercaba con su látigo. Vio también que el rebaño se arrastraba desde el campo hacia él. Entonces pisó una mano del hombre; pero, como pese a la mano pisada no dejó de gatear junto a él, le dio un puntapié en la espalda que lo obligó a apartarse gimiendo.

El señor había alcanzado a Zilch y lo arrastró de un brazo en dirección al portón de la granja. Una y otra vez descargó su látigo sobre el hombre que los seguía —aunque sólo podía sostenerse con esfuerzo sobre las manos y los pies— y que al llegar a las puertas de la granja introdujo la mano sana entre las dos hojas. Pero el señor cerró el portón antes de que el hombre tuviera tiempo de retirarla.

Condujo a Zilch a través del parque. Las sillas y mesas de jardín estaban caídas; los arbustos y los canteros, pisoteados; la corteza de los árboles, roída. Jirones de ropa, desperdicios y montones de estiércol cubrían el césped.

Cierre los ojos, dijo el señor, o por lo menos procure no mirar. El rebaño había llegado ya a las puertas del parque. Los cuerpos se estrellaban contra el portón. Tras los muros, cuya altura era superior a la de un hombre, aparecían manos.

¡Casa señor, casa señor, buen señor!, graznaba el vocero.

Ya vuelven, dijo el señor. Nunca me libraré de ellos. Quieren que los azote. Y si les corto las manos seguirán agitando los muñones.

Condujo a Zilch a la casa, que sólo se diferenciaba de un establo por los restos del antiguo moblaje. De las paredes pendían aún algunas fotografías que mostraban al patrón a caballo, al patrón que sonreía tiernamente a un corderito que sostenía en brazos, al patrón apoyando la mano entre los cuernos de un buey. Las alfombras estaban cubiertas de heno, ramas y tierra. Los ratones de campo se paseaban por el recinto.

He conseguido salvar esta habitación, explicó el señor mientras bajaba a un polvoriento depósito. Pase. Es mejor que echemos cerrojo. Quién sabe cuánto resistirán los portones a su embestida.

Ofreció una silla a Zilch y se sentó él también. El látigo descansaba sobre las rodillas. Desde el portón del parque llegaban sonidos ininteligibles que emitía el vocero.

Es verdad, dijo el patrón, yo los trataba mal. Peor que al ganado, que carece de inteligencia. Muchos huyeron sin esperar la paga. Algunos fueron a servir a otras granjas. Algunos trabajaron en la fábrica de las ciudades. Algunos se mezclaron con delincuentes. Algunos se arrojaron al río desde un puente. Algunos me acusaron ante la justicia. Pero cuando

el juez exigía testigos, nunca encontraban a uno de los suyos dispuesto a declarar contra mí. Y el juez los echaba o los encerraba por delitos que en su apatía ni siquiera habían imaginado. Porque cuando el juez buscaba testigos, yo encontraba muchos entre ellos dispuestos a declarar unos contra otros. Sólo se ponían de acuerdo cuando se trataba de delatar ante mí a uno de los suyos. Porque más que mi fuerza, ellos odiaban su propia debilidad; y por eso se odiaban unos a otros más que a mí. Se delataban continuamente; quizá para destacarse, aunque sólo fuera por un instante, de los demás. Y yo castigaba siempre al delatado, nunca al delator. Cuando habían escogido a alguno como víctima trabajaban con más ahínco. El elegido debía purgar todo lo que ocurría entre el señor y sus siervos. Y a veces debía castigar con más severidad de lo que deseaba. Tenía que azotarlos hasta hacerles brotar sangre; los uncía al yugo. Y ellos se divertían cuando yo encadenaba a uno de los suyos y le hacía comer los restos de la escudilla del perro, cuando le echaba al perro encima, cuando lo obligaba a lamer al perro, cuando a la pregunta: ¿cómo te llamas? lo obligaba a responder: perro. Ellos eran los que seguían cuando yo quería dejar. Eran ellos los que gritaban: ¡Un perro no puede nombrarse! Y le pegaban y le exigían que contestara con aullidos a la pregunta ¿cómo te llamas? y lo golpeaban hasta que dominaba tan a la perfección el aullido, que los perros de las granjas vecinas le respondían.

¡Es como un perro!, gritaban.

Pero yo me presentaba ante ellos llevando a mi perro por el collar y les decía: ¡Osáis comparar a uno de los vuestros y por lo tanto a compararos vosotros mismos, con este perro! Mirad a este desventurado sobre la tierra, que ha procurado ser un perro, miraos los unos a los otros y mirad luego a este perro. Vosotros sólo servís para colocar el forraje ante y él es quien defiende mis posesiones de vuestra codicia. ¡Adorad a este perro!

Se arrojaban de hinojos, pero cuando veían que aun así superaban la estatura del perro, se arrojaban de bruces. Pedían perdón al perro. Yo los contemplaba oculto tras una cortina. Y como nadie les ordenaba incorporarse, pasaban la noche tendidos. Por la mañana los ahuyentaba para que volvieran al trabajo. Y cuando los azotaba con la mano derecha, me ocupaba de que mi mano izquierda acariciara a un animal. Y sus ojos nunca se fijaban en mi derecha, contemplaban la mano que acariciaba la piel. Y cuando se delataban, ya no se delataban por el nombre de pila. Como si lo más importante no fueran ellos sino el papel que alguna vez se les había adjudicado, se referían a los demás como "el que fue perro" o "el que fue buey".

¡Él no fue buey, gritaba yo entonces, porque nunca llegará a eso!

El que pretendió ser buey, murmuraban ellos, pero en vano.

Mientras me sirvieron emplearon su tiempo libre y sus noches en hablar sobre mí, sobre mis órdenes, mis castigos, mis costumbres. Más que de sus amoríos, de sus nacimientos, de sus muertes, hablaban de mis botas. Y ya no sé cuándo cesó aquella charla de todas las noches en sus cuartos. Y ya no sé cuándo comenzaron a faltar a la misa de los domingos para permanecer acurrucados en los establos, contemplando el ganado. Y tampoco advertí nada cuando en presencia del párroco, que se quejaba de esas ausencias, cayeron de rodillas y apoyaron las manos en el suelo. Desde siempre habían confundido al sacerdote con Dios, se habían lavado las manos en el agua bendita y cuando les faltaba un leño para el fuego no vacilaban en quemar el crucifijo. El párroco, que había perdido años tratando de hacerles entender la diferencia entre Dios y él, terminó por dejarlos en su error. Entre consternado y halagado al verlos postrados ante él —porque fuera de la iglesia y sin las vestiduras de la misa lo consideraban, habitualmente, como un hombre cualquiera— los bendijo brevemente y abandonó la granja. Y yo no advertí nada cuando no se levantaron tras la bendición. Desde siempre los había visto en otra postura que no fuera aquella, cuando sembraban, escardaban o cosechaban, de rodillas sobre la tierra, cuando pedían clemencia, cuando imploraban un favor. Pocas veces los vi de pie y jamás erguidos. En los ratos de descanso preferían tenderse en los surcos. De regreso a la casa caminaban, sin duda, un trecho; pero con la espalda encorvada y el rostro hacia el suelo. Si alguna vez llegaban a erguirse, no tardaban en doblarse bajo el peso de la cosecha que llevaban. Nunca los vi limpios, salvo los domingos, porque no entraban en contacto con otra cosa que no fuera tierra y estiércol. A veces comían directamente de la escudilla, porque sus manos habrían ensuciado la comida. Además, cuando no había un arbusto en todo el contorno se veían obligados a hacer sus necesidades a la vista de todos. Si yo hubiera prestado más atención cuando por las noches comenzaron a deslizarse a los establos con sus bolsas de dormir al hombro; cuando los mugidos comenzaron a aumentar día a día como si hubiera rebaños en las proximidades; cuando comenzaron a andar a gatas, no sólo durante el trabajo —porque eso era lo natural— sino de un lugar de trabajo a otro, como si no valiera la pena incorporarse; cuando arrojaron la carga que hasta entonces habían traído noche a noche y la dejaron tirada en el camino; cuando dejaron de lavarse las manos y comenzaron a enterrar los rostros en las escudillas; cuando dejaron de responder a mis preguntas y delegaron todo en un vocero, cuya voz se asemejaba cada día más a un graznido y se iba haciendo más y más

ininteligible, salvo en las tres palabras que pronunciaba con mayor frecuencia: casa, señor y buen señor.

Quizá yo no haya advertido nada porque los cambios fueron paulatinos. Sólo cuando me comieron la cosecha y me pisotearon los sembrados, cuando se cubrieron con pieles y plumas y se apeñuscaron gruñendo y aullando y graznando y haciendo sus necesidades sin el menor pudor; sólo entonces comprendí todo lo que habían aprendido de los animales. Debí haberlos matado para que el castigo estuviera de acuerdo con la culpa; porque ya los había castigado con bastante rudeza por delitos menores. Pero como no tenía fuerza para castigarlos a todos, la mitad de ellos se salvó de la pena.

Les hablé, los amenacé. Premié a algunos por su comportamiento relativamente humano. Todo fue inútil. Y cuando los arrojaba de mi casa, los lugareños se quejaban del espectáculo que ofrecía esa horda instalada frente al portón, restregándose unos contra otros, lamiéndose y mordiéndose. Esperaban ante la puerta hasta que yo me veía obligado a salir. Entonces se colaban. Y si yo no salía vencían el portón. Ocupé a otros hombres y mujeres, pero todos huían al primer día. No nos molesta que los animales nos olfateen o nos laman, decían, eso es natural. Pero nos horroriza cuando éstos lo hacen.

Hasta el ganado comenzó a intranquilizarse cuando ellos gateaban hasta los corrales. Les prohibí que se acercaran a los animales. Fue inútil. Me vi obligado a vender mi ganado a fin de que ya no tuvieran ese ejemplo para imitar. Fue inútil. Invité a gente de la ciudad para que vieran cómo se comporta un ser humano. Fue inútil. Desde entonces vivo en esta habitación, porque mi casa se ha transformado en un establo. Y yo no me atrevo a andar entre los hombres ni entre ellos. ¿Oye cómo mugen? ¿Oye cómo se estrellan contra el portón? Lo vencerán, se meterán, se apostarán ante esta puerta. Sólo para tener un rato de paz los echo de tanto en tanto.

¿Están realmente tan degradados? Hasta ahora no sé si es que se han dejado ir poco a poco o si se están burlando de mí. Los vigilo constantemente. Ni siquiera me tomo tiempo para ordenar esto. Hasta me he descuidado con mi propia persona para que nada se me escape. Ya ni sé cuándo me cambié por última vez la camisa, cuándo me lavé por última vez la cara. A veces creo oírlos cuchichear. Otras veces, cuando me vuelvo de repente, creo sorprender algún guiño entre ellos. Además su mirada ya no es sumisa como cuando me servían. Tengo la impresión de que me observan con una alegría apenas disimulada ante mi desdicha. Y cuando estoy recostado en mi habitación, con el oído alerta, creo escuchar risitas reprimidas.

Hago lo que puedo. Soborno a su vocero. Le ofrezco bocados especiales. Lo llevo aparte y trato de interrogarlo en voz baja. Pero él se limita a repetir a los demás con su graznido una a una las palabras de la pregunta que yo formulo en secreto. Es como si captara el sonido, pero no el significado de las palabras. Y mientras me delata empeñosamente ante mis propios ojos y oídos aletea feliz como si me estuviera prestando un servicio. Los otros, en cambio, bajan la cara. Se cubren la cabeza con los brazos como para defenderse de los gritos del vocero o para ocultar de mí sus risas.

Vaya yo a donde vaya, ellos me siguen pegados a mis talones. Ya no sé decir si me siguen o si me persiguen, si los estoy conduciendo o si les huyo. ¡Por lo menos tendría que saber si es que estoy huyendo de ellos! A veces deseo que alguno se atreva por fin a levantar la mano contra mí. A ese estado me han llevado. ¿Qué esperan? Creía que sólo esperaban que les volviera la espalda, que me agachara. Y me han llevado a un estado tal que les he vuelto la espalda, que me he agachado. Sin embargo, ninguno levantó la mano. Me fingí enfermo, me fingí agonizante. Para los buitres habría bastado. Pero ellos quieren más. No tiene que ser algo casual. Quieren que yo siga andando. No les basta con tener mi persona. Quieren mi aquiescencia.

El señor se puso de pie. Se acercó a la puerta y escuchó. Ahora sólo se oía el crujido de las tablas del corredor y el débil jadeo de la tropa que se aproximaba a gatas. El señor se desvistió rápidamente, descorrió el cerrojo, abrió la puerta y apoyó el látigo contra el marco. Luego se puso de rodillas, se apoyó sobre las manos y permaneció en esa posición, sonriendo un poco avergonzado.

Zilch abandonó la habitación. Se apretó contra la pared cuando la tropa pasó junto a él sin mirarlo, en dirección al látigo. Vio cómo el primero del rebaño se incorporaba. Vio la cabeza y las manos del señor que asomaban sobre el umbral de la puerta, como si su intención fuera la de gatear al encuentro.

Vio una mano que aferraba el látigo. Pero el rebaño y el señor estaban tan próximos que Zilch no supo a ciencia cierta si era la mano del primero del rebaño o la mano del señor.

(Trad. Nélica Mendilaharsu de Machain.)

LAS AVISPAS

Miraba fijamente ante sí, sin pensar en nada.

Era un día de titulares y cables de agencias noticiosas como cualquier otro: agosto. Cartas núbicas, abiertas en toda su pureza virginal, adquirían en tres tardes la vetustez de una bula papal, apergaminadas, quebradizas y vencidas. Sobre los encabezamientos aparecía una apresurada inscripción roja: Sección Folletines y Varios, F. & V. A pesar del calor conservaba puesta su chaqueta Manchester, hoy como todos los días, verano e invierno. Su elegancia era tan *nonchalante* y natural como la del camarero que lleva su frac de servicio en el hogar de ancianos, consciente de su posición y férreo. Férreas le parecían, también, la frente y las sienes, rellenas en vida con la florida paja de los juicios literarios y, en vida, reducidas por un cazador de cabezas: el editor. En sueños veía al editor exhibiendo ante los invitados las cabezas reducidas de sus redactores; la suya también estaba entre aquellos ejemplares. Los invitados tironeaban de los pelitos del cráneo, con un horror atemperado por el interés etnológico, mientras charlaban con el dueño de casa: "¡Esta es una maravilla artesanal!" y "¡A uno le parece estar viendo al hombre!" Aun la reducción más sabia no podía hacer que las líneas de su cabeza resultaran nobles. Era una cabeza más bien redonda, con cejas bastante despobladas y una barbilla que un caricaturista habría suprimido directamente, para destacar, en cambio, los labios finos y las comisuras caídas. Tenía treinta y cinco años y era bastante rechoncho.

Se echó hacia atrás y golpeó tres veces con los nudillos contra la puerta. Desde la habitación vecina apareció *Kaltgeboren*, erguida y silenciosa, con la verde carpeta de la correspondencia bajo el brazo, como si llevara un herbario. En realidad se llamaba Kelterborn; *Kaltgeboren** era una ocurrencia de él que se había susurrado con éxito desde la Sección Finanzas hasta la de Política Exterior. *Fräulein* Kelterborn era más joven de lo que parecía; la soledad había trazado ríeles grises en su rostro.

* Nacida fría.

En vista de que la acogía un silencio pertinaz, optó por retirarse nuevamente.

El calor reptaba sobre el escritorio y se instalaba en la goma de borrar que él apretujaba entre los dedos mientras su mano izquierda hojeaba con desgano una pila de cartas recién llegadas. Apartó la pila, pero luego —estoico— se negó un cigarrillo y volvió a acercar las cartas. Un cadete entró, arrojó sobre el escritorio un atado de galeradas y, sin dejar de masticar, volvió a salir con mirada vacía. El calor seguía allí.

Luchó contra la tentación de quitarse la chaqueta Manchester y supo resistir. La espalda estrecha era un horror. Y afuera estaba ese verano de anchos hombros, que se acurrucaba en el ramaje del parque, en el helado semiderretido que lamían los niños, en el *crêpe* negro de las temblorosas ancianas. El verano estaba por doquier. También en el bulevar, en donde una señora madura se había desplomado sin una voz; eso había ocurrido el día anterior y se publicó sin comentarios, bajo el pronóstico del tiempo.

La campanilla sonó lánguida y untada de aceite bronceador. El receptor estaba pegajoso.

—Por mí, pase nomás la llamada —respondió con aburrimiento.

La llamada era a través del conmutador. Se oyó un chasquido. La voz femenina resonó excitada y alegre.

—¿Es usted, doctor?

Dio su nombre y le participó su sospecha de que habían sido compañeros en la escuela primaria.

—Guarda, Cantón de los Grisones. ¿No es verdad?

—Sí —respondió él—. Pero sólo hasta los doce años. Mis padres...

—Entonces era usted. Entonces es usted, —se corrigió la anónima interlocutora y rio.

—Espere un minuto: su padre era médico. Usted era magnífico en gimnasia —añadió.

Él se sintió complacido.

—¿Cómo se llamaba el maestro? —preguntó.

—Gadmer.

—Correcto.

—Yo soy Annemarie Bodmer... Mi nombre de soltera es Bodmer. Rubia deslumbrante en botánica.

Era divertido y parecía aprendido de memoria.

—¿Cuál es la ley del mínimo de Liebig? —siguió preguntando él.

Ahora estaba de buen humor. Del otro lado se oyó un carraspeo.

—¿Recibió mi carta?

—¿Cuál era el motivo de su carta?

—Le escribí por Aloja, Conradin Aloja.

—¡Ah, sí!

—Ese que siempre lloraba con cualquier cuento. Por Robinson después del naufragio y esas cosas.

—Aloja. Por supuesto, ¿qué ha sido de él?

—Creí que había leído mi carta.

—...

—Si pudiéramos vernos unos minutos... Quiero decir: para hablar del asunto. Podríamos volver a tutearnos.

Rio un poco confusa.

—Por supuesto —replicó él distraído.

Su mano izquierda iba apartando las cartas, hoja por hoja; por fin encontró la de ella.

—Su, este... Su carta está justamente ante mí.

La respuesta llegó rápida.

—¿Quiere que nos veamos?

—Por supuesto. El asunto lo merece. Tenemos que discutirlo.

Era imposible echar un vistazo rápido a esa carta de tres carillas. Separó el tubo del húmedo pabellón de su oreja y escarbó los papeles.

—Mañana... No, no puedo. El sábado tampoco. ¿Qué le parece hoy, a las once?

Sí, ella podía a las once, mercado, verduras, carne, retirar el *caniche* de la peluquería, sí, a las once.

—Trato hecho.

Colgó el tubo y comenzó a leer la carta, pero ella volvió a llamar. Que dónde se encontraban.

—¿En el Café Carlo?

—Muy bien. Hasta luego.

Eran las diez.

El hecho de que los niños cometieran actos de crueldad tenía "en realidad" explicaciones psicológicas. Lo que había "en realidad" tras esos actos quedó en el cuarto piso mientras él bajaba velozmente en el ascensor, raspando la pared con la punta del zapato y viendo pasar, fugaz, la silueta de un hombre que esperaba tras el vidrio perlado del tercer piso. El recuerdo estaba allí, avasallador y avergonzante a la vez. Aloja, Conradin Aloja a quien nadie temía y a quien, sin embargo, todos respetaban. Un chico de diez años como él, reservado y complejo, cautivo de los libros de la biblioteca escolar. Todos los jueves a las nueve esperaba ante las puertas de la biblioteca, sosteniendo su libro con ambas manos. Siempre era el primero, hasta que —poco antes de terminar el recreo— entraba como una tromba la

jauría de los demás lectores. En la fila en que se apiñaban desordenadamente, Alojja quedaba relegado al final y el libro que él deseaba llevar, pocas veces llegaba a sus manos. Y así sucedió aquel día. El sol acababa de ponerse. Blanco fragmentario en las laderas meridionales de las cercanías de Garn; pisadas en la nieve, que la tibieza del sol había derretido hasta llevarlas al tamaño de huellas de oso; frío mordiente que descendía trasformando las pestañas y cejas de los niños en flores de hielo. Lo recordaba perfectamente: él le había prometido el libro que le acababa de birlar ante las propias narices. "Los conquistadores de Arkansas". Pero, en pago, Alojja lo tendría que acompañar hasta la puerta de su casa; Alojja había aceptado el precio sin discusión. Un trineo tirado por resoplantes caballos rechinó junto a ellos. Los cascos descendían vacilantes y pesados sobre las superficies libres de nieve del camino. Saltaron a un lado; ambos, él y Conradin, delgado como una parrilla, con anchos hombros y un pelo castaño rojizo, que atrás parecía continuarse en la piel de potrillo de la cartera de útiles colgada a sus espaldas. Lo que siguió en aquel atardecer de fines del invierno se desdibujaba en el recuerdo como una visión crepuscular. Él había exigido una prueba de valor, era una exigencia suplementaria: Alojja debía mantener por espacio de un minuto la lengua contra el frío acero de un soporte en T, que se había instalado a cierta distancia del puente y atravesaba el lecho del arroyo. El hierro emergía del hielo, entre piedras y mechones de hierba encanecidos por la escarcha. Alojja hizo lo que él le exigía. Lo hizo con indiferencia y sin vacilaciones. Y esa indiferencia estaba aún en su rostro cuando intentó vanamente desprender la lengua del metal. La piel se había adherido. Él tiraba, mientras la espalda se le contraía de dolor. Tironeaba y respiraba con esfuerzo. Poco después corrieron unos obreros desde una barraca próxima. Llevaban recipientes con agua caliente y toallas. Echaron agua caliente sobre el hierro y colocaron toallas humeantes bajo el rostro de Alojja...

El recuerdo de esto, de aquella noche, era tan oscuro como la familia vestida de negro que estaba en la recepción y dictaba un aviso a la señorita de la sección correspondiente.

Con un murmullo de disculpa se abrió paso entre los que esperaban y atravesó las puertas de cristal hacia el sol ardiente que bañaba las calles.

Al entrar al café chocó con una de las camareras. La muchacha lanzó una maldición apenas reprimida y sobre la taza de café hecha añicos, cayeron dos masas de crema.

Él trató de sobreponerse y apeló a la ironía:

—El daño es reparable ¿verdad?

Luego lanzó una mirada en dirección a Carlo. Carlo era la atracción del

café. Flotaba en el agua de una pileta de mosaicos verdes. Los ojos fijos hacían pensar en una jalea, con una minúscula trufa. Carlo era un caimán.

—¡Aquí está usted!

Una mano se abrió paso entre una montaña de paquetes y bolsas que se acababa de instalar frente a él. La misma mano enguantada de blanco retiró un paquete del lugar en que, presuntamente, se encontraba la cabeza. La cabeza apareció, radiante como un durazno de mazapán. Era el rostro de una mujer joven que ya ha dado al mundo un par de niños.

—Por favor —dijo—: quíteme el de la mano izquierda, después podré arreglarme sola.

Colocó, una tras otra, en el suelo, ocho o nueve cajas y bolsas de papel, un ramo de flores, tres botellas de leche que no cabían en el bolso de provisiones y algo muy largo y prolijamente empaquetado.

—Un tubo de aspiradora —explicó—. ¿Quiere que nos sentemos aquí? Era la única mesa libre y estaba muy cerca de Carlo.

El rostro de la mujer no le traía ningún recuerdo. De cualquier manera, era bonita y cuidada; llevaba un vestido de seda blanca plisada, cuya falda acomodó sobre los muslos al sentarse. Los anteojos negros se apoyaban sobre una nariz respingona y la piel de los brazos era sonrosada como un tierno salmón en aceite.

—¿Dónde está el *caniche*? —quiso saber él.

—No han terminado de cortarle el pelo. Este personal...

Sacó dos horquillas de su rodete, las sujetó entre los dientes y murmuró algo ininteligible, indignada.

—¿Cómo dice?

Las horquillas volvieron a desaparecer en el rodete.

—Mi marido es gerente de una compañía química.

Señaló con un dedo en la dirección de Carlo.

—Esos edificios que parecen una pila de cubos. Por suerte tienen aire acondicionado.

Su mano libre hizo un elegante movimiento de vaivén.

—No sé si sabía usted que Aloja era arquitecto —prosiguió, mientras arrojaba un terrón de azúcar por sobre la reja que rodeaba al caimán. Y usted se ha convertido en todo un periodista. No es de sorprenderse, sus composiciones eran magníficas. Usted se sentaba dos bancos más adelante que yo. Y tenía una hermana ¿no es así? ¿Dónde vive? Siempre andaba en bicicleta.

Rio. Él también rio y consultó su reloj, por imperio de la costumbre.

—Soy incorregible —se lamentó ella, mientras revolvía su bolso.

Por fin extrajo un puñado de manuscritos —sin pliegue ni arruga— y los dejó sobre la falda.

—En realidad, es ridículo que nos tratemos de usted. ¿No es verdad? ¿Qué razón hay? ¿Sólo porque han pasado veinticinco años? Bueno, yo me sigo llamando Annemarie. Te agradecería que en algún rato libre echaras una ojeada a esto —prosiguió recogiendo los manuscritos de la falda y dejándolos sobre la mesa—. En un tiempo trabajé en una novela. Pero ¿cómo puede uno crear cuando los niños gritan a su alrededor?

Movió el vaso de leche en dirección a Carlo y aun más allá: hacia las estructuras de vidrio y cemento que se erguían en la orilla de la ciudad.

—Casi siempre escribo por la tarde, cuando hay un poco de silencio. Dos de los cuentos son, quizá, un poco personales... o románticos; es difícil decirlo.

Su rostro adquirió una expresión pensativa.

—Hay que extraer el material de la existencia diaria, ¿verdad? de la vida real. *Il faut cultiver son jardin* ¿no? Entre paréntesis: tenemos un jardín maravilloso. Usted... Es decir, tú —prosiguió tras una risita traviesa—, tú tienes que verlo. Quisiera que...

—¿Y Conradin Aloja? —la interrumpió él, forzando una sonrisa.

—Tienes razón. En seguida te lo contaré. Escucha: en realidad yo quería escribir un artículo necrológico; después de todo, yo estaba presente cuando ocurrió. En el periódico apareció un anuncio minúsculo. Eso me indignó. Hay que tener en cuenta que era un magnífico arquitecto. Es claro que sus cosas pocas veces se construían y, como dice Philipp, mi marido, eso no hablaba muy en favor de él. Pero podría deberse a problemas locales ¿no te parece?

Ella chupó un terrón de azúcar y en su mejilla derecha se insinuó un hoyuelo; sus brazos brillaban como nogal pulido, deportivos, hechos para balancear una raqueta de tenis. Dejó de chupar.

—Ese aviso minúsculo me deprimió. Apenas más grande que un boleto de tranvía. Vergonzoso. Seguramente su hermana no ha tenido dinero; por eso le dije a Philipp que convendría publicar un buen artículo necrológico.

—¡Ah! Creí que tú ya habías escrito el artículo.

—¿Sin que nadie me lo pidiera? Esas cosas sólo se escriben a pedido; de lo contrario uno no hace más que ponerse en ridículo. Eso dijo mi marido.

Escarbó en una bolsita de papel de un tono rosado subido y extrajo un caramelo.

—Con mentol —comentó—. Pronto tendré antojo de pomelos con sardinas. Estoy embarazada.

—¿El segundo?

—El tercero. Querría tener cuatro. Mi marido quiere cinco.

Un caramelo se quebró entre sus dientes. Luego susurró algo, que él no entendió y lanzó una risita.

—Pero vayamos al asunto: yo lo conocía bien. Yo estaba con él... Nosotros estábamos con él cuando ocurrió lo de las avispas.

—¿Avispas?

—Mhm. Dos picaduras en el cuello y en alguna otra parte; pero murió tres días después. Septicemia. La enfermera me contó que el último día arrojó un ramo de flores con jarrón y todo contra la pared. Es raro... él era siempre tan bonachón. Rebelde, sí; eso sí, siempre. Me contaba Philipp que hasta en el servicio militar armaba camorra. Sin embargo, Philipp lo quería. ¡De veras! Hace poco nomás le consiguió un encargo. Es claro que no resultó, porque Aloja echó todo a perder. Se peleó con los que le encargaban el trabajo, o ellos con él, no sé. No siempre hay que estirarse hacia el techo, como dice Philipp, a veces hay que agacharse hasta el suelo: la cuestión es ganarse un lugar.

Un arquitecto, sobre todo, debería tener eso en cuenta, ¿no crees que tengo razón?

Suspiró como si estuviera agotada e hizo crepitar el papel rosado. El argumento era demoledor. Pero ¿insubordinación en el ejército? En la guerra se fusilaba sin más ni más a alguien así. Se dio por vencido. La idea gigantesca, monstruosa, de tirar todo por la borda, de abandonar todo, ya no tenía cabida en un cráneo reducido por indios amazónicos invisibles.

—¿Cómo decías?

No había oído una pregunta. Alguien arrojó dinero a la piletta de Carlo y la moneda se hundió, anónima, como en el cepillo de una iglesia de gran ciudad; solo la verdinegra piel coriácea del caimán se estremeció un poco.

—Acabo de recordar algo —exclamó ella—. Fue un asunto muy cómico... Viajamos a Milán, para Semana Santa...

—¿Con Aloja?

—Por supuesto. Y con Yole. Bueno, y allá Aloja se compró una libra de bananas. "Ya verás", me dijo Philipp, mientras estábamos frente a la catedral. "Cuando coma una banana arrojará simplemente la cáscara al suelo y dos minutos después la pisará él mismo. Y en la caída disparará su cámara y fotografiará las suelas de los zapatos de los que tropiecen sobre él." ¡Y eso fue exactamente lo que sucedió! ¡Palabra! ¡Ay, Dios mío, cómo me he reído! ¡Ese tremendo hombrón resbalándose en una cáscara de banana!

Annemarie comenzó a reír sin control.

—¡Lo único malo es que se quebró un tobillo en la caída!

Chupó su caramelo y siguió riendo hasta las lágrimas.

—¿Y cómo fue eso . . . eso de las picaduras de avispa?

Annemarie hizo un esfuerzo para dominar su hilaridad.

—Va a ser difícil de explicar. La gente no entiende que alguien pueda morir por la picadura de unas avispas. Choques de auto y cosas así; caídas de una ventana, incendios de cines, suicidios . . .

Lanzó una mirada de reproche en dirección a Carlo, como si el caimán tuviera parte de culpa.

—Bueno, fue así . . . ¿tienes algo para escribir? ¿un trozo de papel? ¿no? Bueno imagínate: este es el linde del bosque, pinos y abetos; aquí un tronco caído y aquí otro. Aquí estaban Erich y su amiga, Erich es un amigo nuestro; dos pasos más allá, es decir en el segundo tronco, estaban Yole, Aloja y Philipp. Yole es una amiga de esa amiga. Bueno, ellos estaban, pues, exactamente en el segundo tronco y en ese instante . . . ¡Ay, fue horrible! ¡Es como si lo estuviera viendo! . . . En ese instante Erich pisó el nido de avispas, que estaba en el tronco caído. Todos echamos a correr. Los únicos que permanecieron inmóviles fueron Conradin y Philipp. “¡No corran! ¡No corran!” gritaba Philipp. Pero, al fin, no pudo con los nervios y él también corrió. Sólo uno permaneció quieto, ¿quién te parece que fue?

—¿Aloja?

—Mhm. Las avispas zumbaban alrededor de nosotros y nos perseguían . . . Bueno, y unos minutos después regresamos . . .

—Y mientras tanto las avispas . . .

—Ni noticias. Ese coloso de Aloja se había sentado tranquilamente en el suelo y fumaba. Por supuesto, nosotros nos quedamos un poco avergonzados, y en ese instante, Philipp golpeó con su diario el cuello de Conradin. Philipp es muy observador. Había visto dos avispas que se movían sobre la ropa de Aloja. Philipp siempre lleva un diario consigo . . .

—¿Y entonces las avispas lo picaron?

—Bueno, él no era ningún Francisco de Asís o como se llame.

Ahora Annemarie parecía indignada.

—En el fondo Philipp estuvo a punto de salvarle la vida. Pero las cosas salieron mal.

Él comenzó a hacer preguntas de samaritano.

—¡Pero no había un médico . . . en alguna parte?

—Abajo, en la aldea. Pero Erich y su amiga se habían torcido un tobillo . . .

—¿Los dos?

—No, ella. Pero alguien tenía que cuidarla ¿no es cierto?

—Es claro. ¡Y los demás! ¿Philipp o esa Yole?

—¿Philipp? ¡Ah, estaba muy fastidado! Y ya sabes . . . su articulación de la cadera . . .

Él asintió, aunque no tenía la menor idea de lo que ocurría con esa articulación de la cadera.

—Yole encontró por fin una vertiente fresca e hicimos compresas con corbatas. Erich entregó la suya inmediatamente.

—¿Compresas?

—Sí. Con agua de vertiente. Agua fría de deshielo.

Ella parecía estar citando las instrucciones de un manual de primeros auxilios.

—Pasamos la noche en el chalet del padre de Yole —prosiguió—. Por la mañana tenía el cuello hinchado y yo tuve la sensación de que estaba afiebrado. De modo que bajamos a la aldea. Tardamos más de una hora en llegar. Y desde allí enviamos a unos tipos con una camilla.

—¿A la aldea? ¿Todos?

—Mhm. Nos habíamos olvidado de comprar café. Bueno, el asunto es que los tipos trajeron a Alojja dos horas más tarde. Les dimos diez francos a cada uno. Inmediatamente lo trasladamos al hospital más próximo. ¡Inmediatamente!

Carlo parecía una figura de plomo. Unas galletitas envueltas en celofán, arrojadas por algún chistoso, yacían junto a él sobre el zócalo de mosaicos azules.

Permanecieron unos instantes más sentados a la mesa. Al tercer intento de huída, Annemarie también se puso de pie y lo acompañó, chupando sus caramelos y cargada con sus paquetes. Afuera los recibió nuevamente el asfixiante calor de la ciudad, el siseo de ruedas sobre el asfalto, el traqueteo de los amarillentos tranvías.

Pasó el mediodía en la redacción. Dos botellas de coca-cola dejaron sus melosas huellas sobre los manuscritos de Annemarie. Silencio. Eso era. Todo el mundo tenía derecho a eso. Silencio. Colgó del picaporte un cartel que decía "No molestar" y se sentó ante el teléfono. A las dos de la tarde había hecho ya catorce llamadas. La muchacha del conmutador perdió la paciencia. Él rugió varias veces una palabra en el tubo —por la que no se disculpó más tarde— y colgó con violencia. Luego apretó el botón del intercomunicador y preguntó, volvió a preguntar y hojeó la guía con la insistencia obsesiva de un erudito eclesiástico. En un cajón halló un panecillo endurecido; lo humedeció con coca-cola, lo mordisqueó y siguió hablando por teléfono. Por fin dio con un pariente lejano de Alojja y

envió un cadete a retirar una fotografía. A las cuatro tenía la foto sobre su escritorio. Contempló largamente la imagen; no le traía recuerdos. Los ojos claros, quizá; claros y rebeldes bajo las cejas hirsutas. También había una gigantesca pila de planos de edificación. Los hojeó desalentado. No entendía nada.

Lo inesperado llegó en unas galeras corregidas que cayeron bajo sus ojos en el taller de composición. "Fallecimiento de un joven arquitecto". Era un artículo necrológico. Un breve sector de columna. Uno de los redactores de la sección Noticias Locales lo había resumido. Las oraciones de más de ocho palabras no eran bien recibidas e irritaban a los de esa sección.

"... y sin embargo uno creía ver nervios que vibraban más firmes y finos que una tensa cuerda; un cerebro en el que los sonidos cobraban volumen como en la caja de cedro de un violín. Siglos de un milenio que se desgarran a sí mismo forjaron a Conradin Aloja para los breves años de su existencia terrena. Este hombre" —el corrector había tachado la expresión "estructura anímica"— "buscaba lo esencial. No había nacido para el escritorio o para la vacunación preventiva o para la investigación de la opinión pública o como se llamen esas cosas. Pasado mañana, quizá mañana mismo, el desaparecido habría sido un gigante. Aquí y hoy no era un superenano ni un infragigante. Perdió su instante y su instante lo perdió a él. R.I.P."

Recogió la galerada y se encaminó a la redacción. Los dos redactores principales de la sección se habían retirado ya. En una de las máquinas de escribir estaba Kobald, el redactor de turno, un muchacho rubio y crespito que mordisqueaba una pipa.

—¿No hay nadie?

—No —replicó Kobald—. Nadie. Y le ruego que a mí también me considere ausente. Estoy escribiendo sobre una nueva película nacional. ¿Ha visto alguna vez, usted, un glaciar? ¿Alguna vez ha tenido que bajar a su hija de un glaciar de cinco mil metros? Yo no. Es una suerte no tener hijas.

Pasó por alto el comentario.

—¿Quién escribió esto?—

Kobald permaneció inmutable.

—Un duende con nariz ganchuda —replicó—. Esperé dos horas en el vestíbulo temblando. Le dimos dinero. ¡Cómo lo oye! Nunca se pagan los artículos necrológicos, pero ese hombrecito parecía decidido a sacarle algo más al pobre tipo. *Post mortem*.

—¿Cómo se llama ese hombre? ¿Dónde vive?

—No vive en ninguna parte —explicó Kobald—. Es un compositor, y el Fulano, el muerto, le pasaba doscientos todos los meses. Es lo que suponemos.

—¿Estaba muy excitado?

—Creo que como cualquiera que pierde su pensión a la vejez repentinamente. Parecía un antropósofo.

Cerró la puerta y volvió a su despacho, desde allí siguió telefoneando. Se habían hecho las cinco.

Sabía todo y nada sobre Aloja; nada que pudiera interesar a sus contemporáneos. Aloja había llegado tarde durante toda su vida, porque no conocía la prisa. Había perdido trenes, la suerte que solo llama una vez, la inyección contra la polio, la pasarela de un barco de excursiones por el Rin en cuyas gélidas aguas otoñales cayó, los titulares, las ediciones extras, los concursos para arquitectos, el contacto con todo lo que podía ser indispensable para una existencia sin problemas.

Dios santo, ¡qué irritante resultaba por momentos! En los bolsillos de su abrigo, la hermana había encontrado entradas para el teatro que había sacado y luego olvidado; la carta de un industrial que citaba a las once, cita a la que él no había concurrido porque estaba leyendo un libro sobre la reencarnación. Era interminable. Fuera de las avispas había perdido casi todo y sólo se había adelantado a abandonar el mundo. Nunca había corrido. No por haraganería, no; por lo visto, simplemente no había existido nada que lo hiciera tomar conciencia de su propia fuerza. No bastaba con ser fuerte, debía haber algo que hiciera sentir esa fuerza, y él no había encontrado ese algo.

Afuera, el anochecer estival era enorme e inflado como una tienda de circo. Dos meses más y el circo llegaría como siempre, junto con el otoño.

¡Gigantes! Solía ver a uno que andaba de aquí para allá sobre enormes zancos. Los niños chillaban de alegría. Los mayores sonreían cuando se mostraba ante la tienda del circo con su enorme traje azul de marinero. Le daban dinero y lo contemplaban admirados, y todos sabían que tras la función el hombre bajaría de sus zancos. No existían los gigantes. Arrancó la cuarta hoja de la máquina y la hizo un bollo. Luego colocó la quinta.

Esta vez tenía que andar.

La nieve que cayó un par de meses después le hizo recordar la quinta hoja, y tras una larga mirada vacía decidió redondear la cifra en cinco.

(Trad. Nélida Mendilaharsu de Machain.)

EN EL ESTABLO

Estoy acostado en la estrecha cama. Tengo las manos a derecha e izquierda del cuerpo. Un edredón de plumas cubre los dedos de mi pie derecho; el pie izquierdo está al aire. El edredón resbala y cae a uno de los lados. Pero no quiero hacer nada para detenerlo, so pena de que mis pensamientos vuelvan a escurrírseme. Durante la distribución del abono o manejando el tractor, mientras el frío trepaba hasta mis rodillas, he aprendido a examinar lentamente un problema de punto a cabo, a no divagar, a no precipitar nada, a pensar frases con sujeto y predicado... sin sustantivos jadeantes o verbos faltos de estructura gramatical. Cierta día en que logré una concentración sostenida sucedió que seguí pensando durante el sueño en el problema rural o administrativo encarado, y que el trecho resuelto mientras dormía no sólo tuve que volver a resolverlo al otro día, sino comenzar a pensarlo, ya despierto, en el punto donde el sueño me había dejado. Esto no había sucedido siempre así. Ya desde muy pequeño solía escuchar mis propios pensamientos claramente como si fueran palabras, pero mientras pensaba se producían choques de sonidos, se entrecruzaban las imágenes, y las frases o palabras de mis pensamientos eran atravesadas por esferillas como de polen y reducida la larga cadena de pensamientos y comprimidos estos los unos en los otros.

Si consigo no distraerme, hoy mismo produciré antes de dormirme una buena porción de consideraciones sobre el establo. Mas antes de comenzar mi período de práctica en América tengo que haber examinado a fondo el problema del establo en todos sus aspectos. Mi propósito consiste en introducir el establo incluso en aquellas actividades que nada tienen que ver con la paja.

Mas al paso que articulo en mi pensamiento la palabra "introducir", se divide mi atención volviéndose en más de la mitad hacia el ambiente que me rodea, en cuyo centro yo —para no lesionar mi facultad de con-

centración— yazgo inmóvil. Será mejor que siga por el momento las impresiones de mis sentidos, que acabe de una buena vez por todas con el ámbito que me rodea, pues de lo contrario irrumpirán una y otra vez en mis meditaciones de economía rural las sillas, muñecos, violines, ardillas, constructores, mozos de café, abuelos, poetas, el Teatro Schumann, drogas, biblias, cueros.

Me fue preciso incorporarme y hacerme de pequeños trozos de papel, pues mientras me ocupo ahora de este cuarto y de los demás invitados para dejar en claro mis pensamientos, es natural que se me ocurrirá algo importante acerca del establo que poco después habrá de faltarme. Ni siquiera la calefacción funciona en este cuarto. Es un verano frío el de este año. Para los campos de pastoreo está probada la utilidad del sistema de almacenamiento y formación de depósitos de heno seco.

En este cuarto sólo hay dos lámparas de neón. Recuerdo lo horrible que me pareció cuando mi principal mandó que se instalase luz de neón en los establos. Pero ahora no se trata de eso. Tampoco quiero bajo ningún pretexto reflexionar esta noche sobre las emociones que en mí desató el verme solo frente a las inmensas hectáreas de campos de pastoreo o ante los extensos sembrados de papa, cuando transportes y poleas realizaban la cosecha mientras a mí una especie de potencia de la naturaleza —quemazones de los desechos de la papa, incendios de los trigales, heladas, parnelios— me apartaba de la rectilínea y monótona ejecución de la obligación cotidiana.

Mucho más que en el establo en el que quiero pensar porque tengo que pensar en él —¿por qué tengo que pensar en él?— familia, falta de decisión, exaltadas tentativas de fuga, atracción de lo totalmente opuesto, sustantivación del lenguaje, locuciones sin predicado... digo que me gustaría mucho más pensar en el pequeño establo del zapatero. Sin embargo, el establo del zapatero significa agricultura a base de presentimientos meteorológicos y sin fertilizantes técnicos —no rentable—, dos tercios de la humanidad hambreada; aquel otro establo, por el contrario, significa punto y coma, sintaxis clara, orden y rédito en los pensamientos.

El establo del zapatero: la cabra estaba junto con la vaca, por encima de la cabra vivían los gansos, por encima de la vaca las gallinas.

El futuro pertenece al otro establo.

Volviendo a esta habitación: uno se echa a perder los ojos con el alumbrado de neón. En horas de la noche refresco mis conocimientos de inglés.

Al ocuparla hallé pegada en el lavabo la mugre de la lavaza del huésped anterior. La puerta del cuarto sólo puede cerrarse desde afuera. Vista: un patio interior con tres mugrientas sillas de jardín. La habitación es como el resto de la ciudad. No hay cortinas en las ventanas. Las persianas son de tablillas de madera.

Elmshäuser... no.

Elmshäuser... no. Puedo evitarlo cuando sustituyo el nombre por el pronombre personal. Mandó subdividir los espacios de esta villa en risibles estantes de guardarropa.

¿Cuál es el nivel más bajo en la producción de paja para una beneficiosa implantación del establo? Lo formulé mal: ¿Cuánta paja es preciso producir por lo menos para que un establo resulte buen negocio? Elmshäuser...

El cobertor se desliza. Quedo completamente desnudo. ¿Por qué la puerta sólo puede cerrarse desde afuera? Desde que estoy aquí no he visto a Elmshäuser. Pero debo agregar en seguida que durante mi excursión por Bélgica por el sistema de autostop, Elmshäuser me invitó personalmente. Elmshäuser es un individuo... no quiero eso.

En la actividad más pobre en paja de la aldea he tenido experiencias en materia de establo. Utilizamos carrizo, hierbas pantanosas y leña de abeto y hojas secas de habas para mantener el establo cohabitable y posibilitar el ordeño todas las mañanas. Pero eso todavía no, o habría que desistir del establo.

Todavía no he terminado con la habitación. Debo agregar todavía... tengo todavía que pensar... ¿cómo denominarlo?... pienso palabras que oigo pero que no pronuncio... es mi propia voz que oigo... la escucho cuando hablo... cuando pienso... no es la voz de mi madre... la voz de mi padre ya no la recuerdo cuando pienso las frases que pronunció mi padre antes de morir, su frase de despedida: madrecita, cuídame al mu-

chacho. Bolona. Bolona. Bolona decíase entonces para desearse una noche tranquila . . . en vez de la suya escucho la voz de gente que conocí mucho después de acabada la guerra, la voz de Elmshäuser, por ejemplo.

Esta habitación es demasiado alta. Es excesivamente angosta en relación con su altura y demasiado estrecha en relación con su ancho. Resultaría muy apropiada si uno pudiera mantenerse ladeado.

Los parques en la parte céntrica de la ciudad no tienen la suficiente extensión. Hay estaciones que sólo a medias son frecuentadas. También eso pertenece al ámbito que me rodea. ¿En qué punto deja de perturbarme? Podría instalarme en los límites de la ciudad. Pero ¿no me oprimirán después las pequeñas ciudades limítrofes, luego las dunas interiores, finalmente el mar?

Frente a la mayoría de los andenes se oxidan los rieles. Caen de los techados los cuadriláteros de cristal. Conejos y ratas corren por las noches sobre las lisas superficies entre los edificios más altos.

Sólo yo he adivinado el verdadero motivo de la invitación. Büttiker me lo ratificó con su comportamiento.

Anotaciones como esta: ¿qué es un establo? — Exposición. — Primera parte. — Esto podrá servirme para un bosquejo escrito.

Respuesta: El establo representa un nuevo sistema de estabulación de los vacunos, inclusive de las vacas lecheras. En contra de la habitual estabulación trimestral a semestral de los vacunos, que, como se sabe, redundaba en libertad de acción e inapetencia, prolapso vaginal y uterino, lesiones óseas, degeneración de las pezuñas, atrasos en la producción lechera, el moderno establo no presenta ningún maniatado, sino un encorralado libre que en verano puede muy bien utilizarse, con la menor inversión de tiempo, en las tareas del ordeño. Los resultados son de una mayor producción de estiércol así como también un mejor rendimiento lechero. La serie de abonos es considerablemente reducida. No más evasión de nitrógeno.

Todo marchaba sin interrupción. Desaparecen las trabas, logro escapar de mi fuga de ideas.

Ahora debo consultar los guarismos.

Elmshäuser es un individuo menudo, con una cabeza calva. Es muy simpático. Esta clase de gente puede despistarse. Nunca se sospecha nada. Con ellos se maneja un coche. La gente como él formula planes con años de anticipación. Elmshäuser quiere con mi colaboración materializar sus planes en sólo unos años, por ello me ha invitado ya por segunda o tercera vez. Entonces me fui volando a América... opino que... escapé... llegué... sólo me prometí... opino que... no tomé a mal... pensé equivocadamente.

La aplicación y difusión del moderno establo en América. Elmshäuser tiene en la actualidad algo en proyecto. Lo entreveo. Ellos quieren ablandarme mediante una aparente libertad y grandiosidad. Para ello cuentan con mi curiosidad.

¿Quiénes son ellos?

Elmshäuser y los otros de su camarilla. Si Elmshäuser me utiliza para sus bromas, echaré el cerrojo a la puerta de abajo. Hasta hace poco la puerta de abajo se cerraba a las once.

Yo digo que no. Y me mantengo firme. La argicultura tampoco ha conseguido cambiarme.

Ellos por su parte me mezclan drogas en el café. En el cuarto de Colmar fueron encontrados libros sobre tóxicos y afrodisíacos — por lo demás el trato con palabras extranjeras se ha convertido para mí en hábito cotidiano desde mi curso sobre agronomía. Mis ideas se han ordenado. No olvido el lema sobre la actividad... a pesar de la dificultosa colocación al final de los verbos en alemán.

Para la eliminación de los yuyos hay que fumigar con agentes químicos.

Cometo ahora una digresión en el curso de mi digresión sobre lo agrícola, que nuevamente me remite a lo agrícola, pero que nada tiene en común con el punto de partida de mis consideraciones. Para la eliminación de los yuyos hay que fumigar con hormonas que en parte estimulan las funciones de crecimiento. Aquéllas producen la muerte de las plantas

inútiles por efecto de la hipertrofia. Las hojas se adensan en algunas partes. Aparecen bolitas y excrecencias linguiformes. Las plantas se traban en una especie de exuberante y legamoso fieltro del cual sólo logran sobresalir las especies no afectadas.

El sacerdote y Elmshäuser se introducen debajo de un cobertor. También Ludmilla y Renate fingen interesarse por mi experiencia agrícola para hacerme caer más infaliblemente en la trampa de Elmshäuser. En rigor de verdad, Ludmilla me desprecia.

En la planificación y construcción no habíamos cometido ningún error. El forraje se obtuvo en su mayor parte de los silos de fermentación. Los elementos residuales del forraje caían sin más desde el piso superior directamente en el comedero, los materiales para la cama de paja directamente en el piso del establo. El desestercolado cuatrimestral fue facilitado mediante el empleo de vehículos de carga y de los distribuidores de abono. Nuestro moderno establo hubiera sido ejemplar si nuestro negocio —mitad tierra pantanosa y fértil, mitad tierra seca, remolacha azucarera, sembradío de papa— no hubiese tenido que computarse entre las actividades más pobres de la aldea. De suerte que nuestra inobjetable innovación ofrecía una vista lamentable. Las vacas se hundían hasta media rodilla en el fango verdoso. Se movían bajo el castigo más desganadamente que si hubieran estado sujetas a la cadena o al yugo. Los animales apenas se animaban a echarse para dormir. La inmundicia se adhería en compacta cazcarria a las colas y a los flancos. La calidad de nuestra leche disminuía y por dos veces nos fue denegado el premio a la producción. Mas a pesar de todo este quebranto, mi principal no compró ninguna paja adicional en las fincas más grandes. Yo la he procurado. He liberado mis pensamientos de Elmsdel silo y transportarlo. El otro va ajustando las piezas de la ordeñadora. fiesta, de la habitación, de la ciudad.

Mientras se come el alimento mejorado hay que sacar fuera el alimento del silo y transportarlo. El otro va ajustando las piezas de la ordeñadora. Con práctica y concentración se consigue montar paralelamente ambas piezas. Una con cada mano. Ningún paso en falso. Nada de dobles procedimientos. La actividad mental se limita a los preparativos del ordeño a mano derecha, colocar la succionadora en regla, preparar la vaca siguiente, colocar otra vez la succionadora, controlar el proceso del ordeño en la primera máquina. Cambiar la ordeñadora, volver a ordeñar a la primera

vaca, preparar para el ordeño a la cuarta vaca, controlar a la tercera vaca, cambiar la segunda ordeñadora, volver a ordeñar a la segunda vaca, de diecisiete a veintitrés vacas. Yo había escapado de la urbe. Adiós a las angustias en las librerías a causa de las publicaciones.

En la víspera le había comunicado mi sospecha a Büttiker. No quiso comprender. También él se introduce con los otros debajo de un cobertor. Lo negó todo. Dijo: —Pero cómo es posible que usted afirme semejante cosa. Fíjese usted en la Guerra Española...

Comenzó una larga descripción de las costumbres en las brigadas internacionales. Deliberadamente se alejaba cada vez más de dar una contestación a mi pregunta. Finalmente habló sólo de hoteles, propinas, padre-nuestros. Yo persistía en mi sospecha de que aquella invitación servía solamente para procurar satisfacciones especiales a una aburrida aunque poderosa personalidad. Büttiker se echó a reír. Yo esperaba que me hubiese tranquilizado un poco. No quiero interrumpir antes del término como Oswald.

Las plantas útiles por medio de la aplicación de preparados químicos...

Ahora estoy en lo de Büttiker.

Inesperadamente dice: —El anormal aquí es usted. Ve aquí personas con condiciones que usted mismo posee.

Me duermo, y a medida que pienso en esto vuelvo a despertarme. No sigo durmiendo, puesto que conseguí incorporar el despertar a mi sueño. De haber estado realmente dormido en el instante en que soñaba que dormía, no hubiese podido seguir soñando y pensar, ahora despierto, ya que hubiera despertado antes.

Tal es la fiesta como fue en realidad: No estoy ya acostado. Me incorporo. En la mano izquierda y en la derecha sostengo sendos recipientes de ordeño con el bombeador y el aparato succionador. Estoy a la espera de las vacas. Por los agujeros de mis botas de goma se infiltra el estiércol.

El cobertor no se desliza.

Sobre el techo del establo da sacudidas el viento. Por la puerta penetra entonces la señora Colmar. La veo. Me veo a mí mismo. Alejo de los recipientes del ordeño a las vacas que avanzan furibundas, y sujeto a dos de ellas al puesto. Apenas me veo tendido en la cama, cuando ya me veo a mí mismo en el sueño.

Echo a correr sobre los andenes, intento encadenar a todos al incierto andén todavía en funcionamiento. La señora Colmar tropieza conmigo sobre los enlodados rieles. Conecto las mangueras de los bombeadores a la cañería de la ordeñadora. Me quejo a la señora Colmar de las malas estaciones. Ella se disculpa en bajo alemán. Encuentro muy justo que hable bajo alemán en mi sueño. Porque, después de todo, ¿qué significa eso de provincialismo? En nuestra comunidad de trabajo comentábamos en cierta ocasión que el acercamiento geográfico de los continentes convertiría a cada una de las naciones en una provincia. De tal modo el bajo alemán y el francés estarían de nuevo en un pie de igualdad.

La señora Colmar se disculpa: es una refugiada, no posee ninguna experiencia en los nuevos métodos de ordeño, en territorio oriental todas las mañanas a las tres iba en su bicicleta a ordeñar y con sus propias manos y un simple balde había ordeñado seis vacas. En términos generales no había existido a la sazón la tuberculosis ni tampoco los profundos establos llenos de estiércol en donde los tarros del ordeño se cubrían de orín como los rieles en desuso de algunos despoblados suburbanos. Entra Ludmilla, echa por el contorno una mirada de recelo.

¿Por qué la hago aparecer en mi sueño como una vaca? Tengo tan poco tiempo. Pero tengo obligadamente que soñar —si es que ya duermo— al menos con el establo. En la agricultura de nuestros días el problema del tiempo juega un papel enorme. Meditar cada paso. Mas simultáneamente quiero tener a mi Ludmilla conmigo. A medida que la masajeo le voy encareciendo mi amor. Pero seguramente ella prefiere ser ordeñada con arreglo a la antigua usanza. Su interés por el proceso moderno del ordeño es una hipocresía — también lo es su entusiasta participación en la organización de un moderno establo.

Ahora le pregunto a la señora Colmar por Elmshäuser: —¿Dónde está Elmshäuser? ¿Quién es Elmshäuser, que por dos meses se ha convertido en

nuestro padre común? Yo pienso que se trata de una fiesta en la que Elmshäuser hará su aparición.

La señora Colmar contesta: —Allí tiene usted a Elmshäuser delante de sus propias narices. Elmshäuser no es una vaca donada por una asociación de labradoras norteamericanas, como la mujer del zapatero. Elmshäuser es una raza experimental de Suiza, como Büttiker. Produce cuarenta litros de leche. Mientras se lo está ordeñando es preciso cambiarle los tarros, so pena de que la leche se derrame por el establo. Las otras vacas saltan a Elmshäuser. —Se trata de reacciones provocadas por las hormonas —explico a la señora Elmshäuser. Pero ella quiere un análisis minucioso. Pero yo no he leído todavía todo lo relativo a hormonas. De oídas sé que una vaca en celo pretendía servir a sus compañeras como usan los toros. Me concentro en el establo y los silos de fermentación y los métodos hormonales de eliminación de yuyos parásitos. Realmente no he dispuesto de tiempo todavía para orientarme de un modo cabal en los procesos hormonales durante la época del celo. No lo sé. No doy ninguna solución. ¿Quién salta sobre quién?

Büttiker danza delante de Elmshäuser. No está todavía en trance amoroso. Luce unos pequeños plisados violáceos sobre los cascos. Lleva unos calzoncillos negros de encaje de seda dentro de los cuales la ubre se balancea de un lado a otro. De su hocico chorrea el colorete. Despliega una sombrilla rosa con volados. Una vaca irracional. Con todas las ganas quisiera cortar la ubre a Büttiker. Por lo menos una vez colgaría del alambre de púas. Después todo se vuelve enojos y fatiga de trabajo. Lo mejor sería que se diese un atracón de sí mismo en el silo y que así reventara de una vez. En ocasiones durante la mañana aparecen las vacas echadas en la dehesa con el hocico lleno de espuma. Particularmente en la primavera. Nada resta entonces sino degollarlas para salvar por lo menos la carne.

Tampoco dispongo de tiempo para mis aversiones. Esto proviene de que no se ama la agricultura, de que se acepta la carrera agrícola sólo para escapar de la urbe. Por lo demás yo no encuentro ningún placer en sopesar detenidamente cada movimiento, en organizar cada pensamiento, hasta en el sueño.

Quisiera ser un holgazán. No hacer nada. No pensar nada. No asistir a ninguna comunidad de trabajo. Sólo soñar, lo que venga. En las vacaciones todo esto sucede, por supuesto.

—La holgazanería es buena —dice Elmshäuser—, cuando se la emplea rectamente. Elmshäuser tiene que ser muy rico para poder declarar semejante cosa. Tal vez se sintió en la precisión de dar esa consigna. Hoy por hoy sólo es verdaderamente rico el que sabe organizar correctamente la holgazanería, eso está probado.

Por esta causa no va con ello nuestra necesidad de paja. Nosotros no podemos organizar bastante ventajosamente la falta de paja. Ese es el caso. Büttiker nos fue transferido de las existencias militares norteamericanas en España. Esa es la causa.

Yo no logro saber qué cosa quiere decir con ello. Acaso sea yo el que ño se ha soltado y echado a galopar con Otto Wagner por el establo.

Ahora quisiera dejar de pensar que sueño, pero despierto; y aunque despierto me niego a seguir pensando en mi interrumpido sueño, pues...

También Büttiker intenta ahora hablar en dialecto. Sus palabras significan: —Usted es el único aquí. Usted es el único aquí.

Yo no logro saber qué cosa quiera decir con ello. Acaso sea yo el que malentiende sus palabras o les da un sentido equivocado... pero tampoco esto puede creerse; finalmente se expresa en mi propio sueño.

El silo crece a lo largo de los andenes por efecto de los preparados con hormonas. Bajo su pernicioso influjo sigue creciendo el pasto hasta después de cortado y puesto en el granero.

La señora Colmar indica que Elmshäuser debe ser inseminado ese mismo día. Doy mi asentimiento. Ella por su parte agrega que es una vergüenza que no dispongamos de ningún toro. Decide mandar por el veterinario aunque el éxito de la inseminación artificial no esté totalmente garantizado. En su tiempo se tenía siempre un toro preparado. Se había logrado evitar la tuberculosis y qué se yo cuántas cosas más.

—Pero repare usted en el ahorro de trabajo. ¿Quiere llevar al toro todas las mañanas con el anillo en el hocico hasta la dehesa? ¿Prefiere tener que fabricar de gruesa madera de roble los boxes de los toros en el establo? ¿Prefiere tener que duplicar o triplicar las puertas de salida a la dehesa? No. El veterinario con su pequeño refrigerador en el portafolios es la mejor solución. ¿Le gustaría ser el toro que se levanta por detrás de la vaca? Basta que la vaca dé un paso adelante o se mueva para que el toro quede insatisfecho. Hasta puede lastimarse.

Mas la señora Colmar no se tranquiliza. A gritos me pregunta si me gustaría ser el toro al que en el lugar de los servicios a campo se le ordeña el semen lo mismo que a las vacas la leche; si estaría de acuerdo en que se me pusieran por delante estímulos, vacas de cartón para excitar mi deseo.

—Estímulos, estímulos —grita la señora Colmar sin cesar, y comienza a operarse en ella una metamorfosis para mí absolutamente incomprensible: le crece una tupida barba y una gruesa cola de rata.

El señor Elmshäuser extrae de su portafolios un dispositivo en el que se ha mantenido fresco el semen del toro en cuestión durante el trayecto. Arremángase la camisa, trasvasa el semen a la pipeta de cristal, corta el canuto de goma con una pinza.

Sostengo a Elmshäuser por los cuernos. Elmshäuser hunde la enguantada mano en el cuerpo de la vaca, y la prepara así para la concepción. Con la otra mano introduce el tubito de cristal por entre los genitales de Elmshäuser. Con la boca suelta la pinza al extremo de la pipeta y la presión atmosférica hace penetrar el líquido.

Yo no sé a base de qué proceso hormonal nuestras vacas entran en celo todas las semanas, por qué la inseminación apenas conduce al objetivo. Mas entonces Elmshäuser me explica que las vacas algunas veces pueden llevar un ternero hasta el primer mes, hasta el segundo, tercero, cuarto, quinto, sexto, séptimo, octavo, noveno, décimo, undécimo, dudodécimo, hasta el centésimo mes, de suerte que muere y se descompone dentro de ellas. La extroversión vaginal o también el prolapso uterino de allí resultantes en modo alguno pueden referirse a una limitación en la libertad de movimiento o a condiciones desfavorables del lugar. El único tratamiento en casos

semejantes son las tenazas espatuladas en sus extremos izquierdo y derecho, que aseguran bien los miembros afectados del cuerpo, para evitar consecuencias graves. El veterinario vuelve a meter la mano dentro de Elms-häuser, a la que yo sigo sosteniendo por los cuernos. Retira nuevamente el brazo. Arroja un pequeño hueso contra la pared del silo — un diminuto cuerno de un ternero muerto. De nuevo introduce el brazo y saca una vértebra. La operación produce agotamiento en Elmshäuser. Blasfema. Hasta el sobaco introduce otra vez el brazo dentro de Elmshäuser. Extrae una vértebra tras otra, una costillita tras otra, luego las blandas, blancas pezuñas, el hueso frontal, la quijada. Luego de muchas horas —las partes de un sueño duran sólo fragmentos de segundos, tampoco se perciben en sueño sensaciones olfativas— el esqueleto del ternero yace completo delante del silo.

Paulatinamente todas las paredes del recipiente han ido tornándose tan pringosas, que Ludmilla y Otto Wagner y Renate se quedan pegados y son envueltos en el volteo hasta que aparecen en el zenit, de donde luego van a aterrizar con un sonoro golpazo en el establo, de suerte que la señora Colmar y yo, a medida que sin cesar avanzamos, nos hallamos finalmente en medio de una lluvia de invitados. Sólo la bulbiforme y lechosa vegetación que por doquier crece sobre los rieles logra suavizar aquel estruendoso golpe del descenso.

Echo a andar. Deseo mudarme de ropa. Veo un recipiente cúbico en cuyas paredes han colocado rieles. El recipiente cuelga moviéndose. Comienzo a correr a lo largo de los rieles. A un costado corre la señora Colmar. Por efecto de nuestros movimientos y de nuestro peso el ambiente comienza a dar vueltas. Mas a pesar de la rapidez con que gira, el fango diluido se abulta renovadamente debajo de nuestros pies como consecuencia de la atracción terrestre.

Observo desde afuera. Las hojas empapadas, las ramas, los troncos, obstaculizan mi visión. Aquí y allá veo una vaca colgando de las orquetas. También la señora Colmar ha desaparecido. Sólo su abultada cola de rata ha quedado enredada entre los troncos. Ni siquiera los pelos de su barba asoman por detrás de los árboles. Escucho cómo canta:

Este es el bosque de la hormona, oh joven. Este es el bosque de la hormona, oh joven.

Me despierto. Es decir, estoy despierto. Si mi despertar fuera sólo un sueño, continuaría durmiendo. Durante mi sueño no es mucho lo que han contribuido mis pensamientos a resolver el problema:

¿Qué cabe hacer con un establo sin paja?

Continuaré reflexionando sobre este asunto. A manera de introducción me propongo exponer por qué el establo se llama precisamente establo.

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

EL CAMINO A OOBLIADOOH

(FRAGMENTO)

Cero horas y ambiente.

Paasch había invitado a todos a celebrar el fin de año, el fin de su vida libre y de sus esfuerzos. Arlecq e Inés recorrieron a pie las frías calles, entibiadas por la luz amarilla de las ventanas, tras las que iban y venían sombras, se tendían mesas, se bailaba al son de una inaudible música radial, Brigitte y Linde llegaron en tranvía, descendieron ante el ayuntamiento y doblaron a la izquierda en la esquina del retrete público. Stanislaus tomó un taxi que Paasch pagó. El viento helado los atacaba por la espalda haciendo que su andar resultara curiosamente liviano y que sus pies ejecutaran pasos de danza, como las parejas que bailaban tras aquellas cortinas o en ese lugar innominado en que se mueven las azuladas imágenes de la televisión. También se bailaba en el salón "Los pastores", junto al cual tenían que pasar, para llegar a lo de Paasch a través de un estrecho y barroso pasaje. El salón de baile hacía honor a su nombre; con su aire de casa de campo de puntiagudo tejado asomaba a la calle, como si atrajera fuegos fatuos en la vasta landa. Años atrás se habían hecho allí *jam sessions*; largas audiciones —a puertas cerradas— de *blues* habían sumido en el recogimiento a los *fans* de la zona. Paasch estaba entre ellos. Hasta que la policía quiso entrar también. Los *blues* habían desaparecido entonces como por arte de magia y se habían formado parejas. Sólo Paasch había permanecido a solas con su cerveza. Al final todo el mundo terminó girando en torno a la bandera de la FDJ en ritmo de vals y ni la policía se resistió a participar de la alegre velada juvenil. Sólo que las muchachas escaseaban. Ese detalle tendría que haberles llamado la atención; pero no lo advirtieron, porque todos se mostraron muy dispuestos a cederles, como buenos camaradas, las pocas chicas presentes. Por fin, ellos que sólo se ocupaban de hacer respetar las leyes, se retiraron; Paasch se sentó al piano y ya nadie bailó. Pero ahora se bailaba nuevamente en el salón. La orquesta distribuía el veinte

por ciento de "éxitos occidentales" a lo largo de su repertorio; los conflictos con la ley sólo surgirían, quizá, a horas muy avanzadas y, probablemente, por ebriedad. Bailongo inmundo, dijo Arlecq, tal cual Inés lo esperaba. Se internaron en el pasaje, junto al salón de baile. Allí ya se estaban exigiendo las primeras concesiones de la velada; contra el cerco que limitaba el sendero hacia la derecha, bajo la cruz de sombras de las ventanas.

El camino ascendía hacia la izquierda y se hacía más urbano, hasta adquirir plena vida ciudadana en la bocacalle, a donde ya había llegado Stanislaus con su negra *limousine* de alquiler. Un tranvía les interceptó el paso y se detuvo chirriante ante ellos, en la curva. Por las ventanillas se veían algunos rostros con gorros de papel y la muda escena de un hombre que quería pagar el boleto con un trago de su botella. Arlecq informa a su prima Inés, que el hombre tiene los bolsillos llenos de cohetes que se encenderán a las doce en su amor por la cobradora de boletos y los harán volar junto con la estación terminal, hasta dejar atrás los desnudos álamos del jardín paterno de Paasch.

Hoy pareces estar muy chispeante, comenta Inés. Si hoy encontrara el gran amor, piensa. Lo ha pensado todo el día, ese día que terminará, como para todo el mundo, ahogado en amargos aguardientes.

Paasch ha puesto el dinero en manos del chófer y Stanislaus ya se dirige a la puerta con paso inseguro. Se ve a la legua que ha bebido; a dónde, en su casa quizá, con la madre, piensa Paasch mientras escucha la cháchara del conductor, ella sale muy temprano a vender diarios, por eso se acuesta temprano. El hombre del auto de alquiler tiene problemas en un día como el de hoy, aun antes de las doce; ya lo ha experimentado el año pasado. Siempre hay alguien que le vomita, si no sobre el hombro, por lo menos sobre el asiento y puede darse por bien servido si sólo le manchan las fundas. De todas maneras las entrego al lavadero todos los años el dos de enero ¿sabe?, le explica a Paasch y no recuerda en qué bolsillo tiene el cambio. Deje el vuelto, dice Paasch y Stanislaus pega un portazo que resuena hasta lo de *Frau* Siebenmüller. Una vez al año hay que vomitar, buen hombre, dice Paasch al chófer que ya ha apretado el acelerador. Y gracias, dice el hombre y enfila hacia la avenida. Antes de llegar a la bocacalle enciende brevemente los faros. Arlecq e Inés se detienen, encandilados.

Arriba, Stanislaus ya ha fijado con chinchas el cartel que traía consigo y que dice: "Consultorio abierto". Cada vez que se abre la puerta, el dueño de casa y comandante asoma su cabeza rapada por la puerta de la cocina; es un cráneo redondo y huesudo. Gracias a ese corte de pelo, el comandante ha de revivir ante el espejo la imagen de sus prisioneros de guerra, piensa

Arlecq poco después. El dueño de casa saluda amablemente y los sigue con la mirada; mientras conozca el número de cabezas que ingresan se sentirá dueño de la situación.

Aún falta Linde. Brigitte se ha retirado a la penumbra del rincón de la chimenea. El que está al tanto advierte el abovedamiento de su embarazo, y todos los que han concurrido están al tanto y lo advierten.

Al principio no ocurre nada. Paasch coloca los abrigos de los recién llegados sobre el armario. Fuera de eso, la habitación está como siempre. Las montañas reverberan a la luz rojiza del atardecer, encerradas por el marco dorado; reverberan desde el día del casamiento del comandante (R.) que, como sabe Paasch, en ese entonces acababa de ingresar en la SA. Los Alpes de Glarn, dice Stanislaus, como si viera el cuadro por primera vez, el Töde, señores ¡3.623 metros de altura! Pero nadie lo sabe a ciencia cierta; también puede ser el Matterhorn o, simplemente, un paisaje de Estiria que la suegra del comandante ha traído consigo al Reich para el casamiento.

Arlecq aprieta el botón del grabador, ya que nadie ha pensado en la música, y el carrete gira desenrollando a Frank Sinatra. Con esto vendría bien algo seco, dice Arlecq, Cinzano. Kahlbaum, dice Paasch. Hagamos una pausa, dice Stanislaus y se lleva a los labios la botella de Kahlbaum. Las mujeres se miran.

Fumar Rama es como usar de una dama, replica Paasch, aplicando el *slogan*; pero al decir "usar" baja la voz, inseguro.

Tras Frank Sinatra, viene Monk, Thelonious Monk, *The high priest of bop*, como aclaran Paasch o Arlecq, y el dueño de casa debe sacar una vez más la cabeza por la puerta de calle de la cocina, de la que brota un aroma de papas al horno, porque la puerta de calle se ha vuelto a abrir y entra Linde envuelta en su pañuelo y su chal. Tan cubierta está, que por la imaginación del comandante, agudizada gracias a la cerveza, cruza la palabra "deportación".

Quería traerte un poco de oro para tu primera emplomadura, acababa de decir Arlecq a Paasch y Stanislaus grita: ¡Para el anillo de bodas, hombre, para el anillo de bodas!

¿Cómo, hay boda? pregunta Linde y sacude su pelo ya liberado. Arlecq quiere ayudarla a desembarazarse de los abrigos. Brigitte no se mueve. Inés se dedica a las bebidas y a la música. Esta vez es algo liviano, como *Moonlight in Vermont*.

Nadie sabe por qué Paasch ha invitado también a Linde, a la que habitualmente eludía. Quizá sea porque ella siempre huele a aula, explica más tarde Arlecq a Inés, ya sabes lo que él extrañará eso. Para él es irre-

vocable; el Estado no tiene piedad cuando se aprueba un examen final. Sólo Linde e Inés permanecen seguras al calor de la protección estatal. Una, bajo el paisaje de Arcadia que pende en el aula 40; la otra, llena de presentimientos —aunque confiada en la segura guía de las disciplinas escolares— cuando pasa junto al cuadro de la doliente Ifigenia, y pasa junto a ese cuadro de Feuerbach, que adorna la escalera, cada vez que regresa del recreo rumbo a la clase, en la que alguien repetirá lo que dicen los libros sobre el tratado de Rapallo, sobre el ferrocarril de Bagdad o sobre el salto de pantera hacia Agadir. Sólo Paasch tiene que lanzarse al mundo hostil. El dueño de casa se ve ya a su inquilino en una provincia arada por campesinos y caudillos, y por eso golpea a la puerta de Paasch, aunque aún no es medianoche. Es admitido y exhibe una botella de licor Melde, para acompañar su enjundioso discurso.

Ruego me permitan pasar; me he tomado esta libertad, espero que las damas me sepan perdonar (Stanislaus añade el ¡ejem! de la vieja escuela, en el lugar en que se lo ha omitido, porque hay que adaptarse a los tiempos), pero quisiera chocar mi copa aquí, con el estimado doctor Paasch. El licor Melde gorgotea en las copas; en la copa de Paasch, en la copa que se ha traído el comandante. Los demás quedan excluidos; éste es un brindis a alto nivel. No por eso se ha bajado el volumen de la música, el comandante debe levantar la voz para hacerse entender. ¡A su salud, doctor! dice. Paasch sonríe un poco ante el título. Siete litros, añade Stanislaus como un eco.

Con un movimiento angular del brazo, el comandante empina la copa, echa atrás la cabeza y retrocede varios años: Año Nuevo del 44, en un refugio, frío siberiano. Se ha reconsiderado la pena por rebeldía; en lugar de fusilamiento, orden de ataque. Y a pesar de todo el imbécil se disparó una bala en la cabeza. Mala suerte. Nada que hacer. Terminado. El comandante siente un calor que le corre por la garganta. Endereza la cabeza, deja atrás los años —donde está la puerta entre sombras— y se retira.

Stanislaus no puede dejar de reproducir la escena; ahora ha bebido más de la cuenta.

Ambiente, dice Arlecq y se deja caer a la sombra de la cama, al pie de la cual se ha sentado Linde sobre un almohadón y contempla el fuego.

Triste que todo sea tan pasajero, dice Linde y piensa en sí misma. El carrito está ya vacío. Paasch se encarga de renovarlo.

Puesto que a nadie le importa, Arlecq besa a Linde en la boca y procura anudarle el pelo bajo el mentón. No me gusta que me enmarquen así, dice Linde y le sujeta las manos.

No contarás ningún cuento hoy, quiere saber Arlecq. Y entonces Stanislaus anuncia que conferirá a Paasch el título de doctor *honoris causa*. Paasch está tratando de convencer a Brigitte —que no se siente bien— de que se retire, cuando Stanislaus exige silencio golpeando una copa con el calzador de Paasch. Arlecq y Linde se asoman por sobre el borde de la cama.

Mis muy respetados amigos, comienza Stanislaus levantando su copa ¡por Paasch, el caballero de la emplomadura!

Paasch limpia los cristales de sus anteojos con un pañuelo y frunce los ojos, tratando de ver a Stanislaus.

El proceso de colectivización del agro, comienza Stanislaus por segunda vez, dio al pueblo, a la población rural, en plena jeta, de modo que no sólo cayeran lágrimas sino también dientes. Espigas en honor... Pero así no se puede, amigos, así no.

Stanis se abre la camisa para representar mejor el papel del pequeño funcionario. Hemos cometido errores, no cabe duda, quién no comete errores. Tenemos que admitir, pues, que hemos cometido errores; pero apoyándonos en las experiencias, de la grande, gloriosa, invencible patria de todos los obreros; del grande, glorioso, invencible país socialista, cubierto de laureles; de esa avanzada de la humanidad, vehículo de progreso para una sexta parte de la Tierra, la grande e invencible Unión Soviética... Y bien, amigos, cómo es que dice ese lema: ¡Dentistas al campo! (Y una vez más en el falsete de un coro infantil) ¡Dentistas al campo! Y así nuestro estimadísimo colega, con su reconocida conciencia cívica, con su reconocida simpatía por la Unión Soviética... ¿siente simpatía por la Unión Soviética?... (Stanislaus se sube a una silla) luchará por el progreso del agro regalando dientes, regalando alegría...

Haz una pausa, grita Paasch en medio del discurso. Son las doce. Inés abre la ventana, que asoma a un patio rodeado de monobloques. Es medianoche, pero esta medianoche no es como todas. La noche no puede tenderse sin trabas sobre la ciudad dormida, porque las ventanas se abren y vuelcan su luz en las tinieblas, se abren de par en par, el hombre del tranvía lanza sus cohetes en la estación terminal, alegría bella chispa divina, el dirigente de célebre nombre ya está más allá de la Novena y el baño de las ovaciones, ahora come caviar, y el comandante hace estallar el corcho de champaña bajo la puerta, desborda el fuego, el champaña se vuelca en las copas. Arlecq bebe de un trago la suya y la arroja al patio, todos se acercan a la ventana con sus copas, eligen un objeto conocido como blanco, el tarro de la basura, la raqueta para golpear alfombras. La escena devuelve un poco la sobriedad

al dueño de casa, porque eran sus copas, las que pasaron el año entero en la vitrina, cuidadas; un tesoro de los nibelungos tras el cristal, un tesoro del que su esposa quitaba el polvo todos los fines de semana; pero ella dormía y no sabía nada de lo que estaba ocurriendo. La gente joven era alegre, siempre lo había sido y lo seguiría siendo. Y el dueño de casa también se siente tentado de elegir un blanco, pero se domina y contempla el fondo de su copa. Brigitte ha permanecido en su silla junto a la chimenea; ahora llora un poco e Inés le apoya una mano sobre el hombro. Stanislaus no ha descendido de sus alturas, es el último en arrojar la copa y lo hace mejor y más lejos que nadie.

Paasch ya había preparado el *Twelve-o'clock-Rock* en la cinta grabadora y demuestra una vez más ser un hombre de principios. En ese momento se oye la campanilla del teléfono tras alguna pared; el comandante corre hacia el dormitorio, en donde su mujer yace sepultada bajo el edredón. El padre de Paasch llama desde las profundidades de la vivienda paterna, quiere felicitarlo por el examen aprobado y desearle suerte en la nueva vida y en el nuevo año. Con movimientos de mono, Stanislaus salta tras de Paasch y entra en el dormitorio del comandante sin rango; parecería ser que el espíritu festivo quiere extenderse a toda la modesta, aunque espaciosa, vivienda.

Sire: ¡otórguenos la libertad de pensamiento! grita Stanis en el tubo, directamente en el oído paterno, que conoce esa palabra, pero que casi ha renunciado a interpretarla. Libertad, pedazo de delincuente, grita ahora Stanislaus sin rodeos en la palabra o en la voz, como si el que está en la línea no fuera el padre de Paasch, sino alguna autoridad superior. Paasch le arranca sin esfuerzo el tubo y explica: Es Stanislaus, completamente borracho. Luego escucha los buenos augurios de su padre, devuelve esos augurios, cuelga y sale del dormitorio en donde la mujer del comandante sigue sumida en pesados sueños.

Mientras tanto Arlecq ha rellenado de amor algunas cáscaras verbales y se las ha ofrecido a Linde; pero tampoco esta vez las palabras logran revivir el recuerdo de Isabel, de modo que opta por callar.

Paasch ofrece el abrigo a Brigitte —quien por fin ha decidido retirarse— y la acompaña hasta el tranvía. Y así se produce una pausa en el movimiento de todos. Stanislaus hunde la cara entre las manos; Arlecq y Linde citan (alternativamente) a un poeta; Inés contempla la noche, en donde un par de cohetes retrasados se deshacen en estrellas que vuelven a hundirse en las tinieblas.

(Trad. Nélica Mendilabarzu de Machain.)

EL JUDÍO DE ANDORRA

En Andorra vivía un joven a quien todos tenían por judío. Valdría la pena hablar sobre la supuesta historia de su origen, sobre su trato diario con los andorranos, que veían en él al judío: esa imagen ya forjada lo aguardaba por doquier. Por ejemplo, desconfiaban de su alma; porque, como se sabe también en Andorra, un judío no puede tener alma. Lo dejaban librado a la agudeza de su ingenio, que se agudizó precisamente por eso: por la necesidad. En cuanto a su relación con el dinero —que en Andorra también desempeña un importante papel—, él sabía, sentía lo que todos pensaban sin palabras. Se analizó para saber si era verdad que siempre pensaba en el dinero; se analizó hasta que descubrió que era verdad, que —en efecto— él siempre pensaba en el dinero. Lo admitió, lo asumió y los andorranos se miraron, sin palabras, casi sin una contracción en la comisura de los labios. También sabía muy bien lo que pensaban en lo referente a la patria. No bien él recogía la palabra en su boca, ellos la abandonaban como una moneda que hubiera caído en el lodo. Porque el judío —eso también lo sabían los andorranos— tiene patrias que escoge, que compra; pero no una patria como nosotros, una patria que le pertenezca por nacimiento. Y por bien intencionado que estuviera, cuando se trataba de asuntos de Andorra, su palabra se hundía en un silencio como de algodón. Más tarde comprendió que le faltaba tacto. Es más, se lo dijeron abiertamente en una ocasión en que, desalentado, les reprochó esa actitud casi con apasionamiento. La patria pertenecía a los demás —de una vez por todas— y nadie esperaba que él la amara; todo lo contrario, sus tentativas persistentes y sus asedios sólo lograban abrir una brecha de desconfianza. Aspiraba a un favor, a una ventaja, buscaba congraciarse; pero para los demás todo aquello no era más que medios para alcanzar un fin, aun cuando ellos mismos no vieran un posible objetivo. Y así siguieron las cosas hasta que un buen día descubrió —con su infatigable agudeza, que todo lo disecaba— que realmente no amaba a la patria; ni siquiera amaba la simple palabra, puesto que su empleo solo le acarreaba disgustos. Por lo visto,

tenían razón. Por lo visto, él no era capaz de amar, no en el sentido que se le daba en Andorra. Sin duda tenía el fuego de la pasión, pero también estaba el hielo de su razón y a ésta, se la consideraba como un arma secreta, siempre lista para ser empleada al servicio de su afán de venganza. Le faltaba el alma, lo que liga; le faltaba —y eso era indiscutible— el calor de la confianza. El trato con él era interesante, sí, pero no cómodo ni grato. No lograba ser como los demás. Y, tras vanos intentos de pasar inadvertido, comenzó a llevar su desemejanza hasta con una especie de obstinación, de orgullo y de encubierta hostilidad al acecho. Pero como esa hostilidad, no le resultaba cómoda, procuraba endulzarla con una solícita amabilidad. Hasta cuando se inclinaba, su reverencia parecía una especie de reproche, como si culpara al medio que lo rodeaba de su condición de judío...

La mayoría de los andorranos no le hacían nada.

Por lo tanto, tampoco nada bueno.

Por otra parte, había también andorranos de un espíritu más libre y progresista —como ellos decían—, un espíritu que se sentía obligado para con la humanidad. Esos respetaban al judío —como lo subrayaban— precisamente por sus características judías: la agudeza de su ingenio y demás. Ellos lo apoyaron hasta la muerte, una muerte atroz, tan atroz y repugnante, que hasta horrorizó a quienes nunca advirtieron que la vida de aquel hombre también había sido atroz. En realidad, no lo lloraban o, para decirlo a las claras, no lo extrañaron... Sólo se indignaron contra quienes lo habían matado y por la forma en que lo habían hecho; sobre todo por la forma.

Por mucho tiempo se habló del asunto.

Hasta que un día se supo algo de lo que él, el muerto, no llegó a enterarse: que era hijo adoptivo y que sus padres, como se descubrió más tarde, eran tan andorranos como cualquiera de nosotros...

No se habló más del asunto.

Pero los andorranos, cada vez que se miraban al espejo, veían con horror los rasgos de Judas. Todos ellos.

(Trad. Nérida Mendilaharsu de Machain.)

LA CONDESA DE SILESIA

En medio de los torbellinos de fugitivos de 1945, una desconocida se unió a la condesa von Sorgk und Seskau, una persona de la que ya no se podía decir sino que era de edad mediana y respondía al nombre de señora Weiss. Ninguna de las mujeres había visto jamás a la otra; pero entonces, entre saqueos e inspecciones, bajo el fuego de artillería, por senderos ocultos, a bordo de trenes atestados, en campamentos de tránsito y barracas de registro, siempre volvían a encontrarse, aun cuando hubo circunstancias que las separaron algunas veces.

Al principio, la condesa von Sorgk, testigo en los últimos años del desmoronamiento de su mundo, la decadencia de su patria, la muerte de su esposo e hijos y víctima por fin de la más penosa miseria física, una especie de fosilización, apenas se sorprendió de la obstinación con que esta acompañante sabía dirigir el azar que siempre la volvía a llevar a su lado. En su estado, y como no sabía otra cosa que ser atendida, aceptó abúlica que la nueva conocida se aferrara a ella como una vieja sierva, tratara de acercársele, le prestara ayuda, luchara por conseguirle víveres y bonos de racionamiento, más aún, que mintiera y mendigase para ella cuando no había otro recurso. Lo que impulsaba a obrar así a la mujer era un misterio. Había sido la esposa de un guarda de tranvía y estaba viuda desde hacía bastante tiempo. No tenía hijos. Cualquiera sabe que al pequeño no le resultaba menos difícil renunciar a su poquito de pobreza que al grande a su riqueza. A un simple quizá pudiera haberle parecido que aquella que perdiera mucho menos que la condesa y acostumbrara a ganarse la vida con su trabajo, estaba en mejores condiciones que la anciana noble. Quizá también nutriera esa complacencia una vieja sumisión ante la dignidad de cuna.

Semanas de común odisea desembocaron en una grave enfermedad de la condesa. Gracias a sus insistentes demandas, la Weiss consiguió una ubicación para la desamparada y le brindó sus cuidados hasta verla restablecida.

Finalmente, las dos mujeres fueron destinadas a una pequeña localidad de Alemania meridional.

En los primeros días de su convalecencia, cuando cedió el aturdimiento de las primeras semanas de angustia y desapareció la turbación de la fiebre, la condesa tuvo conciencia de su situación. Despojada de todo lo pasado y completamente sola, se veía fluctuando entre la gratitud y la desazón, encadenada a una persona con la cual no tenía nada en común, salvo la circunstancia de deberle reiteradamente la vida.

La condesa von Sorgk und Seskau era una persona de ancestral arrogancia a quien molestaba agradecer cuando no podía retribuir. Así pues, lentamente comprendió que según todas las probabilidades su suerte y no su deber, sería compartir el resto de sus días con esa persona que se le había sometido y a la que no podía recompensar de otra manera. La extraña no demostraba intención alguna de abandonarla.

Todo esto gravitaba sobre la anciana dama cuando encontraron alojamiento en la pequeña ciudad. Si bien en los tiempos de huidas y desbandes habían soportado cosas peores, en esos momentos la oprimía lo inmutable y definitivo de tan precaria existencia. Les habían asignado una habitación donde también debían cocinar y lavar, de manera que la situación se tornó una tortura para la condesa, acostumbrada a vivir con holgura. No obstante, debía considerar una bendición contar con esa compañera, pues sola no hubiera podido arreglarse.

Al principio vivían de la ayuda social, pero luego la Weiss buscó y halló trabajo en una fábrica de objetos de madera. De este modo la economía común se vio favorecida con algunos ingresos. La condesa también colaboró pintando juguetes que esa fábrica entregaba a las obreras que trabajaban en sus casas.

La Weiss hizo más, consiguió un nuevo alojamiento en otra casa vecina y se mudó sin demora, al parecer porque le resultaba más favorable. No dio más explicaciones. Tan pronto se desocupaba de sus tareas acudía diariamente a brindar sus servicios habituales a la condesa: acarreaba agua, barría, lavaba y hacía cola por las dos en las oficinas y puestos de racionamiento.

En el tipo de sociedad que habían constituido no era probable que una de las dos mujeres pudiera ocultar a la otra cualquier posesión. Sin embargo, la condesa conservaba una joya y por motivos que no había querido recordar, jamás lo había mencionado a su compañera. Siempre había llevado la alhaja escondida sobre su persona y aún durante la enfermedad, en medio del delirio la había ocultado con astucia. Quizá le era necesario

poseer algo para ella sola. Se trataba de una joya antigua y de acuerdo con la tradición familiar la había recibido el día de su boda. Era de oro y turquesas.

Desde aquí pudo estar sola con frecuencia, la condesa empezó a pensar en un escondite ajeno a ella misma para tan cara posesión. En aquel pobre cuarto no había un mueble con cerradura segura. Por otra parte, la sensación de miedo, secuela de los años de saqueos y expropiaciones, hacían preferir un escondite a una cerradura fácilmente expugnable. Su mirada se posó en la estufa, una pieza de la clase de los así llamados fogones de hierro. Enganchó el insignificante saquito que contenía la joya en el interior de la estufa, por encima de la boca de fuego. Allí nadie buscaría, pensó.

Llegó el otoño. Ese año hubo abundancia de hayucos y la población afluyó a los bosques para proveerse de esos frutos y complementar así su ración de hambre. Las dos mujeres también participaron de la recolección y el otoño se prolongó cálido y fue benigno para los recolectores. Pero un día, después de un desfile de oscuros nubarrones y truenos prematuros, llegó la lluvia y seguidamente cayó una densa nevada de copos acuosos que envolvió a los caminantes del bosque y los dejó empapados. De mala gana, tiritando de frío y calados hasta los huesos, los recolectores abandonaron los lugares de tala y se reunieron para regresar a sus casas. El camino era largo. Mudos o lamentándose en voz baja, trotaba el grupo bajo la calamitosa llovizna. De pronto la Weiss halló una excusa para separarse de la condesa, apuró el paso, corrió y corrió más a prisa apenas tuvo atrás al grupo y ganó una apreciable ventaja.

Bastante más tarde, a duras penas y casi sin fuerzas la condesa llegó a su buhardilla. Una oleada de reconfortante tibieza salió a su encuentro. El calor hacía crujir los travesaños, el fuego crepitaba en la estufa, la solícita extraña tenía ya preparados té caliente y ropa tibia. En un primer momento la condesa se abandonó sin pensar al agradable asedio del torrente de tibieza, pero luego dirigió su mirada hacia la estufa, cuyo hogar estaba al rojo vivo; se dejó caer en una silla sin decir palabra y se cubrió los ojos con la mano.

La condesa, educada en la devoción hernutista, a menudo se había increpado y humillado en sus oraciones por no lograr superarse y demostrar una inclinación amistosa hacia la persona a quien tanto debía agradecer. Sin embargo, en aquel momento en que el celo servicial de la desconocida que le había impuesto su compañía había apagado el último fragmento de su propio mundo, debió sofocar un odio ardiente. Toda desazón, cada

instante de malos presentimientos le parecieron confirmados. Sólo logró mantener su sosiego exterior, nada más: su voz adquirió un tono aterrador cuando respondió con un ¡no! a todas las preguntas de su aturdida compañera, ansiosa de prestarle ayuda. Permaneció inmóvil en su silla y por último, sin dejar ver su rostro, expresó el ruego brusco que hasta entonces nunca se había permitido formular: que se la dejara sola de una vez.

La señora Weiss, cada vez más anonadada, le habló sin obtener respuesta, suplicó en voz alta y después en silencio; finalmente debió acatar la orden. Apocada, farfulló unas palabras de despedida.

La escalera que conducía al altillo no tenía luz. Si alguien abandonaba el cuarto por la noche, la persona que quedaba en él mantenía la puerta abierta de modo que el haz de luz acompañara a la otra hasta alcanzar el último escalón. Esta vez no sucedió así. Habían transcurrido apenas unos instantes cuando la condesa oyó en su entumecimiento una caída y luego las quejas.

La fractura de las caderas, sufrida por la viuda Weiss al caer, se complicó ese mismo día con una pulmonía. La insignificante mujer no fue carga para nadie, pues la llevaron al hospital regional y la mano pública se abrió para ella. La condesa no tuvo oportunidad alguna de retribuir el bien recibido.

Se mantuvo alejada, presa de un sentimiento confuso y sin poder dominarse en seguida. Aquel día, cuando la estufa se hubo enfriado, revolvió largo tiempo la escoria en busca de algún resto, pero nada halló. Por fin, con una sensación de asco, apartó las cenizas. Quedó desconcertado. Había transcurrido algunos días desde aquel suceso. Lenta y penosamente creció en ella una idea, una sospecha infame. ¿Por qué estaba encendida la estufa? ¿Quizá para apartar sospechas? ¿Se *había* perdido en verdad la joya? Y si la fogonera la hubiera hallado y guardado de buena fe, ¿no habría sido lo natural que avisara en seguida? Se resistió por un momento, pero luego se acercó adonde estaba el delantal que la Weiss usaba para trabajar. Generalmente se lo quitaba al irse. Aquella noche, según recordaba la condesa, se había marchado extrañamente con el delantal puesto. Ella misma se lo había quitado después de la caída e inadvertidamente lo había colgado en el lugar de costumbre. Ahora lo palpó y percibió algo entre sus pliegues: encontró la joya en el bolsillo.

La condesa se sentó un rato a su mesa vacía, por momentos llena de horror, por momentos presa de su conciencia, de modo que sus viejas mejillas se volvían ya rojas, ya pálidas. Pero aún había que interpretar el hallazgo. La joya había podido ser ocultada sin mala intención o bien

con propósito de hurto. ¿Qué había sucedido? Ya no fue posible esclarecer el hecho, pues cuando la condesa hizo el hallazgo eran las once y al dirigirse al hospital a mediodía y preguntar por la enferma, le notificaron que la desterrada Weiss había fallecido a la mañana.

La condesa regresó y prácticamente no probó bocado hasta tres días después, cuando se hizo el sepelio. La ceremonia se cumplió en una atmósfera lúgubre y ante reducido séquito. Como llovía, los participantes tenían prisa por ponerse a resguardo. Nadie volvió la mirada, ni siquiera para reparar en la condesa, que seguía obstinada en el lugar. El sepulturero se acercó mohino con sus implementos y tan sólo vio a la anciana inclinada arrojar sobre el ataúd un ramillete de boj y luego apartarse con los zapatos anegados. No podía sospechar qué había oculto en ese ramillete verde que ahora cubría con indiferentes paladas de tierra. La condesa se había separado de su alhaja, pues ya no deseaba volver a verla. Ahora podía mirar libremente el resto de sus días; pero aquella constante y obstinada persona se la llevó consigo. Como dicen en el campo, un muerto no se va solo a la sepultura. En efecto, la condesa regresó del entierro llevando en sí el germen de un resfriado mortal y se fue de este mundo casi tan inadvertida como había llegado a la villa.

(Trad. María A. Gregor.)

EL TRANSPORTE DEL HERMANO AHOGADO

Mientras el padre del narrador atravesaba los juncos, tres hombres iban por la carretera. Mientras duraba el viaje de aquél fueron desde la iglesia de la localidad, donde el tercero, un gendarme, había avanzado hacia los otros dos, hasta afuera, hacia la casa, delante de la cual encontraron, junto a una caldera para los cerdos y en las escalinatas de la puerta de la casa, a dos niños ojerosos, entraron a la casa y atravesaron taciturnos el umbral, entraron nuevamente, se sentaron y permanecieron sentados, uno junto al otro, junto a la pared en la habitación, los ojos expectantemente dirigidos hacia la puerta, mientras el padre del narrador viajaba por los juncos, de los que podía adueñarse mediante un contrato de arrendamiento con el Estado.

Cuando él mismo todavía estaba sentado aquí, en la casa, en el mismo banco en el que después estuvieron sentados esos hombres ajenos a la localidad, elevaba una rodilla y tironeaba resoplando la bota, tomándola de la caña para pasarla por el talón, habían sido recién los dos primeros hombres, personas civiles por su estado, que iban por delante y por detrás de uno de los carros habituales en la comarca, mientras amanecía, desde la localidad de Übersee y a través de la carretera, hacia la localidad de Öd. A continuación, uno de ellos despertó en el pueblo al gendarme, cuando el padre del narrador, en la era situada sobre el establo, con la hoz ya en su puño, buscaba en la oscuridad con sus dedos la chaqueta y el pantalón azul de lino, que colgaban, fríos como la lluvia, de un clavo en la pared de tablas; y cuando hubo arrojado el pantalón sobre el carro de adrales y echado al caballo del establo y aparejado a la vara, regresaba el segundo hombre con el entretanto despierto gendarme, a la explanada de la iglesia.

El padre del narrador se echó la chaqueta al hombro, se acuclilló e inclinó una y otra vez la rodilla ante las riendas que el caballo, al arrastrar el carro sin haber recibido la orden, arrastraba junto a sí sobre los adoquines

del patio; arrancó el látigo de la caña de la bota, y con el mango de la fusta metió en las varas las sílabas de su maldición, mientras el gendarme formulaba al hombre que había vigilado el carro ante la iglesia las preguntas que aún resultaban cuestionables después del informe del primero. El interrogado, que se apoyaba oblicuamente, con las piernas cruzadas, en la columna que sostenía el alero, respondía en su dialecto extraño y embarazoso, sin modificar su postura mientras hablaba. Siguiendo la orden del gendarme, su compañero levantaba el saco del carro, mientras que el padre del narrador, después que hubo puesto en marcha al caballo, hizo girar la manivela del freno ante la pendiente que se acercaba. Las ruedas frenadas giraban a empujones y lanzaban al rostro del hombre que, encorvado e impulsando la chirriante manivela corría tras ellas, fragmentos y charcos de barro, hasta que el carro, cuando las ruedas estuvieron firmemente amarradas, se deslizaba rápidamente de un lado al otro y resbalaba bailando camino abajo. Se enderezó caminando, se limpió el barro del rostro, se inclinó y giró la manivela del freno, al principio lentamente y con grandes y trabajosos movimientos de todo el cuerpo, y luego ligeramente y sólo con la muñeca, trepidando en dirección contraria, de modo tal que el carro con sus ruedas aflojadas avanzó siguiendo al caballo, y corriendo desde la mitad del carro hacia adelante y tirando salvajemente de las riendas izquierdas, dobló hacia la derecha en la carretera.

Mientras el padre del narrador ascendía desde atrás al carro que rodaba, trepando en diagonal hacia la dirección de la marcha, sin prestar ojos a lo que le rodeaba, el gendarme decía ante el carro su palabra de reconocimiento y asentía. A continuación volvió a tenderse el saco. Con la punta de la bota el gendarme trituró en la toba lo que pensaba para sí; luego dijo las palabras que correspondían al gesto. El primer hombre subió al cuadrado formado por la vara y la barra de tracción. Interceptó al carro en el repliegue del codo, y el otro lo tomó como una señal de partida y también aplicó su mano atrás.

Sólo los oídos escuchaban el estrépito y el chirrido de las ruedas sobre la piedra; el ruido se expandía luego, liberado, sobre la ancha faja barrosa junto al camino, perdiéndose cuanto más viajaba el carro en la misma dirección en que también había viajado el padre del narrador antes de que tomara el camino hacia el lago, oscuramente acuchillado sobre la escalera en la nieve arremolinada y rascándose el tobillo dentro de la bota con el mango del látigo.

A estos dos lugares de la acción, mientras el padre viajaba hacia el lago y mientras los hombres marchaban por la carretera, se agregó aún un tercer

lugar de la acción, en el que se describió cómo el narrador salió de la casa abierta al aire libre y miró hacia abajo al patio, desde las escalinatas.

Contemplaba a la hermana que delante de él atravesaba el patio, y la contemplaba. Con su cesta vacía bajo el brazo, caminaba de prisa junto a la pared del establo hacia el galpón. Irreflexivamente, mientras caminaba, llevó de pronto la cabeza a la ventana del establo, aguzó los oídos, se detuvo, y también volvió el cuerpo hacia el vidrio. Alzó el mentón. Se arrodilló. Se contempló. El narrador la contemplaba.

Pero mientras ella aún estaba parada mirando, y mientras el narrador la contemplaba, y mientras los tres hombres atravesaban la carretera con el carro, el padre del narrador ya había arrollado las riendas alrededor de la barandilla delantera, se había puesto el pantalón de lino sobre las botas y se había arremangado los otros pantalones, se había dirigido hacia el árbol a través de los juncos, había desatado las cintas del pantalón, había arrojado a un lado la fusta y de inmediato, abotonando y anudando con los dedos los diversos pantalones y después de cumplida su necesidad, subió al bote que se balanceaba, abandonó luego la orilla y después de haber separado el bote de la estaca, desde atrás, con el remo, atravesó el juncal arrendado.

Mientras los tres hombres atravesaban la carretera con el carro, el padre del narrador se había acuclillado adelante, en la proa, junto a las tablas clavadas por él mismo, la rodilla en el negro y hormigueante barro que brotaba entre las permeables tablas; mientras ellos atravesaban imperturbables la carretera con el carro había maldecido el aire, el agua y la tierra cuando un junco lanzado le azotó el rostro, rencoroso y rechinando con los dientes, arrancó del agua con la hoz al junco culpable, había resbalado hacia adelante por ese movimiento, se había bamboleado del cinturón arriba sobre las tablas, había enfardelado los juncos mientras se bamboleaba, había convertido en haces el *basch* (que en su extraño lenguaje significa una planta acuática que es buen alimento para el ganado), con sus toscos puños los había comprimido formando pequeñas matas, los había inclinado con un crujido hacia sí en el bote, ya había asido otro fardo, con el zumbido y el siseo del corte de la hoz los había arrancado por sobre las tablas, arrancó la pequeña mata sobre las tablas, arrancó la siguiente sobre las tablas, había arrancado otra más sobre las tablas, y mientras tras de él en el bote las plantas llenaban, verdes y lechosas, sus espaldas, ya había proseguido con fuertes golpes de remo, había puesto el chirriante timón contra la dirección del viaje, fue empujado hacia adelante por el frenar, se había vuelto a incorporar y a sentar, y sentado, mientras sus manos sostenían el timón,

esperaba, chorreando y goteando, que aflojara el movimiento, se había puesto de rodillas, se había arrodillado ahí, con nieve en el ala y en el doblez de su sombrero, con humo ante sus labios que fumaban sin tomar parte; se acucillaba, encandilado por la nieve, negro sobre el montón de forraje, y mientras los hombres atravesaban impertérritos la carretera con el carro, descansó en la confusión del juncal, en el mar de juncos que siempre hacía bambolearse al narrador, cerca de sí los claramente delineados juncos con sus gruesos nudos marrones, y detrás de ello, sin poder distinguirlo, nada más que el profundo espacio verde pardusco, en el que la nieve caía crujiendo y chasqueando.

Mientras los hombres atravesaban la carretera, el padre del narrador había regresado a través del juncal. Mientras los dos hombres empujaban y tiraban el carro, y mientras el gendarme caminaba junto a ellos, la hermana del narrador llevaba a través del patio, en su cesta, las papas para los animales. Mientras el narrador miraba mudo desde las escalinatas, el padre del narrador miraba las sanguijuelas en el agua hormigueante. Mientras los hombres llegaban con el carro al desvío, la muchacha preparaba en la caldera la comida para los cerdos. Mientras llenaba la caldera con las papas, el padre del narrador investigaba las sanguijuelas con su mano en el barro del bote. Mientras el padre separaba los dedos y contemplaba la sanguijuela cazada, los hombres se detenían ante el desvío y se informaban por dónde seguir. Mientras el gendarme extendía los brazos señalando el camino, el padre del narrador echaba sobre la sanguijuela la sal que tenía preparada en el bolsillo. Mientras el narrador, bajando de las escalinatas de la puerta de la casa, pedía una papa a la muchacha, los hombres hacían arrancar el carro y emprendían el camino hacia la casa. Mientras la hermana del narrador arrojaba a éste una bola que extrajo de la caldera, el padre desenvainó en el bote la hoja del cuchillo. Mientras el narrador hacía rodar la papa caliente de una mano a la otra soplándose los dedos, el padre cortó en trozos a la sanguijuela en las tablas del bote.

Mientras el padre del narrador se limpió luego el cuchillo en el pantalón de lino azul, el primer hombre veía ahora aparecer la casa a través de la nieve, los tres confirmaban asintiendo lo hablado, aceleraron sus pasos, llegaron finalmente a la entrada al patio, la muchacha se quemaba los dedos en la caldera ardiente, las vacas comenzaban a mugir de hambre en el establo, y en otro establo también concordaban los cerdos.

Mientras el padre del narrador ataba la cadena del bote alrededor de la estaca, el narrador dejaba de masticar, parado en las escalinatas de la puerta de la casa, ante la vista del carro.

Mientras el padre atravesaba el juncal, su hijo, que yacía en el carro, tenía un saco sobre su rostro cubierto de barro que, por mucho que supiera a muchas cosas, a él no le sabía a nada.

(Trad. León Mames.)

INFORMACIÓN VACILANTE

afuera hace frío hace frío y está brumoso hace frío y está brumoso y es noviembre hace frío y está brumoso y es noviembre y el viento del este

todos los que han concurrido aquí están ahora aquí y se reúnen aquí en el sitio al que han concurrido para concurrir el ánimo general es sofocadamente —animado optimistamente— sofocado sofocadamente —confiado nadie puede imaginar que algo no marche bien y nadie cree que la cosa tenga sentido

en lo interior impera una gran claridad en lo interior impera una gran claridad y bullicio el bullicio impera en parte desde abajo donde está la multitud en parte desde arriba en los altoparlantes hay equilibrio entre la multitud y los altoparlantes cuando los altoparlantes prevalecen algo susucede sucede algo dicen los altoparlantes por los respaldos pasa un soplo de aire

a esto pertenecen todos los que pertenecen a esto que pertenecen todos los que se declararon por esto por esto se han declarado todos los que aquí han concurrido aquí han concurrido todos los que pertenecen a esto

el partido es una fracción de sus miembros los miembros forman un partido en aquello por lo cual toman ellos partido por una fracción del partido eso por lo cual la fracción toma partido y lo otro por lo cual los miembros del partido toman partido es lo mismo

quien no quiere tomar partido contraviene los estatutos del partido los estatutos protegen que se tome partido contra la fracción del partido pues nada hay por lo cual el partido no pudiera tomar partido de haber algo por lo cual el partido no pudiera tomar partido cada miembro particular podría desde luego tomar partido como mejor quisiera

Moción: el orden del día debe brindar suficiente oportunidad para todas las oportunidades en que puedan surgir opiniones las opiniones deben surgir de abajo hacia arriba y pueden volver a hundirse de arriba hacia abajo la

discusión favorece el intercambio de opiniones el intercambio de opiniones fomenta la discusión

Moción: la toma de partido por el partido respecto a tomas de partido fundadas en principios debe ser resuelta por unanimidad dado que las decisiones de más vasto alcance sólo por unanimidad unánimemente pueden alcanzarse

Moción: independientemente de expansiones de nivel medio deben presentarse iniciativas en las que pueda satisfacerse el anhelo de producir nuevas iniciativas para una activa colaboración tales iniciativas propias deben ser urgentemente estudiadas las cuales puedan resultar útiles en el sentido de un general alivio de la situación

Informe de política interna: quien está en contra puede asimismo estar a favor nosotros hemos estado siempre a favor lo que nos diferencia es que estamos mejor dotados de preocupación y profundamente convencidos hemos dado el paso decisivo desde luego después hemos seguido avanzando para finalmente haber adelantado tanto que los otros sólo pueden venir corriendo por detrás el partido no es una parte de la industria del pasatiempo hemos alcanzado la máxima clasificación

Informe de política exterior: ser honesto es siempre bueno sin temor actúa quien no se asusta de los debates sólo quien sabe lo que quiere sabe lo que quiere lo que quiere positivamente ejercer influencia en la solidaridad internacional marchar al mismo paso que los últimos desarrollos no abandonar la iniciativa conservar la iniciativa quien es honesto tiene ideas

Sesión de clausura: persecución de una imagen de expresión progresista y dinámica proseguir impulsando enérgicamente el ritmo de avance proceder a un intenso reajuste con la máxima seriedad discutir los puntos de la conducción después no quisiera escuchar a nadie decir qué hacéis ahí vosotros por las cosas revolucionarias todo esto está contenido en los principios de la conducción estar de acuerdo lo es todo nosotros nos mantenemos de acuerdo pero no los otros

afuera está oscuro afuera está oscuro y frío afuera está oscuro y frío pero la niebla se ha disipado afuera está oscuro y frío y la niebla se ha disipado y todas las gentes salen del teatro y vuelven a sus casas

(Trad. Norberto Silveti Paz.)

T Y N S E T

Viajaré pues a Tynset, está resuelto... casi resuelto. Estamos a fines noviembre, y tendría que viajar pronto, antes de que sea invierno y de que pierda el valor de viajar a alguna parte, es decir, el valor ya lo he perdido hace mucho. Tynset es el único objetivo posible. Seguiré de largo pues ante las ciudades, ya que ahí están Prada, Chur y Stuttgart, Hannover y...

¿Era Hannover? ¿O era Dortmund, Düsseldorf? ¿Quizás fuera Brunswick? No tengo presentes tan exactamente las diferencias, tal vez se llamara Friedrichsruh o Gross-Gerau, de cualquiera manera era una capital de provincia. Ya no sé de qué provincia. No quería ir a esa ciudad, quería pasar de largo ante ella y seguir, hacia el norte o hacia el sur. Viajé a lo largo de una carretera de quinto orden, con quebraduras, baches, reventones, desgarrros, desmoronamientos y costras y una banquina intransitable, pero no son éstas las circunstancias que me hacen perder la calma. No que yo haya querido viajar por esa carretera, no, me gustaba viajar por carreteras de tercer orden, el marrón-grisáceo camino central entre la vertiginosa trayectoria de fuga desde el punto A hasta lo incierto y la huella de arrastre por la que uno se balancea sobre el peligro propio pero no por ello menor, a la espera de cualquier perjuicio.

Por una carretera tal había viajado pues hacia allí, sin esperanzas, dueño de mí mismo y de mi vehículo; allí, en las cercanías de una población, animado por un pertinaz deseo de fealdad, vino a mi encuentro un cartel que significaba un desvío, que me señalaba una dirección situada en ángulo recto con la mía. Obedecí, y con la dirección cambió el orden, descendió de tres a cuatro, viajé a través de cruces y a derecha e izquierda, siempre siguiendo la flecha amarilla, tras la que se oculta el triunfo maligno de una autoridad que muestra con satisfacción, aunque contenidamente, su poderío a la víctima, a base de insignificancias. Me señaló el desvío, pero no la dirección en la que debía viajar, a Hannover, Brunswick o Friedrichstadt, y menos aún hacia el punto deseado allende esa ciudad.

Y pronto el sol poniente me demostró que viajaba en dirección opuesta a la mía. Eso no me cuadraba en absoluto. Entonces todavía estaba dispuesto a seguir la solicitud de cualquier autoridad anónima hasta un punto situado dentro de límites razonables, pero no, como otros, hasta sencillamente el grado extremo de la obediencia. En la próxima oportunidad escapé pues al cartel, doblé a la izquierda donde señalaba a la derecha, me desvié y me escurrí del remolino de la corriente dirigida, y me sentí bien y liberado, pero ahora me hallaba precisamente en la carretera de quinto orden.

Si bien ahora tampoco viajaba en la dirección deseada, de la rectitud de ese sendero deduje que en algún rincón me empujaría a una carretera que me permitiría una elección entre dos direcciones, una de las cuales sería la mía. En efecto, pronto se ofreció una carretera así, en ángulo recto con la mía, doblé, también allí imperaba el quinto orden, pero a cambio de eso llevaba, como leí en un cartel, a la estación ineludible de mi camino, Düsseldorf o Dortmund— llamaré a ese lugar supletoriamente Wilhelmstadt, porque cualquiera haya sido esa capital de provincia, ese nombre concuerda en cualquier caso. Pero el cartel me intranquilizó antes de apaciguarme, ya que no debía entregarme al error de haber corregido de una manera tan sin esfuerzo el destino al que parecían exponerse de buena voluntad, en última instancia, todos los que viajaban por esas regiones, inclusive los rebeldes que había entre ellos. A ello se agregó que eso no era otra cosa que un camino de campaña, con zanjas en el barro seco, entre ellas franjas donde crecía la cicuta; por doquier, la naturaleza acechaba el momento de la reconquista.

Y, no obstante, a los tres kilómetros se alzaba a la derecha un letrero que decía "Capital provincial Wilhelmstadt", sólo que no se veía nada de una ciudad, por el contrario: donde antes, a ambos lados de la huella, se veían prolongaciones urbanas, anuncios infalibles, como galpones, carteles arrancados, verjas y cercados, alambrados, basura, latas abolladas, baldes herrumbrados, neumáticos de bicicleta, detrás pequeñas huertas y tras de ellas anuncios de Peinadores de Lana Noralemanes, Fábricas de Goma Veith, Boehrich und Schiesske, máquinas offset, estufas a gas Föttle und Geiser, Química Dörpinghaus —sí, puedo citar por sus nombres todos los telones de fondo de mi vida, son los primeros planos los que se me escapan—, donde había estado pues todo eso se entreabría el campo, entre las huellas de los neumáticos pululaba descaradamente la cizaña. Ciertamente, cediendo a un impulso de extensión, la capital provincial había confiscado este territorio para que no se le adelantara ninguna otra ciudad.

Entretanto la carretera se transformó, se volvió más firme, ascendió

en unos dos órdenes, el asfalto vino a mi encuentro, intervinieron estaciones de servicio, ahora el futuro hacía señas, un cartel carretero decía Ernst-August-Ring, a cuya planificación daba motivo el terreno, el próximo cartel carretero decía calle Julius Möller, la que ya podía reconocerse claramente, y ahí ya estaba también la calle Hermann Riedel, y con ello comenzaba la ciudad, pues toda ciudad alemana tiene siempre una calle Hermann Riedel, y ésta es siempre inconfundible: a ambos lados casas en serie, construidas por los aborrecedores de la arquitectura, sin color, sin ocasión para elementos ennoblecedores, sin vergüenza de su fealdad y sin esperanza de poderes modificadores, así fuera la potencia misericordiosa de una catástrofe . . . , pero entretanto ahí están, crudamente, la ropa interior cuelga en sus balcones insertados, vehículos de dos y tres ruedas se apoyan junto a las entradas a las casas, los de cuatro ruedas están inclinados, mitad sobre la acera, de esquinas romas, hacia bares y droguerías, cruzan calles transversales, calle Schumann, calle Friedrich Zelter, calle Marschner, en las periferias lo artístico es detenido en su huída y llamado por su nombre, y con la calle Muthesius comienzan otros territorios que se extienden a lo largo de la calle Otto Herter hasta la calle August Böttcher, y a lo largo de esa calle viajé hasta que vino a mi encuentro el primer semáforo, ciego, pero dispuesto en cualquier momento a iluminarse y a regular un impetuoso tránsito.

Ahora me hallaba en Wilhelmstadt, nuevamente vino a mi encuentro un cartel que decía "Wilhelmstadt", habían omitido lo de capital provincial, me introduje en el tránsito, absorbido por él, afluí a desde ambos lados, comenzó el tráfico en sentido contrario, me flanquearon, me convertí en obstáculo, fui torvamente mirado, amenazado de soslayo al cruzar una calzada circular, pero yo seguía —calle Chlodwig— ahí había un retroceso, una franja inhóspita conducía a la estación ferroviaria de maniobras West-Lücke, una zona ruda de empresa urbana de aguas, compañía de gas, de ladrillos, de abastecedores y propietarios ribereños, y hasta un matadero amenazaba, pero la rudeza retrocedió, frenó ante un cinturón de verdor por sobre el que saltaba la calle Chlodwig, para ennoblecerse del otro lado y convertirse en la calle Bismarck, que creció hasta ser la calle del Emperador, que se volcaba en la Plaza de la Bolsa, que se encumbraba a Plaza del Teatro, ofreciendo un Teatro Nacional y una casa residencial. Yo manejaba entre taxis y personas que cruzaban, urgido por partícipes del tránsito, todos seguros de su tránsito, todos seguros de su meta, todos sabían exactamente adónde pertenecían, y se dirigían a ese lugar, y entre ellos yo, que no sabía adónde pertenecía, en busca de lejanía, yo siempre viajaba hacia

donde querían que fuera, desplazado, llamada mi atención por flechas en el pavimento o por reguladores humanos, perdida mi propia voluntad, olvidado de mi objetivo, siguiendo a través de la Plaza Bonifatius, a lo largo de la calle Ancha, pasando junto a la Tienda y a la Protectora de Monumentos, Plaza Stephan, Plaza Rudolf, mirando al frente para no perder la dirección y para no tener que mirar a los ojos al automovilista vecino en las detenciones forzosas. Por supuesto que a veces él mismo mira en lejanía y le gustaría estar en otra parte, pero a menudo es un camorrista o un asesino; junto a las luces de tránsito ya se me han ofrecido miradas a pasados terribles. Derecho, pues, y si la policía me forzaba a tomar otra dirección, yo intentaba de inmediato reconquistar la mía... pero no lo lograba, la calle Ancha se estrechaba convirtiéndose en la Bürgerstrasse, se volvió calle de una sola mano en sentido contrario, doblé a la derecha, quise volver atrás hacia la izquierda, pero la señal de "una mano" me quería enviar hacia la derecha, marcha atrás conmigo y con mi libertad, hacia calles más estrechas, al núcleo, me hallaba en la Ciudad Vieja, en el rincón del foso de contención, junto al Castillo, no, junto al Juncal Bajo, después hacia arriba, Aufdem Lärchenberge, ahí estaban las murallas defensivas, salvadas a través de más de cinco siglos para cazarme a mí y a mis semejantes, estuve en el Parapeto de Tiro Superior, me comprimí para meterme en la callejuela de los Judíos, adonde pertenezco, ya me veía atascándome en el camino de las Cabañas de Ladrillos, donde desemboca en la Pequeña Düwelgasse, pero donde finalmente me atasqué y debí retroceder fue en Am Rothen Spletz, entré marcha atrás al Rumpligen Spiess, para doblar a la izquierda en el Sonnigen Spletz, que volvía a llevar hacia abajo, donde se llamaba Am Altentheil, se llamaba calle Pogner, calle Kothner, mejoraba, se volvía más ancho, una luz de tránsito me alumbraba, viajé en su dirección, detrás de ella se extendía a ambos lados la calle Friedrich, yo podía respirar aliviado, doblé en la avenida Hamburger, aroma de acacias donde me hacía señas la lejanía, suavemente pasé a un lento y distinguido camión de la firma Wehrgenus y Flatow, Delikatessen, era como un mensaje, todo se volvía tranquilo, amplio, se delineaban chalets, me tendían sus jardines delanteros, todo se volvía más solitario, la calle se hundía, cuando de repente se alzó un cartel que decía "Capital provincial Wilhelmstadt", y ya estaba yo en la Plaza Herzog Adolph, Plaza Stephan, en la calle Ancha, en la Plaza del Teatro, sólo que la casa residencial estaba al otro lado, doblé a la derecha, pero no escapé a la calle Bismarck, y tampoco a la vista posterior del Teatro Nacional, aquí los lugares se llamaban Ifflandring, calle Schiller, que se convirtió en calle Schil, en calle Scharnhorst, en calle Gnei-

senau, me era indiferente, yo seguía y no me asusté cuando volví a ver la casa residencial, la reconocí por los mismos objetos, y apenas si experimenté una sensación de alivio cuando comprobé que si bien eran los mismos objetos, el negocio no era el mismo, no era la misma calle, otra plaza, yo había avanzado, pero ahí estaba nuevamente el camión de la firma Wehrgenus y Flatow, que esta vez venía a mi encuentro. Yo seguí, calle de los Húsares, calle de Sedán, que estaba clausurada, doblé a la izquierda, estaba en la calle Marschner, temí a Nikolai y Brahms, pero éstas no vinieron, en cambio sí una calle Zilcher, que desembocaba en una ancha alameda, llamada avenida de los Álamos. Seguí viajando al encuentro de carteles indicadores de dirección, en uno de los cuales se hallaba una localidad que, allende esta capital de provincia, estaba en mi camino, una estrella fugaz de mi anterior esperanza, pero en otro, que señalaba hacia la misma dirección, se hallaba también el lugar del que venía. Seguí hasta una flecha de desviación bajo la que había, además de estos dos nombres, muchos otros, en las doce rutas celestes. Dispensado de la elección, seguí flecha y cartel, atravesé avenidas de circunvalación occidentales y orientales, el paisaje se volvió nuevamente rudo y sin revoque, suburbano, hosterías, droguería, mueblería, la ciudad aflojaba, yo viajaba más lentamente, me aflojaba por dentro, y entonces apareció a la derecha un cartel en el que decía "Capital provincial Wilhelmstadt".

(Trad. León Mames.)

LA ANTESALA

A través de los paneles de vidrio opalino se ve amanecer una mañana gris de noviembre. La bombilla adosada al cielorraso de estuco, desprovista de pantalla, arroja una luz blanca y mortecina. Detrás del tabique de separación que con sus dos puertas robustas de vaivén delimita la antesala, el descanso y el pasamanos de una escalera anticuada. Sentado en uno de los sucios y desvencijados bancos, expuesto a la corriente de aire, me había resignado a soportar una larga espera. Cuando despliego mi citación aletean las hojas no del todo limpias y de bordes algo raídos. Cuando desplazo el peso de mi prótesis cruje a mi espalda el viejo respaldo. Al principio me acurruqué indeciso y algo deslumbrado en medio del precario moblaje.

Los restos de tabaco que quedaban en el bolsillo de mi abrigo se habían humedecido. Advierto la existencia de un cartel que dice "Prohibido fumar", interrumpo la búsqueda del codiciado yuyo imprescindible para mí. Es fácil detener las manos, más difícil distraer las encías y los cornetes. Esto no significa que incline mi cerviz ante los inspectores invisibles. El reconocimiento de lo necesario o conveniente no me convierte en servil. Aplazo el goce, no lo anulo. Si algún peticionario no me sobresalta quizá pueda echar un sueñito.

No es inofensivo estar librado sólo al oído. Desconfío de esos ejercicios digitales, del carraspeo profesional tras de las puertas rotuladas. Nada me parece más insidioso que percibir el murmullo creciente y decreciente de voces, reclinado en un sillón. Qué fácilmente ese murmullo adormecedor podría tomar el tono de un delicado aleccionamiento: "Vuestras solicitudes, mis queridos, aún no han madurado bastante. Una breve lección al terminar el servicio y hubiera sido vuestro turno...".

Los bancos de las antesalas inmunizan contra esta clase de esperanzas de progreso. Las paredes permiten la filtración de cualquier rebajamiento imaginable. "Consideramos inevitable una revisión de sus condiciones..." Las exigencias inequívocas son levantadas. "Establecemos que la concesión de un subsidio por un monto de..." Las informaciones secretas se cuelan

al exterior. "Con la inmediata evacuación de los distritos de ambas márgenes del Vístula" Se imparten indicaciones militares. "Presentarse al amanecer para atacar . . ." Se descifran órdenes. ". . . Dora María nueve a Anton Ludwig siete . . ." Hasta un oído no adiestrado adivina las condenas. "Según disposición del comando general, las peticiones serán revocadas . . ." Allí también son posibles los juicios en los que faltan pruebas concluyentes. "No se ha podido aclarar en forma terminante hasta qué punto el demandado . . ." La cuestión de la responsabilidad puede ser cuestionable, la competencia de la corte dudosa: se procede con harta rapidez para declarar un culpable. ". . . en virtud de nuestra autoridad infligimos la pena máxima . . . se rechaza el pedido de clemencia . . . el comando de ejecuciones se constituirá en el acto . . ." Aquí, en este banco, por lo menos estoy a salvo de zalamerías.

Pienso que transcurrirá toda la mañana antes de que pueda pasar. Pero ya no sé con certeza qué estoy esperando. ¿Es esto una comandancia de campo, un departamento de concentración de dispersos o un puesto de servicio de la Cruz Roja? Al igual que antes el recinto sigue en penumbras. Los ordenanzas pasan como exhalación, arrojan una red de diligencias sobre los pisos castaño sucio. Observo con extrañeza que no están armados ni llevan uniforme. Es algo que carece de importancia, según advierto al punto. No debo confiar demasiado en las impresiones exteriores. Seguramente les habrán indicado hacerse pasar inadvertidos. Sin duda, órdenes de un comando destinado a combatir a los francotiradores. Cuando me hayan atendido y abandone el edificio tendré que prevenirme contra los tiros que provengan de la emboscada. El camino de ida me condujo por un terreno que de alguna manera me resultaba familiar. Creo que en ciertos escenarios de mi infancia también entré en ciudades situadas al este del Vístula.

Este recinto sin ventanas se ha convertido en una especie de antesala del infierno. Paredes y tableros de anuncios están cubiertos de carteles. Los marcos de las puertas no sólo garantizan la durabilidad de las instalaciones, sino también de la institución. El paragüero se yergue como un centinela armado de un fusil. Estoy seguro de que el insobornable de la entrada me negará la devolución de mi paraguas en ruinas si abandono este banco demasiado seguro de mí mismo.

Sin embargo, no pretendo nada que no sea un poco de liberalidad. Pido para mí no ser molestado. Tomo conocimiento de eso que no deja de atraerme, tan solo como si fuera un adorno mural. Sin embargo, éste es un razonamiento falso, siempre vuelvo a caer en el engaño: yo soy la meta

de estos silenciosos atentados. Mucho antes de percibir los impactos se clavan en mí, me sitian, se adosan las observaciones unas junto a las otras. Antes de que pueda pensar en ello, abrir los ojos y pedir tolerancia ya estoy completamente perforado. ¡No olvides nunca! ¡Piensa en ello! Al principio sólo son inocuos indicios. ¡No te apresures a hablar! ¡No esperes! Punzadas. ¡No olvides nunca! ¡Piensa! Ahora, tamborileo. Las flechas dan exactamente en el blanco. Me embisten como impresos con caracteres gruesos.

A la altura de la coronilla, junto al banco que mantengo ocupado como un puesto avanzado perdido, los lemas para refugiados destellan monótonamente: ¡No te apresures a hablar! ¡No esperes! ¡Fomenta entrevistas! Sí, fomentaré entrevistas. No quiero que me culpen de haberlas contaminado, impedido, dispersado. Quizá no sea un peticionario desvalido con una citación, sino un miembro de algún oscuro regimiento. Volveré a recorrer cojeando el zarzal de méritos intrascendentes. Reclamo no permanecer más tiempo sin ser molestado.

Ahuyentado el espectro de algunos veranos inútilmente despilfarrados emerjo de mi modorra. Mi vista se clava en la pared opuesta. ¡Peligros del invierno! leo, por un instante cautivo del cansancio que se expande. ¡Peligros del invierno! repito, demasiado de prisa como para frenar el estallido sobre la superficie cubierta de láminas. Los árboles de la alameda miran, gritan. Un sol enfermizo, velado por la niebla, incuba. El repentino obstáculo de la visión me hace precipitar contra las dispersiones de nieve, atropellar la barrera de los cercos suburbanos y los tableros de advertencias. ¡Atención, zona expuesta a la visión del enemigo! Asustado, paso la consigna que me transmite una forma irreconocible, un enlace de mortal valentía. Trasladado sin transición a una alameda escarpada, tropiezo con la delantera de una camioneta. Los faros destruidos, los guardabarros abollados, la chapa de la patente ilegible. ¡Peligros del invierno!, registra mi conciencia vigilante. Noviembre del cuarenta y cuatro en las gargantas de las calles de Kielce. Me he convertido en la víctima de una enseñanza inculcada.

¡Niños buscan a sus padres!, leo en un anuncio encerrado en un recuadro rojo. Supongo que por regla general son los padres quienes buscan a sus hijos y no a la inversa. Quizá sólo los busquen en la confianza de que tarde o temprano se perderán. En las épocas en que las paredes son artículos de necesidad, su investigación se transforma en búsqueda de su pérdida inocencia. Sin querer atribuirme el renombre de un camarada apátrida, digo sin embargo con firmeza que la guerra ha terminado, por lo menos ya no es tratada con privilegio. Quizá continúe aún una existencia mise-

rable en las oficinas y reparticiones. Tal vez en algún legajo la hayan calificado como la gran vencedora de preocupaciones.

En realidad, podría pasearme un poco y hacer notar mi prótesis, pero he aquí que acaba de cerrarse de golpe una puerta por causa de la corriente de aire. El estampido levanta fontanas de nieves. Vuelve a reanudarse el traqueteo cansador de los fusiles. El derrelicto insignificante ha tomado los contornos de un tanque. Previsto de una carga explosiva y detonante de diversos colores, me encuentro sin protección dentro del campo de acción del monstruo enfurecido. La bombita, desprovista de pantalla, derrama una luz mortal. Doscientas pulsaciones da ahora la señorita, que se ha vuelto amable y ha sido muy aleccionada. El jefe Muerte le ha hecho una proposición. Por este motivo le dejé mi pierna derecha. Si se puede confiar en los testigos oculares, aquella vez algo grosero pendía de una horqueta...

Lo que me asusta y desorienta: me acurruco, un lisiado desarmado, expuesto a la corriente de aire, en el duro blanco de madera. ¿Cómo me defenderé? ¿Y si no hubiera tiros? ¿Cómo justificaré mi desconfianza? ¿Qué mostraré cundo los enviados de esta pacífica lengua de tierra me reciban como pan y sal? ¿Podré convencerlos de que el mío es un disfraz de hombre de paz? ¿Cómo se produjo esta sorprendente muda de piel? ¿Por qué no soy vigilado, si me han descubierto en un intento de fuga? ¿Se ocultan mis vigías tras pilas de legajos? La excusa que di al apartarme de mi tropa no suena muy plausible ¿No habré sido dispersado porque conozco mi celo y me considera incapaz de tal arbitrariedad? No creo haberme pasado al enemigo, sino más bien haber caído prisionero y dado de baja, devuelto a mi hogar y citado en un puesto de la Cruz Roja. "Solicitamos colaboración para aclarar el destino de los aquí nombrados..."

Todo esto es posible e imaginable. También es concebible que planeé una adopción y me haya presentado aquí para ver fotografías. Es concebible que me haya enviado mi esposa para recabar informes. Sin embargo, parece que he llegado a una edad en que los contactos no sólo se consideran deseables, sino que se busca su realización. Si expongo mi citación a la luz, se verá cuál es mi posición. Quedará probado que mis temores son infundados. Tengo espíritu de solidaridad y a él me someto. Respeto sus disposiciones e instituciones. Cuentan para mis semejantes. Reacciono a sus señuelos, aun cuando descubro entre el ramaje sus varas engomadas. Sus métodos pueden considerarse groseros, sus cacerías, sin el menor viso de enmascaramiento. Si es necesario, yo mismo me coloco los grilletos para no disgustar a mis verdugos. Creo ser aquí un huésped bien visto.

Ahora advierto que los ordenanzas son mensajeros. "El señor jefe

lamenta no poder recibirlo personalmente..." El tableteo que había tomado por fuego de fusilería, parece no ser sino el traqueteo de máquinas de escribir. Son los delicados dedos de las señoritas sobrevivientes los que provocan las pequeñas tormentas de invierno. La advertencia: ¡Abrir los ojos! no siempre significa ¡Zona expuesta a la visión del enemigo! Los peligros de invierno también acechan en las calles que no se encuentran bajo el fuego de tanques que avanzan. Soy bastante sagaz como para reconocer que la prioridad es de quien viene por la derecha. Sin embargo, cierta vez me dijeron. ¡A la derecha está el enemigo! ¿También aquella mañana de noviembre del año cincuenta y seis?, observo con lengua viperina y con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, cojeo por toda la antesala (¡soy uno de ellos, proclive a las groserías!).

Podría reanudar la búsqueda del tabaco, si la búsqueda de los niños por sus padres hubiera sido infructuosa... Llevaba en torno al cuello un cartel que decía Durak, es decir Simplete... Recuerda a un hermano que tocaba la armónica... Dice que durante el asalto su madre llevaba un abrigo de potro... Ante mis ojos miopes saltan innumerables fotografías... Las instantáneas de los campamentos de vacaciones me miran fijamente... Cuando el niño hablaba de sí mismo, decía: Gordito... Emergen las fotos de pasaporte, todos esos desapasionados retratos hechos por aficionados, sobre-expuestos o sub-expuestos, desleídos, amarillentos... Procedería de los bajos de Elok... (¡Como si fuese suficiente determinación del lugar!).

Aun aquí, donde todo parece ordenado, resulta difícil predecir dónde colocarán sus mojones los invisibles agrimensores. Por cierto, la voz que me invita a acercarme despierta viejas coincidencias de la rosa de los vientos. Permanezco inflexible, tomo un destino al azar, que se reduce a sólo tres líneas. La niña trataba de huir de Poninken, el padre intentaba infiltrarse en Poninken, ambos tenían el propósito de reencontrarse... Mis ojos fijos en las líneas oscilantes... ¿No estaré llorando, acaso?... Veo a los niños de diez y doce años... Anton Liesek, procedencia desconocida... Dejo desfilar a los tiradores al abecedario* (la última clase disponible, después que todos los demás tiradores hubieron despilfarrado su plomo). Descubro las barbas de leche de los lactantes... Estaba envuelto en pañales que llevaban el sello de la guardería NSV-Reuter.

Carece de importancia dónde empezar y dónde acabar... quedó abandonado en una estación, quizá cayó del tren en movimiento... De todos modos no puedo acoger a todos los rostros. Olvidadizo y distraído como soy

* Alumnos de primer grado.

no retendré siquiera un puñado de nombres. Esto se parece a un gabinete de figuras de cera... Nombre, al parecer, Pollito. Dice que su padre poseyó un zorro domesticado... No me convierto en creyente por el sólo hecho de dar vueltos a la manivela del rosario de mis pesadillas... separado de los brazos de una muerta para darle protección... llevado por un desconocido a una casa-cuna... llevado por presuntos artistas a un circo ambulante y criado allí...

Pero la voz del informante no me ahuyenta hacia la esfera neutral de un recibidor, a mí, al cronista perplejo y, como admito, desvalido... Marzo del cuarenta y cinco en un bosque cerca de Zoppot... Quiero grabar en mis ojos para siempre esta comedia. En nombre de todos los niños, qué digo, de todos los huérfanos, golpearé con mi prótesis contra el revestimiento de madera. A mis espaldas, la voz burocrática grazna ergotista áridos comunicados, entreteje lazos por la vía del trámite, formalista, anti-pático suspicaz. Entretanto, repito con provocativa obstinación: ¡apellido: desconocido! ¡nombre: desconocido! ¡padres: desconocidos! ¡Señas particulares: ninguna!...

(Trad. María A. Gregor.)

SEÑOR MAESTRO

(FRAGMENTO)

I.

Carta de A. a B., texto del 18.9.61, en manuscrito, 5 páginas.

Sí, querido y admirado amigo, ya sabe usted muy bien que la entrevista del diario fue excelente; estoy precisamente a punto de comenzar un nuevo libro: una novela para cuya realización probablemente he de necesitar de su ayuda más todavía que en años anteriores.

Le ruego que no se asuste: el escenario de mi historia (pues de una historia se trata poco más o menos) será una pequeña ciudad universitaria, que por mí puede ser su A., o bien, mejor todavía, M., lugar donde el pasado agosto me vino la idea básica de aquella arriesgada empresa que hasta el día de hoy me ocupa y que, si los signos son favorables, me tendrá ocupado todavía por un rato largo.

Como usted sabe, en agosto habíamos ido con Martha a visitar a los niños; era el primer domingo de las vacaciones, una hermosa mañana, y recorriamos la ciudad en grupo de cinco: nosotros cuatro, acompañados del profesor Friedemann, el romanista, que no sólo es profesor académico de Klaus y de Ilse, sino también un viejo admirador de mi *opera omnia*. Acababa de terminar el semestre, y la ciudad, dos días antes aún ruidosa y animada, parecía adormecida repentinamente. Las calles estaban poco menos que vacías; mujeres vestidas de negro caminaban rumbo a la iglesia con guantes y misal. Ancianos caballeros, todos ellos profesores eméritos (por lo menos así me pareció entonces) se quitaban mesuradamente el sombrero. Sus movimientos eran de rígida escrupulosidad, y hasta las casas tenían un aspecto áulico. Usted, amigo mío, conoce esta atmósfera: beatitud monjil, emparrados y prematuro humo otoñal; un hálito de melancolía en medio del verano. Los cerros resplandecían nacarados y suaves, pero su gracia engañaba: había tristeza en juego, y ya en el aire estaba, muy anticipado, el olor a fuego de patatas. No me acuerdo

de haber sentido nunca una opresión tan aplastante como la de aquel domingo en M. Puede ser que incluso hubiera manifestado mis pensamientos, ya no lo sé; pero de lo que me acuerdo bien es de que Friedemann me tomó brevemente aparte (Martha y los niños caminaban adelante) y empezó a contarme casi repentinamente lo de aquellos días de la primavera del año 3, en los que no sólo la ciudad ("nuestra ciudad", como dijo Friedemann, algo patéticamente para mi gusto) perdió su aspecto, no, sino que también los ciudadanos comenzaron de pronto a cambiar sus costumbres.

Imagínese usted: un par de semanas basta para cambiar de raíz las relaciones entre los hombres. Los amigos se tornan enemigos de la noche a la mañana; los más viejos enemigos se dan la mano. De un día para el otro los vecinos se eluden, miran hacia otra parte, evitan el saludo, para poco después, llegada la noche, como si nada hubiera ocurrido, volver a visitarse: "Si usted llega antes de las 11 nos pone a todos en peligro." Impera la mala conciencia, muchos hacen visitas de despedida o toman, cuando pasa un judío, por la otra vereda. Muchos no abandonan ya más sus casas, nadie está seguro. Carros de mudanza atraviesan la ciudad, villas y jardines están desiertos, se cambia de domicilio. Las palabras comienzan a perder su tono natural; cada frase tiene un doble fondo. También los nombres y los conceptos se mudan rápidamente, y lo que hasta ayer tenía validez, hoy la ha perdido.

¿Comprende usted, querido amigo, por qué me excita tanto este tópico, este relato de Friedemann sobre el trasfondo de la ciudad transformada de la noche a la mañana? Aparte del tema que precisamente a mí, como emigrado, me seduce: es un extraño sentimiento verse concretamente ante una situación en la cual el agua fuerte de la violencia determina la genuinidad y quilates de los elementos. Considere usted: así como un agregado químico vertido en una solución, revela la verdadera naturaleza de las cosas, así también decidía el terror, a la sazón imperante en M., sobre el valor y no valor de los hombres.

La dictadura como la máxima pestilencia moderna que opera una nítida separación de los espíritus: tal, querido amigo, es la idea básica de mi libro. ¡Nada, por lo mismo, de una larga prehistoria, sino un fuego de artificio en el comienzo mismo! En el centro del primer capítulo pienso que debe estar el cuerpo de profesores de aquella primera parte del año 33, una ceremonia que me permitirá exhibir los caracteres principales de la acción. ¡Qué escenario! Aún giran confusamente las partículas que un par de semanas después acribillarán a los polacos; pero los cambios ya son establecidos en esta tarde, en que por primera y única vez los nuevos señores

enfrentan a la vieja sociedad. El comienzo: vago conjeturar, rumores, ambigüedad. (Tanto más terrible la claridad después.) El jefe de la comarca pronuncia un discurso; pero entre los aplausos se mezclan carcajadas. Aparecen en la superficie los primeros uniformes, pero todavía se conserva la distancia y se procura estar a salvo con respecto a ambas partes. Nadie sabe nada más preciso, se intercambian conjeturas y se procura leer en los gestos: ¿vio el jefe supremo la Cruz de primera clase en el frac, cuando saludó tan cordialmente al filósofo judío? Los gestos son sometidos a interpretación. En voz queda se reproducen las conversaciones, se inscriben nombres en las listas negras: "Tal magnate ya tiene que haber caído en desgracia". Se grita "hosanna" y "que lo linchen", se maldice y se vocifera, hay adhesiones y silencios cobardes. Se repiten frases como estas: "su puesto lo ocuparía yo", "hay que dejar que esto se enfríe un poco", "ya era tiempo".

Pero basta por ahora; los detalles para otra ocasión. La composición está fijada en grande y en conjunto, también las figuras están ya diseñadas; todos, verdugo y víctimas, están presentes en la "Polonesa", subtítulo del capítulo introductorio. Sólo unos niños y, completamente al margen, se introducen después gentes de la ciudad.

La figura central será un filósofo, al cual poco más o menos le asigno el aspecto de Friedemann. También usted, por lo demás —como máscara simpática— podrá reconocerse en la persona del farmacólogo. (Y luego también hay un profesor, un hombre melancólico, al cual por el momento llamaré señor Meister.) Las contrafiguras —ellas principalmente— aún no están definidas: un higienista de la SS, experimentador y hombre poderoso, harto sentimental; Hildebrand, investigador de caracteres rúnicos, y finalmente, antes conmovedor que maligno, un estudioso de antigüedades germánicas. (El héroe con la barba igual a la de Jahn, el padre de los juegos gimnásticos: ya sabe usted a quién aludo.) ¡Por el momento tengo necesidad de mucho material y, ante todo, de su paciente ayuda! En mis propias experiencias no hay que confiar mucho; he pasado los 32, y ver acercarse una desgracia es algo diferente de haberla vivido.

Usted, querido amigo —anticipo su objeción—, estaba todavía en el colegio. Pero usted pertenece a una facultad cuyos miembros en buena parte ejercían ya en el 33. Usted mantiene, según yo pienso, no raras veces conversaciones con los más antiguos; puede además, si ello no resulta demasiado pesado, practicar investigaciones y ser para mí de más utilidad en el suministro de documentos y libros que el propio Friedemann, al cual le falta (por útil que sea) una imparcial mirada de conjunto.

En suma, ¿qué imagen, esto principalmente, ofrecía una facultad algunas semanas después que Hitler llegó al poder? ¿Cómo fueron repartidos los cargos? ¿Qué hicieron los conservadores? ¿Qué los fanáticos? Y ¿qué probabilidades tenían los opositores? ¿Había soplones de la policía y gentes de confianza del Partido? ¿Y los judíos, amigo mío? Le ruego me perdone la fatiga que le causo, y compréndame usted bien: para no incurrir en errores de brocha gorda me es imprescindible conocer al detalle todos los matices. Los judíos de una concepción nacionalista y desde luego los fascistas que, contra todo fanatismo, ayudaron a sus compañeros en cuanto les fue posible, ellos señaladamente me son de importancia; también el destino de los georgeanos tendría que resultarme más familiar que hasta el presente. Lo que ahora importa es dar con un modelo justo para todas las figuras.

Hágame saber pronto de usted y le ruego presente un respetuoso saludo a la señora Tapenow. No sólo los niños, también nosotros dos, más viejos, ya ahora nos estamos regocijando por los pasteles de Navidad y la rica torta de Dresde.

II.

Carta de B. a A., texto del 22.9.61, en manuscrito, 7 páginas.

Muchas gracias, *mon très cher ami*, por la larga, conmovedora carta que me hizo llegar ayer de mañana y cuya contestación tan difícil me resulta. En una sola frase: temo no poder ayudarlo por esta vez. En primer lugar —no es esto un subterfugio— mis posibilidades son limitadas. Yo mismo, por entonces todavía en el servicio docente, sé sobre el tiempo en cuestión mucho menos que usted (he leído, pero nunca degustado la atmósfera; tengo por lo tanto que confiarme a los testimonios de terceros, principalmente al informe de Reinhardt, que va con este mismo correo); y en lo referente a los colegas: en nuestros círculos se habla poco, cosa muy comprensible, sobre aquellos días, cuyo esclarecimiento no sólo a usted, apreciado amigo, le resulta de tanto interés. Incluso excelentes amigos eluden contestar cuando se les pregunta de un modo más preciso. Es cierto que existe un diario secreto compuesto por el matemático con Wallner, testimonio hartamente gravoso; sin embargo hasta la fecha nadie supo decirme con seguridad qué es lo que realmente pasa con este documento. (Wallner, muy enfermo durante los últimos años, murió el otoño pasado; sus hijos viven en los Estados Unidos.) De todos modos seguiré las huellas del

asunto, si usted lo desea: claro que con remordimiento de conciencia. Yo creo que está usted a punto de precipitarse en una empresa cuyos riesgos no puede apreciar todavía. En cualquier caso tengo la seguridad de que no materializará nunca sus ideas; y espero también poder probarle por qué su proyecto, un tema tan fecundo a primera vista, está condenado al fracaso por anticipado. Para poder concretar sus experimentos químicos (¿un poco alquimia al estilo de "afinidad electiva"?) y describir el elemento divisorio entre abnegación e hipocresía, mezquindad y grandeza, le será preciso —para que la novela no resulte vaga y sin contornos— delinear primera y principalmente el trasfondo histórico. Resulta pues inevitable que hable usted de Hitler y de Goering de los decretos del Führer y las leyes para los judíos. En suma que debe usted operar con un vocabulario que preste a sus descripciones (por cifradas que se presenten) necesariamente un aire de crudo naturalismo. Ajuste el material idiomático, los conceptos unívocos, de antiguo establecidos, los *termini technici*. Hitler es Hitler y una cruz svástica es una cruz svástica. Allí no queda espacio para tonos colaterales, valores espectaculares y matices ocultos. Todo está sólidamente establecido, usted se convierte en esclavo de las palabras. Sólo mucho después —perdone usted la tesis apodíctica—, sólo después de 100 años tal vez, cuando el resplandor de lo fáctico se extinga y la dominación de lo histórico termine; cuando los contornos de nuevo se desvanezcan y los acontecimientos aparezcan como leyendas; cuando el brutal "así y no de otro modo" logre el legendario resplandor del "era y a la vez no era"; sólo cuando los nombres se conviertan en constelaciones, podrá —acaso— lograrse transformar una partícula de la realidad en signo mítico. Algún día, sin duda, llegará el escritor que levante la historia al plano simbólico; pero para ese entonces Hitler y Stauffenberg estarán a tanta distancia como Nerón y Tell.

Es decir, que se trata de la *distancia*; quien no sea satírico (usted, amigo mío, no lo es) y logre esa distancia con auxilio de giros irónicos —Hitler como Arlequín, los asesinos con ropas de muñecos—, quien no maneje la sátira y lo grotesco, hará bien en producir *artísticamente* esa distancia. Brecht, pienso yo, estuvo magníficamente acertado cuando sustituyó los nombres de Hahn, Oppenheimer y Fermi (nombro sólo éstos) por la clave Galileo y permutó las letras de Hitler por el símbolo Ui. (¿Es acaso una casualidad que precisamente Brecht escribiera de un modo tanto más realista cuanto más decidido estaba, para lograr esa distancia, a diseñar analogías históricas: China y Rusia, Lúculo y Tilly, Finlandia y Florencia?).

Pero me parece que no lo convenceré; sin embargo, ¡veo con tanta

claridad que su proyecto de novela fracasará lastimosamente por el problema de la falta de distancia! (¿No tuvo incluso Thomas Mann sus razones al mirar siempre hacia las fuentes del pasado, cuando quiso seguir las huellas de su propia época?) ¡Penoso ensayo el de los poetas de emplear la historia a causa de su rico trasfondo y no como objeto de demostración! "Extraño capricho del pueblo" leí hace unos días, preparando mi curso, en Heine "al exigir que su historia salga de manos del poeta y no de manos del historiador". Y por lo demás sería tan interesante que usted se decidiera a reproducir el *verdadero* febrero del 33. ¡Reúna material, investigue, revuelva archivos, ponga a contribución todas las fuentes a su alcance, y luego describa tal como la cosa positivamente fue! En vez de inventar un Meister o un Hildebrand (¡qué aleatorio todo eso!), en vez de reconstruir un higienista de la SS —para no hablar de Jahn, padre de los juegos gimnásticos—, usted más bien debería escribir, acreditando la documentación, sobre Reinhart y Curtius, Spranger, Jaspers y Ernst Kantorowicz. ¡Eso sería una real obligación! ¡Cnsidere usted qué perspectivas se abrirían si un escritor alguna vez describiera la historia de la legendaria aula 6 de la Universidad Friedrich-Wilhelms de Berlín...!

¿Me objetará usted que no es asunto de su incumbencia componer miniaturas históricas? Pues entonces le ruego que permita que el germanista guíe su mirada a la descripción del joven Schlegel y a la de Fichte, que usted encontrará en el libro sobre el Romanticismo de Ricarda Huch. O lea usted el retrato de Dilthey de mano de Hofmannsthal, esas cuatro páginas inolvidables de las que surge la fisonomía de un profesor alemán: tan sin esfuerzo, tan naturales, que uno se pregunta si es posible pensar en algo perfecto. (¡Por mi aprte, yo sacrifico novelas enteras por esos pocos párrafos!) Lea usted por último, con fecha 7 de abril de 1908, la valiosa noticia de André Gide relativa a un visitante de nombre George: con qué clara emoción se describen allí el reloj y el monóculo, la corbata y el largo atuendo sacerdotal: sólo unas palabras, pero detrás... ¡qué concepción!

Ruégole, querido amigo, no tome a mal el que no pueda familiarizarme, pensando en esos retratos (y en muchos otros), con las criaturas de su fantasía. Es cierto —me adelanto a su objeción— que hasta ahora usted ha dicho poco y nada sobre el diseño general de su novela; sin embargo, ese poco basta para hacerme entrar en dudas. Ante todo me desagrada la posición intermedia entre lo grotesco (el investigador rúnico Hildebrand) y el realismo (recuerde a Friedemann). Yo opino que usted, al describir sucesos concretos, debería o bien renunciar a las mascaradas romanescas —esta sería mi proposición—, o bien decir adiós a la historia y, entregado

a una libre invención, confiarse al juego de la fantasía. Retrato o especulación, el hecho dado a lo absurdo: aquí no cabe, me parece, un término medio...

Entretanto llegó la hora del té; la señora Tapenow le envía cordiales saludos; continúo y pido disculpas por el tono tan pragmático y negativo de esta carta: porque en vez de una alegre aprobación sólo contenga dudas y reservas. ¡Ni siquiera la disposición de dejarse sorprender agradablemente! Y eso que sé que debería, como en otros años, animarlo a la empresa e impulsar su proyecto mediante un "excelente" y un "estoy particularmente conmovido" y un "siga por esa senda." Pero mis escrúpulos son considerables.

¿Estoy inhibido? ¿Me toca demasiado el tema? ¿Es imputable al asunto que justamente donde yo espero una calma chicha usted aguarda una fresca brisa? Tomemos la "Polonesa", el capítulo introductorio. Usted escribe: "los nuevos señores enfrentan por primera y única vez a la antigua sociedad". Pero ¿qué clase de sociedad? ¿Posee ésta tabúes determinados, un código que todos temerosamente acatan? ¿Reconoce leyes y normas visibles, habla un idioma propio? ¿No? Pero, ¿cómo es posible retratar a esta sociedad, darle vida, contorno y plasticidad... cuando sólo hay individuos, y no una situación en el sentido de Tolstoi o de Fontane: individuos, por lo demás, que en sus pensamientos y lenguaje sólo se representan a sí mismos? Está la carrera, es cierto, están los que lo son todo y los que no son nada: "Qué experiencia" —decía en diciembre último un profesor suplente a otro su colega acabado de nombrar, "qué experiencia poder celebrar por primera vez la Navidad como profesor titular". Bueno, pero, ¿y después? Existen intrigas, celos mezquinos y mucho detalle grotesco: sin ir más lejos, hace poquísimo, dos horas después de la muerte de nuestro filósofo, siete colegas pugnaban en el rectorado por el aula del científico fallecido; pero, ¿en qué actividad no nos encontraremos con lo mismo? "La antigua sociedad": yo me temo, querido amigo, que eso no sea sino una ficción. Pero suponiendo que hubiera una tal sociedad, ¿posee peculiaridades que le otorguen un carácter ejemplar? ¿Es transparente su articulación y, sobre todo, interesante, posee volumen, es influyente y significativa? ¿Es acaso, al señalarse en su significación, representativa de otros grupos? Observa determinados rituales, bueno ¿tienen importancia? ¿Es realmente importante que el birrete de los profesores extraordinarios tenga, en vez de un ribete plateado, un cordón lila? ¿De qué les sirven los elementos decorativos, el protocolo, la tradición, si carecen de correspondencias en la realidad? ¿Dónde está el

modelo obligatorio? (Una descripción del género de anacronismos selectos: he ahí lo que usted, querido amigo, no ha de ofrecer sino en último extremo.)

Y finalmente, en lo que respecta al lenguaje, el matiz individual: la jerga que tanto en monsieur Biroteau como a la mesa del señor van der Straaten descubre la clase de espéritu del que habla; en fin, un amigo inglés me explicaba hace poco que, si cerraba los ojos en el casino, podía reconocer por la forma de expresarse quién era oficial de la guarnición y quién provenía de la Harrow-School. ¿Y su "Polonesa"? ¿Se reconoce ahí de quién se trata por la entonación y la conversación, las gesticulaciones y los gestos? Dejemos de lado la materia prima, callemos también en lo tocante a la caracterización directa: ¿muestra con evidencia la dicción a qué capa de la sociedad alude el autor? ¿Calla usted? Pues entonces me temo que no podrá usted poner en claro sus propósitos...

La carta se ha hecho demasiado larga; adiós y otra vez perdón. El libro de Reinhardt se lo despacho con este mismo correo, también algunas noticias. Usted inferirá de ahí que el 1º de mayo los profesores marchaban detrás de los ferroviarios, que los estudiantes, agotados por la marcha nocturna organizada por la SA, se dormían en las clases, que los profesores titulares opositores disparaban con pequeño calibre contra los cristales vecinos para demostrar su repugnancia al régimen, y que a un sabio de renombre mundial se lo amonestó seriamente cuando compró en un kiosko el diario de Frankfurt. ¿Le servirán estas noticias? ... Yo lo dudo. Le ruego salude en mi nombre a su mujer, a los niños y, especialmente, ¡tenga paciencia conmigo!

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

CONJETURAS SOBRE JAKOB

Pero Jakob atravesó siempre los rieles.

—Pero siempre atravesó los rieles y el punto de partida, porque, de haberlo hecho por otra parte de afuera alrededor de toda la estación hasta el puente que cruza la calle, hubiera necesitado más de media hora hasta el tranvía. Hacía ya siete años que estaba en el ferrocarril.

—Pero mira qué tiempo, qué noviembre, no se ve ni a diez pasos por la niebla, especialmente de mañana, y sin embargo era de mañana y todo tan liso. Se puede fácilmente dar un resbalón. Una mísera locomotora de maniobras como esta apenas se oye y menos todavía puedes verla.

—Jakob estuvo siete años en el ferrocarril quiero decirte, y cuando algo de lo que camina sobre rieles se movía, él lo escuchaba a la perfección.

Por debajo del mirador de señales cruzó una figura el turbio y nebuloso espacio de los rieles, atravesó segura y descuidadamente las vías una después de otra, se detuvo junto a un mástil de señales de luz verde, lo cubrió en ese momento el muro atronador de un rápido que parte y volvió a moverse. Por la pausada y firme verticalidad del andar podía quizá reconocerse a Jakob, tenía las manos en los bolsillos del abrigo y parecía prestar mucha atención, tesa la nuca, al tránsito por las vías. A medida que avanzaba hacia su garita adensábanse sus contornos entre las gigantescas sombras de los trenes cargueros y de las asmáticas locomotoras que arrastrándose por trechos, obedecían perezosamente a las finas y chillonas pitadas de la maniobra bajo la niebla del amanecer por los húmedos y pringosos rieles.

—si uno después. Él mismo me explicó, con física y fórmulas, uno siempre aprende algo de bueno en siete años; y me dice: Por favor, quedarse firme cuando ves que algo se te acerca, por lejos que esté. "Cuando el tren está en movimiento... ahí está" —exclamó. Y creo que lo hubiese sabido hasta en medio de la niebla.

—Hace una hora aplastaron en la terminal a uno de los de la maniobra, también eso lo habrá sabido.

—Con razón estaban tan sobreexcitados. Aunque en seguida encontraron frases sobre la trágica desgracia y los méritos en la organización del socialismo y conservan una reverente memoria: el que inventó la cosa lo sabe mucho mejor, si alguno hubiera. Pregúntese en toda esta malhadada estación si alguno en este noviembre consiguió permiso de salida hacia la Alemania occidental, y en el mismo día Jakob ya está de vuelta en interzonal. Y figúrate con quién estaba.

—Con Cresspahl, si es que lo conoces. Tiene una hija.

El padre contaba sesenta y ocho años por ese otoño y vivía solo bajo el viento que desde el mar soplabá sobre él y su casa.

Heinrich Cresspahl era un hombre ancho y vigoroso de lentos y pesados movimientos, su cabeza era una vieja torre azotada por la tempestad bajo una mata de cortos cabellos grises. Su mujer había muerto hacía dieciocho años, echaba de menos a su hija. En su taller había poco trabajo por las paredes, de su puerta de calle había quitado ya hacía tiempo las insignias de su oficio. Ocasionalmente reparaba para el museo de la localidad costosos muebles de personas que se hacían eco de su renombre. Con frecuencia recorría la región vestido con su traje de tela inglesa y sus grandes botas, a la caza de vetustos arcones y rústicos armarios. A veces deteníanse delante de su puerta carruajes tirados por caballos con piezas que le eran destinadas; de las grandes ciudades llegaron después automóviles que volvían a partir para el extranjero con la oscura madera artísticamente trabajada con guarniciones decorativas burdamente relumbrantes. De esa forma ganábase la vida. Declaración en orden, cuenta bancaria en armonía con los gastos de una pequeña y distante ciudad, ninguna sospecha de ingresos ilegales.

Sesenta y ocho años de edad, ebanista, con domicilio en Jerichow, Ziegeleistrasse. Nunca pude imaginarme qué propósito perseguía con él todo aquel informe del contraespionaje militar. Ese informe de la oficina de Jerichow, protestón, con indicaciones de carácter privado la mayoría de las veces, tales como: dijo esto, no lo dijo, dio a entender aquello otro. Públicamente en la taberna de Jerichow (no creo que aquí en la taberna signifique "públicamente", ellos se conocen todos, claro está: públicamente en la taberna) cantó la canción del perro que se metió en la cocina y cagó sobre

un huevo, y entoces llegó el cocinero y molió a palos al perro, luego llegaron los perros en grupo y alabaron mucho al cocinero, y escribieron sobre la losa sepulcral: yace aquí el que cagó; entonces penetró nuevamente el perro en la cocina y ya me olvidé del resto y claro desde luego que comprendo. Ellos lo registran todo. Damos mucho qué pensar. Ellos parecen opinar que los funcionarios tenían algunas canciones de club, y al punto quieren introducir distintivos oficiales. Cazaperros. A causa de esto se incomodan, a causa de todo esto se incomoda mucha otra gente, y dejan más bien al pobre Cresspahl gozar de una amable ancianidad. Según yo vi, él tenía una hija, nacida en 1933, estudios superiores en Jerichow, estudio de anglística en Leipzig, escuela de intérpretes en Frankfurt am Main, am Main, y desde principios de año (aunque esto no lo observaron los de Jerichow, puesto que Cresspahl parece que no se los contó) en the N.A.T.O. Headquarters. Seguí dando vuelta las hojas de los otros informes. Con ninguno logré entusiasmarme, todo se reducía a un directo trabajo de radiografía, en una palabra: implacable; hacia el mediodía marché de vuelta a la M.S.A. y me hice anunciar en lo de Lagin y púsele por delante el cartapacio, aunque esto lo dejaré para después. "Ah, galubuschka —dijo—. Todo lo tenía dentro de la cabeza, en la alocada memoria; de inmediato me pidió el informe. Le entregué el informe. Volvió a entregarme el informe. Hubo un acuerdo. Eto dujasno. Otro acuerdo. Se procedió a un resumen. Entonces tomé la palabra yo: —"Jesli ana ostawajetssa galubka na kryschje..." pareció no comprenderlo de inmediato, ellos tienen una opinión diferente; luego se echó a reír. "Lutsche warabeja" —dijo—. Era un sujeto correcto, nada formal, desde luego se trataba de una misión para un hombre que trabajase solo. La paloma sobre el tejado. Pasé el resto de la tarde en casa, pero bastante sumergido en meditaciones, a ratos muy inquieto. En fin, el asunto anterior había sido un buen trabajo, por lo cual me promovieron, claro está; por lo demás, dejar a uno en libertad para optar por un determinado uso ya de por sí es una promoción, pero éste fue semejante al de saber cómo cantó Cresspahl las canciones de referencia, y lo cierto es que pueden rebajarme de categoría, despromoverme, y eso está mal. Y después el disgusto a causa de la criatura. Por supuesto que sé que mi hija tiene que dormirse a las veinte; tiene dos años, me doy cuenta, de todos modos la levanté un poquito para el beso de despedida, bueno. Cerca de la medianoche bajé hasta la calle. Juanito estaba enfrascado en su eterno curso de enseñanza técnica por correspondencia y bostezó de que yo lo viese; al ponernos en movimiento, dijo: "Las vacaciones hubieran podido durar un poco más". A mi vez dije yo que en Jerichow había una linda playa". Todo esto sucedía aproximada-

mente por el siete de octubre; volví a sentirme otra vez bien, como veremos después. Era la época para comienzos de octubre y en otoño y durante toda la noche nos movimos alejándonos de Berlín y el cielo tornábase cada vez más vasto y más blanco; por detrás de la colina aparecía modestamente la torre de la iglesia de Jerichow. Los cazaperros de Jerichow tienen los dos hotelitos particulares sitos en la calle de la estación, tétricos, casi ruinosos, el garage al lado, lo único que no han traído es un letrero alusivo a su profesión. Yo me presenté como el señor Rohlf, mandé preparasen una habitación para Juancito y yo, durante la primera media hora estuvieron preguntándome acerca de las actuaciones relativas a Cresspahl. Se pusieron furiosos, claro, carecen de facultades para gustar de la música y el canto; el nombre yo no lo había escuchado nunca, y ¿si pensaban que las actuaciones obraban todavía en poder del ministro? Que lo piensen. "He aquí un trabajo peliagudo" —dijeron—, y yo pregunté entonces "qué posibilidades había de tomar un baño por aquellas partes". Contestaron que el tiempo era muy frío. Del muchacho, que algunas veces piensa normalmente, algo puede esperarse.

En cuanto a mí, parecen haber pensado que soy un secretario de Estado gozando de vacaciones. La ciudad no es tan atrasada como parece por su aspecto; un extranjero no llama la atención; no se han quedado siguiéndome con los ojos ni comentando por lo bajo a mis espaldas. La mayoría debe de haberme tomado por uno de esos contadores de baratillos suburbanos, debido a que no los ven con mucha frecuencia —comentó Juancito. En fin, salimos a dar un paseito. Por mi parte ansiaba encontrar un lugar donde poder tomar un baño, y lo encontré. Juancito se quedó tiritando junto a mis efectos particulares. Por nada del mundo accedía a meterse en el agua y hasta tenía por un poquito inconveniente que yo tomase mi baño. Al anohecer nos quedamos allí sentados y quitamos el barro de nuestros zapatos. Luego fui a visitar a un par de personas de Jerichow y me entretuve charlando con ellas de Jerichow. Una hermosa y agradable ciudad —dije—. Qué lástima no poder quedarse allí, y ellos pensaron lo mismo. Particularmente el jefe de correos, un almidonado caballero, de pensamiento formal, buen funcionario; los sellos se expenden sin necesidad de que aparezca persona; las cartas son selladas y despachadas sin demora... como si yo no hubiese visto al cartero leer las postales, y eso que el secreto de la correspondencia es un derecho humano adquirido. Pero, ¿qué es la firma de un secretario de Estado? Ya lo ves... Con respecto a la autoridad hay que ser leales; él sin duda lo fue con respecto a los fascistas, me refiero al señor Mesenwinkel. Ah, que yo nunca llegue a cambiar mi nombre. Ese mismo

día quise llamar a casa, espero que a mi hija le resulte bien. Por primera vez vi a Cresspahl bien plantado al frente de la ventanilla, el pantalón de tela inglesa arrugado en las piernas, el saco bastante deformado y con algunas manchas; las gafas. Las gafas habíanse doblado algo dentro del estuche. Movi6 tercamente la cabeza haciéndola girar y dijo algo ininteligible. La que habló parecía nueva en el lugar y no ser diestra en el habla vernácula; él intentó explicarle y dijo: —Wek föe Breif; veinte marcos en veinte pfenniges. Como yo era el próximo en la fila, pude verlo bien en detalle. Pesadamente volvió su ancha espalda y salió, pero se detuvo a la puerta y acostó las gafas, por así decir, con cierta unción en el metal oculto del estuche. "Moin" dijo inteligiblemente; luego caminó golpeando pesadamente los pies y doblando por la iglesia hacia la fábrica de ladrillos; detúvose en seco con alguien en la esquina, y comenzó a hablar. Por mí . . . digo yo. A mí no me gusta controlar a nadie, no soy todavía tan viejo. Pero el socialismo triunfará y quedará; y simplemente así seguirá y saldrá de la República y llegará al mar Mediterráneo, no todavía. Para ello es aún demasiado joven, por lo menos tiene que permitir que se dialogue con ella, es necesario hablar con cada uno.

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

LA MUERTE DE UNA CONDUCTA: EL CONSEJERO CRIMINAL SCHELIHA

I

En enero de 1945, el consejero criminal Scheliha, de la Oficina Nacional Central del Crimen, emprendió un viaje oficial a la región de Elbing. Había sucedido lo siguiente: desde noviembre de 1944 las autoridades locales realizaban averiguaciones por asesinato contra el hacendado v. Z. Pero por ciertas razones no se llegaba a una acusación. En esos últimos meses de la guerra, las autoridades no revelaban deseos de iniciar medidas drásticas contra una personalidad que gozaba de elevada protección. Numerosos miembros de las instancias locales y de las superiores de Elbing tendían más bien a enviar al inculcado al frente. Pero antes de que el proceso pudiera concluirse en esa forma, las actas llegaron a la Oficina Nacional Central del Crimen de Berlín. El consejero criminal Scheliha debía esclarecer el caso en el lugar de los hechos.

El consejero criminal Scheliha hizo poner a su disposición a dos inspectores, dos asistentes, una escribiente, así como un pequeño destacamento policial, a los que envió anticipadamente, por la noche, en un automóvil, por la ruta de Fürstenwalde-Schwiebus. Tenía la intención de combinar el esclarecimiento de este hecho con una última inspección de la provincia de Prusia Oriental, antes de que las tropas rusas arrasaran también esa provincia. Él mismo siguió al automóvil enviado por anticipado con el tren diurno a Elbing. Ese día el grupo del ejército al mando del general Hossbach abandonó —como batida errante— la represa de Lötzen, perforando en dirección occidental a las tropas rusas que, por detrás de este ejército, ya comenzaban a ocupar la provincia de Prusia Oriental.

En el fondo resultaba incomprensible por qué las oficinas partidarias y estatales locales no aplicaban al inculpado Z. su justo castigo.

II

Scheliha no se detuvo en la ciudad y fortaleza de Elbing, en la que en esa época fueron vaciadas las cárceles y fusilados numerosos grupos de personas que habían cometido traición y desertión, sino que sólo dejó allí a un inspector, que debía informarle acerca de los motivos ocultos de la causa criminal y de los muchos rumores circulantes sobre los acontecimientos del frente. En la prisión provincial —fuera de Elbing— se le informó que había tenido éxito una evasión de prisioneros en conexión con disturbios de trabajadores extranjeros limitados a esa localidad. Entre esos prisioneros se hallaba Z., alojado allí en prisión preventiva. Todavía ese mismo día, muy tarde, Scheliha, con su automóvil y su personal acompañante, se dirigió a la propiedad rural de Z., en los alrededores de Elbing. Le resultaba incomprensible que no se hubiera vigilado mejor a ese hombre.

Como es natural, el acusado ya no pudo ser hallado en su propiedad. Scheliha hizo interrogar a algunos de los peones que trabajaban en el establecimiento, así como al sacerdote y al jefe de grupo regional de la localidad vecina. Se comprobó que el acusado había aparecido por pocas horas en su estancia, habiendo utilizado para la prosecución de su fuga un coche de caza, para el que llevó seis caballos (eventualmente dos de recambio). Scheliha presumió que el inculpado evitaría la dirección hacia Pomerania o la Baja Silesia, es decir una dirección claramente hacia occidente; en ese caso, el peligro de caer en manos de un control del ejército que lo tomara por desertor parecía mayor que la conveniencia de una menor distancia. Antes bien, era de suponer que el inculpado había huido en arco hacia el sudeste, hacia el frente, ya que así podía esperar alcanzar la Gobernación General. El derrumbe del frente del Vístula y los ejércitos rusos que avanzaban rápidamente habían creado allí un desorden tal, que el acusado podía atreverse a un acercamiento a las fronteras nacionales desde ese lado. Por otra parte, en el momento del hecho no existía en las inmediaciones de la propiedad un campamento de trabajadores extranjeros, así como tampoco trabajadores extranjeros, vagabundos o desertores aislados que pudieran haber cometido el hecho. El que el inculpado señalara la existencia de extranjeros vagabundos coincidía con la objeción que formula todo aquel que niega. Por principio, Scheliha enfrentaba con escepticismo esta clase de

evasivas. Pero sin embargo investigó la posibilidad de que algún otro que no fuera el acusado pudiera haber cometido el hecho. Los peones estaban acuartelados en determinados edificios; se los vigilaba durante las horas de trabajo. No tenían acceso a la casa del patrón, donde sucedió el crimen. Desde Elbing se transmitió telefónicamente lo que había averiguado el inspector que allí había quedado, acerca de los trasfondos del caso criminal Z.: no podía descubrirse una protección específica para v. Z., pero sí un difundido desgano por esclarecer ese asesinato en ese preciso instante. No se había ocupado en ello a oficinas partidarias. Las instancias judiciales defendían, entre otras, la tesis de que el verdadero peligro momentáneo no emergía de gente como el señor v. Z., sino de incontables grupos de personas rebeldes y desesperadas que ahora, hacia el fin de la guerra y en conexión con el derrumbe de la frontera del Vístula, veían una oportunidad para la insurrección. Igualmente, la posición de la fiscalía estatal sostenía que en esa situación peligrosamente tensa no se debía, por así decirlo, eliminar a la propia gente; debía contemplarse el caso a partir del resultado. Todos estos puntos de vista no se correspondían con la opinión del consejero criminal Scheliha.

III

Scheliha necesitó menos de una hora para convencerse de que el hacendado había sido el autor del hecho. Con marcas de tiza en el piso hizo reconstruir la situación en los salones en que había sido hallado el muerto, examinando junto con el asistente el bastante primitivo crimen. A uno de los peones se le encontraron prendas de vestir de Z. que revelaban las esperadas manchas de sangre. Ésta y otras pruebas fueron enviadas a Elbing con el carro de adrales. También el problema de que el asesinato había sido llevado a cabo con particular crueldad, por lo que sólo difícilmente podía ser atribuido a un hombre de cultura oriundo de buena familia (lo que sugirió la idea de que tal vez hubieran sido trabajadores extranjeros, con todo, los asesinos), se aclaró satisfactoriamente después de las descripciones recogidas acerca de su personalidad. En sí, el inculpado —y en ello coincidían todas las personas interrogada— era un hombre de elevada moralidad, la que en este caso especial debió de ser vencida previamente. Resultaba evidente que la mutilación de la cabeza del huésped tenía su origen en las peculiares exigencias que el estanciero formulaba, en general, a su conciencia. Se trataba, en cierto modo, de un fuerte estallido de esa con-

ciencia, la que bajo las circunstancias dadas no podía evitar el hecho, pero que luego buscó su expresión de otro modo en la mutilación.

Scheliha hizo regresar a la estancia a su segundo inspector, con la indicación de llevar a cabo allí los interrogatorios necesarios hasta tanto se acercaran los rusos, y que al acercarse el peligro se dirigiera a Berlín a través de la fortaleza de Elbing. Él mismo, con sus dos asistentes y el escribiente —a quien dictó durante el viaje un detallado informe acerca de las averiguaciones practicadas hasta el momento— se hizo conducir al empalme ferroviario de Schmielau. Desde allí confiaba en llegar rápidamente al sur por tren o con ayuda de una vagoneta de mano. Podría esperar así interceptar al asesino en una de las carreteras que llevaban al sur. Pero a unos treinta kilómetros antes de Schmielau vinieron a su encuentro, por la carretera, vehículos del ejército en una columna de a tres. Los automotores viajaban de a tres en línea por la relativamente estrecha carretera provincial, y más tarde también vehículos blindados de a dos. A los costados de los tanques y sobre los coches colgaban los soldados. Estas columnas, que intentaban llegar a la fortaleza de Elbing, desplazaban de la calzada a quienes venían en sentido contrario, entre ellos también a los vehículos del consejero criminal. Algunos motociclistas hacían lugar a la columna, la que por otra parte se lo hubiera procurado por sí misma; los avisadores en motocicleta tenían el encargo de evacuarlo todo de la carretera, y dieron traslado al consejero criminal al oficial más próximo. Pero llevó un tiempo bastante prolongado hasta que se halló un oficial con mando, ya que no era tarea sencilla llamar a un oficial de la columna, que viajaba rápidamente, e inducirlo al descenso. En caso de descender, el oficial se hallaba en peligro de perder a su grupo; si saltaba de su vehículo en movimiento se hallaba en peligro de muerte, dado que sin sus tropas podía ser perseguido por la justicia militar. Por ello el consejero criminal sólo pudo cambiar pocas palabras con el oficial antes de que éste pudiera saltar a uno de los camiones que seguían en densa sucesión. Scheliha perdió varias horas, en las que no pudo hacer otra cosa que esperar y confiar. No había ninguna perspectiva, aun teniendo la ventaja de las conexiones ferroviarias, de prender al asesino antes de su entrada a la Gobernación General.

En la base ferroviaria y fortificación de Schmielau, un pueblito de guarnición de unos 15.000 habitantes, el consejero criminal Scheliha encontró, en el comando regional de defensa, una instalación telegráfica intacta. Por teléfono recibió los últimos resultados de las investigaciones del inspector que había dejado en la estancia del inculcado. El arma homicida había sido hallada en los sótanos de la casa y llevada a Elbing, donde

se había procedido a practicar su reconocimiento oficial. A esto se agregaban declaraciones testimoniales de peones y habitantes.

Por medio del telégrafo, Scheliha pudo alcanzar algunas localidades y bases de Prusia Oriental, Prusia Occidental y en la Gobernación General (entretanto ya podía decirse en la ex Gobernación General). Intentaba así rodear al asesino, quien quería huir en alguna parte de la región de los bosques y praderas; en otras palabras, improvisó una pesquisa, aun cuando este sistema de pesquisa revelaba considerables baches. Pero frente a los requerimientos que envió por telégrafo a las diversas localidades alcanzables, Scheliha se topó con la negligencia y aun con el rechazo. Las oficinas subordinadas consideraban la realización de una medida de pesquisa de una sola persona, bajo las circunstancias dadas, como imposible e insostenible en sus resultados. ¡Como si un asesinato de ese calibre fuera un delito de caballeros! A través del telégrafo, Scheliha hizo transmitir al General Policial de Cracovia el siguiente texto:

—(Scheliha) En la causa por asesinato (siguen indicaciones de actas y detalles concretos) choco en las siguientes oficinas (siguen las oficinas) contra un tratamiento dilatorio. Solicito instrucciones a esas oficinas. Scheliha, consejero criminal.

Recibió la respuesta de un consejero superior de gobierno, el Dr. Schulze, discípulo de Scheliha de la época del Alexanderplatz:

—(Respuesta) Instrucciones dadas a las siguientes oficinas (siguen las oficinas), las demás oficinas señaladas por usted ya no pueden ser alcanzadas desde aquí. Los rusos están en Plock. Desde aquí dispuesta pesquisa adicional. ¿Debemos enviar desde aquí un vehículo para buscarlo a Vd.? Ruego respuesta, Schulze, consejero superior de gobierno.

—(Scheliha) Muchísimas gracias. Cordiales saludos.

—(Respuesta) Obedientes saludos.

Scheliha suponía que v. Z. trataba de alcanzar la frontera nacional por el camino Schmielau, Klopau, Mielczic, donde en toda su extensión parecía hallarse sin control efectivo. Para llegar hasta allí debía alcanzar la carretera Klopau-Mielczic. Scheliha abandonó la idea de una inspección de la provincia de Prusia Occidental consecutiva al arresto. Se puso en movimiento, acompañado por sus dos asistentes, la escribiente y dos funcionarios de policía, en dos automóviles, en dirección a Klopau.

V

A lo largo de las carreteras de huida, y pasando junto a diversas y primitivas escenas de fusilamientos, los vehículos del consejero criminal poco pudieron demostrar de la fuerza que poseían: por una parte, en el caos general no parecía importar un asesinato más o menos, y era también difícil y casi imposible encontrar a ese asesino entre las incontables personas que se movían en diferentes direcciones; por otra parte, Scheliha no veía una posibilidad sostenible de interrumpir la persecución en esa etapa. Comprendía que las autoridades criminales, pese a su óptima y más reciente organización en la Oficina Nacional Central del Crimen, no se hallaban en condiciones ni con atribuciones para tratar y menos aún esclarecer criminalísticamente un estado de catástrofe semejante. Para ello hubieran debido, por su parte, apoderarse del poder e instaurar, en cierto modo, una dictadura criminalística junto a la ya existente. Pero en ese instante, en que un criminalista siente fracasar la institución a la que pertenece, debe abogar con tanta mayor precisión por el cumplimiento de su tarea y, esforzándose por una acción criminalística lo más poderosa posible, por la tendencia, si no por procurar real satisfacción al derecho lesionado.

Ese día, los generales Hossbach y Reinhardt, que comandaban las batidas errantes en Prusia Oriental, fueron destituidos y reemplazados por los generales Schwiethelm y v. Müller. En la Gobernación General, dos mariscales de campo intentaron reunir en diversos puntos a las tropas alemanas en fuga. El general Rendulic, llamado desde la defensa de Viena, tomó posesión de una residencia e hizo levantar una empalizada en torno a ese cuartel general. En su persecución, el consejero criminal Scheliha llegó a las cercanías de Klopau.

VI

Al día siguiente empeoró la situación en la región situada al oeste de Plock, y las tropas rusas asaltaron varias carreteras que corrían paralelamente al Vístula de norte a sur. Scheliha resolvió enviar de regreso uno de sus vehículos con un asistente y la escribiente en dirección a la frontera nacional, para no exponer innecesariamente a la mujer a situaciones quizás peligrosas en las cercanías del frente. Él mismo prosiguió la persecución en dirección al sur. Partió de la fundada suposición de interceptar al carro de caza no lejos de Klopau, durante su permanencia en una determinada

estancia. Scheliha atravesó Klopau, que poco después fue rodeada por las tropas de ataque rusas, como apéndice de un transporte del ejército comandado por un enérgico teniente.

No lejos de Klopau, en medio de una interrupción del tránsito que se extendía a varios kilómetros, Scheliha fue hecho prisionero al día siguiente por tropas de la guardia rusa. Fue separado del policía y el asistente que lo acompañaban, y después de algunos días de permanencia fue trasladado, con muchos otros prisioneros, a vagones de ferrocarril. Las actas sobre el caso Z. fueron aniquiladas cuando el vehículo del consejero criminal se incendió, por razones que ya no pudieron establecerse, durante la breve lucha que precedió a su apresamiento. Inmediatamente detrás de la ciudad de Klopau y después de una apresurada visita efectuada a una estancia de un amigo, el asesino Z., que por los síntomas exteriores dedujo la cercanía de los rusos, había tomado una carretera de segundo orden en dirección al oeste, que parecía utilizable para su coche de caza. A través de esa ruta y después de algunos días alcanzó la frontera nacional en Grünberg, Silesia, que en ese momento no era vigilada. A través de Glogau, Kottbus y Guben se abrió paso, y más tarde renunciando a su coche de caza, hasta Schleswig-Holstein, donde halló acogida en un latifundio. Más tarde se trasladó a Renania.

Entre tanto, Scheliha viajaba en dirección contraria.

Cita de Kant:

"Aun cuando la sociedad burguesa se disolviera con la anuencia de todos sus miembros (v. g. que el pueblo habitante de una isla decidiera separarse y dispersarse por todo el mundo), el último asesino que permaneciera en la cárcel debería ser ejecutado previamente, para que a cada cual le ocurriera aquello que mercen sus hechos, y para que el homicidio no pesara sobre el pueblo que no insistió en ese castigo; porque puede considerárselo partícipe de este lesionamiento público de la justicia. Es mejor que muera un hombre, antes de que se corrompa todo el pueblo; pues si sucumbe la justicia, ya no tiene valor el que vivan los hombres en la tierra."

VII

Cuando Scheliha regresó del cautiverio en 1953, las circunstancias se habían modificado en Alemania. Scheliha desistió de una renovada persecución de v. Z., que investía un cargo en Renania. El 12 de junio de 1961,

Scheliha, nombrado consejero de justicia, pronunció ante el Rotary-Club de S. una conferencia sobre "Justicia y Criminalidad".

De la discusión:

(Aplausos.)

El Presidente del Rotary-Club: Desearía agradecer al Dr. Scheliha por sus manifestaciones. Pero también desearía subrayar que en el círculo de los rotarios siempre existiría un sentimiento acerca de la justicia y la injusticia. No se debería reflexionar demasiado sobre algunas cosas. *Rot. Bengel-Ribana:* El disertante citó la chaqueta del húsar Atila. Naturalmente debía haber dicho el dormán. Por lo demás, el disertante también había revelado carencias idiomáticas. Una idea deficientemente expuesta tampoco sería una verdadera idea cuando se trata del pasado no superado. *Rot. Plettke:* Los problemas de la justicia afectarían siempre sólo a un reducido círculo de personas. *Rot. Barabas:* Como jurista en lo penal no comprendería el pesimismo del disertante. En ese sentido, él sería optimista.

(Aplausos.)

El señor Scheliha no habría tomado suficientemente en cuenta un punto esencial: el de la gracia. Donde hay justicia también hay gracia; resulta inimaginable una justicia que no esté enriquecida por la gracia, si bien, indudablemente, hoy por hoy es menester aplicar una escala más severa frente a los pedidos de gracia.

(Nutridos aplausos.)

Debate de los fundamentos:

Rot. Geibel: Él no puede imaginarse que, en 1953, el pueblo alemán "carecía de valor", como dijera el disertante. La disciplina y el valor alemanes, tal como se dice en la canción alemana, tampoco sucumbieron en 1945. *Rot. Pils:* En la duda, el homicidio no recaería sobre el pueblo, dado que la acción penal fue cometida en el territorio de Prusia Occidental. Por lo tanto recaería sobre Polonia. *Rot. Waller:* Una sociedad no podría disolverse, aun cuando todos sus miembros estuvieran acordes; de ahí que el ejemplo de Kant sería utópico. *Rot. Henn:* Si se le permite hablar a partir de la praxis del Bundestag: Sucede una y otra vez que, precisamente en caso de alta traición, se deben hacer serias consideraciones filosóficas, ya que según la experiencia, precisamente un castigo laxo traería, en el sentido kantiano, la corrupción sobre, o, mejor aún, al pueblo. *Rot. Glas:*

Ya entonces el pueblo habría insistido en el castigo, sólo que el aparato falló. Pero el propio Dr. Scheliha habría recomendado la moderación. Sólo habría narrado el ejemplo debido a la modificación de su posición. *Rot. Valentin*: Le resulta incomprensible que no se haya investigado si v. Z. obró en defensa propia. *Rot. Mertens*: Por lo que sabe, en su momento el Reg. de Inf. 71 se encontraba en la circunscripción de Klopau. Éste habría podido buscar al asesino.

Debate agudizado:

Presidente: Por razones de tiempo hay que limitar el lapso de exposición a un minuto por persona. Por eso ruega abreviar las manifestaciones. Ruega que se prosiga. *Rot. Lambrecht*: Qué significa que "a cada cual le ocurriera aquello que merecen sus hechos". Hablando filosóficamente, debe considerárselo como un problema de la praxis. *Rot. Bischof*: Evidentemente se trata de una cuestión de hecho. *Rot. Erb*: Como médico sólo puede apoyarse eso. *Rot. Katrin*: Pero sería completamente correcto preferir la muerte de un hombre a la corrupción de todo el pueblo. *Presidente*: Eso es correcto; en principio, el Rotary-Club está abierto a los problemas sociales, pero éste no sería un problema social propiamente dicho. *Rot. Katrin*: Pone en duda que en el otro caso ya no tenga valor el que los hombres hablen del fin. *Rot. Jacoby*: Hay que concentrarse sobre el problema en sí. *Rot. Schmidthenner*: Se trata de un problema de instrucción. *Rot. Glaube*: Si se le permite a partir de la práctica: ya Federico II —se refiere al rey y no al emperador— dice: El funcionario y el filósofo extraen su fuerza de su condición de ajenos a la cosa. Pero hoy no quiere hablar como funcionario y filósofo, sino como práctico, y la praxis significa cercanía a la cosa. ¿Quién sigue dispuesto, v. g., a poner en juego su vida o su libertad por problemas especiales de la justicia? *Rot. Sprengel*: El problema del castigo propuesto por Kant es un problema muy especial, y tal vez incluso fuera de lugar. Quizás una medida policial preventiva fuera mucho más eficaz que un castigo *a posteriori*. *Rot. Mainz*: No el estado de medidas judiciales, sino el estado de derecho preventivo, que comienza en la policía, es el que se necesita. Ya Salazar habría visto esto correctamente. *Rot. Patzak*: Para volver a Kant: Al regresar del cautiverio bélico se podía comprobar que también sin el castigo y el "valor" en el sentido de Kant la evolución había seguido su curso. Sólo difícilmente podría reconstruirse el peculiar clima de hundimiento de los últimos meses de la guerra (a lo sumo comparable al clima de crepúsculo en el Adviento).

Acerca del amor a la justicia:

Dr. Scheliha: Los castigos son cuestión de clima. De la misma manera, el trabajo de investigación y la propia criminalidad dependen de que se conserve la unidad de tiempo y espacio. Sin una atmósfera específica no se logra el crimen ni la averiguación. *Presidente:* Agradece al disertante por su conferencia. *Rot. Peickert:* Siempre consideró la justicia como uno de los ideales más absurdos. *Rot. Balunga:* Siempre le interesó saber cómo la justicia se convertía en criminalidad, y cómo la criminalidad se sustraía a la justicia. También habría que agregar estas cuestiones al problema. *Rot. Pils:* La justicia es un principio totalitario. *Rot. Waller:* Pero sin justicia no es posible. El criminalista es el perro de la seguridad jurídica; el juez, el rey de la justicia. *Presidente:* Ruega que se abrevie, dado que el tiempo para la discusión fructífera es reducido. *Rot. v. Bergmann:* El amor demasiado grande a la justicia recuerda a una perversión; la Antigüedad también conocía argumentos para el amor a los mancebos. *Rot. Eber:* Resulta curioso que el término "justicia" apareciera con mayor asiduidad en los textos antiguos. *Rot. Fürbringer:* ¡Debe existir! Sin justicia no se puede vivir. *Rot. Schumpeter:* ¿Cómo está demostrado eso? *Presidente:* Ruego no interrumpir. El Sr. Fürbringer tiene la palabra.

Conclusión:

Rot. Lebsius: El problema discutido hoy ha sido estimulante. La problemática del orden jurídico se ha desarrollado de una manera sumamente meritoria. *Rot. Pichota:* La consecuencia en la exposición escuchada ha causado especial impresión. *Rot. Arndt:* Finalmente se ha hablado con franqueza.

(Vivos aplausos.)

Presidente: Dado que la discusión dio por resultado muchas ideas estimulantes, solicita al disertante una toma de posición conclusiva. *Consejero de Justicia Dr. Scheliha:* Agradece que se le conceda la palabra. *Presidente:* Dado lo avanzado de la hora, quisiera hablar en nombre de todos los presentes para agradecer al Sr. Dr. Scheliha por sus válidas e instructivas manifestaciones.

(Cálidos y nutridos aplausos.)

(Trad. León Mames.)

IUEGOS DIURNOS

Miré la hora: a las cuatro y cinco creé a Herr Waldemar, en el café Old Vienna, y él existe desde entonces. Fue un proceso curioso, hasta un poco fantástico; pero juro que al hacerlo no imaginé nada especial. Fue un juego de una tarde, nada más.

No se trata de que yo quiera huir de la realidad. ¿Por qué había de hacerlo? La realidad es algo bello. Es precisamente esa mezcla de ruido y movimiento, con un pequeño toque de color, tal cual la veo a través de las vidrieras del Old Vienna, lo que me parece tan delicioso. ¡Sí! Amo la realidad y si he de oponerle algún reparo, es que no siempre es lo bastante real. Con todo, ése no sería motivo suficiente para crear a Herr Waldemar, si bien —tengo que admitirlo— a él lo rodea una realidad tan intensa como a mí nunca me fue dado vivir, ni por un segundo.

...En cuanto a la otra sospecha (nadie la ha expresado hasta ahora, pero no me gustaría que las cosas llegaran a eso) de que he creado en Herr Waldemar la imagen de lo que yo habría querido ser, sólo puede provocarme una sonrisa: por lo que lo conozco hasta ahora, Herr Waldemar no me supera bajo ningún aspecto, ni por su exterior, ni por las pocas cualidades de que lo he dotado. Todo lo contrario: tiene un aspecto un poco ridículo con su bigotito a lo Menjou, su bastón y ese traje a cuadros (a quién se le puede ocurrir que yo me muestre con un traje como ése, y aunque lo hiciera, ni aun así tendría aspecto ridículo). Además, esa manía suya de meterse sin necesidad en situaciones de las que luego no puede salir sin emplearse a fondo, tampoco tiene que ver conmigo. No envidio nada de lo que posee Herr Waldemar. Tampoco lo admiro. La debilidad que siento por él es consecuencia, no causa, de su creación y, prácticamente, no explica nada.

El origen de Herr Waldemar podría estar, más bien, en un cierto tedio, producto de la monotonía de mi vida de hotel, de la uniformidad de los sucesos, el anonimato de los interiores: alfombras rojas en los corredores,

el ascensor de rejas, que yo nunca utilizo; la planta interior y en el vestíbulo, a la que diariamente quitan el polvo. De tanto en tanto suena un gong; ocurre cuando un huésped descuidado tropieza con la salivadera que está junto a la entrada. Entonces el hotel se transforma, por un instante, en una pensión burguesa. El gong llama a la mesa: vestíos, lavaos las manos, estad listos para presentaros ante los ojos del prójimo, comportaos como corresponde... Y en seguida la liberación: pero si no es verdad, nadie debe comportarse como corresponde; no fue más que la salivadera, nada más.

Pero ni siquiera ese tedio basta para justificar la creación de Herr Waldemar; porque quien se aburre puede distraerse de muchas maneras (yo mismo podría recitar, sin una vacilación, por lo menos una docena de posibilidades); no hay por qué apelar en seguida a un recurso extremo. Por eso, al final no me queda más que una explicación: estoy harto de mis sueños. Esos juegos nocturnos en los que yo —aunque en el papel de héroe— no soy más que un objeto, me atacan los nervios. Sobre todo esas dos pesadillas que se me repiten desde hace años y que desde hace rato no me inspiran más que un bostezo, no obstante lo cual insisten en presentarse: el ascensor de rejas, que se detiene entre dos pisos y del cual nadie me saca a pesar de todas mis voces de auxilio—, porque la gente que pasa por el segundo piso sólo ve mi cabeza, que no les gusta, y los del primero sólo ven mis pantalones, que no les bastan. La parte central, mi corazón, no está a la vista de nadie, etc.... Y luego esa eterna historia del tablero de las llaves: llego a horas avanzadas de la noche al hotel, veo como el conserje estira la mano para descolgar la llave número quince; pero, repentinamente, no existe ese número, al catorce sigue el dieciséis; el conserje trata de explicarme y de explicarse el suceso, gesticula... Por fin salgo a la calle y, echando la cabeza hacia atrás, me esfuerzo por descifrar el cartel luminoso que está sobre la entrada, mientras en mí crece la certeza de que ése no es mi hotel y de que por esa razón no existe una llave con el número quince...

Como decía, ya no puedo tomar en serio esos sueños. Lamentablemente, me ocurre lo mismo con los demás, por ejemplo el de los zapatos de mujer en el corredor, que también se repite y se repite... Pero dejemos eso. Todos esos juegos nocturnos no sirven para nada; es una suerte que haya podido superarlos. Ahora juego de día.

Herr Waldemar, tal cual lo he creado, está ahora en la cama durmiendo la mona (no es que sea un borrachín, nada de eso; sólo que de tanto en tanto anda en malas compañías y se emborracha) y ante su ventana trinan los pájaros, igual que aquí. He ubicado su cama en una casa de la Rue

Descartes, en París, porque estamos en primavera y —como todo alemán— en la primavera yo añoro París. Que Herr Waldemar aproveche.

Ronca un poco, luego se mueve, bosteza... Imagínense, hasta esos débiles signos de vida me enternecen. Ya no me resulta indiferente lo que le sucede, lo que haga con su precaria existencia. Pequeñeces que apenas me rozan cuando se trata de mi propia persona, en él me preocupan: ¿cómo? ¿El bostezo de Herr Waldemar ha revelado una lengua sucia? Eso me intranquiliza mucho. Saco el espejo de bolsillo, saco la lengua —con la mayor discreción posible, por consideración a los parroquianos del Old Vienna— y comparo: en efecto, la mía también está sucia, pero eso no me importa en lo más mínimo. Guardo el espejo, recojo la lengua y comprendo, entre sorprendido y estremecido, que Herr Waldemar me importa más que mi propia persona.

¿Qué ha de impedir ahora que yo me altere por ese destino que en el instante en que me llega ya es un pasado irreversible? Y ¡oh, injusticia! ¿Por qué, me pregunto, por qué tiene que ocurrirle a este pobre diablo lo que podría ocurrirle a cualquier otro y, sin embargo, no le ocurre? ¿Y tiene que sucederle justamente a Herr Waldemar, tal cual yace esa primera mañana en su cama, con un pijama a rayas rojas y azules, tierno y vulnerable, joven aún y lleno de fe en su propia persona, en la cual, a su juicio, predomina lo suave, lo blando, lo pasivamente alegre, mientras en su cabeza flotan palabras de tenue resplandor como "nieve en abril" y "vin rosé d'Anjou"? Herr Waldemar chocó esta mañana con la más maligna de sus posibilidades.

*

* *

En realidad podía haber sido un día sereno, en todo caso sin preocupaciones, que casi podía haberse calificado como un don, porque comenzó sin un solo recuerdo. Oscuridad y tibieza definían el instante y sólo se interrumpieron por un momento, cuando, siguiendo una vieja costumbre, abrió los ojos al despertar. Puñales blancos penetraron en su indefenso interior y lo quemaron; entonces bajó los párpados, las tinieblas envolvieron el dolor blanco y lo absorbieron. Herr Waldemar volvió a descansar.

Estaba acostado sobre su oreja derecha y escuchaba el latido de su pulso: un tronco, y la carcoma está adentro. La carcoma corroe y late; pero ¿dónde? Lentamente tuvo conciencia de su inconciencia: no me siento. No sé dónde termino. Si no me muevo, nunca sabré qué forma tengo, seré

eternamente una masa amorfa, con muy pocas características: oscura, tibia, satisfecha. Y ya saltó de esa brecha de su conciencia una pequeña y loca esperanza: mientras no me mueva todo será posible; cualquier forma, cualquier facultad que corresponda a esa forma. Puedo ser un tronco, una roca, una montaña. Todo aquello que por estar muerto es inmortal. Y si tengo que ser un ser viviente, podría ser un animal capaz de huir: un topo de patas veloces que concluye por desaparecer; o una ave de grandes alas, que levanta el vuelo al menor movimiento de una sombra... En caso extremo podría ser un animal que no necesita huir, que puede permanecer, porque lleva una coraza; un cocodrilo, por ejemplo, con un lomo todo de carteras, que se extiende sobre un vientre lleno de ropa no digerida...

Herr Waldemar oyó crujir la escalera y ese crujido arruinó todo. Se estremeció y así se movió. Y así supo, de repente, en dónde terminaba y volvió a sentirse: un cuerpo como el que tienen los humanos; piernas, brazos, una cabeza demasiado pesada que se apretaba de costado sobre la almohada y, sobre todo, la dolorosa incapacidad de volar, de perderse bajo la tierra, de esconderse dentro de una caparazón. Su piel era fina como la seda, las ropas que tenía en el estómago no provenían de enemigos triunfalmente deglutidos, sino de figuras que le habían sido impuestas hasta la saciedad, fuera por lo que fuere, por razones sociales, familiares... Estaba indefenso, entregado. Por ligereza, había perdido la única posibilidad de protegerse al no cerrar la puerta.

En un último intento por liberarse, a pesar de las circunstancias hostiles, *Herr Waldemar* repitió las primeras palabras de aquella mañana: "nieve en abril" y "*vin rosé d'Anjou*", y luego añadió con obstinación: "vellón de corderitos", "Rimini". Todo fue inútil, era demasiado tarde.

El estudiante estaba en la habitación. Como de costumbre, su fisonomía era muy vaga; pero la compensaba con una dicción muy cuidada, lo reconoció por eso *Herr Waldemar*. Hacía crepitar un periódico y tenía la boca llena de palabras, que en parte parecían pertenecer a un informe (a cada rato "ayer" y "anoche") y en parte ser comentarios propios: "...nunca tan azul", "...tienes un aspecto...", "...que te sobrepongas...". El discurso creció y colmó la habitación, hasta que logró sacudir, como dos manos, la frágil cubierta que contenía a *Herr Waldemar*.

Herr Waldemar renunció; abrió los ojos, dejó que su oscuridad se inundara de luz, contrajo el rostro en una expresión de martirio y procuró hablar.

—¿Qué es lo que ocurrió anoche?

Su voz lo entristeció. Parecía pertenecer al cocodrilo que él no había

podido ser, le recordaba la posibilidad perdida y le recordaba que no recordaba nada. El estudiante arrojó el periódico sobre la colcha de *Herr Waldemar*, palotes rojos brotaban de las negras letras.

—Justo al lado —repitió el estudiante en voz muy alta— y nadie lo advirtió. Podría haber sido uno de nosotros, acabábamos de salir, la policía de investigaciones...

—¿Al lado, dónde?

Herr Waldemar quería acordarse, aunque sólo fuera para complacer al estudiante. Tenía que admitir que la noche anterior se había emborrachado hasta perder la conciencia, porque su estado actual le permitía adivinarlo; pero dónde lo había hecho, en compañía de quién, a qué hora, nada de eso recordaba. Su natural amable lo impulsaba a complacer a su visitante. Tanteó en busca del periódico.

—¡Qué asco! —exclamó luego de haberse informado.

En el *Ange Noir* había ocurrido algo horrible. Conocía el lugar, porque las noches de copas de sus amigos solían concluir allí. Probablemente también hubieran concluido allí la noche anterior. De eso estaba hablando el estudiante. Decía: nadie lo notó, cómo lo íbamos a notar, a semejante hora, ninguno de nosotros estaba lo bastante fresco para advertir nada.

—¿Estuvimos allí anoche? —preguntó *Herr Waldemar*.

Buscaba en su memoria y seguía sin encontrar nada.

—No tienes la menor noción ¿eh? —comentó el estudiante.

Herr Waldemar descubrió una amenaza subyacente en aquellas palabras y eso lo sorprendió. Y de repente, sin estar preparado, sintió que la sangre le subía a las mejillas y que su corazón se paralizaba por espacio de un latido.

—No sé cómo... —tartamudeó.

El estudiante lanzó un breve gruñido de desprecio. Ambos permanecieron en silencio. Se estaba gestando un duelo secreto: la inquieta mirada de *Herr Waldemar*, contra los ojos fijos del estudiante. Era evidente que *Herr Waldemar* estaba retrocediendo a una posición defensiva. Por fin comenzó a gritar:

—¿Qué tengo yo que ver? ¿Qué me importa? ¡No sé nada!

Era verdad, pero el estudiante había ganado y por eso depuso las armas y sonrió como alguien que está en el secreto.

—¡Yo, precisamente! —gritó *Herr Waldemar*—. ¿Es que te has vuelto loco: ¿Cómo se te ocurre?

A mí no se me ocurre nada —corrigió el estudiante, y pinchó con su

índice el indefenso pecho de *Herr Waldemar*—. Es a ti a quien se le ocurre.

Meneando la cabeza se puso de pie.

—Usa manera poco común de adquirir notoriedad, tendrás que admitirlo —comentó—. Estas aguas mansas...

—Pero no te das cuenta qué horroroso disparate... —gritó *Herr Waldemar*, pero se interrumpió en medio de la frase. Ya no era un disparate; ahora era verdad.

El golpe le quitó el aliento por unos segundos. Mientras tanto sintió que los brazos y las piernas se le morían. Un instante más y se repetiría el estado de esa mañana, ese estado que ya no deseaba, ese estado que le había prometido cualquier posibilidad, desde el tronco hasta el cocodrilo; cualquier posibilidad menos ésa, la peor de todas. Lanzó un gemido. Todo lo que había abominado en su vida: la violencia, la grosería, la brutalidad agresiva...

El estudiante, ya en camino a la puerta, se encogió de hombros. Y fue lo que confirió al encogimiento de hombros, no mitigado por la expresión precisamente esa visión de unas espaldas, de algo que ya se ha apartado, de un rostro, la aniquilante dureza de una condena. Al llegar a la puerta se volvió como si recordara algo, se acercó a la cama sin mirar a *Herr Waldemar*, recogió su diario (¿para qué dejarlo? decía el gesto, TÚ tienes que saber mejor que nadie lo que dice) y se retiró con el paso firme del justo que acaba de tomar conciencia de su condición de intachable, en presencia de la culpa ajena. Cerró la puerta con vigor.

Esa visita dejó a *Herr Waldemar* con un recuerdo al que habría renunciado con gusto. Es más: lo dejó en la presencia horriblemente familiar de ese bruto que, por lo visto, había superado sin inmutarse el horrible hecho acaecido en el *Ange Noir*. Y ahora estaba ahí repantigado en la cama de *Herr Waldemar*; sobre sus labios entreabiertos en gesto perverso, el bigotito se convertía en el adorno de un aventurero y bajo sus párpados entornados, la pupila mansa adquiría la mirada calculadora y despectiva del cínico.

Herr Waldemar no veía la menor posibilidad de acoger con buena voluntad esa presencia, ni siquiera de aceptarla. Sintió el olor de aquel recién llegado y saltó a la alfombra. Dejó al monstruo en la cama y procuró, bien o mal, comportarse como si estuviera a solas. Caminó por el corredor hasta el baño, lavó y afeitó al *Herr Waldemar* de siempre, a aquel por el cual siempre se había tenido. Al regresar a la habitación se vistió de prisa y con esmero, sin mirar ni una vez en dirección a la cama. Rozó la mesa, dos libros y el bastoncito, para que esos objetos le certificaran su identidad;

pero todos ellos demostraron su falta de carácter. Eran objetos fríos, que tanto podían pertenecer a él como al otro; a ellos eso los tenía sin cuidado; la traición era su debilidad más fuerte.

Desilusionado y perplejo comenzó a recorrer la habitación... Era un hombre al cual le ha ocurrido una desgracia de la que no puede convencerse, que aún cree poder ignorar: ¿acaso apenas una hora atrás no era inconcebible lo que ahora estaba ocurriendo? ¿Y qué importaba una hora?... Sesenta minutos atrás y la vida volvía a ser lo que había sido: una existencia feliz. Aunque la felicidad fuera inconsciente; la muela que no se siente hasta que comienza el dolor...

Como última confirmación de su perdida existencia, Herr Waldemar sacó dos violetas de una huevera que había quedado en el antepecho de la ventana. Con un alfiler las sujetó del revés de su solapa: tengo flores en el ojal y no se las ve. Basta con que levante la solapa para poder aspirar su perfume. Su perfume es el mismo de antes.

*

* *

¡No, este Herr Waldemar me preocupa! Estoy por creer que he cometido un error en su construcción. ¿Le habré dado muy pocas cualidades? Todo parece indicarlo: la mañana en que, todavía entre sueños, se esforzaba por ampliar sus posibilidades, por extender el círculo de sus facultades... Y poco después la prisa con que absorbió las características de aquel individuo sobre el que hablaba a diario. Sin que se lo presionara demasiado, se ha adueñado de lo que podría considerarse como su antiposibilidad, y ese paso puede enseñar el horror aun a alguien más fuerte que Herr Waldemar.

Pobre Herr Waldemar, mi piedad aumenta cuando considero que todos sus actuales padecimientos se deben exclusivamente a mi falta de práctica en la creación de seres humanos. Pero después de todo soy un principiante en este terreno: pienso que al llegar a mi décima creación, eso ya no me va a ocurrir; quizá ya no me ocurra en la cuarta, ni en la quinta... Una mirada a través de las vidrieras del Old Vienna me trae un inesperado consuelo, porque comparado con algunos de los transeúntes, Herr Waldemar no hace tan mal papel. Todo lo contrario: hay en él una sonrisa secreta que muy pocos poseen, un gesto infantil de sujetarse unas violetas bajo la solapa, que me hace confiar en él.

*

* *

Herr Waldemar había echado cerrojo a su puerta, porque creía realmente poder así encerrar a su mitad peor. Por lo menos hasta la noche, luego se vería. Bajó la escalera, que crujió satisfecha bajo su peso, y afuera lo recibió la primavera. Fue el vapor dorado que flotaba sobre el arroyo, por el que corría aún el agua utilizada por los barrenderos para su matinal ballet de limpieza; fueron los husmeantes perros, que a esa hora del día proceden como si no tuvieran dueño; fue el derroche de luz lo que hizo pensar a *Herr Waldemar*: el cansancio primaveral no se debe a falta de vitaminas, sino a la luz; la hipófisis debe de tener algo que ver. La presión en la cabeza debe provenir de la hipófisis. El cansancio de primavera se debe al exceso de luz, a la falta de sueño, al exceso de alcohol.

En la cigarrería de la esquina, *monsieur* le alcanzó sus *Gauloises* con gesto de reproche.

—No lo oí entrar, *Herr Waldemar*...

—No siempre se puede silbar —argumentó *Herr Waldemar*, y *Monsieur*, imagen de la complacencia sin límites, se apresuró a confirmar:

—A dónde iríamos a parar, *Herr Waldemar*, si todos los días estuviéramos como para silbar...

—En efecto —ratificó *Herr Waldemar*— ... A dónde iríamos a parar.

Al salir de la tienda recorrió la calle con los ojos. Era un día de semana cualquiera. El mercado de la *Rue Mouffetard* hervía de compradores, la anciana de la *Place* de la Contrescarpe ofrecía periódicos, rayas rojas bajo letras negras. Instantáneamente, *Herr Waldemar* distinguió a su enemigo, al otro, al que había creído dejar encerrado en su habitación. Llevaba el sombrero de *Herr Waldemar*, su traje, su bastoncito; sólo el bigote parecía distinto, también la mirada... y lo que más lo amargó fue que el pillo silbaba. Silbaba las canciones de *Herr Waldemar*, mientras él, su víctima, se prohibía cualquier manifestación de alegría de vivir, en vista de los acontecimientos de aquella mañana.

Herr Waldemar echó a andar a toda prisa. Había vuelto la cabeza a un lado, de modo que el mentón casi le rozaba el hombro; de esa manera podía observar no sólo a su perseguidor, sino el camino que seguiría en su huida. Y mientras andaba advirtió cosas que habitualmente también advertía, pero cuya insignificancia lo sorprendió esta vez: los *clochards* se han retirado de las rejillas de ventilación del lavadero; ya sienten demasiado calor. Espero que el tipo que silba mis canciones no les pise los dedos; es muy capaz de eso. En el norte de Italia cae nieve mezclada con polvo del Sahara, completamente roja. Las piernas de las mujeres están más claras; Madeleine ya me lo había dicho, este año se llevará desde el almendra hasta

el damasco... Iré a lo de Madeleine, ella correrá al tipo éste; para ella será muy fácil. Una sola mirada de ella, tan fiel: "¿Tú? ¿Que tú has hecho eso! ¡No me hagas reír!" (Qué liberadora es su risa, debería bastar con esa risa para poner en fuga al bribón)... "tu ingenuidad es deliciosa, *mon chou*; basta contarte cualquier cosa horrible para que te sientas culpable... Pero para eso estoy yo, y por suerte te conozco bien: eres la persona más decente del mundo, la más considerada, la más inteligente... Eres capaz de grandes hazañas; espera y verás cuando tengamos la pequeña casa en Porte Neuilly... un desayuno preparado con amor produce milagros... ¿Pensamientos negros? ¿Fantasías absurdas? No me hagas reír, mi tesoro". (¡Cómo se ríe siempre que dice que no se ríe!)... "todo eso pasará bien pronto; lo de la bebida también, ya no tendrás ganas de beber... Además tienes que pensar aunque sea un poquito en mí ¿verdad? Hasta en tus sueños locos debes pensar en mí no puedes destruirme sin más ni más ese compañero magnífico que me he encontrado... ¿que tú lo has hecho, dices? Ahí está de nuevo tu desmesurada modestia. ¡Que tú lo has hecho! No me hagas..."

Herr Waldemar enfiló hacia un hombre sentado en un banco de la plazoleta triangular de la *Rue Monge*. El hombre lo miró tenso, y cuando Herr Waldemar había llegado a unos veinte pasos de él, se puso de pie de un salto y huyó... con el mismo paso rápido y con el mismo gesto que Herr Waldemar; la cabeza de lado, de modo que la barbilla casi le rozaba el hombro. Madeleine empeorará las cosas; con su cháchara diligente corre a todos, menos al que debe, pensó Herr Waldemar injustamente. Casi se sintió satisfecho cuando en el primer recodo de la calle advirtió al tercero. Caminaba a toda prisa delante del hombre que lo precedía a él. Había vuelto la cabeza a un lado en actitud alerta.

¿Otro que se considera perseguido? Herr Waldemar sintió deseos de reír, pero le faltó el aire; además tuvo repentina conciencia de que sólo estaba viendo un fragmento del todo: la ciudad estaba llena de gente que huía. Él era el primer eslabón en la cadena de los perseguidos y el segundo en la de los perseguidores. Y minuto a minuto serán más. Hasta ese minuto han sido cándidos señores, sentados en los bancos de las plazas, en las esquinas, en los umbrales de su puerta, sin pensar en nada. Luego, en forma inesperada ven llegar al perseguidor. Ha puesto sus miras en ellos, eso lo saben inmediatamente; también saben que están en descubierto. El tiempo de la vida serena ha pasado; ha pasado el tiempo de los bancos de plaza, de las esquinas y de las puertas de calle. No se defienden, porque no tienen valor ni oportunidad; lo aceptan rápidamente y huyen.

Herr Waldemar, a quien la nueva situación había eximido de elegir libremente su camino, se dejó conducir por el hombre que lo precedía, hacia la *Rue du Seine*, en donde vivía la Dombrowskaja. Hacía años que no la veía; sin embargo, por espacio de diez rápidos pasos pensó que ella podría salvarlo. Exquisita Dombrowskaja, equipada con los utensilios de un mundo que había perdido su vigencia: boquilla, almizcle, té de samovar y el pomposo salto de cama a cualquier hora del día. Una casa atiborrada, polvo sobre cien *souvenirs*, polvos sobre cien arrugas; la Dombrowskaja, como el viejo mundo en el cual anida, ha sobrepasado desde hace mucho el pináculo de su existencia.

Y sin embargo... la seguridad que irradia, la libertad que habita entre sus trastos viejos, la imposibilidad de escandalizarla o siquiera de sorprenderla: "¿Anoche en el *Ange Noir*? Pero sí, mi pequeño amigo, esas cosas suceden. ¡Sobre todo cuando se es tan joven como usted! Entre nosotros: hay tiempo de sobra para ser cuerdo, cuando uno envejece... ¿Y está seguro de que su perseguidor no pertenece a la policía? Pero entonces ignórelo, lisa y llanamente; le digo que pasado un tiempito esa gente desaparece sola... Por lo demás, le aconsejaría que viajara un poco; en esta época del año todo está tan lindo. Mis amigos de Viena, de Roma, de Munich... Nueva York, si no le resulta demasiado lejos..." (Para la Dombrowskaja el globo está envuelto en una red de relaciones siempre listas. En todas las ciudades se han asentado restos de su desaliñado y viejo mundo, pequeñas islas de tolerancia, a las que nada escandaliza, a las que nada sorprende. En ellas hay comprensión para cualquier cosa.)

Al llegar a las palabras "comprensión para cualquier cosa", Herr Waldemar advirtió que el hombre que lo precedía echaba a correr. Corría como una liebre a lo largo de la *Rue du Seine* y sólo retornó a su primitivo ritmo de huida cuando ya no se divisaba la casa de Dombrowskaja. Resignado, Herr Waldemar se confesó a sí mismo que esa salida no habría sido, en realidad, una salida, y en el mismo instante se le ocurrió por primera vez la idea de Miss Ruth. Fue apenas el relámpago de un deseo, una especie de anhelante certeza: la persona capaz de ayudarlo tenía que tener algo de Madeleine y algo de la Dombrowskaja; pero también algo muy diferente; eso era lo más importante de todo. Sin embargo, no podía precisar en qué consistía ese algo. Siguió marchando apresuradamente en la cadena de los fugitivos y olvidó la idea.

Era casi mediodía cuando, agotado por la larga huída que lo había llevado de un extremo al otro de la ciudad, se encontró con el estudiante, cerca de Pont Neuf.

—¡Aquí te vengo a encontrar! —exclamó el estudiante, como si en toda la mañana no hubiera hecho otra cosa que buscar a *Herr Waldemar*—. Déjame que te mire: ¡pero qué aspecto tienes! Yo ya me estaba preocupando. Esta mañana...

Herr Waldemar hizo un gesto de rechazo.

—Pero escúchame —insistió el estudiante, que estaba empeñado en tranquilizar su conciencia—; sólo más tarde comprendí que podías haber interpretado mal lo del *Ange Noir*, mal dormido como estabas... El asunto no tiene nada que ver contigo, agregó rápidamente cuando *Herr Waldemar* abría la boca, y por otra parte, ya pescaron al individuo. Parece que era un sujeto de la peor especie...

—Un sujeto de la peor especie —confirmó *Herr Waldemar*, y tras encojerse bajo la amistosa palmada del estudiante, permaneció varios minutos inmóvil viéndolo alejarse a grandes zancadas.

Aquel estudiante no era una mala persona; aunque más no fuera porque las personas realmente malas no existen. Sólo había cedido a la tentación de un instante que le había prometido un jueguito inopinadamente divertido para aquella mañana aletargada: el de infundir miedo a otro. Durante una hora se había sentido reconfortado, luego se había agitado su conciencia y ahora tenía que agradecer a *Herr Waldemar* la segunda sensación grata de ese día, al haberle proporcionado la oportunidad de arreglar el asunto.

Es decir, en la medida en que aquello podía repararse, porque —mientras miraba alejarse al estudiante— *Herr Waldemar*, a quien aquella noticia debió liberar de toda preocupación, descubrió nuevamente a su perseguidor. Estaba allí de pie junto a un farol, apoyado en su bastoncito (mejor dicho, en el de *Herr Waldemar*) con aire despreocupado, y silbaba. El estudiante casi tropezó con él, lo que sobresaltó a *Herr Waldemar* por un instante: ¿lo reconocería? Pero el estudiante se tocó la gorra como pidiendo disculpas y siguió andando. Eso convenció a *Herr Waldemar* de que a ese monstruo sólo lo reconocía quien quería o debía reconocerlo.

Eran casi las doce y se dijo a sí mismo que, tras aquella declaración del estudiante, no existía razón alguna para continuar vagando hambriento por la ciudad. Descendió al muelle, se sentó en un *bistro* e hizo su pedido a un fatigado camarero: un *steak minute*, *pommes frites*, ensalada. A través del vidrio, ligeramente ahumado, pudo ver a su enemigo que estaba enfrente, apoyado en el parapeto del muelle y, por lo visto, dispuesto a afrontar una larga espera. Sin duda, todos los demás perseguidos se habían tomado un pequeño descanso de mediodía. El hecho de que ellos siguieran

existiendo quitaba a *Herr Waldemar* la última esperanza de salvación. Su tendencia a tomar las cosas siempre un poco más a pecho de lo que correspondía lo hacía decirse: en el fondo lo he hecho yo. No ha salido a la luz porque otro también lo hizo al mismo tiempo...

En esta situación aparentemente sin salida, recordó a la persona que con tanta intensidad había deseado al llegar al cabo de la *Rue du Seine*, y de repente supo lo que en aquel momento no se le había ocurrido: la cualidad que la distinguiría de las otras dos. No debía tener relieves tan definidos como *Madeleine* y la *Dombrowskaja*; no debía estar tan firmemente centrada en sí misma; debía estar un poco, apenas, quebrantada. Con gran intensidad la vio ante sí: una mujer de piel marfilina, con una suave disonancia en la voz y con ojos que nunca parecían saber exactamente lo que veían.

Todo fue muy rápido: cuando llegó el *steak minute*, *Miss Ruth* ya estaba sentada frente a él. *Herr Waldemar* le narró los sucesos de aquella mañana y *Miss Ruth* lo escuchó meneando la cabeza con expresión grave y sin decir mucho. Cuando él levantó el brazo para señalarle a su torturador, vio que el lugar junto al parapeto del muelle estaba vacío; tampoco había rastros de los perseguidos. *Herr Waldemar* apoyó una mano sobre el corazón y aseguró a *Miss Ruth* que ella era el único ser de este mundo capaz de salvarlo. Entonces *Miss Ruth* sonrió por primera vez, y su sonrisa, como todo en ella, tenía una pequeña y hechizante melladura.

*

* *

El café Old Vienna se está llenando ahora de parroquianos. Yo no les dedico ni una mirada; estoy más en París que allí: allí se ha producido, indudablemente, un happy end, aunque momentáneo, por supuesto, como todos los happy ends. Con todo, me siento perturbado: no es porque Herr Waldemar haya inventado ese personaje, tras convencerse de que ninguno de los seres que lo rodeaban bastaba para liberarlo de su perseguidor. Yo habría aceptado el hecho y hasta lo habría felicitado por la ocurrencia; porque, después de todo, Herr Waldemar es mi creación y, por lo tanto, es acreedor a mi simpatía... Pero como ocurre en general, también en este caso los problemas surgen cuando uno se pone a meditar: y por eso me pregunto ahora qué pasará cuando esa miss Ruth recién creada escape a la conducción de Herr Waldemar. (Y eso no es nada difícil, porque Herr Waldemar ha cometido errores de construcción mucho más graves que los

mios: se ha preocupado de una sola cualidad, y con eso le ha dejado infinitas posibilidades de desarrollo.) Me pregunto qué ocurrirá si Miss Ruth, por mala suerte o por su culpa, se ve envuelta en alguna situación de emergencia y no encuentra otra salida que la de crear un personaje, quizá varios, que luego, a su vez . . . Veo que en poco tiempo el globo terráqueo se inundará de un sinnúmero de personajes más caprichosos que cualquier ser nacido hasta ahora que no obedecen a nada ni a nadie salvo a sus propias leyes, a esas leyes tan difíciles de comprender y más aún de definir . . .

Pero dejemos eso. El peligro existe y ya no puede conjurarse. Frenemos estos temores nuestros que se han lanzado al galope y atengámonos a los hechos: Herr Waldemar ha creado a Miss Ruth. Miss Ruth lo ha salvado. Mis mejores augurios para Herr Waldemar.

(Trad. Nélida Mendilaharsu de Machain.)

ENSUEÑOS

(FRAGMENTO)

En mis momentos de ensueño suelo trastocar mi existencia: En la pensión me infiltro en la vida del posadero, quien durante la noche se abalanza sobre la moza, pleno de voluptuosidad y con la mente puesta en la recaudación del día. Como piloto subo de la pista a la cabina de la máquina, dejo de percibir los ruidos de la tierra, ya con el alma remontada por las nubes, ya no más aquí, aún no llegado allá. Como actor me yergo sobre el escenario y en la soledad de bosques lejanos derribo como leñador árbol tras árbol. Dura muy poco tiempo el placer de imaginarse dentro de un cuerpo extraño, de mover músculos ajenos, de pensar pensamientos ajenos; muy pronto la visita al ser ajeno se transforma en el ser-el-ajeno. Y la curiosidad cede su lugar a su sucesora: la costumbre.

Interminable aburrimiento me asalta en la sala de la pensión, interminable aburrimiento ante los movimientos siempre iguales de la moza que es siempre la misma. El vuelo diario a Varsovia o a Praga se convierte sin remedio en un tormento a dos mil metros de altura que no parece acabar jamás, como tampoco el constante memorizar los papeles, los ensayos por la mañana cuando el sol imparte a todo la iluminación correcta ante la oscura caverna del teatro, como jamás acaban de crecer los robles, los pinos y los abetos cuando más se los tala, al igual que cabezas de hidras: lucha sin objetivo con los bosques y en ellos; prisioneros entre barrotes florecientes.

Semejante a un paisaje que atrae al viajero desde la lejanía antes de haber llegado a él y del que se sabe que conservará su encanto mientras no se deba vivir en él, así es la vida que no nos pertenece.

(Trad. María A. Gregor.)

EL SEXTO CUMPLEAÑOS

Alfred había obtenido el adelanto. No me lo dio en seguida, al regresar del trabajo; lo retuvo consigo hasta la mañana siguiente y sólo entonces, cuando lo acompañé hasta la puerta y me besó al despedirse, como antes, me entregó el sobre abierto. Separé con dos dedos los bordes del sobre, de una rápida ojeada comprobé que sólo eran billetes chicos, quise darle uno pero meneó la cabeza sonriente, golpeó con la yema del dedo el bolsillo superior de su chaqueta, como si ocultara un misterio, dinero secreto. Sabía que mentía y quise ponerle un billete en el bolsillo de la chaqueta. Tomó mi mano, la apartó y dijo serenamente:

—Cómprale un regalo, María, el más hermoso que encuentres. Pregúntale qué desea y luego cómpraselo. Me tomaré libres las últimas horas.

Se lo prometí, y también prometí no beber nada ese dieciocho de abril, el día que habíamos elegido para festejar el sexto cumpleaños de Richard. Al principio habíamos querido festejarlo a comienzos de mayo, cuando Alfred cobrara su sueldo, pero el médico opinaba que cuanto antes se hiciera, mejor. Así pues, un miércoles sorprendimos a Richard anunciándole que el viernes celebraríamos su cumpleaños. Naturalmente, el muchacho se puso fuera de sí de contento y ya no hablaba sino de sus deseos, cada vez más numerosos, sin dejar de lado ninguno. A veces me asombraba que supiera todo cuanto es posible desear; a mí no se me hubieran ocurrido tantos deseos. Siempre que debo exteriorizar un deseo me cohibo.

Cuando Alfred se hubo marchado ordené la casa, me di una ducha, me puse el traje azul y fui a la habitación de los niños donde Jutta, de pie junto a la cama de Richard, imitaba en silencio el movimiento de animales cuyos nombres él debía adivinar. Naturalmente, Jutta trataba de hacerle sentir su inferioridad, cuidando que sus movimientos no fueran demasiado claros y descriptivos, por lo que el niño tampoco estaba en condiciones de nombrar al animal. Interrumpí su juego, atraje a Jutta hacia mí, sentí su involuntaria y apremiante resistencia, pero no la solté y la arrastré hacia la cabecera de la cama. Todo en ella delataba una atención inaudita, una

vigilancia casi hostil y cuando a veces observaba su rostro de once años, reconocía en él la vejez. La retuve fuertemente y oí preguntar a Richard:

—¿Cuándo empieza el cumpleaños?

—Esta tarde, cuando estemos todos reunidos —me oí responder.

—Bien —dijo—, entonces cuida de que haya un teléfono rojo. En especial, quiero eso. Si no me traes un teléfono tampoco quiero otra cosa.

Asentí y dejé todo en suspenso. Creía estar segura de que ya habría olvidado los deseos antes manifestados. Rogué a Jutta que se quedara junto a él y salí a comprar lo necesario para la fiesta de cumpleaños.

El tranvía estaba colmado, pero debía tomarlo porque ya había pasado el ómnibus. En el pasillo, un viejito con cara de puercoespín y ojos como botones me empujó hacia adelante. Baboseaba y chupaba un cigarro que nunca se quitaba de la boca, me echaba en forma intermitente pequeñas bocanadas de humo en la nuca y oprimía su portafolios contra mis nalgas. El aire estaba cálido y viciado. Al acelerar, el tranvía dio tal sacudida que los que iban de pie fueron lanzados unos contra otros y el viejo me clavó los codos en las caderas. Me costó gran esfuerzo que una maraña de plumas húmedas y muy perfumadas que adornaba el sombrero de una mujer no me rozara la cara. Tenía los nudillos hinchados, los labios me ardían. En un anuncio un calvo experto en placeres recomendaba las ventajas de un colchón. Bajé la vista hasta mi mano. Noté que temblaba y supe por qué estaba tan poco acostumbrada a ese viaje. Con un solo trago lo hubiera soportado mejor.

No me bajé prematuramente, continué mi viaje hasta la estación principal y allí abandoné el tranvía. Examiné mi rostro en el espejo de una expendedora automática de pastillas de menta. Lo hice a la ligera y no quedé disgustada. De pronto sentí en las piernas el impacto de unos chorros de arena, aparentemente artificial, amarilla, que había arrojado un joven obrero. El muchacho, enfundado en sus pantalones negros de pana, estaba arrodillado en el suelo y colocaba placas romboidales color cemento que fijaba con esmero. Me sonrió fugaz y malignamente en seguida volvió a su trabajo.

Me dirigí a las grandes tiendas. Me vi avanzar hacia mí misma y crecer reflejada en el cristal del escaparate. La corriente de aire cálido que salía por las puertas de WUKA me hizo cerrar los ojos. Un hombre solemnemente vestido y peinado con pulcritud vino a mi encuentro. Apenas logré comprender lo que decía, tan sólo me quedé mirando su lengua empañada. Me indicó el camino a la sección juguetería y me abrió la puerta del ascen-

sor que me llevó al tercer piso. Allí las voces, los pasos y los movimientos no me perturbaban tanto, me resultaban más soportables. La luz formaba charcos brillantes sobre el piso del amplio salón. Una vendedora se aproximó lentamente y me examinó con cierto menosprecio.

—¿Qué desea? —preguntó en tono de que mi visita la molestara.

—Todavía no sé. ¿Puedo echar una mirada por aquí?

Con un altivo además de asentimiento me dio a entender su conformidad y regresó junto a su colega caminando con dignidad. No me miró siquiera cuando pasé por los estantes de las pelotas, hacia la sección de las muñecas y las alacenas de los animales de paño. En el sobre blanco había ochenta marcos. Estaba decidida a gastarlos y sabía que ésa era la voluntad de Alfred.

El primer vértigo me asaltó en el instante en que vi el uniforme de sheriff: el cinturón con las pistoleras, la chaqueta sin mangas y la estrella dorada. Era el uniforme que había deseado, pero no lo concebía enfundado en él, capturando puñados de cuatreritos o persiguiendo por las escaleras a asaltantes de banco de edad escolar; antes bien, veía a Richard yacer en cama con ese uniforme, un sheriff muy endeble, inmóvil y muy apático, tan debilitado por la leucemia que ni siquiera podía sostener la pistola en mano. Deseché el uniforme. Me aferré al mostrador y no lo compré.

La vendedora ya me observaba. Le pedí que se acercara, me hice mostrar un xilofón de planchuelas doradas y plateadas, pregunté, sólo por preguntar algo, si ese instrumento podía regalarse a un niño de seis años, pero precoz. Sin decir palabra la vendedora me entregó el macillo y me invitó a probar el sonido. Dejé caer el macillo sobre las planchuelas, escuché la oscilante alegría de los tonos y no pude decidirme por la compra. La vendedora exhibió con desgano una caja de modelos para armar que guiaría a Richard en las operaciones de recortar, engomar y armar una nave, el primer carguero del mundo impulsado por energía atómica. De nuevo vacilé en formalizar la compra: veía ese modelo de cartón armado en la habitación, absurdo y sin dueño, tan sólo un recuerdo más, y lo deseché.

Sabía en qué circunstancias me hubiera resultado más fácil esa compra. Volvió a invadirme el vértigo, un ligero e indefinido malestar. Mi piel se rebelaba contra algo o lo exigía. Experimenté una sensación de desmayo muy familiar. La vendedora se alejó impaciente y yo miré hacia la galería de los animales de paño. De pronto tuve la impresión cabal de que se acurrucaban, se agazapaban de miedo de ser adquiridos por mí.

—¿Qué le parece un tren? Hasta ahora ningún niño ha quedado decepcionado —preguntó de pronto la vendedora.

—Hasta lo ha deseado —dije, y la sonrisa de censura de la vendedora expresaba: “¿Por qué no lo dijo en seguida?”

Me condujo hasta una mesa donde se exhibía un tren armado. Oprimió indiferente un botón y al punto los trenes se pusieron en movimiento, se alzaron las señales, se encendieron lamparitas, pero ya se había disipado mi interés: el tren costaba más de doscientos marcos y pensé que al cabo de medio año o quizá nueve meses, cuando ocurriera lo que el médico había vaticinado, todo ese aparato quedaría metido en un cajón o andaría rodando por el suelo en un ocaso definitivo, en un olvido continuo. Ya no recuerdo por qué razón no quise comprar un modelo más barato, que sólo debía de costar setenta y dos marcos.

Pensaba en Richard, en la ingenuidad con que había aceptado que su cumpleaños, el dos de setiembre, se celebrara el dieciocho de abril. No hubo en él ningún titubeo, ninguna duda, ni desconfianza; por el contrario, cuando le anunciamos que el viernes sería su cumpleaños contó ansioso los días con sus dedos, levantó los ojos y asintió como si hubiera debido confirmar la fecha. Sólo Jutta estaba en el secreto. No le dijimos la razón por la que habíamos anticipado el cumpleaños algunos meses, sólo le dimos a entender que era necesario. Ella se mostró dispuesta a guardar silencio y a participar de la farsa.

De pronto me pareció dudoso poder decidirme por un juguete y pensé en llamar a Alfred a su oficina de traductor y pedirle que viniera. Los uniformes, instrumentos musicales, cajas de construcciones y trenes se me antojaban regalos impropios, absurdos, inadecuados para un niño en el estado del Richard. Algo me impedía adquirir lo que el mismo Richard había deseado, una sensación, un repentino recelo de descubrir la verdad con un regalo impropio. Como Alfred había pensado tomar la tarde libre, deseché mi plan de hablarle por teléfono y empecé a recorrer los estantes y alacenas, examiné, rechacé, medité y volví a rechazar hasta que descubrí el teléfono rojo en un cajón de madera. Lo compré sin preguntar el precio. Con el teléfono venía un cordón trenzado rojo y blanco de cinco metros de longitud, funcionaba con pilas y con él se podía hablar de veras de una habitación a otra. Costaba cuarenta y dos marcos.

Experimenté un inesperado alivio después de haber adquirido el primer regalo, el regalo más importante. Cesó la tensión dolorosa y la sensibilidad de mi piel y conseguí escoger sin esfuerzo un libro de dibujos, una caja de pinturas y un juego “El pequeño alpinista”. Mientras me envolvían los

regalos pagué y me devolvieron doce marcos. Antes de regresar a cada decidí tomar un café.

En el octavo piso de WUKA funciona un restaurante. Subí en ascensor y me asombró ver tan concurrido el local de mañana. ¡Cuánta gente comía platos calientes a esas horas! Encontré sólo una mesa desocupada en el medio, me senté y mientras esperaba al mozo leí la lista de bebidas, leí hasta que me sentí observada con insistencia. ¿Qué había sucedido? ¿Qué pretendían todos ellos de mí? ¿Qué provocaba tanto interés? Los de las mesas vecinas: mujeres pequeñas y regordetas, viejos y hasta niños, me miraban no sonrientes o como al azar, sino con hostilidad, con curiosa hostilidad. No podía explicar ni ignorar su interés. Tuve que soportar. La cara me ardía. Entonces, vino el mozo.

—Café, coñac —me oí decir.

Lo escuché repetir esas dos palabras con indiferencia. Alcé hasta la falda el bolso que contenía los regalos y tratando de pasar inadvertida a los demás, presté atención a los paquetitos.

Las miradas se volvieron más severas, el interés más desafiante aún cuando el mozo me trajo el café y el coñac sobre una bandeja de material plástico: ¿Qué pretendían de mí? Mi mano se movió hacia la taza, temblaba, pero no podía detener el movimiento. Bebí el café caliente a breves sorbos, apoyé la taza y contemplé la copa de coñac sobre cuyo borde el líquido había dejado una huella como de gotas lentas y oleosas. No la toqué.

Pagué y me fui; bajé por el ascensor, examiné mi rostro en un espejo cubierto de leyendas y no hallé motivo alguno para la atención que había despertado. En el ómnibus que me llevó a casa nadie reparó en mí, ni siquiera Jutta, quien a mi llegada me recibió con un mudo e interrogante escepticismo. Se apoderó del bolso y desapareció con él en la cocina, donde pronto se oyó el crujir de papeles y una exclamación sofocada, indicio de que estaba desenvolviendo los regalos de Richard. Estaba de acuerdo con los regalos. Le gustaron tanto que me pidió que le regalara las mismas cosas para su cumpleaños, sin omitir el juego de cubos "El pequeño alpinista".

Se lo prometí y luego preparamos juntas la comida.

Alfred llegó puntualmente. También había comprado algo: una linterna de bolsillo con aristas de goma que Jutta colocó inmediatamente con los demás regalos. Al pasar junto a la puerta Alfred me besó como antes. Parecía advertir que había cumplido mi promesa. En todo caso, no se cercioró. Mucho en sus maneras y en su postura me recordaba momentos

pasados y me ayudaba en múltiples aspectos a afrontar ese día, ese sexto cumpleaños.

Después del almuerzo Richard se vistió y fue desterrado de su cuarto. Alfred se quedó con él mientras Jutta y yo hacíamos los preparativos para la fiesta: transformamos la lámpara en un farolito veneciano, tendimos guirnaldas de serpentinas a través de la habitación, preparamos la mesa y en el lugar destinado a Richard colocamos un arco de flores. Jutta anduvo mucho a mi alrededor observándome mientras hacía los preparativos y de pronto comentó:

—Quizá ni se alegre.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué no va a alegrarse?

—Si advierte que hoy no es su cumpleaños...

—Hizo el cálculo personalmente y por eso no hará objeciones —dije.

—Pero la fecha no coincide —insistió ella—. En realidad debiera esperar hasta setiembre.

—No puede esperar —le expliqué.

—¿Y nosotros?

—Hacemos lo que Richard quiso. Festejamos su cumpleaños.

Advertí que Jutta disentía con nuestra decisión, que tenía reparos, que hubiera preferido negarse a celebrar la fiesta, no porque le costara obsequiar a Richard este día, sino porque no queríamos festejar el día en la fecha correspondiente. Debí suplicarle, más aún prevenirla de que participara en nuestra farsa. Seguidamente, experimenté tal sensación de desmayo que fui al cuarto de baño y dejé que el agua fría corriera por mis muñecas. Me aseguré de que mi provisión clandestina estaba aún en su escondite, pero me abstuve de tocar nada.

Antes de que empezara la fiesta Jutta encendió las velitas. Llamamos a Alfred y a Richard. Ante nuestros ojos y en medio de las risas del niño, Alfred debió comerse una flor en calidad de prenda. La tragó entre jocosas contorsiones y corcovas. Richard batía palmas. Luego le dio los regalos, es decir, guiamos a Richard hasta una silla y empezó a romper papeles sin pronunciar palabra, sin volver la cabeza, trabajando con vehemencia y tesón, sin prestar atención a ninguno de los regalos desenvueltos, sino extendiendo la mano hacia el paquetito siguiente. Con alegre asentimiento dejaba los regalos en el suelo, rápidamente pero con cuidado, y por último desenvolvió el teléfono rojo: entonces levantó la vista por primera vez. Se sentó en el suelo, acercó el tubo a la oreja y escuchó, nos hizo señas de que guardáramos silencio, contrajo el ceño, sonrió y dijo:

—Lo oigo, lo oigo perfectamente.

—¿Qué dice? —preguntó Alfred.

—Dice que está bien —afirmó Richard.

Alfred se agachó, tomó el auricular, escuchó y dijo:

—Opina que ahora deberíamos probar la torta de cumpleaños. Volverá a hablar cuando hayamos merendado.

Richard escuchó otro rato y confirmó la información.

—Yo también quiero escuchar —dijo Jutta.

—Ahora no —respondió Richard—, se ha ido. No dirá nada.

Con un ademán de impaciencia le prohibió tomar el auricular. Nos sentamos a la mesa, comimos torta de manzana, bebimos café y Alfred me hizo un guiño como en otros tiempos.

—Extenderé el cordón —propuso Alfred—. Lo tenderé desde este cuarto a la cocina y luego hablaremos.

—No es necesario —observó Richard—. De esta manera oigo igual, oigo perfectamente lo que dice.

—No puedes oír nada —dijo Jutta—, porque primero hay que conectar el teléfono y alguien debe hablar contigo.

—Conmigo habló alguien —protestó Richard—, me dijo que está bien.

Una extraña agitación se apoderó de él; se negó a comer y aguardó encaprichado a que concluyéramos para poder jugar con su teléfono.

Alfred y Richard desenrollaron el cordón rojo y blanco. Iba hasta la cocina a través del corredor. Mientras probaban la comunicación nos prohibieron movernos y hablar, ni siquiera pudimos llevar la vajilla a la cocina. Las dos puertas fueron cerradas, los interlocutores yacían uno en el piso de la cocina y el otro en el del cuarto de niños. La sonoridad de sus voces hubiera atravesado cuatro puertas. Alfred, sonriente, me pasó el tubo, se quedó acucillado junto a mí y mientras yo le preguntaba a Richard por el tiempo con voz rugiente, me brindó su apoyo y me sostuvo con firmeza. De pronto sentí otra vez la presión sobre el estómago, le di el tubo para que hablara, me incorporé, salí al corredor y abrí con cautela la puerta que daba al cuarto de los niños. Sólo la abrí, pero no entré. Me apoyé muy erguida contra la pared.

—Yo también —imploró Jutta—. Por favor, déjame hablar a mí también.

Richard no respondió y escuché nuevamente la voz insistente de Jutta.

—Por favor, Richard, ahora me toca a mí. Tú también juegas con mis cosas...

—¡Fuera! —gritó Richard—. ¡Déjame!

—Está bien, entonces te diré algo que ignoras: ¡hoy no es tu cumpleaños! No es cierto, no es cierto, tu cumpleaños es en setiembre.

No fui hacia ellos, tampoco aguardé la respuesta de Richard. Mi malestar fue tan intenso que fui al baño. Ni siquiera cerré la puerta. Simplemente bebí un trago, oculté la botella y regresé al corredor donde Richard gritaba con entusiasmo, absorbido por el juego. Cuando Alfred sonriente salió de la cocina me limpié los labios y encendí un cigarrillo. Vino hacia mí en puntas de pie. Quiso susurrarme algo y no lo hizo. Tan solo siguió de largo como si no me hubiera visto allí parada.

(Trad. María A. Gregor.)

INTERVIEW

Un caballero está a la puerta. Tiembla. Lo invitamos a pasar. Entra y se sienta.

—No saben lo que he visto —dice.

—¿Dónde lo ha visto? —preguntamos.

—Casi por todas partes —responde—. Dondequiera que estoy.

—¿Cuándo lo ha visto? —preguntamos.

—Lo veo casi siempre —dice.

—¿También aquí, ante nuestra casa? —preguntamos.

—Justo ante vuestra casa —contesta.

—¿Así que no sólo en determinadas circunstancias? ¿Tampoco a determinadas horas? ¿No se limita a las estaciones?

—No se limita en absoluto —afirma.

—¿También aquí, junto a nosotros, en la casa sobre la silla?

—Todos preguntan esto —dice trémulo. Se levanta y se va.

LA APARICIÓN DE MANIG

(FRAGMENTO)

Un caballero con todo su atavío entra al recinto. Se quita el sombrero y ya se ha transformado esencialmente. Ahora se quita los guantes: primero tira con presteza, cinco veces con la derecha aún enguantada de la punta de los dedos de la izquierda; después igual del otro lado. Los guantes se estrellan contra el suelo, el caballero alza las manos: un poco más adelante en otra dirección. Ahora avanza un pasito, se quita veloz el abrigo de los hombros, se lo echa luego sobre la cabeza, lo cierra adelante en forma provisoria. Sólo un ojo atisba dentro del recinto: un espía en el salón, en la espesura, junto a la reja de hierro, afuera frente a la villa, entre los arbustos, cada vez un caballero diferente. Se desprende del abrigo y uno se espanta de la transformación. El sol penetra en el cuarto, el caballero lo aprovecha y aparece bajo la luz. Como la ventana la concentra en forma cuadrangular, se produce un efecto de reflector. El caballero se destaca bidimensional contra la ventana, un recorte para armar. Ahora se lo podría capturar rápidamente, pegarlo sobre papel, enmarcarlo, colgarlo sobre la chimenea. Pero como el sol desaparece, otra vez toma cuerpo el caballero dentro del recinto, gana en profundidad, ahora se lo podría volver a pellizcar, convence nuevamente.

Cuando saca una flauta, se deja caer en el nicho con las piernas cruzadas y desde allí envía melodías con dedos danzantes, entonces es un caballero completamente distinto. Ante nosotros está sentado Manig.

(Trad. María A. Gregor.)

EL MOJÓN

Más o menos en la séptima semana después de nuestra partida vimos a la distancia algo que parecía un mojón erigido por alguien para sí mismo. Nos detuvimos. Los perros también lo habían divisado y husmeaban en esa dirección. Se levantaba en medio de la uniformidad de esa infinita llanura nevada que recorriamos desde hacía muchos días. Por excepción, la visibilidad era relativamente buena. Sin embargo no había sol, de modo que el mojón casi no arrojaba sombra; por lo menos visto así, desde lejos. No había tormenta de nieve, como era habitual. En las últimas horas el viento había amainado notablemente.

—Con que era cierto —murmuró Blaise, más para sí mismo que para mí, que me había detenido junto a él, porque no era de los que exteriorizan en seguida su opinión. Yo entendí lo que había querido decir. Nos habían contado que otros habían intentado antes lo mismo que nosotros y no habían regresado. Por supuesto, nadie conocía detalles cuando uno los pedía. Creíamos que se trataba de fábulas destinadas a hacernos desistir de la empresa. Esas leyendas surgen siempre que algo se considera imposible. ¿Y si no hubieran regresado simplemente porque encontraron algo mejor?, había argumentado yo en esa oportunidad a un aldeano. Fue una observación muy tonta, porque con eso logré crear la impresión de que a nosotros nos interesaba encontrar algo mejor. En esa época, antes de adoptar la decisión definitiva, yo estaba muy irritable.

—¡Bueno, en marcha! Veamos de cerca a ese muñeco de nieve —exclamó por fin Patrick.

Obedeciendo a su chasquido de lengua, los perros del trineo echaron a andar.

Tardamos como una hora en llegar. Es difícil calcular las distancias cuando no hay nada. Y entonces comprendimos que se trataba de un hombre congelado. Abandonamos todo y nos dedicamos a quitarle la nieve de la cabeza y de los hombros. Los perros escarbaron un rato a sus pies,

pero renunciaron antes que nosotros. Evidentemente, el hombre aquel ya no tenía olor alguno. Tenía las manos en los bolsillos de la chaqueta. Por su actitud y su aspecto podía haber sido cualquiera de nosotros; pero eso no significaba nada. Quien quiera llegar a esas regiones debe tener en cuenta el clima. Dentro de cien años las vestimentas no serán muy diferentes de las de ese hombre o de las nuestras.

Lo que más nos sorprendió es que se mantuviera de pie. Hasta ese instante, ninguno de nosotros había concebido que alguien pudiera congelarse estando de pie. Dábamos por descontado que primero uno cae o se tiende por efecto del cansancio. Eso es lo que se previene siempre. Y ahora, encontrábamos aquel hombre de pie, sin el menor apoyo. ¿En qué había de apoyarse allí? No nos atrevimos a tenderlo por temor a que se nos quebrara. La posibilidad de morir congelados entraba, por cierto, en nuestros cálculos; sin embargo, esto era muy extraño.

Yo me esforcé por librar su rostro de la máscara de nieve endurecida —adherida a la gorra, a las cejas y a la barba incipiente—, similar a la que solía formarse sobre nuestros propios rostros. Los demás me observaban y esperaban. Era trabajo para una sola persona y por eso dejaron que yo me hiciera cargo. Tenía que trabajar con mucha precaución para que todo quedara intacto, palmeándole muy suavemente el rostro con mis guantes. Tenía los ojos cerrados y el globo ocular estaba duro como el mármol.

—No es de sorprenderse —comenté—; no llevaba antiparras para la nieve. Por eso ha fruncido los ojos.

Pero ni esa explicación bastó, por fin, para encubrir el hecho de que el hombre sonreía. No es que sonriera ahora y a nosotros (¡qué disparate!), sino que sonreía desde entonces. No era, tampoco, que mostrara los dientes como suele suceder con los muertos. Eso no es una sonrisa. Éste sonreía de veras, con el rabillo de los ojos y con sus delgados labios sin color. Era apenas perceptible; al principio uno creía estarse engañando; pero cuando volvía a mirar, la sonrisa se veía con indudable claridad. Era como cuando alguien piensa a solas en algo grato y sonríe sin advertirlo. Por el contrario, uno no sonríe así cuando lo pueden ver. La gente hace preguntas y es molesto, porque uno no sabe qué responder. Pero este hombre se había congelado, y por eso veíamos su sonrisa.

No sé lo que pensaban los demás. Pero, ¿por qué habían de pensar algo diferente de lo que pensaba yo? Creo que la mejor manera de expresarlo es diciendo que de repente nos vimos un poco sin sentido. Y eso es grave. Es mucho más grave que estar simplemente asustados. Como de tácito acuerdo estuvimos más silenciosos que de costumbre. Por ejemplo, lo típico

en Patrick habría sido palmea el hombro del muerto y saludarlo a gritos: "¡Hola, viejo! Así que te pescamos. Tienes de qué reír". O cualquier cosa por el estilo. Pero nada pasó. Y no era por respeto al muerto (o a la muerte, como se decía antes). Hemos visto suficientes muertos en nuestra vida y estamos acostumbrados. En mi opinión, todo se debió exclusivamente a la sonrisa. Nos obligaba a ser circunspectos. Tampoco hay que olvidar que teníamos atrás semanas tremendamente agotadoras y que no estábamos para risas. Aunque, naturalmente, se seguía bromeando, como corresponde.

Aquella jornada terminó allí. El hallazgo fue a mediodía y no era normal que nos permitiéramos descansar a esas horas. Sin embargo, no fue preciso tomar una resolución, surgió como cosa natural. Dejamos al hombre de pie, como lo habíamos encontrado, y levantamos nuestro campamento a unos cien metros de distancia. Como siempre. Cada uno de nosotros tenía función adjudicada, para que todo fuera más rápido y no hubiera que pensar en lo que habría que hacer. Se armó la tienda y se encendió el calentador. Los perros recibieron su ración de pescado seco y tras devorar cada uno su parte, entre gruñidos, se hicieron un ovillo en la nieve. Aprovechaban cualquier instante para dormir con el hocico entre las patas traseras. Y así llegó la hora de nuestra comida. Las latas de porotos y tocino estaban calientes. Como de costumbre se nos distribuyó la diaria píldora de aceite de hígado de bacalao, y después nos sentamos en la tienda dispuestos a comer. Comíamos lentamente. Uno descansa mejor así. Nunca hablábamos mucho, de modo que el silencio no fue desacostumbrado. Sólo cuando comenzó la vuelta de ron y cada uno echó un trago, alguien —ya no recuerdo quién— vaciló antes de empuñarse la botella, como si considerara preciso brindar por el hombre de afuera.

—A él tampoco le vendría mal —comentó.

Era desagradable pensar que él estaba allí afuera, de pie, sonriente, mientras nosotros sentados en nuestra tienda nos regalábamos con sopa y ron. Nadie lo mencionó expresamente. ¿Qué podíamos hacer? Después de todo, no había sido culpa nuestra. Podía haberse quedado en su casa.

Después de comer —tras limpiar con nieve la vajilla y acomodar todo— los otros tres se metieron en las bolsas de dormir como si nada hubiera pasado. Blaise recogió sus instrumentos. Los había llevado consigo para medir a diario la temperatura y la humedad, para determinar nuestra ubicación geográfica, y qué sé yo qué otras cosas. Yo no entendía mucho, pero lo ayudaba anotando en un cuaderno diagramado las cifras que me dictaba. Y eso hicimos aquel día.

Blaise tomaba muy en serio esas cifras. Yo me solía burlar de él por

eso. "¡Qué nos importa la ubicación geográfica!", le decía. En el fondo eso no nos interesa nada. Aun suponiendo que este cuaderno fuera a dar a manos de alguien —cosa que no entra para nada en nuestras intenciones— ¿qué ocurriría? La gente asentaría las cifras en sus registros y se sentiría orgullosa de haber avanzado un paso. Pero sólo la ciencia. Nadie más progresará ni medio paso con estas cifras; porque, en primer lugar, nadie sabría qué hacer con ellas."

También me reía de las vitaminas. "Lo único que hacen es esterilizar-nos contra la realidad", le decía. Pero Blaise se mantenía imperturbable. Opinaba que era preciso echar mano de todos los descubrimientos modernos, aun cuando se estuviera convencido de que su valor era muy relativo. "Aquellos a quienes nosotros llamamos salvajes —argumentaba— también tienen sus pequeños recursos que les permiten resistir fatigas sobrehumanas." Sin embargo, nunca pude librarme del todo de la sensación de que Blaise sólo tomaba en serio sus cifras para tener algo de qué aferrarse. En mi opinión, se avanza más de prisa cuando se deja de pensar en lo que ha quedado atrás. Blaise llamaba a esto romanticismo invertido.

Pero todo eso se había repetido muchas veces, casi formaba parte ya de la digestión, y esta vez no dije nada. Estoy seguro de que a él le llamó la atención, pero tampoco dijo nada.

—Se está despejando cada vez más —comentó cuando terminamos con los números.

En realidad, eso podía observarse sin necesidad de instrumental. Ninguno de los dos prestó atención al hombre congelado. Caminamos lentamente hasta los sacos de provisiones, que siempre amontonábamos en torno a la tienda a manera de apoyo. Así podíamos además actuar a tiempo si los perros caían sobre ellos. Siempre había que contar con ese posible asalto. Blaise acomodó las bolsas con un pie y yo lo imité. Todo sin pronunciar palabra. Luego entramos a la tienda y fumamos un cigarillo. Era un cigarillo adicional. No teníamos mucho; dos por hombre y por día. Al principio los habíamos despilfarrado un poco. Creíamos que los demás dormían, pero no era así. O quizá los despertara el aroma del tabaco, porque de pronto uno preguntó desde su bolsa de dormir:

—¿Y? ¿Qué vamos a hacer con el tipo?

La voz sonaba irritada. El hombre carraspeó varias veces después de hablar. Era evidente que los otros escuchaban. De modo que, al fin y al cabo, sería inevitable hablar del asunto.

Blaise no respondió en seguida. Durante un rato reinó un silencio total en la tienda. Nadie lo urgió; no había prisa alguna.

—Mañana le tomaremos una fotografía —dijo por fin.

—¿Y luego?

La pregunta surgió de una bolsa de dormir.

—Podríamos intentar romper el hielo bajo sus pies y dejarlo tendido. A él le da lo mismo estar de pie o echado. Sólo lo haríamos porque es lo acostumbrado. No nos hagamos problemas. — Y tras una pausa añadió: —El hombre no es tan importante.

—Pero ¿cómo? —comentó la persistente voz.

—¿Y si no lo hubiéramos encontrado?! —gritó Blaise, alzando la voz.

Había perdido la paciencia, pero al punto se controló. Además era una respuesta estúpida porque después de todo lo habíamos encontrado. Ahora se esforzaba por hablar con la serenidad y la objetividad de siempre.

—Lo único importante es que estamos aquí, en nuestra carpa, y podemos usar nuestro sentido común para considerar hasta dónde hemos llevado las cosas.

—Y el motivo que nos induce a eso es muy curioso: un hombre congelado.

Esta vez el comentario fue de Patrick. La intención era supuestamente burlona.

—Justamente porque él está congelado y nosotros todavía no. Yo no se lo echo en cara. Eso es cosa suya. De cualquier manera, hemos demostrado que se puede llegar hasta aquí sin congelarse. No es mucho, pero nosotros tampoco esperábamos demasiado. Según todo lo que nos enseñaron, tendríamos que habernos congelado hace ya tiempo.

—Pero ¿cómo llegó hasta aquí? —preguntó uno.

—¿Y cómo llegamos nosotros? Si alguien nos encuentra aquí dentro de diez o cien años hará la misma pregunta tonta. En trineo o a pie, simplemente. Es probable que haya llegado a pie. El hombre no es un ejemplo. Quizá se haya considerado ejemplar y como nadie lo tomó en serio se vino a estas regiones. Así es demasiado fácil, pero a nosotros no nos va a engañar. Su pose tampoco. Todo eso es sentimentalismo. Para trabajar con eso, más nos valdría habernos quedado en casa.

De haber intervenido en la conversación, yo habría mencionado categóricamente la sonrisa, porque para mí era lo más importante. Pero como los demás no la mencionaron preferí dejar las cosas como estaban y me limité a escuchar.

—¿No podríamos descongelarlo? —preguntó uno.

—Necesitamos el poco combustible que nos queda.

—Una vez leí una historia sobre una mujer apresada en el hielo —in-

tervino Patrick—. En un bloque de hielo del período glacial. Cuando lo derritieron para sacarla, el cuerpo se deshizo en lodo.

—Pero puede tener algún papel con anotaciones en el bolsillo —opinó el otro.

—¿Y qué haríamos con sus anotaciones? —preguntó Blaise.

—Quizá nos aclararan algo.

—¿Acerca de ese pobre bloque de hielo?

—Su nombre y por qué y cómo. Quizá no haga tanto que está aquí. En ese caso podríamos avisar a alguien.

—¿A quién, por favor? —preguntó Patrick.

—A cualquier pariente. A una novia o algo así.

—Las noviecitas son más inteligentes que tú —se burló Patrick—. No pierden el tiempo y se buscan otro cuando uno tarda mucho en regresar. Y hacen bien. ¿A dónde iríamos a parar si no?

Todos rieron y desde ese instante hablaron de mujeres, como suele suceder. Blaise y yo gateamos a nuestras bolsas de dormir. La conversación fue decayendo porque todos estaban cansados y, por fin, la tienda quedó en silencio.

También afuera todo era silencio. Debo de haber esperado varias horas, hasta que consideré que había llegado la noche. Luego aparté la capucha de mi oído y presté atención. Al parecer todos dormían. Desde el lugar en que descansaba Blaise, tampoco llegaba el menor rumor. Salí gateando con mucho cuidado de mi bolsa de dormir, lo que me llevó mucho tiempo, porque la falta de espacio y la necesidad de calor nos obligaba a dormir muy juntos. Sin embargo, logré salir sin que nadie despertara. Levanté el paño que cerraba la tienda y en seguida lo dejé caer alarmado: la claridad lunar era deslumbrante. No había calculado eso. Sin embargo, nadie dio señales de haberlo advertido, de modo que me deslicé rápidamente fuera de la tienda. Por fortuna, los perros tampoco parecieron extrañarse. Me llevaba bien con ellos.

No soplabla la menor brisa. Durante siete semanas habíamos debido luchar ininterrumpidamente contra la tormenta. Unas veces más intensa, otras menos; pero el ulular y el bramar siempre nos acompañaban. Por eso era tan sorpresivo ese silencio. Era inimaginable. Acostumbrado a andar inclinado hacia adelante, estuve a punto de perder el equilibrio. En el cielo, inmóvil, una luna casi llena. Como si hubiera sorbido todos los vientos y las nubes y ahora los estuviera digiriendo.

Me encaminé hacia el hombre y me senté frente a él sobre la nieve. Quería alegrarme a solas con su sonrisa; ésa era mi intención. Ahora arro-

jaba una sombra muy neta. Los cristales de hielo de su barba refulgían. La sonrisa estaba aún ahí, se le veía incluso con más claridad que durante el día. Su rostro era como un paisaje familiar. El bosque y el valle y todo estaban donde yo sabía que debían estar. En cualquier momento cantarían en él los ruiseñores o gemiría un mochuelo. Trataba de recordar dónde había sido, porque así habría podido decir, aun sin un papel, de dónde había llegado aquel hombre. Pero Blaise tenía razón; eso carecía de importancia. Para nosotros, el origen no es importante. Sólo entorpece el avance. Este hombre tampoco miraba hacia atrás. Sonreía hacia allí, hacia donde nosotros queríamos continuar.

Quizá vea algo, pensé, y me incorporé. Por ejemplo, podría ser que por ahí, en la distancia, hubiera otros como él; así de pie. A distancias fijas, como postes telegráficos; toda una cadena por la cual uno podría guiarse. Pero más allá se veía sólo la desnuda e interminable superficie de nieve.

Me imaginé a mí mismo, de pie, unos cientos de millas más adelante. También congelado, pero con todo... y procuré sonreír, pero no lo logré. Pensaba y pensaba; cada vez más rápido, porque de ninguna manera quería dejar de pensar. Eso era lo último... Pero ya sabía que no quedaba nada en qué pensar. A pesar del frío me traspiraban las axilas. Me hubiera gustado gritar; habría sido sin duda un gran alivio.

Cuando me volví para romper de un golpe la sonrisa infame de aquel tipo —porque era lo único a mano para romper— estuve a punto de golpear a Blaise, que se había detenido tras de mí. El golpe se perdió en el aire. Vacilé y él me sostuvo.

—Suéltame —grité, furioso.

—Pero si no te estoy deteniendo. ¡Por qué habría de hacerlo! —dijo él soltándome—. Quizá hasta sería capaz de dejarme pegar por ti sin defenderme. Sólo por el calor animal que así se genera. Pero, ¿cuánto durará? Todos nuestros actos aquí no son más que una fuga hacia una actividad cuyo objeto tenemos que empezar por producir, sin creer en él. Ese es el efecto de esta agotadora pasividad del mundo que nos rodea. Ha sido una experiencia y, después de todo, ésa era nuestra intención.

—Mejor que no hables tanto —protesté yo.

—Por supuesto que sería mejor, pero ¿por quién me tienes? Yo no soy como éste con su sonrisa. No, no lo destruyas. Él no tiene la culpa. Además me arruinaría la fotografía que pensaba tomarle. Creo que está hecho del material con que se han fabricado los dioses en otros tiempos. Y de eso siempre hay demanda. Mostraremos la foto a la gente y diremos: "¡Hemos

descubierto un dios congelado! Se alejó de vosotros, porque no tuvisteis bastante fe en él. Pero no está enojado; ya veis, sonrío. Vuestra falta de fe le brindó la oportunidad de convertirse en un dios..." No; más vale que suprimamos la última oración. Lindo mito ¿verdad? En realidad tiene razón en sonreír. ¡Pero a nosotros no, mi glacial bienamado! Porque el placer voluptuoso que te proporciona la sensación de haberte sacrificado por otros, no puede competir con el placer que nos ha conducido hasta aquí: el de intentar, de una vez por todas, sacrificarnos por nosotros mismos... hasta las últimas consecuencias.

—Cállate de una vez. Sé de antemano todo lo que dirás —rogué yo, para apartarlo del tema.

—Tanto mejor. Eso nos ahorra tiradas que éste no entendería. ¡Al asunto, pues! Tenemos provisiones justas para dos semanas. Para regresar al primer depósito necesitamos dos semanas, si todo anda bien. Pero lo más probable es que debamos reducir las raciones. Tú te oponías a instalar el depósito, eso es verdad. Pero de todas maneras no podríamos haber acarreado todo; no habríamos llegado ni hasta aquí. Por supuesto, con lo que nos queda podríamos continuar avanzando dos y hasta tres semanas. ¿Crees que aún tenga sentido?

—No hay retorno —dije.

—No te apresures a responder. No puedo decir dos veces lo que quiero decir. Lo que pensábamos ayer ya no tiene validez. Lo que me hace vacilar no es tanto este hombre, como la absoluta calma en que acabamos de entrar. Una situación completamente nueva. Sobre todo, ya no hay resistencia; eso es tremendo. ¿Me oyes? Tremendo, digo. La sobriedad me permite reconocerlo. Y eso debe de haber sido lo que mató a este tipo. Sin duda, antes perdió la cabeza. Bueno, eso le puede pasar a cualquiera. Es probable que haya huido de su grupo... En realidad, ¿por qué no huiste tú? Cuando te deslizaste fuera de la tienda tuve la seguridad de que querías hacerlo. Y te dejé tiempo de sobra, pedazo de idiota. Así, todo habría sido más fácil. Bueno, está bien. Es probable que hayan sido las malhadadas cápsulas vitamínicas las que te impidieron hacerlo. De todas maneras, la oportunidad pasó. Para los dos. Sea como fuere, tenemos que adoptar una decisión. Los demás harán lo que resolvamos; si no, no estarían durmiendo. Regresarán de muy buen grado. Ya están hablando mucho de mujeres; ése es un signo inequívoco. Sin embargo, creo que son lo bastante decentes como para seguirnos por camaradería y congelarse junto con nosotros. Los cinco. ¿Vale la pena, cuando este tipo ya se nos ha adelantado? No es

necesario hacerlo dos veces. El hecho de que lo hagamos de a cinco tampoco mejora las cosas.

—Lo otro es imposible —dije.

—¿Qué? ¿El retorno?

—Sí.

—Valiente novedad —se burló Blaise—. Como si no lo hubiéramos sabido de antemano. Como si no hubiéramos abandonado por eso las nidadas de los grandes sentimientos, cuya superficie estaba tan cubierta de mucosidad que ya ni se tenía una visión clara de ellos. Retorno; un afrodisíaco. Reptar hasta los altares. Y hasta las camas de las muchachas. ¿Quién habla de retorno? Yo hablo de fracaso... ¿Crees tú que nuestro muñeco de nieve tiene un papel en el bolsillo? No me fío mucho de él. Tiene todo el aspecto de uno de éstos que no quieren admitir su fracaso. Y esa gente suele cargar al mundo con su pequeño pasado. ¿Acaso todo lo que se ha hablado y escrito no proviene de fracasados? Como ejemplo basto yo. Pero dejémoslo a él. Al tratar de explicarlo, sólo nos estamos explicando a nosotros mismos. Su pose enhiesta tampoco es nueva. Como si no la hubiéramos ensayado cientos de veces por la noche en nuestra habitación, cuando ya no quedaba nada que nos pudiera distraer. Mientras a nuestro alrededor los vecinos se calentaban en los vapores de su propio cuerpo. ¡Basta! ¿Qué otra cosa nos queda, pues? ¿Perder la cabeza? En un tiempo eso puede haber sido efectivo; era una experiencia cognoscitiva y, con suerte, uno se hacía santo. Pero, lamentablemente, eso ya no cabe a esta altura de la evolución de nuestro cerebro. Sería una chapucería. Por eso me he decidido a fracasar. Todo lo demás es tan posible, que desconfío; y por eso sólo me resta lo imposible: regresar hasta el punto en que pueda llevar la vida de un fracasado sin hacer sufrir a otros por eso. Si es preciso llegaré hasta los altares y hasta las muchachas. ¿Por qué no, si hay quien necesita de mí para dar un sentido positivo a su existencia? Después de todo, ellos sólo nos piden lo que necesitan y a nosotros no nos cuesta nada dárselo. Pero ¿podré? Porque de eso depende el que un día maduremos para apreciar este hermoso silencio. Pero mi ánimo está tan lastimosamente frío, que tengo miedo de congelar todo lo que toque en adelante.

—Ven —le dije, y lo ayudé a levantarse de la nieve.

Y luego añadí que si antes no había huido era sólo por él. Pero creo que no me oyó, porque, naturalmente, yo hablaba en voz muy baja.

—¿Sabes? —prosiguió—. Quizá nuestro amigo no sonría. Quizá sea sólo un reflejo muscular y nosotros nos imaginemos una sonrisa. También puede ser que se haya querido cantar alguna canción de cuna —¡Espejito,

espejito en la pared!, o algo por el estilo— para escucharse a sí mismo, y entonces un copo de nieve le cayó en la lengua. ¡Ay, con qué gusto habría corrido yo el mojón unos metros más adelante!

La luna estaba ahora a espaldas del hombre congelado e iluminaba el rostro de Blaise.

—¿Qué haces? —exclamé alarmado al ver que ensayaba visajes absurdos.

—Procuro imitar su sonrisa. Quizá no salga clara en la fotografía y es posible que algún día la necesitemos para hacer feliz a algún pobre ser.

Lo tomé de un brazo. Estábamos tan envueltos en lana, cuero y pieles que parecíamos dos muñecos rellenos de trapo. Nada se advertía de un cuerpo tibio oculto bajo esa cubierta. Pero nuestros movimientos eran los mismos. Así regresamos a la tienda. Mañana tendremos viento de atrás, pensé, y seguramente Blaise pensaba lo mismo. ¿Para qué íbamos a hablar ya?

Todo esto lo escribí mucho después, lo mejor que pude.

(Trad. Nélica Mendilabarzu de Machain.)

PANORAMA COTIDIANO

1. Casualmente me llamo Beitz, es domingo, soy dueño de dos orejas, dos ojos, uno a la izquierda, otro a la derecha, los cuales puedo abrir y cerrar a voluntad, una nariz, una boca provista de lengua y dientes y todo esto en el lugar correspondiente, es decir en la cabeza, en cuya parte superior crece cabello. De mi tronco penden los miembros inevitables, de los cuales aún no he perdido ninguno. Puedo probar que mi corazón late y que pertenezco al sexo masculino. Domino el andar erguido que a primera vista delata al ser humano. De ordinario, habito sobre la tierra firme de la superficie enfriada de nuestro planeta y en particular, en el cuarto piso de la casa situada en Kärreweg 18. Vivo allí desde hace varios años con alguien llamado Agnes, tengo un hijo y pronto habré cumplido mis treinta años de vida junto con mi cabeza, cuerpo, miembros, corazón, sexo, mujer e hijo y tolerablemente plantado.

2. La casa en que vivo consta de planta baja y cuatro pisos. La habitan cinco por tres, es decir, quince inquilinos. El frente que da sobre Kärreweg tiene tres balcones por piso: en la parte posterior, cada piso, incluyendo la planta baja, cuenta con una galería que se prolonga en toda su longitud y sobre la cual se abren y cierran las puertas de las viviendas. Desde las galerías se capta el panorama de la ciudad extendida más abajo, es decir, un panorama del amontonamiento de torres, antenas, mástiles, chimeneas, tejados, paredes, ventanas, puertas y calles con sus automóviles y aisladamente uno que otro árbol que se yergue por ahí como olvidado; de los rieles del tranvía y de las barreras de un paso a nivel del ferrocarril. Al atardecer, de noche, cuando allá abajo se encienden las luces tras las ventanas, brillan los faroles de la calle, los automóviles, los tranvías y los trenes avanzan a la luz de sus faros, algún huésped u otra persona cualquiera ajena a la casa suele asomarse alguna vez a la galería y al mirar por encima de la baranda exclama: "¡oh, qué bonito!" o "¡Mira!" o tal vez si es lacónico en sus expresiones, tan sólo "¡Oh!" o ¡Ah!". Entre el sótano y el cuarto piso del edificio sube y baja un ascensor.

3. Sobre mi cabeza, sobre la mesa a la cual estoy sentado mientras pienso estas cosas, va y viene en su altillo el casero Kummernuss. El señor Kummernuss es bajo y de trasero prominente, cuida del mantenimiento del orden y de la tranquilidad en la casa, se ocupa de dar calefacción, barrer y limpiar, desde el altillo al sótano, escuchar, y todo lo inherente a un casero cuando está de buen humor. Por cierto, a veces lo pierde y entonces se queja de dolorosos trastornos estomacales e intestinales y a modo de evidencia se señala la cara con el pulgar. En esos días ingratos su cara se tiñe de un color amarillento, tan subido a veces, que a menudo pienso si no debiera hablarle en chino. El señor Kummernuss tiene sin embargo oído fino y en consecuencia es fácilmente irritable. Según sus manifestaciones en otro tiempo fue maestro vidriero en Schleswig-Holstein. Buscando la proximidad del sol emigró con su familia a Arabia, al desierto, cerca del Ecuador. Allí el sol trastornó el cerebro de Lucie, su esposa, y calentó la sangre de Beat su hija, hasta que acabó echándose de espaldas sobre la arena a los pies de un beduino que supo refrescarla bajo su sombra, la alzó y desapareció en el desierto montado en su camello y con la hija del señor Kummernuss oculta bajo su albornoz. En el cuarto del altillo, situado sobre mi cabeza, el señor Kummernuss cría palomas. Sobre el techo, a un lado de la claraboya, ha instalado una portezuela, por allí entran y salen las aves, pintorrear sobre los ladrillos manchones blancos y picotean los granos que el señor Kummernuss les arroja. Si al caer la noche echa de menos uno de sus animales, no sacrificado con sus propias manos, hace emerger su cabeza por el tragaluz y emite cariñosos reclamos. A menudo se olvida y llama por la noche a la paloma que se comió durante el día, va y viene expectante por el cuarto y patalea impaciente bajo el tragaluz. En el cielorraso de mi habitación, que a la vez constituye el piso de su cuarto, hay un agujero. De este agujero pende un gancho que sostiene una lámpara. Ahora bien, por el agujero que no está obturado como sería de desear estando en un cielorraso, se infiltra dentro de la pantalla de la lámpara el polvo de cal que desprenden los pasos del casero Kummernuss. Una vez a la semana me trepo a una silla y vacío la pantalla de la lámpara.

4. En el baño, Agnes lava prendas pequeñas, aun cuando es domingo. Sí, hace ya varios años que vivo con Agnes. Lava la ropa pequeña a mano y la ropa grande va a la lavandería. Agnes lava la ropa pequeña en el lavatorio; la ropa pequeña ya lavada pasa del lavatorio a la bañerita de mi hijo, colocada dentro de la bañera para adultos. En la bañera pequeña Agnes enjuaga las pequeñas prendas lavadas. El cuarto de baño donde Agnes lava

y enjuaga está azulejado, detrás de los azulejos que se continúan por encima de la bañera grande hay una pared, detrás de esa pared se encuentra la habitación donde estoy sentado. Sin esfuerzo, sin necesidad de levantarme y acercar el oído a la pared puedo percibir el rumor del agua a través de la cañería, el agua que chapotea de la bañera de mi hijo a la bañera grande, y a Agnes cantar.

5. Mi hijo, a quien llamo Friedemann, juega con el equipo de construcciones. No juega directamente en su cuarto, juega más bien cerca de la puerta que da a su cuarto. Ha tomado una pieza en cada mano y golpea con ellas contra la puerta. Grita: "¡Adelante, amigos, el enemigo ya ha sido derrotado!" Esa confianza no la ha heredado de mí.

6. Enhorabuena, se ha practicado un agujero en mis cuatro paredes. Puedo decir entonces que tengo "ventana" y mirar hacia afuera; desde aquí puedo mirar hacia cinco direcciones diferentes, sin contar las posiciones intermedias como mitad hacia abajo, mitad hacia la izquierda, hacia abajo, a la izquierda, a la derecha, hacia adelante y hacia arriba. Si alguien me preguntara cuál de estas direcciones prefiero no sabría cómo responder ante tanta variedad.

7. En primer lugar describo lo que veo cuando miro hacia abajo. Cuando miro hacia abajo desde mi ventana distingo tres abedules, una parcela de césped donde han clavado un letrero que dice "PROHIBIDO PISAR", cinco toneles de desperdicios, arbustos que crecen en derredor de los toneles, un fragmento del Kärreweg, el avisador de incendios, la entrada del edificio, los buzones y sobre la entrada una lámpara. Sobre la lámpara ha sido pintado con pintura negra el número 18. De noche la lámpara queda encendida para que la gente no entre en un edificio equivocado aun cuando esté oscuro. Los abedules, el césped, el cartel y los arbustos son una obra del casero Kummernuss. Niños, perros y el mismo señor Kummernuss transgreden la prohibición de pisar el césped. Los domingos soleados despliega una reposera bajo los abedules y mientras toma sol corta vidrios para la ventana de una casa de muñecas destinada a Fátima, su nieta árabe. Cuando descansa, toma un espejo de bolsillo, coge un rayo de sol y hace saltar la mancha de luz sobre la pared de la casa.

(Trad. María A. Gregor.)

LA FLAUTA DE MUZE

A Georg Lukács

Aquí me albergó el padre de un amigo, pues yo ignoraba qué sería de mí. Me hubiera interesado la germanística, pero después de haber definido el suicidio de Werther como "insensatez de un cerebro carbonizado" en una composición de séptimo acto, obtuve malas calificaciones, así que mi padre se echó a reír cuando le hablé de seguir estudiando. Vinieron a sumarse otras dificultades: nunca podía leer hasta el final el *Hyperion* de Hölderlin. Las primeras páginas me conmovían tanto que me echaba a llorar y no podía seguir. El médico a quien mis padres consultaron por otros incidentes relacionados con lágrimas, dijo que yo debía de ser muy impresionable. Cuando cursaba el penúltimo curso, mi padre me sacó del colegio y de este modo ingresé al banco. Concluido el período de aprendizaje, fui llamado a las filas. Luego estalló la guerra. En Polonia, arrojé un casco de acero a la cabeza de mi teniente, lo que bastaba para que me confinaran en un manicomio. Pero era demasiado torpe para permanecer allí y la guerra concluyó para mí con Stalingrado y cinco años de cautiverio.

Al regresar al banco, donde debieron emplearme nuevamente, y divisar a los carapálida acurrucados detrás de los escritorios, sentí miedo por primera vez y me casé en seguida con la viuda de mi hermano. Los dos hijos me consideraron su padre. Allí tenía donde refugiarme. He logrado salvar el *Hyperion* y cuando el teatro popular o el abono a los conciertos sinfónicos no me lo impiden, intento leerlo otra vez. Sin embargo, nunca consigo terminarlo. Ahora ya no es por culpa de las lágrimas, sino porque recuerdo a Muze Piepersberg, mi amigo de la escuela, que quería poner música a la obra y ya había compuesto la parte para flauta. ¡Cuántas veces la había tocado para mí! . . . Lo hirieron a mi lado en el vientre y murió un sofocante mediodía entre matas de arándano que llegaban a la rodilla. Cuando obtuve mi licencia pedí a su madre que me regalara las anotaciones musi-

cales, pero ya las había tirado a la basura. En cambio, me mostró su Cruz de Hierro en una cajita forrada de terciopelo rosa.

Otro de mis libros predilectos es el de los *Discursos* de Liebknecht, que por lo general leo a escondidas los domingos de mañana, cuando mi mujer está con los dos niños en la iglesia. Ella dice que no es posible dominarlos si no sienten a Dios sobre sí. Apenas leo una página querría saltar y colocar dos respetables bombas en el sótano del banco. (Así como una vez golpeé al teniente en la cabeza. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces?) O me veo entrar a la oficina del director Breitmann, revólver en mano, para apoderarme de la dirección del establecimiento. Pero ya regresan los niños y en silencio me pongo a armar cosas con las cajas Märklin hasta la hora del almuerzo. A la tarde corro por la ciudad y aborrezco las caras compuestas hasta que compruebo en los cristales de las vidrieras que soy igual a todos los demás. Así soy siempre de sincero. Sé también que es absurdo pertenecer al sindicato cuando se trabaja en un banco. Soy el único aquí. Sin embargo, soy miembro. Los demás están en el gremio de empleados. El jefe de personal me dijo: "¡Ya es tiempo de superar el pasado!". Pero, ¡vaya uno a actuar contra su sentimiento! Cuando leo a Liebknecht, escucho siempre la flauta de Muze.

TRANVÍAS Y RELOJES CUCÚ

Nadie puede negar que tenía muy buena estampa cuando, de pie en la delantera del tranvía, manejaba **por** toda la ciudad. El uniforme me quedaba bien. Allí adelante, en la plataforma, se aprende a conocer a la gente: cómo suben y bajan, cómo se levantan el abrigo o evitan tocar el pasamanos para no ensuciarse o se quejan de lo elevado del estribo o entran riendo y empujando... Se tiene entonces una visión de cada carácter.

Ahora, cuando ayudo a mi vecino algunas horas diarias en la maderería y el último de los aprendices osa darme indicaciones sobre el trabajo, no puedo menos que sonreír y felicitar al muchacho por no haberme conocido antes. En aquel tiempo estos groseros aún no habían nacido. Lo hago sólo para que en casa no se me caiga el techo encima y las cenizas del cigarro no ensucien la alfombra, algo capaz de volver loca a mi mujer.

Ha cambiado mucho. Todo ha sido por causa de mi hija. La niña sólo trajo disgustos. En la escuela no fue buena alumna. Después se negó a aprender un oficio. Sólo ayudaba a otra gente a hacer la limpieza y era apática. Yo no podía ocuparme de nada. Durante la guerra se intensificó el servicio de tranvías. Cuando la guerra concluyó, la niña estaba delicada de los pulmones y se había puesto muy caprichosa. Mi esposa estuvo a punto a enloquecer. Le decía que eso había dejado de ser un problema, pero ella sólo sabía afirmar que yo jamás había tolerado a la muchacha. Puras habladurías. Con severidad se hubiera podido hacer algo de ella. Todo empezó porque la chica siempre se sentaba encorvada mientras hacía los deberes de la escuela y mi mujer se me echaba encima cuando decía que debía sentarse derecha. Yo debía ir muy erguido cuando manejaba el tranvía. ¿Cómo hubiera podido manejar la manivela de ser jorobado? ¡Qué no nos hubieran dicho nuestros jefes! Pero el horizonte de mi compañera no alcanzaba para tales reflexiones.

Ya no creía a nuestra hija capaz de nada, pero un día vino con un novio, un individuo esmirriado, de poca estatura, bastante semejante a ella. Ambos se buscaron y se encontraron.

Se apareció con una falda escocesa. Era soldado de la fuerza de ocupación británica. Desde entonces vino todos los domingos. Se sentaba a nuestro lado. No sabía una palabra de alemán y mi esposa y yo, ni una palabra de inglés. Tenía buen gáznate para la bebida y yo aprovechaba la oportunidad para distraerle a mi mujer unos marcos para cerveza. Él traía whisky, pero ese brebaje no me agradaba. Cada vez que levantaba mi copa me sonreía mostrándome sus dientes amarillos y largos como los de un caballo. Nuestra pequeña aprendió muy pronto el inglés y ambos charlaban y reían. Siempre le ofrecía un par de huevos fritos. "O, eggs!" decía él entonces "bien, bien" (acabé por aprender que *eggs* significa huevos). Se marchaban a prisa. La niña empezó a usar lápiz de labios y guardaba de su sueldo más dinero para sí que antes. Todo lo llevaba a la peluquería. Un día dijo que quería casarse con Charles.

"¿Tú?", dije. Se ofendió y no me dirigió la palabra durante semanas. El día de la boda no lograba entender ni mi propio lenguaje. Todos eran escoceses y cada uno me palmeaba el hombro. Me comprometí a visitarlos después a todos. Pero no volví a ver a ninguno. A los seis meses de la boda llegó mi nieto. Me limité a mirar a mi hija... Charles debió regresar a su patria al poco tiempo.

Ahora viven los dos con su hijo en las tierras altas de Escocia. Tienen una casita muy pequeña que comparten con sus padres. Los tres ocupan una habitación. La he visto. Cuando la miro debo evitar pensar en mi casa. Quedo transido. Y por todas partes esos pequeños vacunos castaños. Aquí ya los había visto en el jardín zoológico, pero allá arriba andan sueltos por todas partes. Una región pobre. Yo no había sido más que un conductor de tranvía, pero mi aparador no hubiera entrado en aquella habitación. Son gente amable y ponen mucho empeño, pero no puedo entender su idioma, y ya no lo aprenderé en la vejez. Ya no me entra en la cabeza. Nuestra Ilse, en cambio, conversa como si siempre hubiera estado allí. Nunca lo hubiera sospechado. En las montañas la veneran como a una reina. En la aldea todos la conocen. ¡Qué frío y húmedo es ese lugar! Por las noches se sientan a su alrededor y escuchan lo que les cuenta de nuestra casa, del aparador, de los sillones y del reloj de pie.

Cuando la visité por primera vez, ya me conocían todos. En toda mi vida he recorrido una ciudad, visité dos veces una colonia de descanso para tranviarios y una a mi hermano, que vive en Kusel. Y ahora, a mi edad, estos viajes en avión y en ferrocarril junto a mi compañera, que no deja de sacudir con su pañuelo la ceniza de mi cigarrillo. Allá arriba no permiten fumar cigarros.

En nuestra buhardilla encontré un viejo reloj cucú con dos piñas a manera de pesas. Lo puse en marcha y se lo llevé a mi yerno. El reloj causó sensación en las montañas escocesas. Jamás imaginé semejante cuadro. ¡Qué cara pusieron! Permanecían sentados en absoluto silencio hasta el momento en que debía aparecer el pajarito. Se pellizcaban entonces los brazos mutuamente. Todos querían tener un reloj así. Ofrecían cuanto tenían.

Ahora viajo a Escocia dos veces por año y cada vez llevo conmigo tres relojes cucú. Con el producto de su venta puedo pagar el viaje. El viaje no me cuesta nada porque los escoceses son locos por mis relojes. Antes viajaba de un lado a otro de la ciudad con la manivela de un tranvía, ahora recorro miles de kilómetros por el aire con relojes cucú. Los tiempos han cambiado endemoniadamente. Me inquieta pensar qué vendrá después.

(Trad. María A. Gregor.)

EL SUICIDIO

En cierta ocasión intenté suicidarme y la cosa sucedió de la siguiente manera. El guardabosque había tomado a su servicio a una muchacha de nombre Hanni. Yo no sé si Hanni sería bonita; lo cierto es que para mí era tan hermosa que de sólo verla empezaba a temblarme el cuerpo. Siempre me resultó asombroso que se le pudiera gritar como hacía la mujer del guardabosque o que se la tuviera generalmente en la cocina, tan delicada era para mí.

Hasta ese momento nunca había conversado con Hanni, siempre estaba ocupada en hacer alguna cosa, y por supuesto que no hubiese sabido qué decirle; yo tenía apenas nueve años.

En casa del guardabosque había también una grulla domesticada. Es decir, domesticada no estaba en modo alguno; sólo tenía un ala rota. Durante el día se lo pasaba dando vueltas por el patio y, llegada la noche, iba arrastrándose hasta el espacio delante del gallinero. Todos la temíamos, ya que pasándole cerca podía vaciarnos un ojo.

Sólo el guardabosque no le tenía miedo a la grulla. Tampoco Hanni hubiese tenido que temerla, pero sin embargo, algo la temía.

Por lo demás, era ella la única persona a la que la grulla parecía querer un poco. Cuando aparecía por el patio, de inmediato la grulla se le acercaba y comenzaba a dar vueltas solemnemente en torno a ella y a mover la cabeza hacia arriba y hacia abajo, abriendo el pico y siseando un poco.

El guardabosque solía decir:

—Mira, muchacha, que está en celo y que se ha enamorado de ti.

Y todos se echaban a reír y Hanni se ponía colorada hasta la cabeza. A mí nunca me pareció bien que el guardabosque dijera semejante cosa. Por lo demás, tampoco era cierto. La grulla adoraba a Hanni, eso es todo. Vivía pendiente de ella y la protegía.

Yo me propuse decírselo a Hanni, dado que de algún modo ella tenía cierto miedo al animal, pero pensé que se burlaría de mí y dejé las cosas como estaban.

Los domingos Hanni tenía medio día libre. Nunca había prestado atención a lo que ella hiciera en ese tiempo. Mi ocupación consistía en mostrar a los huéspedes el puesto de caza. Pero aquella vez dije simplemente, a modo de pretexto, que me hallaba enfermo.

Subí hasta mi cuarto y dejé la puerta entreabierta pues se me ocurrió que tal vez Hanni vendría a preguntarme si quería salir a dar un paseo con ella.

Pero me quedé dormido y cuando desperté sentí ya un penetrante aroma de café. Me puse a escuchar a la puerta de Hanni, pero nada se oía. Luego bajé.

La mesa para el café aparecía ya con el mantel; los primeros huéspedes acababan de regresar. Pensé que Hanni estuviera acaso en la cocina, pero tampoco estaba allí. Marché entonces a casa de Anton.

Todavía andaba con los zuecos de madera que usaba para retirar el estiércol del establo; se había recogido los pantalones domingueros; se hallaba sentado frente a la caballeriza leyendo una novela policial.

Le pregunté si sabía dónde pudiera estar Hanni.

—¿Hanni? —dijo—. Se ha ido con su galán.

Yo no sabía qué cosa fuese un galán; pensé que se trataba de una marca de bicicleta y me entristeció que Hanni no me hubiese avisado nada para acompañarla con la mía.

La mujer del guardabosque me gritó si quería tomar una taza de café. Le contesté que no quería y subí hasta mi cuarto y volví a bajar y eché a andar en dirección del bosque pues me había destrozado enterarme de que Hanni se había ido.

Corrí un trecho y lentamente comencé a sentirme algo más aliviado; el ambiente era sumamente apacible, trinaban los herrerillos y sólo en los lugares no tocados por el sol podía verse un poco de nieve. Se me ocurrió bajar hasta el lago y probar si el hielo de la orilla soportaba mi peso.

Eché de inmediato a andar por el sendero de encinas y así que avanzaba vi de pronto a la grulla venir en mi dirección; no era una de las grullas salvajes, era ella, y pude reconocerla por el ala rota. Nunca me había topado con ella así, a solas, en medio del bosque, sentí entonces más miedo que cuando me cruzaba con ella en el patio. Me oculté detrás de una encina seca y la observé. Estaba muy excitada; contraía el cuello hacia arriba y hacia abajo, y a ratos se plantaba en seco echando la cabeza hacia atrás, de suerte que el cuello se le doblaba como un gancho de carnicero. Además, abriendo el pico emitía un sonido apagado y volvía a

cerrarlo, y daba la sensación de que estuviese degustando el aire y de que indagase en él algún sabor muy bien determinado.

Pensé que acaso las grullas salvajes la habían enloquecido un poco con aquel segundo día consecutivo de pasar volando sobre el lago. Pero luego comprobé que mantenía la cabeza doblada echando inquietas miradas por el contorno, y repentinamente caí en la cuenta de que buscaba a Hanni.

No supe precisamente por qué, pero de pronto comenzó a darme vuelcos el corazón. Dejé que la grulla me ganara la delantera y yo iba siguiéndola, aunque con buen cuidado de ocultarme detrás de algún árbol cuando ella se detenía.

Durante largo rato estuvimos dando vueltas. Por sus movimientos pude deducir que había olido su olor en el aire. Plantóse rígida en el lugar con la tiesa cabeza erecta catando el viento con tembloroso pico.

Nos habíamos detenido frente a un renoval de pinos que yo conocía; cerca se hallaba la madriguera del zorro, abandonada, que el año anterior había sido cobijo de un gavilán. A la sazón caía sobre las ramas más altas; ya podía verse con toda claridad los frescos renuevos; en aquel instante se agitó espantado un arrendajo y salió volando en dirección del lago.

Se me ocurrió pensar que acaso lo hubiera espantado Hanni, y describiendo un semicírculo en torno a la grulla llegué al lugar donde el arrendajo había lanzado el grito. Me puse de puntillas y pude descubrir, en el espacio iluminado que formaba la madriguera del zorro, algo claro; al ir arrastrándome cautelosamente por entre las puntiagudas ramas vi un abrigo, sobre el abrigo a Hanni y echado sobre Hanni a un hombre. Intenté gritar porque pensé que quería matarla; pero después vi su cara y me di cuenta de todo: hubiera querido morir.

No pensé nada, sólo tenía en la mente ir descendiendo hasta el lago y correr sobre el hielo hasta que se quebrara o hasta encontrar un lugar donde poder meterme. Caminaba como en sueños. Tenía la sensación de no tener ya pies, pero tampoco corría: estaba detenido sobre una ardiente nube que me arrastraba hacia el lago.

Repentinamente sentí un estremecimiento. No sabía si acababa de gritar yo o si sólo había escuchado un grito.

Me paré en seco y abrí la boca para poder escuchar mejor. Sólo oí mi corazón. Nunca lo había oído latir tan clamorosamente. Sonaba como si lo hubiera tenido en la garganta y hubiera sido un martillo que aceleradamente golpeara la quebradiza argamasa de una pared. En aquel momento sonó nuevamente el grito y fue tan terrorífico que pensé que me desplomaría para no levantarme. Después mis piernas comenzaron de pronto a

moverse y caí en la cuenta de que estaba corriendo otra vez hacia mi punto de partida.

Las ramas me golpeaban en la cara, azotábanme las piernas los helechos, las raíces extendían garras hacia mí. Caí a tierra, fui rodando unos metros, retomé la carrera. Y en aquel instante la vi venir avanzando hacia mí por entre el renoval. Caminaba directamente hacia donde yo estaba, de suerte que me quedé allí sin atinar a moverme. Hacía rato que me había descubierto. Tan cerca de mí pasó que pude ver su ensangrentado pico. Lancé un grito, el ave se asustó, su ala rota se agitó en un temblor. De inmediato echó a correr con el cuello estirado hacia adelante en dirección del lago. Me sorprendió comprobar que yo seguía gritando, pero en seguida caí en la cuenta de que no era yo, de que el grito llegaba del renoval, que era el hombre.

Seguí a los tropezones e irrumpí en el bosquecillo, metiéndome inopinadamente en la trampa del zorro, a los tumbos, y allí los vi: el espacio claro, Hanni, el hombre. El hombre yacía en tierra. Tenía ambas manos apretadas sobre los ojos, gemía y golpeaba el suelo con las piernas. Hanni estaba arrodillada a su lado. No pude verle la cara, se la cubrían los cabellos.

En ese momento descubrí que por entre los dedos del hombre fluía la sangre. Me le acerqué y ofrecí mi pañuelo. Vi que había perdido un ojo, el párpado colgaba encima rojo y palpitante como una hoja otoñal.

Enorme fatiga nos costó llevar al herido hasta la casa del guardabosque. Sus dolores eran muy intensos. No dejaba de gritar y de dar golpes alrededor, y por último intentó escapar corriendo y hubimos de sujetarlo para que no cayera. Unos huéspedes que marchaban hacia el mirador de caza lo oyeron gritar y vinieron en nuestra ayuda; uno corrió en busca del médico.

El médico llegó, pero ya nada había que hacer. El ojo estaba perdido. Ese mismo día el guardabosque repartió entre los huéspedes sus escopetas de perdigones para acabar con la grulla.

Hasta el anochecer no había sonado ningún disparo. Cuando estuvieron de regreso ninguno la había visto. Tampoco estaba en el gallinero.

A la mañana siguiente emprendieron nuevamente la marcha. También yo me sumé al grupo para mostrarles el camino que llevaba hacia el lago. Estuvieron busca que te busca hasta el mediodía; luego hicieron un alto para descansar y las muchachas trajeron la comida.

Como no tenía hambre eché a andar hacia los cañaverales y caminé un poco sobre el hielo. Estaba compacto sólo en partes aisladas, aquí aguantaba bien, más allá se quebraba. En una zona pude correr sin riesgos mis buenos treinta metros. Mas así que sentí cierto recelo me detuve de

golpe y eché una mirada hacia el lago. Delante del lugar donde estaba aparecía un sitio despejado; dos cornejas estaban allí sentadas atisbando los peces. Más allá sobre la orilla frontera se extendía un espacio más grande; oíase allí el grito del somorgujo y el ronco alborotar de las aves. A más distancia, por detrás del monte, se oía nítidamente el chillido del pájaro carpintero negro. El viento venía de allí y sonaba como si soplase a mi lado.

En aquel momento pareció como si las cornejas hubieran encontrado algo. Pero no, no era un pez. Era algo que parecía haber estado ya dentro del agua y que yo había tomado por un témpano. Me acerqué un poco más para saber qué era aquello. Pero en aquel momento dio un brusco sacudón el viento y agitó las plumas del cadáver. Sólo entonces supe de qué se trataba. Supe también que no era un hecho casual que ella estuviese allí tendida en el agua. Recordé que el día antes había pasado imperturbable junto a mí en dirección al lago.

Reflexioné si debía comunicar el hecho a los otros. No sé por qué, de pronto sentí que el suceso no me producía ningún placer. Cogí una piedra del suelo y con fuerza la arrojé sobre el hielo. El sonido que produjo me recordó el grito del grajo, un sonido como de hielo.

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

SOBRE LA AUTOPISTA

Marcha y salida

Pienso en los barrotes recorridos de figuras de los puentes que se elevan sobre la autopista: cuando nos acercamos empieza en ellos ese ambular de las sombras, luego se desliza por nuestro rostro y sólo cuando ya hemos pasado se aquieta.

Era en una región situada aún en la planicie, no lejos de Leipzig; toda vez que pasaba por allí había urracas; apenas lo había expresado y ya las veía revolotear.

Habíamos viajado de un tirón desde Berlín y queríamos hacer una pausa, pero cuando uno se detiene todo cambia: la franja marginal, las placas grises, el ondeante verde de los abedules en la franja de pradera del medio... Es la tierra ordinaria sobre la que habitamos, no la otra sobre la que viajamos con nuestros vehículos.

Siempre que voy solo en la motocicleta siento el temor de detenerme. Es el miedo de no poder seguir adelante, el miedo de que este mundo me incluya ahí; el otro desaparece, invade la calle sobre la que creo hallarme en camino. Este mundo por el que marchó es una ilusión mía. Deja de existir tan pronto bajo mi vehículo, cuando la abeja zumba y el cielo queda estático.

Comienza cuando parto de la ciudad. Sólo allí se da este suave paso de uno a otro mundo, donde la calle, a la que pertenecen las casas, se confunde con la doble banda que fluye hacia acá, que se posa sobre la tierra real y la utiliza sin formar parte de ella.

Cuando viajo solo la marcha es real. Cifras que indican las distancias, carteles con nombres. Sin embargo esos nombres sólo indican una posición que me señale en qué punto de mi derrotero me estoy moviendo. Lo sentí la primera vez que viajé de Munich hacia el norte; era distinto en una calle común; los lugares reales se habían desplazado y vuelto inalcanzables. Había tenido un desperfecto en la moto, fue necesario cambiar la bujía. El viento tironeaba del follaje de la pequeña isla de arbustos situados frente a la pista; las hojas volaban por encima de la áspera superficie de la mesa

de piedra; se lo sentía como si el mar hubiera estado próximo; y los pájaros también volaban en círculo como sobre tierra inhabitable. Eran aproximadamente las cinco de la tarde; el fin del verano, agosto. Munich acababa de quedar atrás y me preguntaba qué distancia lograría cubrir aún con luz de día. Las cifras y los nombres de los lugares no me proporcionaban ningún asidero: unos muy cerca, otros demasiado lejos. Antes hubiera tenido que calcular una localidad.

De pronto advertí que iba en otra dirección: por los números que decrecían y por la luz que disminuía, por la cifra del tacómetro. El indicador estaba en cero, pero la oscuridad no permanecía inmóvil como el medidor válido para mí. No me refiero al reloj de ordinario tic-tac por el cual me guío en mi vida cotidiana. Así pues, de súbito, supe que estaba fuera de aquel tiempo y dentro de otro, del que formaban parte la calle, la moto, las cifras y mi meta; y cuando me detuviera también se detendría mi tiempo. Me apresuré y partí. Antes de subir al vehículo divisé al pie de la escarpa una pequeña casa campesina; un cerco, las gallinas tras una reja, la puerta del establo, un niño con briznas de paja en el cabello; canturreaba. Me dieron ganas de arrojar un guijarro allá abajo, pero estaba tan lejos... Hacía mucho que había dejado de estar en ese lugar y sólo lo había percibido por casualidad: al montar a la moto, cuando eché una mirada en derredor para saber dónde estaba. Mientras pensaba esto ya me deslizaba por la ruta; no había estado en aquel lugar.

Las imágenes

Desde entonces he viajado a menudo por este tramo y en cada oportunidad vuelvo a reconocer algún punto particular. Casi siempre son lugares como aquél: imágenes del paisaje en el que aparecen de repente cosas por la distancia de la pista, cosas que luego, a la misma distancia de su alrededor, tienen algo de artificial como la pista misma, como dibujando, que hace juego con ellas.

Lo observé en las plantaciones de lúpulo de Holledau, a poco de salir de Munich. Se extienden en pequeñas parcelas sobre las laderas opuestas a las aldeas. El aire que flota sobre ellas reverbera. A medida que avanzo hacia estas plantaciones comienzan a ponerse en movimiento: giran en todas direcciones y sobre sí mismas en la profundidad transparente de los altos rodrigones y los lazos verde oscuro de la fronda. Las hileras convergen oblicuas y se confunden unas con otras. Solamente cuando quedan atrás vuelven a la quietud.

Es una tierra suavemente ondulada por las cimas, aquella que atraviesa la autopista. A la derecha, en lo alto de una cima, flota la imagen de una aldea con sus blancos muros encalados y la sombra del campanario octogonal, un cuerpo sólido que se divisa desde lejos, se agranda y queda a nuestras espaldas. Cierta vez pasé la noche en ese pueblo. En medio de la oscuridad y bajo los chaparrones logré hallar la punta de un camino que llevaba hacia arriba. La imagen del pueblo aparecía de a ratos detrás de la lluvia, alumbrada por los relámpagos. A la mañana siguiente, al clarear el día, miré a mi alrededor desde el frente de la posada y no pude descubrir ninguna semejanza con la imagen que conocía. Tan sólo fragmentos aislados como el octógono de la torre de la iglesia, me la recordaban. De pronto observé que el lado oscuro, donde había visto sombras, estaba revestido de tablas de madera. Asimismo, cuando hice un alto al descender por el camino de la colina, la imagen no se materializó. No fue sino cuando iba rumbo a la autopista cuando volvió a recomponerse la imagen y la tuve ante mí en su totalidad tan pronto me encontré en la ruta, capaz de trabarse en la memoria, angustiosamente encadenada, tal como vuelve a aparecer ante mis ojos toda vez que paso por allí. Ahora sé que las imágenes percibidas al pasar no son realmente como las veo, que lo que allí existe no es sino torre, muro y frontones como los hay en otros lugares, que las gallinas cruzan la calle, que un tractor traspone el portón de una granja y que de las ramas negras, pronto secas, que asoman por encima de la empalizada, cuelgan ciruelas apiñadas y azules, una pátina blanca sobre su piel... Era fin de agosto, pero otro verano, no el de aquella vez en la granja. No pensé siquiera en este lugar en medio de las tinieblas y la lluvia.

Entretanto, he recopilado datos precisos acerca de la granja: sus ventanas, sus tiestos de flores, el niño que avanza desde la escarpa. Algo se ha develado ante mis ojos que permanece invisible para otro que quiera visitar esta casa: el lado interior. Que yo lo vea solo es el resultado de que antes la granja fuera más grande: la mitad fue expropiada. También lo sé de la localidad que se perfila al cabo de una hora, cuando ya me encuentro más allá del Danubio, rumbo a la valla de colinas que señala el final de la planicie y hacia el norte se proyecta un nuevo paisaje. La autopista se empina y asciende desde el bajo. Las casas se levantan a izquierda y derecha sobre las laderas. Los jardines, cercos y cuerdas para colgar la ropa llegan hasta la orilla. Arrimados oblicuamente a las paredes encaladas, con las bocas hacia abajo, se ven los cántaros de leche recién lavados. Sin embargo,

aquí también todo es sólo proximidad aparente: si cruzo esta aldea que yace a ambos lados de la pista como una pieza partida, paso por su centro sin haber estado tampoco en ese lugar. Tan sólo rozo el plano del corte y nada de él trasciende como no sea el humo de leña de las chimeneas que la pesada atmósfera del atardecer manda hacia abajo, hacia el cono aspirante del ámbito que se cierne sobre las líneas entre las que me deslizo.

Invisible

Donde estoy no estoy y más que marchar vuelo sobre mi motocicleta, me muevo entre estas líneas vaciadas en una huella, paralizadas en una cinta. Veo anticipadamente: la cinta gris se repliega hacia adentro, se amolda a las rugosidades de las colinas, yace lisa sobre la pendiente como si quisiera volverse invisible. Sin embargo, cuando llego allí observo que la autopista hace tiempo que se ha vuelto invisible pero de otra manera.

No lo noté enseguida. Al principio me atenía a la cinta gris. Siempre se extiende de manera tal, que no disiente con las formas del paisaje, parece armonizar con ellas. Entretanto, he notado que siempre adopta algo de ellas. El material terrestre cambia en tan largo trayecto y se muestra intencionalmente evidente al viajero sobre la pista: en los puentes que la cruzan, en las piedras de las pendientes, en los bordes de aquí y allá o bien en las mesas muradas de los parques de descanso. No estoy lejos de un lugar como el descrito: detrás del alto tramo boscoso, al norte del Danubio comienza el largo trecho que desciende al valle de Altmühl. Allí, sobre la escarpa, todas las obras de sostén y los revestimientos son de pizarra de Solnhof, la montaña misma es de esta piedra. Más tarde aparece el gneis y el granito. En tierra de arcilla y grava abunda el ladrillo y en la planicie del norte se verán los ladrillos cocidos o los coloreados y duros ladrillos de máquina. La autopista incluye así el suelo del paisaje. De la misma manera toma sus plantas y puebla con ellas su franja central. En la montaña son pinos, en el brezal abedules y enebros y al salir de Naumburg, en el primer trecho de la llanura, se adosa al largo cerco un seto que he visto en los jardines de los alrededores de Berlín. Se tiene pues la impresión de que la ruta quisiera adaptarse y aclimatarse, pero no puede eludir su calidad de invisible.

Siento la diferencia tan pronto llego al desvío, frente al límite de zonas. Allí la ruta se interrumpe. Hay que continuar unos treinta kilómetros por una calle común. La vía conduce a través de una tierra elevada, pobre y

de escasa población. Pero de pronto aparecen aldeas, troncos, escolares. Se extiende a lo largo de un bosque. Sobre la otra margen hay diversos árboles frutales. También serpentea un arroyo. En una parte de su tramo la calle sigue sus meandros. Siempre hay algo que desemboca en los caminos o calles laterales, o se bifurca. Advierto cómo se despliega sobre una ladera una nueva población o cómo queda atrás un lugar con su penúltima casa y luego la última. En la curva se lo puede volver a ver. Detrás se levanta el bosque dentado. Frente a una colina aparece otro pueblo desde el que extiende sus alambres una estación transformadora. No es un detalle particular, pero se graba en la memoria. En la pista no hay imágenes semejantes, sólo surgen donde el hombre asienta su morada. Aunque él no aparezca en ella y tan sólo se vea la distancia: cantera y calle, tan lejanas de las casas, aquí donde él vive, sus miradas tienen fuerza. Las imágenes adquieren forma y nombres. El niño que crece en este lugar y desde su ventana mira la mancha lejana y clara de un hoyo de grava, conservará más tarde esta imagen. Pero también en las imágenes queda algo prendido.

En la pista no queda nada de miradas fijas. Conduce por regiones inhabitadas, por lugares que sólo conoce el cazador o en los que la gente trabaja en campos situados muy afuera. Así surgen en ella imágenes que no son reales en el paisaje, porque no les atañe nada de los seres humanos que en ellas viven.

Ahora lo veo claramente: el desvío toca a su fin. Sigo la flecha dibujada en el cartel azul, recorro la curva que asciende a la pista y abandono el paisaje. Entro en este otro reino: los bosques y las piedras están seccionados, el sendero campesino ha sido alcanzado en el centro, lejos del linde del campo, donde se bifurca; las islas de cardos de una pradera inculta, cuyo borde más alejado está siendo escarpido, se acercan ondeando: matorral, desierto, la pálida niebla de las cicutas sobre el terreno pantanoso; el ángulo de un claro, sobreflorecido de soledad, las gruesas piñas de los pinos, que brillan doradas en el crepúsculo sobre las mudas copas.

Es penoso regresar. Ahora comprendo por qué no me agrada descansar en semejantes lugares: éste se encuentra en la profundidad del bosque; al igual que antes en la aldea, aquí también se ha liberado algo interior, se ha abierto a las miradas, pero más allá del declive se conserva inalterable y sigue siendo un lugar hermético. Su sombra se alarga sobre la autopista, la noche oscurece la cinta gris y fluida y hace irreconocibles sus orillas. Sólo los carteles con sus signos y nombres pintados con pinturas fosforescentes vienen nadando hacia mí. En medio del bosque se encuentra un puesto

expendedor de gasolina. Es la gran arteria de salida hacia Turingia con los muchos desvíos entrelazados: la cruz de Hermsdorf. Al cabo de varios viajes se me ha hecho familiar, vuelvo a reconocer el puesto gasolinero, la silla en el cuarto caldeado, el posadero de la hostería. Allí siempre hay parroquianos que han llegado a pie; a mi juicio cruzan el bosque. ¿No es quizá sólo una ilusión, una delgada pared que me esconde una gran ciudad?

En algunos lugares veo ciudades, pero como con el correr del tiempo el recuerdo de las distancias se altera, cada vez que las espero en el trayecto de Hermsdorf hacia el norte, se me ocurre que han cambiado de lugar y que aparecen en otro. Como imágenes reflejadas avanzan con el esmalte azul de los tejados de las fábricas, grúas y chimeneas y el rebaño gris de casas que con sus escamas de pizarra se apiñan sobre la falda. Son dos ciudades están casi adosadas una a la otra, constituyen el primer signo claro de un mundo habitado que recibo después de recorrer el largo trayecto boscoso detrás de la zona fronteriza. Poco a poco he aprendido a reparar en ellas. Con su aparición empieza para mí un nuevo capítulo de la marcha: entro en la planicie. Nuevamente, algo vuelve a cambiar. La diferencia es tal como si hasta entonces hubiera navegado por un río y ahora desembarcara en el mar.

(Trad. María A. Gregor.)

BOLZER, UNA VIDA DE FAMILIA

—¡Mujer, oh, mujer! —clama Maximilian Bolzer. Podría sollozar con la misma perfección.

Los días laborables Bolzer trabaja como capataz en la fundición de la fábrica de cocinas. Ésta es la causa del paulatino agrisado de su piel.

—Hoy la pillaré —susurra el hombre gordo que está a mi lado e introduce el mondadientes tan profundamente en la boca que ya no puede temblar más—. Cuando ocurra llamaré a los dos policías. Atestiguarán que hoy fui el primero en llegar.

El gordo pretende escamotear para su mujer un lugar junto al cerco, lo advierto. La ha dejado deslizarse por debajo de su hombro. Ya está emergiendo poco a poco.

—Mira, Lotti, hoy la pillaré —dice el gordo que para mayor ostentación se ha puesto en el sombrero un penacho de pelos de gamuza. En verdad, los policías podrían velar para que a cada cual se le reconozcan sus derechos de ubicación junto al cerco.

—Se me ocurre que el domingo pasado estaba mejor —comenta la mujer del de penacho y alza una parte del labio de tal manera que hace relucir un diente de oro, al tiempo que exhala un suspiro despiadado.

Estas cosas me repugnan: llegar últimos, escamotear los mejores lugares junto al cerco y al punto empezar a emitir juicios. Proceder como si existiera algún experto sobre la familia Bolzer. Estoy sintiendo también los huesos puntiagudos de la archinanciana dama situada a mi izquierda. Los vestidos le penden del cuerpo como si los llevara siempre mojados y acabara de salir de un naufragio. Realmente, cuando se aprieta contra uno, se la siente bastante húmeda. También esta vez se ha acercado a mí. Y los policías actúan como si no estuvieran presentes.

—¡Oh, mujer! —grita Maximilian Bolzer por tercera vez.

—¡Vamos, empieza ya! —exclaman algunos jóvenes patanes que se han

aproximado tanto al cerco con sus motocicletas, que las ruedas delanteras se aprietan como fauces de animales contra las tablas de la empalizada. Ocurrió en mayo. Apareció entonces el primer motociclista. En aquella oportunidad comenté a la dama náufraga que siempre logra pescar el lugar de la izquierda junto a mí: "Éste no vendrá solo, traerá a otros a la zaga". Y en efecto, así sucedió. Lo que ninguno de nosotros osaría, quiero decir, ninguno de los que nos mantenemos de pie junto al cerco y observamos el curso de los acontecimientos en casa de los Bolzer, la tarde de los domingos, ellos se atreven a hacerlo: permanecen sentados en sus máquinas y fuman. En los asientos traseros llevan a sus chicas. Cuando en la casa de los Bolzer las cosas se ponen serias, las jóvenes apoyan sus cabezas sobre las espaldas revestidas de cuero de sus compañeros como si fuera para siempre y en realidad de una manera disoluta.

A partir del momento en que estos indecisos aventureros con sus muchachas a la zaga empezaron a observar sentados y fumando, desde que gente como el del penacho y su Lotti se arriman al cerco, gente que osa expresar juicios sobre lo que sucede en la cocina de los Bolzer, las tardes de los domingos han perdido dignidad, por así decir. Ni yo, ni la dama náufraga que está a mi izquierda, ni siquiera el rentista manco, hemos pronunciado jamás una palabra. Hace unos instantes, el rentista estaba a mi derecha. Ahora, el del penacho lo está desplazando cada vez más hacia la segunda fila. No es difícil, ya que el manco sólo puede cogerse del cerco con una mano y el del penacho se la ha desasido rápidamente. Nunca se nos hubiera ocurrido instruir a unos y a otros como pudiera ser usual en un campo de deportes. Nuestro olvido jamás hubiera llegado al punto de hacernos estallar en exclamaciones enardecedoras e interpelar a Bolzer directamente.

Afortunadamente, Bolzer está como blindado contra todo comentario, contra toda exclamación. Su seriedad es tan inmensa que es necesario prohibir a todo actor presenciar estas tardes de los domingos. Una muestra de la seriedad de Bolzer la constituye el letrado que ha colocado en el cerco. Dice en él: "Prohibido tomar fotografías".

—¡Mujer, oh, mujer! —grita Bolzer.

He alzado sus manos al aire. Permanecen en la posición de todos conocida como ademán de estrangulación. Bolzer advierte lo que sus manos quieren y entonces no da un paso más. Tan sólo se mira las manos. El del penacho, que aguarda de un domingo a otro que Bolzer perdiera el dominio de sí en ese instante, gime decepcionado. Yo, en cambio, sonrío casi como un director de escena. Quizá cada uno de nosotros crea saber más que nadie acerca

de Bolzer. Yo, por ejemplo, contemplo ahora a la señora Bolzer. En definitiva, no es menester mirar solamente al señor Bolzer. Quienes estamos junto al cerco ignoramos qué acaeció durante la semana, qué debió soportar el señor Bolzer como consecuencia de los caprichos de su cónyuge de desmedida hermosura. Sin embargo, creo que si las manos desnudas del marido la asieran, romperíamos el cerco en el último segundo y nos precipitaríamos al interior y separaríamos de aquel grácil cuello las manos de Bolzer. Si no estuviéramos dispuestos a hacerlo, me digo, no nos asistiría ya ningún derecho de permanecer junto al cerco y observar cómo se domina el señor Bolzer, cómo se vuelve y coge la correa. Digo, es cuero lo que Bolzer ha descolgado de la pared y hace tremolar en el aire con cierto ademán teatral. No tiene mango, de modo que no es un látigo auténtico, sin embargo, Bolzer actúa como si lo fuera. La señora Bolzer huye, no se resigna simplemente a recibir los golpes. Increpa a su marido, se agazapa, salta a un lado, muestra los dientes, corre por debajo del brazo en alto de su marido. Bolzer se vuelve, corpulento y pesado. Siempre transcurre cierto tiempo antes de que pueda desplazarla de la cocina propiamente dicha y acorralarla en aquel nicho revestido de madera, que me da motivo para presentar la cocina de Bolzer como cocina-living. Una vez allí, la mujer salta sobre el banco a pesar de la estrechez de su falda y él la sigue. Llegada al extremo más apartado del banco se acurruca indefensa y Bolzer puede empezar por fin a descargar sus latigazos sin ser importunado. He observado que siempre respeta su rostro.

—¿Has visto? Una vez más ha dejado de pillarla —dice la esposa del de penacho.

—¡Flojo! —grita el de penacho.

Desde el lugar donde se encuentran las motocicletas se escucha un heterogéneo coro de voces. La dama náufraga y yo echamos una rápida mirada, pero no advierten nuestro menosprecio. Por lo tanto, volvemos la vista hacia Bolzer.

—¿Es realmente una correa de cuero? —pregunta la anciana dama.

Se pregunta así misma, no a mí. Sabe tan bien como yo lo que cuadra. El rentista, en cambio, no es tan cauto. No vocifera, pero permite al muñón de su brazo derecho hacer movimientos impropios. No pretende exacerbar a Bolzer, ni dirigir el vulgar vocerío, lo sé, pero se deja arrebatar. En consecuencia, debo echarle una mirada de reconvención. Al punto pone freno al muñón. Tan pronto aparto la vista vuelve a agitarlo como si soñara un sueño completamente independiente. Habla en favor del rentista

su evidente preocupación por la conducta del muñón, aun cuando no logra dominarlo.

¿Para qué están aquí los policías si no reprimen este vocerío? Ya no se escucha siquiera el chasquido de los golpes.

Sólo ahora —la señora Bolzer ya no se defiende, Bolzer puede actuar libremente, una serie de golpes caen por fin, todos por fin sobre el mismo lugar, podemos volver a respirar con regularidad— sólo ahora podríamos discernir si en realidad golpea con una lonja de cuero, pero el ruido no nos deja percibir nada. Los golpes caen, por así decir, silenciosos. La señora Bolzer grita silenciosamente con la boca abierta. Y no crean esos patanes que podrían enardecer a Bolzer. Evidentemente, sabe lo que hace. Todos los domingos llevo la cuenta. Siempre aplica a su mujer los golpes por decenas. Esto me hace colegir que tiene sentido de la equidad. A nosotros no nos importa por qué fustiga a su mujer. Estamos junto al cerco de Bolzer, no en el cine. Tan sólo advertimos que al final la víctima se somete al castigo, no se defiende más. Entonces, Bolzer debe golpear más a prisa para llegar a aplicar el número de azotes calculados para esa noche. Se nota que le cuesta golpear cuando ella no se defiende. Por otra parte tiene un programa. En consecuencia, la flagelación siempre concluye con movimientos acelerados. Bolzer ya no da sobre la víctima. Tampoco le importa. De las motocicletas parten exclamaciones de asco. Las muchachas tamborilean con sus puños sobre las jibas de cuero de los conductores. Allá adentro la señora Bolzer se incorpora. Ríe, ríe y le quita la correa de la mano a su esposo. La prueba. Seda, pienso. Seda, al fin y al cabo. Agita el cinturón de seda en torno a la cabeza de Bolzer como jugando, luego con más violencia. Ahora ya ha tomado la medida. Mira exactamente adónde golpea y siempre le pega en la cara que él le presenta como no lograría hacerlo un perro. Los de las motocicletas vociferan. Al parecer, la señora Bolzer olvida de un domingo al otro cómo debe golpear. Sólo lo recuerda al ver el rostro de Bolzer, pero aprende pronto. Bolzer golpea como una archivieja máquina de cortar leña. Es como un pesado y grande subir y bajar. Ella golpea con movimientos cortos, trémulos, relampagueantes. Podría pedirle: "Flagélale la aleta derecha de la nariz". No tocaría nada que no quisiera tocar. No orienta sus golpes según la conducta de Bolzer. Golpea en tanto encuentra diversión en ello. A Bolzer no le agrada golpear, de ahí que cause tristeza contemplarlo. Tal vez sea un pedante. Experimento una verdadera elevación cuando la señora Bolzer empieza a fustigar. Se torna absurdamente hermosa cuando castiga los enormes planos faciales de su esposo. Quizá al hacerlo desee a un

hombre de cara insignificante, digna de su puntería. De improviso arroja el cinturón de seda y lo enlaza en un gancho, coge del aire o extrae de su escote un pañuelo blanco y restaña la sangre que mana del labio de Bolzer. Algunos espectadores creerán que le ha destrozado los labios. Mi opinión es que el propio Bolzer se los ha mordido mientras golpeaba y al ser golpeado. Se los muerde con su diente único y grande que vemos raras veces.

Cuando la sangre ha sido restañada, los Bolzer toman asiento en el nicho. Bolzer se inclina levemente. Cede paso a su mujer. No ocupa su lugar sino cuando ella se ha sentado. Ambos quedan frente a frente. Se miran uno a otro. No hablan. La señora Bolzer es la primera en sonreír. Luego sonríe el señor Bolzer dejando a la vista su diente.

El del penacho dice:

—Lotti, ésta es la última vez que asisto.

Ella comenta:

—A quién le interesa venir.

De las motocicletas llega un gruñido de desaliento.

Las máquinas se ponen en marcha y los patanes vestidos de cuero salen disparados en medio de la oscuridad, llevando a las muchachas a su espalda como mochilas. Por un instante, los dos policías pueden sumergir sus blancas manos enguantadas en los haces de luz de los faros. Se ha puesto tan oscuro que la gente más cortés debe balbucear frecuentes disculpas antes de alcanzar la calzada. El grado de emoción y gozo que la gente deja traslucir camino a casa, se asemeja al espíritu que se difunde cuando se regresa al hogar de la fiesta del solsticio o de la quema de la bruja del invierno.

Me agrada quedarme aún un rato junto al cerco, lo admito. Y a mi lado la dama náufraga, siempre húmeda. Tan pronto se ha marchado el del penacho, el rentista manco recupera su lugar a mi derecha. Nosotros tres somos los más pacientes. No decimos nada. Miramos. Los Bolzer están sentados. Y nosotros miramos. A nosotros tres, el simple estarse allí sentados los Bolzer se no antoja harto interesante, tan digno de ser contemplado como el castigo que se aplican mutuamente. Podemos, o —para no exagerar la afirmación— puedo hacer deducciones del simple estarse allí sentados de los Bolzer, tanto como de sus azotainas. Lo admito, esto es indescriptible, pero sí se puede observar atentamente. La mesa que se interpone entre ambos está tan vacía que uno desearía ver sobre ella una botella de cerveza y si fuera posible también un vaso. Sin embargo, faltan la botella y el vaso. Esto es precisamente. Y si se contempla largo rato

a los Bolzer allí sentados, cree uno comprender que falten botella y vaso. Por otro lado agobia ver a los Bolzer así sentados. ¡Si entrara corriendo algún niño o al menos un gato! Evidentemente, los Bolzer se han ocupado seriamente de poder sentarse frente a frente solos. Nadie espera que hablen entre sí. Se aprecia desde el cerco. Nada puede hacerse allí con palabras. Como es imperioso formarse alguna idea sobre todo, se piensa: "Esta gente tiene bastante que soportar". En tanto los Bolzer se castigan mutuamente son por cierto atractivos. Sin embargo, cuando se quedan allí sentados, uno podría enamorarse de ambos cónyuges. Representan algo así sentados a la mesa. No lo puedo soportar. Quien quiera reír o llorar debe verlo alguna vez. Gracias a Dios que Bolzer no aguanta quedarse así sentado por siempre. Qué sería de mí, que sería de toda la ciudad, que, aunque en secreto, participa desde hace mucho del espectáculo de los Bolzer. Bolzer sabe que mañana es lunes, por lo tanto enciende un cigarrillo. Aprovecho este instante. Me vuelvo bruscamente y me marchó. Al fin y al cabo no debe tenerse la impresión de que soy insaciable.

(Trad. María A. Gregor.)

LA SOMBRA DEL CUERPO DEL COCHERO

(FRAGMENTO)

No pude reunir fuerzas para describir una vez más cómo había descendido de la pila de madera y había ayudado al hijo a recoger las piedras. Después que yo, después de levantadas las piedras, haberme retirado a mi habitación, asenté por escrito este último capítulo de mis observaciones, me recosté y me eché unos granos de sal en los ojos. Y, tras una breve etapa nebulosa, tuve una visión o, mejor dicho, me deslicé dentro de una visión. Era como si me moviera sobre una carretera, una calle amplia y pavimentada; era como si estuviera sentado, cómodamente reclinado en un automóvil o en un ómnibus (el vehículo no se veía, sólo consistía en una sensación de movimiento, de deslizamiento). Y mientras me deslizaba serena y descansadamente, vi a lo largo de la carretera —hasta donde alcanzaba mi vista— alces o ciervos, enormes animales, en parejas ayuntadas. Las cabezas, con sus monumentales cornamentas, estaban muy erguidas y de los hocicos entreabiertos brotaba el vapor de su aliento cálido. Las pezuñas de los machos golpeaban en áspera caricia los lomos y pechos de las hembras, y los rítmicos movimientos de aquellos pesados cuerpos iban acompañados por un sordo resuello, con algo de risa reprimida, que surgía de todas las gargantas. Mientras yo me deslizaba a lo largo de la interminable fila de bestias, el cuadro se fue diluyendo y comenzaron a filtrarse los contornos de la habitación. Mientras miraba adentro hacia los contornos de la habitación entre los que aún se movían los animales como sombras, y cuando mi oído aún percibía el seco entrechocar de las astas, oí un golpe en la puerta, y el golpe lavó los últimos restos de la visión e hicieron que el cuarto con sus paredes, sus objetos, su ventana y su puerta surgieran claramente de los contornos. Y tras el golpe se abrió la puerta sin que yo hubiera respondido al golpe, y el doctor entró apo-

yado en su bastón, cerró la puerta tras de sí y se apoyó contra la pared, mientras se palpaba los vendajes de la cabeza y el rostro. Sus labios se movían, pero la voz era inaudible. Me incorporé y puse la mano tras la oreja a modo de pantalla, pero no pude oír ni el más leve susurro; me puse, entonces, de pie y me acerqué a él, aproximando el oído a su boca. De su aliento entrecortado y de sus movimientos de lengua alcancé a interpretar estas palabras: heridas que no sanan, corte como corte, por profundo que escarbe, hasta los huesos, chirrido de acero sobre huesos, raspar, quebrar, está más adentro, ligar, toda la noche, en pie toda la noche, y más sangre, pus y sangre, seguir, antebrazo, luego más arriba, altura del hombro, brazo, agua en ebullición, articulación, dislocación, ligar, encontrar, hasta las costillas, en el tórax, profundo en el tórax, a la vista el corazón, lóbulos del pulmón, piernas, enyesar los tobillos, serruchar, tirar, en torno a la pantorrilla, cortar por la canilla, tendones, enyesar rodilla, muslo, profundo en el vientre, de pus y sangre dos recipientes, seguir con furia y ahora (al decir esto se quitó los anteojos negros; sus ojos tenían una mirada fija con un vacuo resplandor blanquecino) sin ver nada, ni con la luz más viva, a oscuras, completamente a oscuras seguir cortando, clavar el acero, hacerlo correr, dilatar, tantear, unir, no encontrar instrumentos, perdidos en la oscuridad, donde el algodón, gotea, dónde el éter, dónde las pinzas, dónde las agujas, hilo, herida abierta, al azar, brazo cortajeado, dirección perdida, a dónde, dónde la puerta, la mesa, entrar en puerta equivocada, no saber si se sube o se baja, si se está arriba o abajo, sentarse en las tinieblas, no saber si es brazo o si es pierna, dolor igual, en todas partes dolor igual, corte donde corte, dolor igual, al dolor extirpar, acallar, cantando silenciar; y con estas palabras levantó la voz y comenzó a cantar casi en un gemido y mientras los dientes le rechinaban, cantar, cantar, entonar, acero contra acero entrec chocar, de la garganta brotando, dentro de la garganta, voz y sangre pasando. Yo lo tomé del brazo, abrí la puerta y lo conduje a través de la planta alta hacia la escalera, y en el camino él seguía cantando: adónde, adónde me lleva, el enfermo a mí, al médico, a dónde, adónde me lleva, adónde, adónde, adónde lleva el enfermo al médico. Y cuando llegamos a la escalera y yo comencé a descender de espaldas, delante de él, mientras lo sostenía por los brazos y guiaba sus pasos rígidos, siguió cantando: por una escalera lo conduce, por una escalera, recorre una escalera, una escalera en zigzag, en zigzag descenden una escalera, llegan a una larga escalera, una pared aquí y otra pared allí, una pared a un lado y una pared al otro lado, moverse a lo largo de una larga pared. Cuando alcan-

zamos el corredor lo conduje hasta la puerta de su cuarto y en el camino él cantaba: ahora el suelo es llano, se flota sobre el suelo, vivir un paso más y vivir un paso más, quién está conmigo, quién me sostiene, el enfermo, el enfermo al médico; y cuando llegamos a su puerta y yo la abrí y lo hice entrar en la habitación, él cantaba: presiona el picaporte, presiona el picaporte, al cuarto lo entran cantando, el enfermo al médico a su cuarto, peor, cada vez peor en el cuarto, oyes cómo gimen en el cuarto, en qué cuarto, dónde, en qué cuarto, dónde, dónde; y cuando cerré la puerta de su cuarto tras de nosotros y lo conduje a su cama y lo senté sobre su cama, su canto se transformó en una monocorde O, que se fue debilitando y por fin se extinguió. Su habitación, constituida por cuatro paredes, un techo y piso, está dispuesta de modo que —vista con los ojos de quien entra— a la derecha, junto a la puerta, hay una larga mesa de madera rústica, aparentemente hecha por el propio doctor, que se extiende hasta el medio de la habitación, en donde se junta, en ángulo recto, con otra mesa que se extiende hacia la derecha y que a su vez se junta, en ángulo recto, hacia la izquierda, con una tercera que llega casi hasta la pared opuesta a la puerta, en la cual se abre una ventana, de modo que sólo queda un estrecho espacio entre pared y mesa a través del cual se podría quizá penetrar con esfuerzo —dejando la ventana a la izquierda— para pasar junto a una mesita alta y redonda, colmada de pinzas, bisturíes, agujas, vasos, frascos, cubetas y cajas, a la que sigue inmediatamente otra mesita igual, luego de lo cual uno tiene ante sí tres sillas cargadas de libros y, como la pared que forma un ángulo recto con la de la ventana y con la de la puerta, le impide a uno seguir avanzando, es forzoso doblar hacia la derecha, con lo cual uno tiene la mencionada pared a la izquierda, y a la derecha, en el espacio comprendido entre dicha pared y el ángulo formado por las mesas, una mesita cuadrada y baja con una cubeta llena de sangre, y detrás otra mesa cuadrada, un poco más alta, sobre la cual se ven trozos de algodón manchados de sangre y pus; luego de lo cual, puesto que ya se ha llegado a la pared de la puerta, uno puede optar por volver hacia la pared de la ventana o alcanzar la puerta reptando bajo la primera mesa larga, cosa que yo escojo mentalmente para ubicarme ante la puerta y desde allí poder describir la mitad izquierda de la habitación, en la que se ve, ante todo, un alto armario con puertas de vidrio —cuyos estantes están atestados de frascos, etiquetados, de vidrio pardo, verde o negro, de cajitas, paquetes, y bolsitas, también etiquetados, o por lo menos sellados o con anotaciones de nombres y números—, seguido por un sillón de cuero sobre cuyo respaldo

y asiento yacen un par de toallas manchadas de yodo, y a continuación la cama con respaldo de hierro esmaltado de blanco, tras la que sólo queda por mencionar la mesa de luz —situada junto a la cabecera y también colmada de frasquitos, tubos y cajitas—, para completar este inventario de la habitación del doctor.

(Trad. Nélide Mendilaharsu de Machain.)

UN HERMOSO DÍA

(FRAGMENTO)

Pero ella ya no viene, ella no vendrá. Él penetra en su cuarto, destiende la cama y comienza a desvestirse. Sobre una silla deposita la ropa interior. Antes de meterse en la cama abre nuevamente la puerta que da al vestíbulo. Quiere conservar una sensación de la casa, quiere que todos los ámbitos mantengan con él una estrecha unión.

Desde la cama mira el vestíbulo, que aparece gris, penumbroso, con las oscuras formas de los abrigos y la opaca y mortecina luz que llega de la cocina. La puerta se ha movido un poco pues sólo le es dado ver una parte del vestíbulo. Descubre allí un paraguas, la empuñadura, el armazón abierto fuera del estuche. El paraguas está en posición oblicua en el colgador, con la empuñadura colgando hacia delante, el armazón es una a modo de cuña negra acabada en punta. Probablemente ha dormido porque la oscuridad es muy densa. O bien ha permanecido allí, y el tiempo ha transcurrido, su ropa de cama es sólo una mancha blanca y resplandeciente. Sobre la manta que lo cubre distingue débilmente la sombra que forma la cruz de la ventana. Ya todo aparece en el vestíbulo abigarrado e impreciso. El que está allí es su propio paraguas, ella recogió el suyo, que ahora está arriba en su bolso entre las perchas. La imagen es imperfecta, ve el bolso, la punta del paraguas y una parte de su brazo. Pero el brazo está desnudo, lo cual no puede ser. Ella corre muy vagamente, sin cuerpo, es un correr solamente pensado, en el que por momentos aparecen fragmentos de su cuerpo, las piernas, la espalda, las asentaderas. Pero, ¿cómo ha corrido, por qué? Corre con el paraguas, dice Günther; sin duda te has llevado el paraguas, porque se admira de que haya llegado. Él aparece espléndidamente vestido con un saco resplandeciente, en la estación del ferrocarril, ella avanza a través de la verja y corre hacia él. Nada se distingue con precisión. La inteligencia no se defiende. Todo es ahora manchas que saltan y respiran y la sensación del correr, en el

que salen a la superficie fragmentos de ella, diferentes recuerdos. Esto significa que algo no anda bien, piensa él. Correr, correr uno tras del otro. Ella pasa corriendo. Entonces él decide dormirse, o duerme completamente ya; piensa en un paraguas, en un paraguas desplegado, muy grande y oscuro, en cuyo interior están los blancos deseos. Así es el aspecto del dolor, blancos deseos, cuyo punto de partida es el centro. Esto le sucede porque está echado sobre el lado del corazón.

Antes de darse vuelta tiene que poner en claro, tiene que saber dónde están las piernas y los brazos. Con el brazo izquierdo palpa detrás de sí, se incorpora, recoge la rodilla y se vuelve. En el vestíbulo ya no es posible distinguir absolutamente nada, sólo el apagado resplandor de una vasta planicie. Eso no es en el vestíbulo, sino mucho más cerca, es su puerta entreabierta, que tiene el aspecto de una esponjosa materia porosa, sumamente liviana. Tal vez ha cambiado en algún momento su posición, ha girado un poco. En la casa se produce un movimiento de aire, a su espalda sobre la ventana se levanta la claraboya.

Precisamente ha dormido y soñado con algo confuso, pero todo se le ha presentado como si estuviera despierto. Tal vez lo estaba, eran situaciones separadas entre sí, algo parecía mantenerse despierto en medio del sueño, algo en el cerebro que no se percataba del sueño y continuaba funcionando. Es lo inconcluso, el pensar. El pensar, los movimientos que produce. Pero que nunca conduce a algo porque él no lo aprendió o porque es imposible. Sabe adónde quiere ir; lo que entonces buscó en el jardín era paz, un sentimiento de la serenidad sin angustia. Todo eso él lo conoció sólo como un estado de ánimo, acaso también como ilusión. O tal vez ello fue siempre así, había ilusiones muy prolongadas y más breves. Ahora, cuando él más lo necesita, ella no comparece. Tal vez él debió marcharse, hablar con Siems, que vive en una casa de campo, o bien alquilar en alguna parte una pequeña habitación. Esto casi tiene sentido, es un retorno a sus comienzos, cuando todavía era viajante. Si él les propusiera eso, ellos lo dejarían marcharse, pero acaso le dijeran "no te alejes mucho para que podamos ocuparnos de ti".

Tira del cobertor hasta la altura del cuello y coloca los dedos entrelazados sobre el vientre. Son dedos regordetes, toscos e inexpresivos. Dedos espatulados, sinceramente, sangre paralizada que ella convierte en blandas bolillas. Ha querido pensar en algo, en su partida y en los buenos deseos de ellos. Este pensamiento era precisamente nuevo, pero ya no, acaso ya no cree más en él. Sin embargo, se marchará, vivirá en alguna parte en otra ciudad, en una habitación amueblada para él solo. Esa perspectiva

siempre lo ha llenado de angustia, pero no puede ser muy diferente de ahora, o mejor. Es mejor porque nadie lo ve, porque nadie espera algo de él y él por su parte no tiene necesidad de imaginarse cómo lo ven, cómo lo han visto Kläre, Carla y Günther. Puede pensar sobre ese particular, pero no es preciso que viva de conformidad con ello. Estar solo, elaborar un par de costumbres nuevas para los últimos años, y meditar. Sentarse junto a la ventana y meditar, tenderse en la cama como ahora, por lo cual imagina que nada será diferente sino este estar tendido ahora allí de espaldas, en la oscuridad, con los dedos regordetes entrelazados. Será, no obstante, diferente, porque entonces los habrá abandonado; porque ha adoptado una decisión. Así los aterrorizará, ellos como él retornarán a una mansión vacía, y eso será entonces su respuesta.

Ellos van y vienen todos juntos, continúan corriendo los unos delante de los otros. Él no lo comprende, aunque está claro cuando una vez se lo sabe. Ella lo ha dejado solo, él está tendido allí, de espaldas, doblemente viejo que ella, y vive, puede presionar unas contra otras las yemas de sus dedos, formar un triángulo, un frontispicio, una casita. Juegos de dedos con los que ha entretenido a los niños, él sabe entenderse muy bien con ellos y a menudo lo ha hecho, generosamente, cuando disponía de tiempo, siempre con el pensamiento de recibir reciprocidad. Ha creído estar formando una reserva, para sí, para después; había querido acumular paseos, entretenimientos, ternezas, una reserva de la cual quiso vivir, de la cual tal vez había vivido. Todo llegó como él había esperado. Pero no lo ha sabido así como ahora, mientras creyó en ello. Ha aventajado a Kläre en la medida en que dispuso de tiempo, y ella no, tiempo para reunir esta reserva de amor y gratitud, que él elaboró para ella; eso era su posesión; ella tenía la casa, el negocio, en el cual su valimiento no fue mucho, como todos sabían, incluso los huéspedes. Tal vez a ella le había sucedido precisamente igual. Ella se había adherido como con garfios a la situación, quiso agrandar el negocio, después enfermó y comenzó a atraer hacia sí a Günther. Todos están justificados, todos tienen sus razones, todos la temen. ¿O es que sólo juzga por sí? Es posible que ellos sean diferentes y que él no comprenda nada relativo a ellos. Entonces ya puede dejar de pensar, yacer allí tendido sobre el colchón, palparse los dedos, contemplar la colcha. No, no puede aunque lo intente. Es un apaciguamiento que le produce angustia. La angustia de estar encerrado, solo, mientras todos los demás siguen adelante como por acuerdo previo. Morir, ya que afuera todo desaparece. La ve correr, la ha visto pasar corriendo. También esto ha disminuido como si estuviera agotado, como si ya no fuera cierto. Entonces

quiere imaginársela, imaginar sus saltos que son movimientos relajados, o ágiles saltos, zonas vacías.

No duerme correctamente, es incapaz de pensar. Para fatigarse mueve los ojos dentro de los párpados cerrados, los vuelve hacia arriba como si mirase dentro de su cráneo. Sólo su cuerpo siente fatiga, no su cabeza, o es que su cuerpo no está allí, se ha hundido, y muy alejados yacen en la cama sus pies, que están fríos. Los extiende, se echa un poco más sobre el costado. No es posible forzarse para dormir, lo mejor es ponerse a pensar en algo. En algo agradable, en las vacaciones, en cómo él y Carla atravesaron el bosque, bajo la lluvia, camino al mar. No quiere pensar en todo eso, le produce excitación y todo vuelve a comenzar. Tal vez de este modo le es posible dormir o bien pensar en algo anterior; entonces ya tiene algo que hacer, la habitación, la lámpara de pie con las tulipas de seda y Kläre que dice algo y toma asiento frente a él. Dormir ahora, piensa. De nada sirve pensar en los muertos, tampoco en su propia mujer.

Contempla el vestíbulo, los negros bultos de los abrigos que no consigue distinguir claramente. La mansión se le presenta enorme, como si todos los ámbitos se hubieran dilatado y las paredes avanzado hacia fuera. No está mal que no pueda dormirse, nada le pasa inadvertido. De nuevo vuelve a pensar en la forma en que ella vino a él. Cuando ella estaba con él, sintió que vivía, aunque sabía que ya era viejo, precisamente a causa de ella. Había resultado cómodo ser viejo.

Bajo la lluvia habían llegado hasta el mar y se habían refugiado en la casilla para los botes. Lo referente a esa tarde lo había olvidado, pero ahora recuerda que no había nadie allí a causa de que hacía ya más de una hora que llovía, cosa de que ellos apenas si se habían dado cuenta en medio del bosque. La madera del puentecillo al cual estaban fijadas las canoas por la parte de abajo estaba ya negra y resbaladiza por la humedad. Ella se había mudado la ropa detrás de la casa y pasó muy junto a él, que olió su piel cálida, el caliente y fugitivo vapor que de ella emanaba. Encogió todo su cuerpo al salir a la lluvia y así curvada corrió con los brazos cruzados sobre el pecho hasta donde acababa el puentecillo, de allí volvió los ojos hacia él, gritándole algo antes de saltar. Sus brazadas fueron alejándola bastante, pero él no abrigaba ningún temor por ella. Entretanto él se había apoyado en el tabique y escuchaba golpear la lluvia sobre el techo, el agua olía fuertemente a pantano y madera podrida. El mar aparecía como una inquieta superficie gris, agitado por el constante golpe de las olas y salpicado por la lluvia, más tupida cada vez y tras cuya cortina desaparecía la otra orilla, los árboles, el juncal; las

islas de juncos más adelantadas sobre la lisa superficie del agua formaban una raya brumosa hacia la cual ella braceaba, y que se confundía con los pesados nubarrones igualmente grises. Él la divisó a gran distancia mar afuera y le hizo una señal, y ella levantó el brazo para mostrarle qué había visto. Luego fue acercándose, braceando de regreso. Cuando estuvo nuevamente a su lado, destilando agua, los cabellos cayéndole en pesados mechones, cuando se acercó a grandes brazadas y se colgó brevemente de la proa de una canoa, jadeante, con la boca abierta; cuando luego emergió y fue por la vacilante canoa hasta el puentecillo, atrayéndola con el cuerpo recogido hasta colocarla en él, totalmente serena y jadeante e insensible hacia la persistente lluvia, él había visto a Kläre, los movimientos que hacía al inclinarse, al ducharse, todo era lo mismo, los cuerpos se repetían, pero se movían alejándose de él, pasaban a su lado, aunque ella le sonreía, al pasar corriendo junto a él para ir a secarse. Espero, escuchó cómo ella se friccionaba con la toalla; era un ruido de rápido palmoteo, y de pronto no escuchó ya nada, sólo una vez su voz, más profunda que la que él conocía, que emitió un sonido tal vez porque estaba alegre o porque volvía a sentir calor en su cuerpo, cierto oscuro sonido entre los dientes apretados, que era desconocido para él. Entretanto había permanecido junto al tabique, sintiendo bajo la palma de su mano la cálida madera y observando la orilla opuesta muy vagamente todavía, árboles que a modo de fugitivas manchas grises aparecían en el agua; todo se le presentó como si él no perteneciera al conjunto.

Mas ella llegó en ese instante y él supo que todo lo que veía los envolvía con el asombro, cada vez más penetrante, de existir.

Paulatinamente se hace la claridad. Penetración apenas perceptible de la luz, brusca reaparición de las superficies. Él continúa en la cama con las piernas distendidas. En la cocina funciona la heladera. Recuerda haberla escuchado: ahora se ha detenido. Tal vez no siga en aumento la claridad. Piensa si se levantará y beberá algo, pero permanece acostado. Ahora estarán juntos, piensa. Nada es reversible, todo sigue su movimiento o no hay tal movimiento, y todo va a lo mismo. Hacia la mañana el frío aumenta. Él se levanta y cierra la claraboya. Ahora ya puede ver con precisión todo lo que hay en el vestíbulo. Los abrigos cuelgan invariables en sus rígidos dobleces, desordenados y sin formas; y resuelve que sigan colgando así.

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

ALGO SUCEDE

(Proemio 3)

1er. segundo

yo, soldado, no-soldado, N° 123456789, N° cero, cuelgo, cuelgo porque fui colgado fui colgado porque sonreí, sonreí porque renuncié

2do. segundo

estoy solo, lo sé, no me equivoco, detrás de mí, lejos detrás de mí, están los otros, soy el centinela avanzado, tengo mi arma en la mano, no bien veo un enemigo le disparo, jamás erré el tiro, lo aprendí, yo era el mejor en el puesto, tengo el distintivo de hierro de tiro, ante mí está la llanura, la puedo abarcar tan bien con la vista que nada se me escapa, está pelada, no tiene ni un árbol, ni un arbusto, ni una cuenca, fuera de la colina, oeste noroeste, a cincuenta pasos de distancia, hay allí un monte bajo, es posible que en él se haya ocultado un centinela avanzado del adversario, pero probablemente no sea así, hubiera debido verlo cómo se arrastraba a través de la llanura, o ese al que relevé, a él hubiera debido importarle, la noche es clara, observo la colina, sus declives, izquierda, derecha, su copa frente a mí, nada se mueve, la colina está libre de enemigos pero entre la colina y yo se mueve algo, es una araña, está sentada sobre un montículo de erica, teje su nido, para el que yace en tierra como yo es una araña gigante, si estuviera de pie no la habría visto, tan minúscula es, ahora patalea, ha comenzado a llover, la hierba comienza a oler, chupo un tallo, tengo sed, con la lluvia ha refrescado, veo mi aliento, no hubiera debido hacer ese movimiento de cabeza, sólo puedo moverme cuando es militarmente necesario, he estado desatento, he lesionado mis deberes, lo repararé haciendo . . . , no sólo veo mi aliento, también veo el aliento de otro, sobre la colina, en el monte bajo, respira el monte bajo, no, sobre la colina hay una persona como yo, un enemigo, un soldado como yo, respira como yo, o es un campesino que se ha escondido entre los ejércitos, o es un animal, no veo nada

fuera de ese aliento ajeno, pero ahí sí veo algo, se agita porque la lluvia lo empapa, se sacude, y noto que ese algo tiene un rostro y dos manos, las manos sostienen un arma, los ojos en el rostro espían nuestra zona de retaguardia, el hombre es un enemigo, está arrodillado, se ha camuflado con el monte bajo, lo abatiré, alzo mi arma, ahí, en ese instante se da vuelta, me mira, y dice, en caso de que sea realmente él quien habla, en caso de que no sea esa vocecita que murmura en cada cual, y que el otro sólo puede oír si a ambos les está destinado desde un principio que en tal y cual instante ambos hablarán sobre tal y cual cosa, así como sucede ahora te contemplo, dice el otro
dejarás, digo yo, de contemplarme
te contemplo en mitad del rostro
cierra los ojos
los ojos están hechos para ver
sólo en aquellos, digo yo, que viven
yo vivo
en seguida habrás muerto
apunta
llego al descanso
aprieto el gatillo
tiemblo
por qué
no lo sé
tienes frío
no tiemblo en absoluto
por qué no disparas
vacilo
me tienes miedo
no te temo, digo, en este instante podría
abatirte
no alcanzaría a devolver el disparo
jamás tuve miedo aún
temes el disparo
soy soldado
temes esta clase de disparo
qué clase
el disparo a un indefenso
quizá
tendría miedo de ello

tú dices eso porque estás en la situación del indefenso
se me ocurrió algo, dice el otro, se me ocurrió qué extraño
es que conversemos sin conversar
hablamos, digo yo, sin mover los labios
alejados cincuenta pasos uno de otro
nadie puede oírnos
ningún superior
ningún otro soldado
nadie puede delatarnos
nuestros pensamientos hablan
parece, dice el otro, que tenemos los mismos pensamientos
los mismos, pregunto yo, acabo de tener un pensamiento que tú no podías
pensar
por qué no
era mi propio pensamiento
qué pensamiento era ese
en realidad eran dos pensamientos
cuáles
pensaba en mi maestro, digo yo, que me enseñó, y
pensaba en mi oficial, que me enseñó a disparar, el oficial
decía, cuando usted dispara, debe pensar en dos cosas
en qué
en esto, digo yo, que un once es más que un diez, que un doce es más que
un once, y que toda cifra por debajo del doce es una afrenta
y que sólo los disparos en la cabeza, dice el otro, en el corazón o en el vientre
son un doce
has aprendido con el mismo oficial que yo
oficiales son oficiales
mi oficial, digo yo, también decía, cuando usted dispara, debe odiar
si no, no acertará
como usted no conoce al enemigo, digo yo, que está enfrente de usted,
debe usted imaginarse que tiene frente a sí a su enemigo mortal
quien no tiene un enemigo mortal, dice el otro, no es un hombre
No tengo un enemigo mortal
pero soy tu enemigo
no te conozco
entonces arrástrate de vuelta
te arrastras de vuelta
en seguida

yo vacilo
por qué
no sé, digo, qué está bien, si disparar o no disparar
entonces dispara
o lo abandono
entonces no dispares
dispararé
por qué
me libero de mi duda
cuando hayas disparado, dice el otro, dudarás si estuvo bien
tomo una decisión
a la inversa también sería una decisión
te olvidaré
verás mi cabeza, dice el otro, que era como tu cabeza,
y a la que has convertido en una cabeza de fantasma
fuera
no, dice ello, pero lo que ahora susurra no es el otro soldado, sino una
muchacha que, no sé cómo, una tercera vocecita se une a nuestras dos voces
quien habla ahí, pregunto
yo, dice la muchacha
quién eres tú
te amo
ah, digo yo, mi chica
te prevengo
de qué
del disparo
qué puedes saber tú de ello
estoy contigo
no te metas
quiero ayudarte
vete
quédate, dice una segunda muchacha, una segunda vocecita desde las
alturas, profundidades, distancias
y quién eres tú
yo sé, dice la primera muchacha
quién
su muchacha
qué quiere ella
lo mismo que yo

no quiero, dice la segunda muchacha, que conviertas la cabeza de mi amigo en una cabeza de fantasma, soldado extraño, y no quiero que tu cabeza se convierta en un recipiente lleno de muerte, lleno de crimen, dice la primera muchacha

quiero, dice la segunda muchacha, que vuestras cabezas prosigan lo que comenzaron

no debéis dejar de pensar, dice la primera muchacha

no debéis dejar de recordar, dice la segunda muchacha

pero cae la tarde, la primera muchacha

nuestros hombres enciegan, dice la segunda muchacha

apunto a tu cabeza, digo yo

te la ofrezco, dice el otro

olvidadizos, dice la primera muchacha, ya no recordáis cómo nos visteis por primera vez

con vuestros ojos en vuestras cabezas

que queréis hacer papilla

el uno la cabeza del otro

o el otro la cabeza del uno

olvidadizo, fue en el Padrenuestro

fue en el bienteveo

yo iba hacia arriba

yo subía trepando

yo viajaba a la oficina

yo quería cazar la mariposa azul

era mi primer día en la oficina

nunca había visto antes una mariposa azul

tú estabas abajo y me mirabas las piernas

tú estabas abajo y me mirabas las piernas

me seguiste

trepaste tras de mí

subimos hasta la azotea, dice la primera muchacha, y bajamos hasta el sótano, y nuevamente subimos hasta la azotea y nuevamente bajamos hasta el sótano

olvidamos la mariposa azul, dice la segunda muchacha, y oímos cantar a los grillos y vimos el campo de cebada

nos besamos

nos besamos

olvidadizo

olvidadizo

no soy olvidadizo, digo yo
no soy olvidadizo, dice el otro
habías soñado, dice la primera muchacha
tú también, dice la segunda muchacha
en el sueño rozaste mi cadera
tú la mía
luego ya no la sentiste
a ti te ocurrió igual
miraste
ya no estaba allí
yo ya no estaba
yo tampoco
dónde estaba yo
dónde
entonces despertarte
también tú despertaste
pero en realidad la cadera estaba allí
también mi cadera estaba allí
la acariciaste
la besaste
quieres, pregunta la primera muchacha, que el otro renuncie a ello
quieres, pregunta la segunda muchacha, que tu futuro beso sea manchado
por la muerte del otro
quieres, pregunta la primera muchacha, que se afee nuestro juego de la
bocina del auto y de la flauta
nosotros jugamos un juego parecido
cómo era
bocina de auto y pajarito, dice la segunda muchacha, no bocina de auto
y flauta los dejamos cantar juntos
quién ganó en vuestro juego
la flauta
en el nuestro, el pajarito
el juego no volverá, dice la primera muchacha, si nuestros hombres no son
gente se acaba
nada vuelve
tampoco el futuro
se acabó, dice la primera muchacha, antes de haber comenzado
no tendré un hijo
un hijo que no está, dice la primera muchacha, no remontará un barrilete

no andará en patines
no reirá de Charlie
no habrá palito, dice la segunda muchacha, ni pata de rana
no habrá lago, dice la primera muchacha, en el que uno rema con una
canoa ...

... y nosotros ...
... lo contemplamos ...
... y nos preguntamos ...
... aquí está tranquilo ...
... está tranquilo ...
... es el lago ...
... es el bote ...
... pero también es el remero ...
... qué piensa él ...
... sólo cuando sabemos ...
... que sus pensamientos son pacíficos ...
... está la paz

te abandono, amigo, dice la primera muchacha, que ya no eres mi amigo
te abandono, desdichado, dice la segunda muchacha, que me haces des-
dichada

dispara por fin, dice el otro
has oído, pregunto, lo que yo oí
todo
no eran espíritus
eran nuestros pensamientos
nuestros buenos pensamientos
cuánto hace que nos estamos mirando
un instante
un solo instante, dice el otro
ese instante fue un buen instante, digo yo

dejo caer mi arma, la deposito junto a mí, estoy inerme, el otro podría
abatirme como a un lobo dormido, todavía lo miro, nunca hemos dejado
de mirarnos, al mismo tiempo oigo algo detrás de mí, todavía está bastante
lejos, es mi relevo, se acerca a la rastra, el otro debe de haber desaparecido
antes de que mi relevo esté junto a mí, si no todo sería en vano, el otro
me hace una señal de asentimiento, el relevo ya está más cerca, el otro se
acuesta, toma su arma, se la cuelga, baja deslizándose por la colina, sobre

la ladera posterior, invisible, inaudible, el relevo está detrás de mí, le susurraré que la llanura está libre de enemigos, también la colina, preguntará el relevo, la llanura colina incluida, solo... que, una araña que teje su nido, y... qué, vi un aliento, no, dos, de quién, mío y..., de quién más de un animal inobjetable, ya viste alguna vez una mariposa azul

hablas como afiebrado, dice el relevo

3er. segundo

yo, un cero, que fue un uno, pero ya no puedo llegar a ser uno, porque cero queda cero, estoy muerto, no tengo un quepis, se lo han puesto a otro hombre sobre la cabeza, no tengo cabeza sino una remolacha despelada, no tengo piel, en especial en la nuez de Adán, Adán ya no tiene nuez, nuez no tiene carozo, carozo cara-de-oso, punto y coma, fuera de broma, dentadura sin muelas, no me duelas espantapájaros que no asustas ni a un pájaro, tú mismo un pájaro, pájaro muerto, plumita nada

4to. segundo

cuelga bien

cómo, bien

así, para que el cáñamo le apriete el cartílago

5to. segundo

míralo a ese

hay alguien allí

un desertor

qué es eso

un soldado que ya no quiere serlo

y entonces ya no puede ser nada

6to. segundo

debe flamear

escúpelo a ese cobarde

es cobarde

es igual, escúpelo

no tengo saliva

mentira

para ese, no

qué quieres decir con eso
adivina

7mo. segundo

tú, no oye, nada, no debe, no puede, no quiere, te entiendo, tú, quieres
estar tranquilo estabas por la intranquilidad también yo lo estoy, muchos
lo están, son cada vez más, tú, eres el último que cuelga así

8vo. segundo

qué hace usted ahí
yo, nada
cuídate
de qué
del próximo árbol

9no. segundo

ahora cuelga de primera
cómo
así, rápido y liquidado
se fue rápido, pero que esté liquidado
este ya no nos liquida más

10mo. segundo

o bien

11no. segundo

yo, un uno que se convirtió en un cero después de haber sido un uno, vivo,
vivo aún, vivo de nuevo, yo, viviente, pese a estar con la soga al cuello,
pienso en el cuello sin la soga, con el esófago, el esófago, traga sopa, sopa
de papas, papas, huevos, fideos, tomillo, apio, eneldo, carne de buey, como,
chasqueo, eructo, estoy ahito, sigo comiendo, no termino más de comer

12mo. segundo

he muerto, inspiré, expiré, inspiré un poco, no del todo, ni la mitad, sólo
una décima parte, un centésimo un milésimo olí algo, qué, a mí mismo,
me pudrí, vomité, oscilé, a izquierda, a derecha, algo, más, mucho, volé,
un metro para aquí, un metro y medio para allá, una docena de metros
para aquí, de golpe ya no volaba, ya no flameaba, colgaba quieto, me
alargaba, me volví tan largo como yo por dos, gigante, enano.

13er. segundo

no bien estuvo muerto, corrió como un reguero por la ciudad, el soldado colgado se fue, dijo el vendedor de diarios al mozo del hotel, el soldado se fue, dijo el mozo del hotel a la florista, se fue, dijo la florista al barrendero, fue, dijo el barrendero al chófer del ómnibus, fue y vamos, dijo el chófer del ómnibus al pasajero, vamos a la calle, dijo el pasajero al estudiante, vamos a la calle principal, dijo la moza del café al vendedor de diarios, pero la frase estaba de más, porque la manifestación ya había comenzado

(Trad. León Mames.)

CONTINUACIÓN DEL INFORME

Entre la sopa y la boca pueden ocurrir muchas cosas. Por ejemplo, estas palabras que percibe mi oído o la alteración del rostro de Krogge, súbitamente iluminado por la luz. Schrader, vaya sorpresa. Por ejemplo, este deslizarse de la luz inquieta sobre todos los cuerpos y objetos. Usted lo ha escuchado, querido mío, todos muertos o la mayoría, pero nosotros estamos vivos. Por ejemplo, ese señalar su cabeza sobre la cual crece el gran hongo blanco de la gorra. Y en lo que a mí atañe, no moriré sino cuando se me hayan gastado las piernas de caminar, las manos de manosear, la faringe de tragar. Por ejemplo, este rodear y oprimir la garganta con la mano. Más tarde, quizá me abran el abdomen y miren en mi interior. Por ejemplo, estos movimientos de aserrar, de hender de la mano. En lo que a usted se refiere, supongo ocurrirá lo mismo, una salud medular en la que se podrá cortajear con tranquilidad. Por ejemplo, el movimiento que realiza para volver a llenar su plato, sin importarle la definida incomodidad después de la comida, la indefinida presión en el estómago, las ganas de vomitar, el estreñimiento, el retraso en las deposiciones. Por ejemplo, el señalar ese abdomen hinchado por las ventosidades, cual un tambor. No sé si usted también conoce esto. Por ejemplo, el renovado empezar con la comida. Y los gusanos carcomen mi diente, esta encía entreverada entre el asiento del diente como un injerto, vea usted. Por ejemplo, este dejar caer las comisuras de los labios y mirar dentro de una cavidad negra provista de una hilera saliente de empastes. No sé, también este desgarramiento en los brazos, esta tensión en las piernas, esta dificultad para deglutir. Por ejemplo, este nuevo intento de servirme sopa y mi negativa a tomarla. Escucho estas palabras y vo a quien habla sentado con el dedo en alto, dirigiéndose a mí y junto a él veo a otros sentados, con las bocas hundidas, mudos sus tenedores en la mano en camino del plato a la boca. A medida que voy viendo, recuerdo el instante en que entré en ese recinto. Surge este cuadro de bordes ya amarillentos: a la derecha se encuentra Krogge con una chaqueta negra y dice "usted quería traer algo" y cuando yo, también

vestido con una chaqueta lo niego, dice: "usted quería buscar algo". Esto también es negado, estoy junto a la puerta y levanto mi sombrero, sólo una idea, pero suficiente para hacer resplandecer mi calvicie, un insignificante momento al que pongo fin bajando el sombrero rápidamente. Krogge observa: "con sombrero se parece a Wobser, se lo quita y se parece a Schrader, se pone nuevamente el sombrero y vuelve a parecerse a Wobser". Después de estas palabras me quito el sombrero definitivamente. Si diera crédito a las palabras de Krogge, debería parecerme a Schrader en este instante. Schrader. En el fondo del cuadro, un cuadro de bordes ajados y raídos, está sentado el hijo que tiene una sola mano, a su lado la esposa de Krogge, mujer de busto prominente, junto a ella, en actitud sumisa, la hermana de la mujer, el hermano de la mujer y su tío, junto a ellos un señor llamado Ruckgaber, a su lado Wober, Schlötzer Gibser Wurzer Schutzer y junto a Schutzer el director. En el cuadro se ve una silla desocupada. Mientras me inclino hacia todos lados agitando el sombrero, Krogge señala esa silla y yo me siento en la silla del cuadro del recuerdo en la cual aún me encuentro sentado.

Lo que sigue, quizá no sucediera en esta, pero tal vez en una de las secuencias correspondientes: el desabrochar las ligas de las medias, el cerrarse el cerrojo, el desabotonar el batón, el girar la llave en la cerradura, el quitarse el batón, el soltar los ganchillos del corpiño, el brotar las masas piriformes de los senos, el cerrarse el cerrojo, el separar las piernas, el abrir la bragueta, el cerrarse el cerrojo, el comienzo de los crujidos de la cama, el jadear, el gemir que se mezclan con los crujidos de la cama, el aparecer el vientre, el sacudir el vientre, el soltarse el peinado sujeto con horquillas, el abrirse la boca, el despojarse del pantalón, el chasquido de la llave, más rápido, el desabrochar el pantalón, el dejar caer los pantalones, el cerrarse sus piernas sobre mí, el abrazar pujar de mi cuerpo, la sensación de su cuerpo duro duro y blando blando, el ceder de la carne bajo mis dedos, las cosquillas los pellizcos de mis dedos, el quitarse la camisa, más a prisa, el enrollar las medias hacia abajo, los movimientos de nuestros cuerpos, más a prisa, el crujir de la cama, el tambalearse la mesa de noche, el oscilar la cómoda, el trepidar de las ventanas, el bambolearse la lámpara, el desabotonar la chaqueta, el cerrarse el cerrojo, el desabrochar el pantalón, el bajarse los pantalones, el colocar el cerrojo, el correr el cerrojo, el ponerse la camisa por la cabeza, el dar vuelta a la llave, el dejar caer el pantalón, el colocar la cadena en la puerta, el abrir el pantalón, el correr las cortinas, el crujir de la cama, el aparecer surgir y desaparecer uno y un segundo

grito que se eclipsa en un gruñido, la parábola de un grito que se quiebra y se encoge en un gruñido, el agitarse, temblar, estremecerse de su cuerpo, la calma, el sosiego, el subir abotonar cerrar la hebilla del pantalón, el descorrer el cerrojo, el dar vuelta la llave, el aflojar la cadena de la puerta, el salir a la calle. Pero estos sucesos son imposibles. Estas imágenes, esta secuencia de movimientos y murmullos enfilados en mi imaginación, se quedan en la imaginación por más seguro que esté en este momento de dichas imágenes. No acaecen. No necesito un nuevo comienzo. Quizá debiera empezar con su acercarse. Viene hacia mí con el cabello recogido, viene hacia mí con las manos en alto, con los brazos abiertos, extendidos en un ademán de cordial hospitalidad. "Bienvenido, bienvenido, pase". Cierra la puerta a mis espaldas, hace girar la llave en la cerradura, corre el cerrojo, coloca la cadena, acerca su boca a mi rostro. "Es bueno que haya venido". No me engaño, es como ella dice. "Su llegada me satisface". No cabe duda alguna sobre su manifestación. "Su presencia me place". Observo la superficie amarilla de su rostro, cruzada por oscuros pliegues, hendiduras y grietas, la cavidad bucal contorneada por los labios gruesos, los lagrimales arrugados, la nariz respingada con los oscuros pozos que forman los cornetes, las pequeñas castañas y tupidas elevaciones verrugosas, los retorcidos conductos auditivos las grutas del oído, ese rostro bajo la costra del polvo. Percibo la presión las caricias de sus manos, escucho el jadeo de resuello que escapa de su boca, el crepitar de sus prendas interiores al quitárselas, el correr rechinar del cerrojo, el girar chillar de la llave en la cerradura, el rechinar entrechocar de la cadena. Veo que así sucede. Su carne florece al escapar del corsé, respirando más hondo, así parece suceder, respirando más hondo, con el golpear del colchón de plumas, el estirar las sábanas, con todos los preparativos chasqueantes susurrantes, con esa complacencia reincidente que se derrama con amplitud matizada de chillidos, algo así como un zarzal con cimas valles, quizá colinas cavernas, bosques que recorrimos, de los cuales emergimos para llegar a la vereda del bosque, con el tufo de la tierra arada y con algo en una fosa, un cuerpo castaño jadeante que yace en sus... cómo se dice... últimos estremecimientos, los terrones de barro se pegaban en los zapatos, aguarde, cuando hollamos la vereda, esa definida coloración del suelo, esa separación del suelo, ese salir las pequeñas alimañas viscosas del suelo que se prolonga en un elevado paisaje ondulado, extendido esparrancado mojado hinchado, con una determinada especie de maleza, visible en lo que dura un instante, quizá en

una curva o inflexión, o quizá al levantar las piernas el ofrecimiento de un nicho rodeado de pelambre. No.

Mi rostro se refleja en la sopa. "Alto", digo, cuando intentan darme más sopa, "es suficiente".

(Trad. María A. Gregor.)

ANRUFUNG DES GROSSEN BÄREN

Grosser Bär, komm herab, zottige Nacht,
Wolkenpelztier mit den alten Augen,
Sternenaugen,
durch das Dickicht brechen schimmernd
deine Pfoten mit den Krallen,
Sternenkrallen,
wachsam halten wir die Herden,
doch gebannt von dir, und misstrauen
deinen müden Flanken und den scharfen
halbentblössten Zähnen,
alter Bär.

Ein Zapfen: eure Welt.
Ihr: die Schuppen dran.
Ich treib sie, roll sie
von den Tannen im Anfang
zu den Tannen am Ende,
schnaub sie an, prüf sie im Maul
und pack zu mit den Tatzen.

Fürchtet euch oder fürchtet euch nicht!
Zahlt in den Klingelbeutel und gebt
dem blinden Mann ein gutes Wort,
dass er den Bären an der Leine hält.
Und würzt die Lämmer gut.

INVOCACIÓN A LA OSA MAYOR

Osa mayor, desciende, peluda noche,
mullida piel de antiguos ojos,
ojos de estrellas,
por la espesura irrumpen rutilantes
tus patas y tus uñas,
uñas de estrellas,
alertas guardamos los rebaños,
fascinados por ti, y desconfiamos
de tus cansados flancos y tus agudos,
casi desnudos dientes,
vieja Osa.

Una piña: vuestro mundo.
Vosotros: sus escamas.
Yo las empujo haciéndolas rodar
desde los pinos del principio
hasta los pinos del final,
los husmeo, los llevo hasta mi hocico
y con las garras los envuelvo.

Tengáis temor o no tengáis temor,
depositad vuestra limosna y dadle
al ciego la palabra que conforta,
para que al oso en el cordel sujete.
Y sazone bien los corderos.

's könnt sein, dass dieser Bär
sich losreisst, nicht mehr droht
und alle Zapfen jagt, die von den Tannen
gefallen sind, den grossen, geflügelten,
die aus dem Paradiese stürzten.

... podría ser que este oso
se soltara, que ya no amenazase
ni arrojara las piñas que desde los abetos
cayeron, las grandes, las aladas,
las arrojadas del Paraíso.

MEIN VOGEL

Was auch geschieht: die verheerte Welt
sinkt in die Dämmerung zurück,
einen Schlaftrunk halten ihr die Wälder bereit,
und vom Turm, den der Wächter verliess,
blicken ruhig und stet die Augen der Eule herab.

Was auch geschieht: du weisst deine Zeit,
mein Vogel, nimmst deinen Schleier
und fliegst durch den Nebel zu mir.

Wir äugen im Dunstkreis, den das Gelichter bewohnt.
Du folgst meinem Wink, stösst hinaus
und wirbelst Gefieder und Fell —

Mein eisgrauer Schultergenoss, meine Waffe,
mit jener Feder besteckt, meiner einzigen Waffe!
Mein einziger Schmuck: Schleier und Feder von dir.

Wenn auch im Nadeltanz unterm Baum
die Haut mir brennt
und der hüfthohe Strauch
mich mit würzigen Blättern versucht,
wenn meine Locke züngelt,
sich wiegt und nach Feuchte verzehrt,
stürzt mir der Sterne Schutt
doch genau auf das Haar.

MI PÁJARO

Pase lo que pase: el asolado mundo
se hunde en el crepúsculo,
tienen los bosques listos para él un somnífero,
y de la torre, que la guardia abandonó,
serenos y constantes observan los ojos del búho.

Pase lo que pase: tú ya sabes tu hora,
pájaro mío, coges tu velo
y por la niebla vuelas hacia mí.

Ojeamos la atmósfera que la ralea habita.
Tú sigues mi señal, te precipitas
y revuelves plumaje y piel...

¡Mi viejo camarada, mi defensa,
adornado de aquella pluma, mi única arma!
Mi único adorno, velo y pluma tuyos.

Aunque en la danza de agujas bajo el árbol
la piel me quema
y el arbusto mediano
con aromáticas hojas me tienta,
cuando mis bucles arden,
se mecen y lo húmedo anhelan,
cae preciso sobre mis cabellos
el escombros de las estrellas.

Wenn ich, vom Rauch behelmt,
wieder weiss, was geschieht,
mein Vogel, mein Beistand des Nachts,
wenn ich befeuert bin in der Nacht,
knistert's im dunklen Bestand,
und ich schlage den Funken aus mir.

Wenn ich befeuert bleib wie ich bin
und vom Feuer geliebt,
bis das Harz aus den Stämmen tritt,
auf die Wunden träufelt und warm
die Erde verspinnt
(und wenn du mein Herz auch ausraubst des Nachts,
mein Vogel auf Glauben und mein Vogel auf Treu!)
rückt jene Warte ins Licht,
die du, besänftigt,
in herrlicher Ruhe erfliegst —
was auch geschieht.

Y si yo, en mi yelmo de humo,
de nuevo sé lo que sucede,
mi pájaro, mi sostén nocturno,
si estoy encendida en la noche,
crepita en la oscura persistencia,
y de mí yo lanzo los rayos.

Si quedo encendida como estoy
y amada por el fuego,
hasta que la resina de los troncos brote,
se derrame en la herida y caliente
envuelva a la tierra
(¡y si tú mi corazón también arrancas, de noche,
mi pájaro en la fe y en la lealtad mi pájaro!)
a la luz surge la atalaya
que tú, dulcificado,
en magnífico vuelo alcanzas —
pase lo que pase.

LANDNAHME

Ins Weideland kam ich,
als es schon Nacht war,
in den Wiesen die Narben witternd
und den Wind, eh er sich regte.
Die Liebe graste nicht mehr,
die Glocken waren verhallt
und die Büschel verhärmt.

Ein Horn stak im Land,
vom Leittier verrannt,
ins Dunkel gerammt.

Aus der Erde zog ich's,
zum Himmel hob ich's
mit ganzer Kraft.

Um dieses Land mit Klängen
ganz zu erfüllen,
stiess ich ins Horn
willens, im kommenden Wind
und unter den wehenden Halmen
jeder Herkunft zu leben!

POSESIÓN DE LA TIERRA

A la pradera llegué
cuando ya era noche,
oliendo por el prado los estigmas
y el viento, antes de que soplara.
No cegaban los amores,
mudas estaban las campánulas
y acongojados los manojos.

Un cuerno había en la llanura,
triturado por el ganado,
sepultado en la oscuridad.

De la tierra lo recogí
y hacia el cielo lo levanté
con toda mi fuerza.

Para llenar esta tierra
completamente de sonidos,
soplé en el cuerno,
deseosa en el viento inminente
y entre los pastos ondulantes
de vivir el remoto origen.

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

DIE SAMSTAGE

Die Samstage haben keinen Rock
Der Himmel kalt wie ein Beil

Wir haben uns eingegraben
In das Gesicht des Baumes
In den Schoss des Wassers

Uns wiederzufinden.

DIE SONNTAGE

Die Sonntage sind Witwen
Im schwarzen Schleier unterm Kinn
Vor Trauer kalt
Kinder zeigen
Den Hunden weinende Bauklötze

Um die Erde wächst ein Steinhaus
Auf dem kämmen die Löwen ihr Haar
Mein Gott! die Sonne bleibt stehn.

LOS SÁBADOS

Los sábados no tienen chaqueta
el cielo frío como un hacha

nos hemos incrustado
en el rostro del árbol
en el regazo del agua
para reencontrarnos.

LOS DOMINGOS

Los domingos son viudas
con velo negro hasta el mentón
fríos de duelo
niños muestran
zoquetes a los perros que lloran

en torno de la tierra crece una casa de piedra
sobre ella peinan los leones su pelo
¡Dios mío! el sol se detiene.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

CHAGALL

die geschichte der liebenden
ist ein fisch
die geschichte der liebenden
ist ein stier
es liegen
die sich lieben
als feuer vor der stadt

ein engel singt blau ihre nacht
noch sitzt die taube still
der wind speist das tieraug
mit nachtblauen blumen
zwischen kieme und horn
treibt der wind das geschick

doch die sich lieben
achten es nicht
und liegen ein feuer
rot vor der stadt

CHAGALL

la historia de los enamorados
es un pez
la historia de los enamorados
es un toro
yacen
los que aman
como fuego ante la ciudad

un ángel les canta azul su noche
aún se posa quieta la paloma
el viento alimenta los ojos de las bestias
con flores azul noche
entre agallas y cuernos
empuja el viento al destino

pues los que se aman
están desentendidos
y yacen en un fuego
rojo ante la ciudad

(Trad. César Magrini.)

ICH KANN MEINEN VERURTEILEN

Ich kann meinen verurteilen ich schon
ich nehme mir die Freiheit weil ich jünger bin
und er wäre jetzt dick hätte gebaut
und mein Studium bezahlt
so viel haben sie alle gelernt
dass man das braucht um vorwärtszukommen
er ging freiwillig war nie an der Front
war in Polen oder so hat verwaltet
er schrieb Pferde andererseits hiess es
er sei im Lager gewesen
aber da war er schon tot ganz zivil
und ist daheim begraben worden ich war dabei
und habe die Fahne auf dem Sarg gesehen
doch ich kenne ihn auch wie er befohlen hat
praktische Ratschläge gab
während die Bauernfamilie im Kreis stand und zusah
wie er den Arm ins Wasser hielt und ihn desinfizierte
mit dem er vorhin geschnitten hat tief in der Kuh
das Kalb das nicht rauskam innen zerteilt hat
ich musste die Brille abwischen und sah ihn zittern
obwohl er viel Kraft hat aber er musste sägen
innen vorsichtig sägen
nun liegen die weissen Teile des Kalbes im Dreck
und er steht am Tisch und badet den Arm
dampft spritzt und knöpft sich das Hemd auf

YO PUEDO CONDENAR AL MÍO

Yo puedo condenar al mío yo sí
yo me tomo la libertad porque soy más joven
y él ahora sería gordo habría construido
y pagado mi estudio
tanto aprendieron todos ellos
que se necesita eso para ir adelante
él fue voluntario nunca estuvo en el frente
estuvo en Polonia o por allí administró
escribió caballos por otro lado se dijo
que estuvo en el campamento
pero entonces ya estaba muerto totalmente civil
y fue enterrado en su tierra yo estuve
y vi la bandera sobre el ataúd
pero también lo conozco cuando daba órdenes
consejos prácticos
mientras la familia campesina reunida en círculo miraba
cómo hundía el brazo en el agua y lo desinfectaba
el brazo con el cual acababa de operar hondo en la vaca
y descuartizar adentro la ternera que no salía
tuve que limpiar los anteojos y lo vi temblar
a pesar de que tiene mucha fuerza pero tuvo que aserrar
aserrar cuidadosamente adentro
y ahora los pedazos blancos de la ternera yacen en el barro
y él parado ante la mesa se baña el brazo
jadea salpica se desabrocha la camisa

da lacht er ich kenn ihn
jetzt fühlt er sich wohl

Ein Bilderbuchvater könnte man sagen
der fleissig war dann eine Uniform hatte
schon lange tot ist und dessen Photo
ganz hinten im Album klebt mit einem Rand
doch es könnte auch sein dass er Listen durchging
Meldungen schrieb und ordentlich siebte
wie es die Pflicht war
geschlagen hat er nicht das nicht
höchstens antreten und abzählen lassen
und ist wieder zum Schreibtisch gegangen
vielleicht hat er Transporte gesehen oder Rauch
oder war unterwegs um Waggons zu beschaffen
ich sehe ihn wie er sich auf die Lippen beisst
und an den Handschuhen zieht
bis die Finger richtig sitzen
dann blickt er zum Fenster und hält lange den Brief
in dem steht dass es ihm gut geht
wenigstens so will ich ihn sehen
damals der Offizier der sein Gewissen prüft
wie wir gelesen haben irgend so eine Ranke
die ans historische Fensterchen klopft
ihren schönen Rahmen hat und Musik am Grab
denn ich musste auswendig lernen
wieviel Tote es gab wer alles schuldig war
und gleichzeitig sah ich die dick werden
die meine Lehrbücher druckten die ärgerlich hupen
wenn wohlüberlegt das gebe ich zu
ich auf dem Zebrastreifen mir Zeit lasse
ich kann keine Handschuhe anziehen
und in glänzenden Stiefeln leiden

y ríe yo lo conozco
ahora se siente bien

Podría decirse que era un padre de historieta
laborioso que luego tuvo un uniforme
hace mucho que está muerto y cuya foto
está pegada muy atrás en el álbum con un borde
pero también podría ser que recorriera listas

escribiera partes y tamizara muy bien
como era su deber
no golpeó eso no
a lo sumo formar filas y hacer contar
y volvió al escritorio
acaso haya visto transportes o humo
o estuvo de viaje para procurar vagones
lo veo morderse el labio
y tirar de los guantes
hasta que los dedos calcen bien
luego mira a la ventana y sostiene largo rato la carta
donde dice que le va bien
al menos así lo quiero ver yo
el oficial de entonces que examina su conciencia
como hemos leído un ramal cualquiera
que golpea a la ventanita histórica
tiene su lindo marco y música en el sepulcro
porque yo tuve que aprender de memoria
cuántos muertos hubo quién fue culpable
y a la vez vi engordar a aquellos
que imprimían mis libros de estudios que dan bocinazos enojosos
cuando han reflexionado bien lo reconozco
me dejó tiempo sobre las listas de la cebra
no puedo calzar guantes
y padecer en botas brillantes

ich muss hetzen und büffeln muss flott sein
muss alles über Starkstrom wissen
oder Chemie um vorwärtszukommen
das haben sie geschafft das schon
sie haben die schönsten Häuser gebaut
in denen gleichmässige Wärme kreist
da kat keiner mehr Platz der gedampft hat
den Arm in die Lösung hielt weil er blutig war
keiner hat seziert oder gemästet
bis eineiige Zwillinge reif zum Versuch waren
wer hat die Listen gemacht die Asche gewogen
die Kiefern gebrochen wer hat die Haare verpackt
ich kann meinen verurteilen ich schon
ich bin so frei denn mein Studium
hat der nicht bezahlt
und ich fühle mich wohler
wenn ich von einem erzähle der mein Vater war
obwohl er sich nicht mehr wehren kann

debo urgir y bufar debo ser expeditivo
debo saberlo todo sobre alto voltaje
o química para adelantar
eso lo han hecho eso sí
han construido las casas más lindas
en las cuales circula un calor uniforme
allí no caben quienes han jadeado
hundido el brazo en la solución porque sangraba
nadie hizo una incisión o se cebó
hasta que mellizos de un huevo estaban maduros para la prueba
quién hizo las listas quién pesó la ceniza
rompió las mandíbulas empaquetó el pelo
yo puedo condenar al mío yo sí
estoy tan libre porque mi estudio
no lo pagó él
y me siento mejor
cuando cuento de alguien que fue mi padre
a pesar de que ya no puede defenderse

(Trad. Carlos F. Grieben.)

WINTERKLAVIER FÜR HUNDE

Es ist der Abend
abgestellter Drehorgeln im Dezember.
Der Mann im Mond hält die Hunde
mit einem langen Galoschenschritt wach.
Sie verlieren das Jagdbild
der gewünschten Rehe aus den Augen.
Ihr Traum entpuppt sich am Ende
als zerbissene Krähe im Groschenwald.

Es ist der Abend,
an dem das verstimmte Klavier
auf der Stelle tritt
und die Findlingskatze in der Hutschachtel
gestorben ist.
Das Dunkel wird feucht
von den langen Hundenasen der Stadt.

Es ist der Abend
der gelb gewordenen Kalkpfeifen,
der eingezogenen Katzenbuckel.
Und Papierrosen fallen hinter die Leute.
Die Poesie sucht einen Fensterplatz,
wo der Wetterhahn mit sich reden lässt
von alten Regen und Sonnen.

PIANO DE INVIERNO PARA PERROS

Es el anochecer
de apagados organillos en diciembre.
El hombre en la luna mantiene los perros
despiertos con un largo paso de galochas.
Ellos pierden de vista el cuadro de caza
de los renos codiciados.
Su sueño reveló al fin
ser corneja mordida en el bosque de centavos.

Es el anochecer
en el que el piano desafinado
sale a relucir
y el gato expósito murió
en la sombrerera.
Lo oscuro se humedece
de las largas narices de perros de la ciudad.

Es el anochecer
de las pipas de cal que se han vuelto amarillas,
de los lomos de gato encogidos.
Y rosas de papel caen detrás de la gente.
La poesía busca un sitio en la ventana
donde la veleta deje hablar con él
de viejas lluvias y soles.

Aus den Kreisen der Drehorgelspieler
kommen jetzt Hundefänger,
deren Hände Lockvögel umflattern.
Der Wintermond jongliert
auf einem Hundegebell.

De los círculos de organilleros
llegan ahora cazadores de perros
cuyas manos revolotean señuelos.
La luna de invierno hace malabares
sobre un ladrar de perros.

MEINE STADT IM GRAS

Denk dir meine Stadt im Gras,
die verbrannten Locken, Figaros
glühende Schere; ich gestehe besser,
statt Duft von Mädchenfrisuren,
die Zwirnhändlermanieren und rotflüssigen
Rinnstein vor den Schlächterläden.

Es war ein Dorf ohne Ansehen,
vielleicht Scherben ferner Fürsten in der Erde,
Marketenderweisen; denk dir,
wie meine Stadt einst Sand war
und Rabenhorst, alte Geschichte,
der Schweiss eines Heerlagers
und mit Blut vermischte Galgenstrophen.

Ich besinge ein Echo, die Bärte
des Fussvolks und das Straucheln in den Tod,
abends würfelten sie auf Trommeln.

Die Erde war von Tritten zerwühlt,
denk dir meine Stadt, die Schichten
gestürzten Purpurs; die Flüche
der alten Truppen vergingen im Gras.

Meine Stadt im Efeu trat nahe
an einen Fluss, versunkene Puppenzöpfe
lagen im Schlamm, in den Kuppeln
rostiger Töpfe schwammen hochzeitsfarbene Fische.

MI CIUDAD EN LA HIERBA

Piensa en mi ciudad en la hierba,
los rizos quemados, las tijeras
ardientes de Fígaro; es mejor que permita,
en lugar de aroma de peinados de mujer,
las maneras de tendero y la canaleta
rojo-fluida frente a las carnicerías.

Era una aldea sin importancia,
tal vez trozos de lejanos príncipes en la tierra,
aires de cantina; piensa
cómo mi ciudad fue una vez arena
y nido de cuervos, historia antigua,
el sudor de un campamento militar
y estrofas de patíbulo mezcladas con sangre.

Yo canto un eco, las barbas
del pueblo de a pie y el tropezar con la muerte,
al anochecer jugaban a los dados sobre tambores.
La tierra estaba removida de pisadas,
piensa en mi ciudad, las capas
de púrpura derribada; las maldiciones
de las viejas tropas desaparecieron en la hierba.

Mi ciudad en brumas estaba cerca
de un río, trenzas sumergidas de muñecas
tiradas en el barro, en las cúpulas
de ollas oxidadas nadaban peces de color nupcial.

Meine Stadt im Gras ging zum alten Eisen,
der Trottel starb, das Beste fiel in Asche.
Die letzten, die mit mir die Stadt bewohnten,
zogen die tote Uhr aus der Tasche eines Ertrunkenen.

Mi ciudad en la hierba fue al hierro viejo,
el idiota murió, lo mejor cayó en cenizas.
Los últimos que habitaron conmigo la ciudad,
extrajeron el reloj muerto del bolsillo de un ahogado.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

DASS DIR DAS SCHWERE GELINGT

Dass dir das Schwere gelingt,
Den Brückenpfad geh.
Gelbe Spuren im Schnee
Schwinden zum Wald.

Bauernschenke,
Urväteralt,
Zieht die Kapuze
Tief ins Gesicht.

Hund mit scheelen Augen
Trollt ins Stroh.

Wärst du dem Schweigen nicht so
Angeschmiedet, hörtest du dich:
Den anderen Gast.

Tränke, die du nun hast,
Wenn du das Glas füllst, ver—
Schütte sie nicht!

PORQUE LOGRES LO DIFÍCIL

Porque logres lo difícil
cruza el camino de puentes.
Huellas amarillas en la nieve
desaparecen rumbo al bosque.

Taberna,
archivieja,
se hunde la capucha
hondo en el rostro.

Perro de ojos bizcos
trota en la paja.

Si no estuviese tan fundido
en el callar, te oirías:
el otro huésped.

Bebedero, que ahora tienes,
cuando llenas la copa, no
la derrames.

DER LAG BESONDERS MÜHELOS AM RAND DES WEGES

Der lag besonders mühelos am Rand
Des Weges. Seine Wimpern hingen
Schwer und zufrieden in die Augenschatten.
Man hätte meinen können, dass er schlief.

Aber sein Rücken war (wir trugen ihn,
Den Schweren, etwas abseits, denn er störte sehr
Kolonnen, die sich drängten), dieser Rücken
War nur ein roter Lappen, weiter nichts.

Und seine Hand (wir konnten dann den Witz
Nicht oft erzählen, beide haben wir
Ihn schnell vergessen) hatte, wie ein Schwert,
Den hartgefrorenen Pferdemist gefasst,

Den Apfel, gelb und starr,
Als wär es Erde oder auch ein Arm
Oder ein Kreuz, ein Gott: ich weiss nicht was.
Wir trugen ihn da weg und in den Schnee.

YACÍA SIN ESPECIAL ESFUERZO SOBRE EL BORDE DEL CAMINO

Yacía sin especial esfuerzo sobre el borde
del camino. Sus pestañas colgaban
pesadas y satisfechas en las ojeras.
Se habría podido pensar que dormía.

Pero su espalda (nosotros lo sosteníamos
al pesado, algo apartados, porque molestaba mucho
columnas, que se agolpaban), esta espalda
no era más que un trapo rojo, nada más.

Y su mano (luego no pudimos contar el chiste
a menudo, ambos lo olvidamos rápido),
tenía, como una espada,
agarrada la bosta de caballo congelada,

la manzana, amarilla y rígida
como si fuera tierra o incluso un brazo
o una cruz, un dios: no sé qué.
Lo llevamos de allí y a la nieve.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

SCHÜTZENKÖNIGSLIED

So heftet ihm die Nadel an und hebt ihn hoch empor
den grossen König Besengluck den kleinen Mann im Ohr
und bürstet ihm die Uniform und nehmt dazu den Flederwisch
und macht es nun den Schwalben nach
im Gleichschritt um den Tisch
und baut euch hier und da ein Nest
und lasst die Feinde nicht herein
und schiesst mit Piff und Paff und Puh
auf Purzelbaum und Purzelbein
und tragt den König auf den Plan
und macht die Türen sicher zu
und weil ihr jetzt so artig seid
kräht tausendmal der Hahn
und geht dann alle schön zur Ruh
und haltet treu die Wacht am Nest
und hütet euch vor dem was kommt: Der Rest vom Schützenfest.

CANCIÓN DEL REY DE LOS TIRADORES

Prendedle, pues, la aguja y levantadlo aún más
al gran rey escoba-feliz al pequeño hombre en la oreja
y cepilladle el uniforme y para ello tomad el plumero
e imitad las golondrinas
a paso uniforme alrededor de la mesa
y construíos aquí y allá un nido
y no dejéis entrar a los enemigos
y disparad con Piff y Paff y Puh
a vuelta carnero y voltereta
y llevad al rey sobre el plano
y asegurad bien las puertas
y porque ahora sois tan juiciosos
el gallo canta mil veces
y luego id a descansar
y mantened fiel la guardia del nido
y cuidaos de lo que vendrá: El resto de la fiesta de los tiradores.

LEITERWAGEN

Da sass ein Mann im Leiterwagen,
hat nie geschlafen, nie gewacht,
hat hundert Jahr so verbracht —

sass antwortlos und ohne Fragen.

Hat nur ein einzig Mal gelacht,
als ihm der Tod das Bett gemacht.
Das wollt ich euch nur sagen.

CARRETA

Había un hombre en una carreta,
que nunca durmió y nunca veló,
que así pasó cien años—

sin responder y sin preguntar.

Que rio una sola vez,
cuando la muerte le tendió la cama.
Sólo esto quise deciros.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

DIE WIEDERKEHR

Verbrannt der Phönix im Nest
Krieg seiner Asche
Drei Tage dann kriecht der Krieg
als Wurm wieder aus

Keiner erkennt
im weichen Gewand die Verwandlung
Schnabel und Krallen
noch lang unter Haut und Flaum

Mit seinen Linsen
bricht er zum Zerrbild das Licht
kauft er sein Erstgeburtsrecht
immer aufs neue

Endlich mit Flammenstrahl
am Linsengerichtstag
verbrennt er das eigene Nest
und mündet im Wurm

EL REGRESO

Quemado el fénix en el nido
Guerra de sus cenizas
Tres días después sale la guerra
como gusano de su huevo

Nadie reconoce
bajo el blando ropaje la transformación
Uñas y pico
aún bajo la piel y el plumón

Con sus lentes cristalinos
quiebra en caricatura la luz
compra su derecho de primogenitura
siempre de nuevo

Finalmente con rayos flamígeros
en el día del juicio lenticular
quema su propio nido
y desemboca en el gusano

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

VERSAMMLUNG

Das Auge des Schlächters in der Menge—

Er teilt mit geübtem Blick
die Menschen in Schlachtvieh
und Zuchtreife
sortiert sie beiläufig
nach Gewicht Alter und Frische
sein einziger
Wunsch ist es
sie hängen zu sehen
rosigen Fleisches
gevierteilt
mit dem Kopf nach unten
im Ohrlappen das lila Zeichen
des Gottes

Als sein Mörderblick auf mich fällt
spüre ich seine Verachtung
das Messer bleibt ungeöffnet:
Mich übergibt er dem Abdecker

REUNIÓN

El ojo del verdugo en la multitud—

Divide con mirada experta
los hombres en reses
y sementales
los sortea displicente
por peso edad y frescura
su único
deseo es
verlos colgados
con la carne rosada
descuartizados
cabeza abajo
en el lóbulo de la oreja el signo lila
del dios

Al caer su mirada de asesino sobre mí
siento su desprecio
el cuchillo queda sin abrir:
me entrega al desollador

(Trad. Carlos F. Grieben.)

“TU NEL TUO LETTO” FIKTIVFILM

(Deutsche Version)

- 1 vor Anker liegende Himmelsachse Bäume sinkend sinkend vor Bäumen geflossen
verflossen enghalsige Gegend wo der Busch
- 2 unverzüglich im Verlaufe von während bis ans Ende hin sie
(die Zeit) anbinden fesseln kerkern haften nötigen zwingen
hindern hemmen ihr einen Fusz & mehr stellen.
- 3 hinfließen fließend verflossen die Personen der Handlung
fließen hingegossen wie
alle Personen kommen zu Fall sind fehlbar & zerreisbar
zerfließen
in die Länge & Breite & Höhe dürsten & ranken & ordnen
ihr Haar
fesseln einander nötigen einander bis ans Ende hin fort-
während
von Zeit zu Zeit & immerfort das ganze Spiel hindurch
sie binden einander sie kommen von einander nicht los
sie sind
eingeübt & unfehlbar nicht lang & nicht zerflossen

“TU NEL TUO LETTO” FILM DE FICCIÓN

(Versión alemana)

- 1 Eje del universo en anclas árboles hundiéndose huniéndose
inundados por árboles
diluida región angosta donde el matorral
- 2 inexorablemente en el transcurso de más o menos desde el
principio hasta el fin él (el tiempo) enlaza ata encarcela
adhiera necesita obliga impide frena le hace una zancadilla
& más
- 3 fluyendo fluidamente fluidas las personas del tema fluyendo
derramadas como todas las personas vienen al caso son fali-
bles & desgarrables se diluyen a lo largo & a lo ancho tienen
sed & trepan & ordenan su pelo se enlazan entre sí se nece-
sitan entre sí hasta el fin continuamente de tiempo en tiem-
po & así siempre a través de todo el juego se enlazan entre
sí no pueden desligarse están entrenadas & infaliblemente no
por largo tiempo & no diluidas no cayendo en casos & im-
previsibles en los efectos de su magnanimidad

nicht zu Falle kommend & unberechenbar in den Auswirkungen ihrer Groszzügigkeit

- 4 sie fliesen die Wände entlang die Tage die Räume
Lufttraben & Luftachsen ohne Charaktere nicht eingeübt
sie ver —
fliesen aufgegeben ohne Zwang ohne Nötigung ohne Bindung &
kommen dennoch zu Fall
sie fangen einander während sie fallen unverzüglich &
fortwährend
bis ans Ende hin & sie ordnen ihr Haar
- 5 sie fliesen dahin in eigener Person in fremder Person
in der dritten Person
ganz von Eisen & hingegossen sinkend & versinkend von
der Natur gegründet
selbst ein Augenzeuge könnte nicht anders
sie kommen zu Fall sie sind fehlbar geworden sie zer-
reissen in
ihrem Falle sie zerfliesen sie gehen auf
sie ergiesen sich sie fliesen in einander
samt der Wurzel aus dem Stegreif neben den Normen bis
ans Ende hin
immerfort unverzüglich in eigener Person & in fremder
Person
- 6 unverzüglich im Verkehr mit der eignen Person & von der
Natur
gegründet fliesen sie hin nicht eingeübt ohne Charaktere
nicht lang

4 se deslizan por las paredes los días los árboles cuervos del aire
& ejes del aire sin caracteres no entrenados se diluyen abandonadas sin coerción sin ataduras & vienen con todo al caso se cazan entre sí mientras caen inexorablemente & de continuo hasta el fin & se ordenan el pelo

5 fluyen en propia persona en persona ajena en tercera persona
todas de hierro & fundidas & hundiéndose fundadas por la naturaleza
ni un testigo ocular podría hacer otra cosa
vienen al caso se han vuelto falibles se desgarran en su caso se diluyen se desintegran
se derraman fluyen entre sí
con la raíz improvisando junto a las normas hasta el fin de continuo
inexorablemente en propia persona & en persona ajena

6 inexorablemente en trato con la propia persona & fundadas por la naturaleza fluyen no entrenadas no mucho tiempo sin caracteres

sie binden & trinken sich selbst & einander sie flieszen in
einander neben den Normen sie beenden alle Lokalität

- 7 sor Anker liegende Himmelsachse Bäume sinkend sin –
kend vor Bäumen
enghalsige Gegend wo der Busch
mondbewachsen inmitten immerfort fließend & bis ans
Ende hin

se atan & se beben entre sí a sí mismas & fluyen entre sí
junto a las normas ponen fin a toda localidad

7 eje del universo en anclas árboles hundiéndose hundiéndose
por árboles región angosta donde el matorral sembrado de
luna fluyendo de continuo & hasta el fin

DER BITTERE BROWNING ODER DIE ANHÄUFUNG SCHWARZER ZÄSUREN

Eine kleine Regulierung seinerseits und schon stand er hitzig, augenkontakte aufnehmend, in cross-roads, inmitten fortreizender Heuchelei. Ein histörchen nach dem andern steckte ihm zuliebe Backpfeifen ein.

Er ärmelte sich durch Bestände von heckenrosen aufwärts — und wir fragen: besasz seine Wunschkraft Zauber? er brachte sich nämlich überzeugend an den Mann, so dasz ihn das Volk abwechselnd grüszte und verschwendete; oder ihn erbrach wie Kehllaute, oder ihn rüttelte wie einen Vierzeiler. Vielleicht malteserte es ihn so, dasz er die Wonnen der trinität nicht mehr ertrug; dasz er in Bleifarbe sich beorderte und die alpacca streusand sundliebe fortschleuderte in die zerklüfteten Anlagen seines gewissens. „.. entzückend-entzückend, der Zug an der Klingel! ..“ — und derlei makel.

Wetteiferten mit der Regel seiner schnürsenkel auf die aufklappbaren Münder, so ketzerisch es klingen mag: es wurde ihm ein tabu vorangetragen, so häuften sich die Einzelheiten dermaszen, dasz nicht er selbst sondern die stumpfsinnige Maschinerie seiner Institution ihn zermalmte. Ein Kurator wurde bestellt der mit einem bitteren Browning.

EL AMARGO BROWNING O LA ACUMULACIÓN DE CESURAS NEGRAS

Una pequeña regulación de su parte y ya estaba allí, acalorado, haciendo inspecciones oculares, en cross-roads, en medio de una hipocresía arrastrada. Una historieta tras otra se le antojaban cachetadas.

Se abrió paso arriba a través de restos de zarzarrosas —y nosotros preguntamos: ¿tenía poder de magia su fuerza de voluntad? porque se llegó convincente hasta el hombre, de modo que, alternadamente, el pueblo lo saludaba y lo derrochaba; o lo vomitaba como un sonido gutural o lo sacudía como una cuarteta.

Tal vez se sintiera tan maltesado que ya no soportaba los goces de la trinidad; que se ordenaba en color de plomo y arrojaba lejos la alpaca arena amor pecaminoso a las estructuras desgarradas de su conciencia.

“... encantador-encantador, el tirón de la campanilla!...”
—y tantas máculas.

Competían con la regla de su cinta las bocas desplegadas, por más hereje que parezca: se le atribuyó un tabú, los detalles se acumularon en tal medida, que no fue él mismo sino la obtusa maquinaria de su institución que lo trituyó. Se llamó un curador, aquel del amargo Browning.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

SCHLUSS DER AUDIENZ

Mensch, gehn Sie mir ab mit sich!

Ich komme Ihnen ja auch nicht mit meinen selbstgemachten Patentveilchen.

Und lassen Sie den Hut bitte gleich oben.

So ein Schweissband hält nämlich die Gedanken viel besser zusammen.

Was, die Substanzfrage wollen Sie anschneiden, in wessen Auftrag denn?

Mann! Sie belegen Ihr Brot doch auch nur mit der eigenen Zunge.

Aber wissen Sie:

Leute wie Sie hab ich täglich welche Konkurs machen sehn.

Wenn da nur Ihr Geschäftsfreund mal plötzlich vom Konto zieht,

und Sie können nicht mithalten,
wackelt gleich der ganze gemütliche Oberbau.

Die Menschheit?

Ans Herz damit!

Aber ohne mich.

Das Geistige?

Fraglos!

Aber nicht wohl in diesem Zusammenhang.

FIN DE LA AUDIENCIA

¡Hombre, déjeme tranquilo!

Tampoco yo le vengo con mi patente casera.

Y, por favor, déjese el sombrero puesto,
que una cofia así mantiene mucho mejor las ideas.

¿Qué, quiere ir al grano, y por encargo de quién?

¡Hombre! También usted unta su pan con la propia lengua.

Pero sépalo:

he visto concursar todos los días a gente como usted.

Y si su socio, de pronto, extrae de la cuenta
y usted no puede seguirlo

se tambalea todo el comfortable edificio.

¿La humanidad?

¡Al cuerno con ella!

Pero sin mí.

¿Lo espiritual?

¡Sin cuestión!

Pero, sin duda, no a este respecto.

Oder haben Sie schon mal ne Menschheit gesehn, die von
da ihren Brennstoff bezieht?

Aber wenn der Zuwachs des Humanvolumens Sie
wirklich ernsthaft beschäftigt,
die Akzeleration zum Beispiel,
dann werfen Sie doch da mal ein wachsames Auge drauf.

Nein, auf mich bringen Sie die Rede heute bestimmt nicht
mehr.

Ehrlich gesagt, stilisier ich meinen Presskopf lieber
unter Ausschluss der Öffentlichkeit,
und mit Tränen zur Lage
kann ich nicht dienen —

Friedlich

in meinen Chippendale-Sessel gelehnt
— das sei überhaupt keine echte Stellungnahme? es ist die
meine —

fülle ich meine Person mit der unverbindlichen Abendluft.

Ja, ich entwickle hier noch meine eigene Klassik.

Aber auch die riecht,

zugegebenermassen,

schon ein bischen stark nach der Packung.

¿O acaso ha visto usted ya una humanidad que extrae de allí su combustible?

Pero si el crecimiento del volumen humano lo tiene realmente preocupado, por ejemplo, la aceleración, entonces ponga atención en ello.

No, hoy es seguro que no podrá usted hacer recaer la atención [sobre mí.

Honestamente, prefiero esterilizar mi butifarra con exclusión de la opinión pública, y no puedo servir con lágrimas a la situación.

Reclinado apaciblemente en mi sillón Chippendale

—¿que esta no es una toma de posición auténtica? es la mía— lleno mi persona con el aire despreocupado del atardecer.

Sí, yo desarrollo aún mi propio clasicismo.

Pero también éste huele, por momentos, un poco fuerte a embalaje.

GRUSS AUS ROM

Auch unter Pinien lässt es sich leben, gewiss doch,
der ganze
unaussprechliche Süden passt in ein Fliegenfenster
(dein sorgsam gerasteter Lichtblick)
und wie von ferne nur
dringt es in Deine Stube mit Schwerter-und Schlachtenlärm.

Von ferne der Mut und der Ruhm.
Drei Jahrtausende, mindestens, rücken sie an, dich zu grüssen,
drei Jahrtausende randvoll!
Ja hier gibt wirklich ein Heros dem andern die Klinke in die
Hand.

Ein Triumph des anderen Huckepack.
Über die Ränder des braunen Lateinbuchs hinweg
ragt es wie goldene Lettern,
und aus den Fussnoten Niebuhrs,
unentwegt,
hörst du den Tritt der Legionen.

Entweder – oder!
Eine erstklassige Klassik schafft man nicht im Sitzen.
Wenn es ein Volk in eine andere Lage drängt,
wackelt der Hausrat.
Oder sehen Sie nur diesen lieblich gebuckelten Landstrich,
von wie viel Seiten berannt,
wie viele ausgesuchte Helden mussten sich

SALUDO DESDE ROMA

También se puede vivir entre pinos, seguro
todo el
inexpresable Sur cabe en una alambrera
(tu momento lúcido cuidadosamente apaciguado)
y solo como de la lejanía
penetra en Tu habitación con ruidos de espadas y batallas.

De lejos el valor y la fama,
tres mil años, por lo menos, se acercan para saludarte,
¡tres mil años colmados!
Sí, aquí realmente un héroe pone al otro la aldaba en la mano,
un triunfo a costas del otro
más allá de los bordes del amarillo libro de latín
se mueven letras de oro,
y de los pies de página de Niebuhr,
inexorablemente,
oyes el paso de las legiones.

¡Esto o aquello!

Un clasicismo de primera clase no se crea sentándose.
Cuando un pueblo es impulsado a otra situación
se tambalea el mobiliario.

O ven ustedes tan sólo esta región amorosamente ondulada,
atacada por *cuántos* costados,
cuántos héroes selectos tuvieron que

nicht aufeinander werfen,
um aus Sumpf einen Hügel zu bilden.

Was, diese Blutsuppe schmeckt Ihnen nicht?
Dieser hehre historische Schichtkäse?
Sie denken sich auch wohl eine Zukunft eher als
Zeitenrichter im Selbstverlag?!
Aber der Genuss von Aprikosen widerstrebt Ihnen nicht unbedingt?
Des Pfirsichs, der Kirsche?
Alles ganz legitime Beutestücke im übrigen,
alles seinerzeit mal auf der Schwertspitze eingeführt.

Zenite!
Fulminanzen!
He – he, Ihr Tieferbleichten, nicht dem Ausgange geht es,
hier geht's den Sternen zu.
Da könnte ja jeder kommen und sagen:
mal eine Weile gar nichts, oder:
wo man nicht mehr den scharfen Zug der Geschichte im
Nacken spürt,
der Platz im Garteneck –
Nein, Freundchen,
nein mein Lieber,
nein,
du Dezimalgespenst,
auch vierzehn Stellen hinterm komma bläst man nicht Waldesruh.
Aber Leute,
die wirklich
ihr Grab noch ausfüllen, rufen dich an,
und es weist in die Zukunft mit handgeschmiedeten wunden.

no arrojarse contra ellos mismos,
para formar una colina de un pantano.

¿Cómo, no les apetece esta sopa de sangre?
¿Este queso en capas sublime histórico?
¡¿Seguramente piensan ustedes que el futuro
es más bien un juez de los tiempos en edición propia?!
¿Pero el gustar damasco no les repugna necesariamente?
¿Ni duraznos, ni cerezas?
Por lo demás, todo un legítimo botín,
todo en su tiempo importado sobre la punta de una lanza.

¡Cenits!
¡Fulminantes!
Ja-ja, lívidos a fondo, no se trata de llegar a las salidas,
se trata de llegar a las estrellas.
Cualquiera podrá venir y decir:
a ratos nada, o:
donde ya no se siente el paso fuerte de la historia,
el lugar en el rincón del jardín.
No, amiguito,
no, mi querido,
no,
tú fantasma decimal,
ni a catorce espacios de la coma se aspira quietud del bosque.
Pero gentes
que realmente
rellenan aún su sepultura, te arengan,
y se señala el futuro con heridas forjadas a mano.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

AN NELLY SACHS

*Die Tiere haben Höhlen und die Vögel
unter dem Himmel haben Nester*

Höhlen, das Waldgetier
fährt hinab,
und der versengt und gechwemmt
war, der Holzpfehl Perun,
in die Erde auch
ist er gegangen, unter
den Dnjepr, so schreit noch aus
der Strom seine Rede: Kommt
von zerbrochenen Gehölzen, Tiere
kommt, das Getier hat Höhlen.

Der die Himmel trägt,
über Türmen
steht er des Lichts, für ihn
ist der Baum, seine Brut
unter den Flügeln, Schatten
nährt ihn und Regen, die Vögel,
die eiligen Herzen,
haben ein Nest.

(Hoch, ein Aufschein, der Adler
zog, in den Fängen
die schreiende Nachtigall, über

A NELLY SACHS

*Los animales tienen cuevas y los pájaros
bajo el cielo tienen nidos*

Cuevas, la fauna del bosque
desciende,
y el que estuvo anegado e inundado,
el pilar de madera Perun,
también fue a la tierra,
bajo el Dnieper, sólo clama aún
la corriente sus voces: venid
de maderas rotas, animales
venid, la fauna tiene cuevas.

Aquel que lleva los cielos
sobre torres
es de la luz, para él
está el árbol, su cría
bajo las alas, sombra
lo alimenta y lluvia, los pájaros,
los corazones presurosos,
tienen un nido.

(En lo alto, una aparición, el águila
pasó, en sus garras
gritando el ruiseñor, sobre

der Brandstatt riefen die Schwalben—
der Bewohner der Höhle
fiel auf die Erdwand, Sand
um die Schläfe strich er,
die Wurzeln frassen
Gesicht und Gehör.)

Wer hat, dass er sein Haupt
lege, der wird
schlafen, hören aus Träumen
in einen Schrei, der die Ebenen
abfliegt, über Gewässern
fliegt – ein Licht kam, zwei Hügel
bogs auseinander, erkennbar
der Pfad, die Steine, Ufer,
grün vor Glanz – der Schrei
lautlos, "Löwenzahns Samen,
nur beflügelt mit Gebeten".

el lugar del incendio gritan las golondrinas
el habitante de la cueva
cayó a tierra, se frotó
arena sobre las sienes,
las raíces comieron
caras y oídos.)

El que pueda reclinar
su cabeza dormirá,
oirá sueños
en un grito que decola
de las llanuras, que vuela
sobre las aguas — vino una luz, separó
dos colinas, reconocibles
el pilar, las piedras, las orillas
verdes de brillo — el grito
mudo, "simiente para diente de león,
con sólo oraciones por alas".

ABSAGE

Feuer,
aus Blut die Lockung:
der schöne Mensch. Und wie Schlaf
das Vergangene, Träume
an Flüssen hinab,
auf den Wassern,
segellos, in der Strömung.

Ebenen – die verlorenen
Dörfer, der Wälder Rand.
Und ein dünner Rauch
in den Lüften,
steil.

Einst,
wulstigen Munds, Perkun
kam, eine Feder im Bart
kam in der Hufspur des Elchs,
der Stotterer kam,
fuhr auf den Strömen, Finsternis
zog er, ein Fischernetz, nach.

Dort
war ich. In alter Zeit.

NEGATIVA

Fuego;
de sangre la tentación:
el hombre hermoso. Y como sueño
lo pasado, sueños
ríos abajo,
sobre las aguas,
sin velas, en la corriente.

Llanuras, las perdidas
aldeas, la orilla de los bosques.
Y un humo leve
en los aires,
erguido.

Una vez,
con boca abocelada llegó Perkun,
una pluma en la barba,
llegó en la pisada del alce,
llegó el tartamudo,
fue a las corrientes, arrastró oscuridad,
una red de pescar.

Allí
estuve. En otros tiempos.
Lo nuevo no empezó nunca. Soy un hombre

Neues hat nie begonnen. Ich bin ein Mann,
mit seinem Weibe ein Leib,
der seine Kinder aufzieht
für eine Zeit ohne Angst.

WALTER HELMUT FRITZ

AUF DEM JÜDISCHEN FRIEDHOF IN WORMS

Ein Nachmittag mit Namen verbracht –
Rabbi Baruch, Maharam Meir von Rothenburg,
Maharil Jacob Molin.
Ein Nachmittag verbracht mit einigen Bewegungen
des Lichts auf sehr alten Steinen.

con su mujer, un vientre
que educa sus criaturas
para un tiempo sin miedo.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

WALTER HELMUT FRITZ

EN EL CEMENTERIO JUDÍO DE WORMS

Una tarde disipada con nombres —
Rabbi Baruch, Maharam Meir von Rothenburg,
Maharil Jacob Molin.
Una tarde disipada con algunos movimientos
de luz sobre muy viejas lápidas.

MANN IN MITTLEREN JAHREN

Er liebte ein unscheinbares Leben
mit stillen Abenden und Sonntagen,
in immer der gleichen Art verbracht
mit Arbeit, Rauchen, Essen.

Manchmal fragte er sich verwundert,
wie das sei mit dem Glück.

Er entdeckte in sich
den Wunsch, alt zu werden.

Dann und wann wollte er,
was ihm dabei auffiel,
hinkritzeln auf kleine Blätter.

HOMBRE DE EDAD MEDIANA

Amaba una vida sencilla
de atardeceres quietos y domingos,
siempre pasados de la misma forma
trabajando, fumando, comiendo.
Alguna vez se preguntó asombrado
qué cosa fuese la dicha.
Dentro de sí descubrió
el deseo de envejecer.
De cuando en cuando quiso,
lo que entonces se le ocurría,
garabatearlo en pequeñas hojas.

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

DIE AUF DER HUT SIND

Männer in meinem Alter
hab ich getroffen –

Fragen stellen sie nicht.
Die Antworten bleiben sie schuldig.
Auch ziehen sie vor, mit Frauen,
an denen ihr Herz hängt,
nicht unter einem Dache zu leben.
Die Einkünfte mässig,
erfreulich ihre Manieren,
und italienische Röcke
nähn ihnen pfiffig die Schneider.

Hier zeig ich euch einen:
Nachts bei schwebendem Regen
geht er zu Fuss.
Die Stadt rechts und links ist verödet,
als wäre Panzeralarm –
doch ist kein Krieg für einige Zeit,
und er zieht seinen Hut
vor einem verspäteten Fremden,
möchte mit jenem
die eigne Verwunderung teilen,
mehr nicht.

LOS PRECAVIDOS

Con hombres de mi edad
me he encontrado —

No formulan preguntas.
Quedan debiendo las respuestas.
No prefieren vivir con mujeres
a las que aman
bajo el mismo techo.
Los ingresos, medidos,
agradables en sus maneras,
y sacos a la italiana
astutamente cosen los sastres para ellos.

Aquí os muestro a uno:
De noche bajo la inminente lluvia
va a pie.
A izquierda y a derecha la ciudad un desierto,
cual si hubiera sonado alarma —
aunque por algún tiempo no habrá guerra,
y se quita el sombrero
ante un desconocido que vuelve tarde,
quisiera con alguno
compartir la propia admiración,
no más.

Sie prüfen die Richtung des Winds
am Rauch auf den Dächern –
o Jammer, politisch zu denken!
"Machtlos sind wir", so sagen sie.
"Recht und schlecht ist jegliches Sterben.

Mögen die anderen deklamieren,
Parole über Parole malen –
wir halten nicht stand,
aber wir geben nicht auf."

Seht, er kehrt um
bei schwebendem Regen.
Kühl das Haupt,
zwischen Tränen und Küssen im Dunkel
baut er auf seine Furcht:
Denn die Zeiten, sie wechseln,
kein Name bleibt ewig verborgen,
kein Stein auf dem andern,
und kurzen Prozess wird man machen
mit seinem gewöhnlichen Blut ...

Das sah ich und hörte
bei Männern in meinem Alter.

Verifican la dirección del viento
mirando el humo de los techos —
¡oh desdicha, pensar en política!

“No tenemos poder”, dicen ellos.
“Todo morir es malo y justo.
Que declamen los otros,
que dibujen consigna tras consigna —
nosotros no resistimos,
pero tampoco renunciamos.”

Mirad, ahora regresa
bajo la inminente lluvia.
Fresca la cabeza,
entre lágrimas y besos en la sombra
elabora su miedo:
Porque los tiempos cambian,
ningún renombre queda eternamente oculto,
ni piedra sobre piedra,
y un sumario proceso se hará
con su sangre común . . .

Eso vi y escuché
en hombres de mi edad.

DIE VERLASSENE

Dein Hals war mein Turm.
Mein Rock war dein Banner.

Mein liebster Gesell.
Du Lump.

Ich hing an deinem Mund
und lobte den Rauch deiner Pfeife.
Du tauschtest mich ein wie ein Bauer,
der seinen Maulesel satt hat.

Ich lag auf dem Bauch vor dir
und auf dem Rücken.
Ein Seidenschlips unterm Bett
ist mein Lohn.

Warum macht denn das Alter
aus meiner Liebe einen Abgrund
für die Gerechtigkeit?

O so schlau bin ich wohl,
dass ich mich immer noch
aus dem Fenster lehne,

LA ABANDONADA

Tu cuello era mi torre.
Mi saco tu bandera.

Mi amado compañero,
oh cachafaz.

Yo pendía de tu boca
y ponderaba el humo de tu pipa.
Tú me cambiaste como un labriego
que se harta de su jumento.

Ante ti me echaba de vientre
y de espaldas.
Un corbatín de seda bajo la cama
es toda mi recompensa.

Pero ¿por qué la edad
hace de mi amor un abismo
para la justicia?

Oh, tan astuta soy
que todavía me asomo
hacia afuera por la ventana,

wenn dein blitzender Wagen,
voller Salat und Südfrüchte,
vorbeijagt . . .

Dein Hals war mein Turm,
du Lump.

Den Kindern werd ich erzählen,
dass dich der Teufel geholt hat.

cuando tu raudo coche,
lleno de lechuga y frutos del sur,
pasa volando...

Tu cuello era mi torre,
oh cachafaz.

A los niños les contaré
que el diablo te ha llevado.

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

JAGDHÖRNER

Dezembers hauchen
Atem gegen frostige Ebenen
und Wild mit schneeigem Pelz
und Löcher ins Eis
und ziehen Fische aus schwärzlicher Flur
in siedendes Wasser

Männer,
die Flinten und Feuer verehren
und Häsin und Fuchs ein Ende bereiten
mit Blitzen und Kugeln,
die schnell sind.

Verendet arglose Schönheit im Schnee.
Ballt sich das Leben
im Strom aus zerrissenem Hals.

Die Männer töten,
was sie lieben und blankäugig ist
und geschmeidig und stolz
mit fliegenden Hufen dahinflieht.

Aber kehren sie heim
von den Märkten der toten Fasanen,
holt es sie ein, das schnelle Entfärben.

CUERNOS DE CAZA

Alentar de diciembre
respiración contra las llanuras escarchadas
y animales de piel nevosa
y agujeros en el hielo
y peces que van de la corriente negruzca
al agua hirviente.

Hombres
que honran escopeta y fuego
y ponen fin a la liebre y al zorro
con fogonazos y balas
rápidos.

Termina en la nieve la belleza inocente.
La vida se agrupa
en la corriente de cuello desgarrado.

Los hombres matan
lo que aman y tiene ojos claros
y huye ágil y altivo
con cascos voladores.

Pero vuelven a casa
de los mercados de faisanes muertos,
y los alcanza el rápido decolorarse.

Und Jagdhörner, Freunde,
verhalten.

Welches Leben
spielt uns der Tod in die Hand,
dass wir Taube im Flug
heiter vom Himmel
herunterholen zum Fisch?

Wir sterben doch auch
weg von den Tischen
und wissen ein wenig zu leiden.

Y los cuernos de caza, amigos,
expiran.

¿Qué vida
nos pone la muerte entre manos,
que a la paloma en vuelo
alegre del cielo
la bajamos hasta el pez?

También nosotros morimos
fuera de las mesas
y sabemos sufrir un poco.

KINDERWINTER

Kinder, die Feldmäuse ziehn in die Stadt,
die Vögel kriegen das grosse Schreien,
der Winterwind hat sein Sommerhaus satt.
Morgen wird's schneien.

Kohlraben schleudert er scharenweis
gegen den Himmel, ihn zu bekrähen.
In den Teichen keimt grünes, glückliches Eis,
der Wind greift zur Sense, um Schilf zu machen.

Die Warzen werden den Brustschwimmern weiss,
den Barschen wachsen die Winterschuppen,
die Windrose dreht sich im himmlischen Kreis
um den Topf mit Kartoffelsuppen.

Schweremütigen wachsen Frostbeulen aus
und während sie ihre Wundmale jucken,
geistert der Wind durch sein Winterhaus.
Die Mageren müssen jetzt Lebertran schlucken.

Stadtmaus und Feldmaus pfeifen zusammen
hohlzahnig vorm keuchenden Ofenloch:
wer bietet mehr als Feuer und Flammen,
Suppen für Kaspar, Kraut für den Koch?

(Für Suzanne Kämper.)

INVIERNO DE LOS NIÑOS

Chicos, los ratones campestres van a la ciudad,
los pájaros empiezan la gran gritería,
el viento de invierno está harto de su casa de verano.
Mañana va a nevar.

Cuervos arroja él a montones
contra el cielo, para graznarle.
En los estanques germina hielo verde, feliz,
el viento empuña la guadaña, para hacer cañas.

Los pezones se blanquean en los nadadores de pecho,
a las percas les crecen las escamas de invierno,
la rosa de los vientos gira en círculo celeste
en torno de la olla con sopas de papas.

A los hipocondríacos les crecen abcesos de escarcha
y mientras pican sus cicatrices,
el viento atraviesa su casa de invierno.
Los delgados tragarán ahora extracto de hígado.

El ratón de ciudad y el ratón campestre silban juntos,
huecos los dientes, frente al hogar jadeante:
¿quién brinda más que fuego y llamas,
sopas para Gaspar, verduras para el cocinero?

(Trad. Carlos F. Grieben.)

ZOON POLITIKON

I

Feiertags
Kommt das Vergessene
Auf Hahnenfüßen mit Sporen
Die ritzen mir ins Parkett
Ein Schnittmuster, so
Wird uns zugeschnitten
Das Nesselhemd
Wenn die Wand
Rosentapete sich auftut
Und ausstösst die Bettlade voll
Von gemergelten Judenköpfen
Wenn durch den versiegelten schön
Glänzenden Estrich hinausdrängt
Nichts. Nur ein Rauch
Stinkender. So
Werden wir eingekleidet
In das was uns zukommt
Wenn die Kinder aufstehen fragen
Wie konntet ihr nur
In Rauch und Nesseln
Besonders am Feiertag.

ZOON POLITIKON

I

En los días festivos
viene lo olvidado
sobre patas de gallo con espuelas
que me rajan en el parket
una muestra, así
se nos corta a medida
la camisa de muselina
cuando la pared
se pone tapices de rosas
y colma el lecho
de cabezas trituradas de judíos
cuando a través del piso bien
sellado y brillante emerge
nada. Sólo un vaho
de hediondos. Así
se nos viste
de lo que nos sobreviene
cuando los niños se levantan preguntan
cómo pudísteis
con humo y ortigas
especialmente en día festivo.

II

Trommeln sind die Begleiter des Morgenrots
Knaben kommen
Mit Schiesswaffen in der Hand
Setzen die schwarze Mündung
Auf die Brust des Freundes.
Bedenkliches aber
Und aber und abermals
Blechtrommler
Zündblättchenkriege.
Lacht nur

Lacht nicht.

III

Ich hätte ehe ich gehe
Noch einige Fragen.
Warum hat die Grossmutter Schlangenköchin
Das Fischlein gekocht?
Warum haben die Jünger am Ölberg sich schlafend gestellt?
Warum ist seit Auschwitz nichts wesentlich besser geworden?

Vom Übel sein.
Wir sinds.
Wir sind vom Übel.

IV

So werden wir
Du Bruder und ich
Hinübergehen
Schuldig.

II

Tambores acompañan la aurora.
Niños vienen
con armas de fuego en la mano
y apoyan la boca negra
sobre el pecho del amigo.
Pero da qué pensar
y más y mucho más
tamborilleros de lata
guerreros de fulminante de papel.
Reíd nomás.
No riáis.

III

Antes de irme
tendría unas preguntas.
¿Por qué la abuela cocinera de víboras
cocinó el pescadito?
¿Por qué los apóstoles se hicieron los dormidos en el
[Monte de los Olivos?
¿Por qué desde Auschwitz nada mejoró esencialmente?
Ser del mal.
Lo somos nosotros.
Nosotros somos del mal.

IV

Así nosotros.
Tú hermano y yo
iremos más allá
culpables.

Denn freizusprechen ist keiner.
Eine Hand voll Erde
Ein Mund voll Wein
Unsere Würde ein Kleid
Sie ziehens uns aus am Ende.
Nackt vor der Grube
Woran erinnert dich das?
Zu verstehen ist nichts.
Geh.
Weiter.

V

Alles nicht aktenkundig
Nicht der Angstschrei am Bahnhofsgelände
Nicht das Schluchzen gefangener Kinder
Unterm Kanalgitter
Dennoch
Leg dich nicht schlafen

Registriere
Verlust um Verlust
Und hinter Alleebäumen wieder
Langrohrig kriechen die Panzer
Ich weiss du weisst er weiss
Die Erde dreht sich
Ein dauerhaftes Gefährt
Mit ihren Kerkern
Blutbestickten Fahnen
Ihren schönblühenden Bäumen
Voll Vogelgezwitscher
Aus der Sonne in den Schatten
Aus dem Schatten in die Sonne

Porque nadie puede ser declarado inocente.
Un puñado de tierra
un trago de vino
nuestra virtud un vestido
nos quitan al final.
Desnudo ante el sepulcro
¿qué te recuerda esto?
No hay nada que comprender.
Vete.
Sigue.

V

No todo según actas
No el grito de angustia en el andén ferroviario
No el sollozar de niños cautivos
bajo las rejas del canal
sin embargo
no te echas a dormir
Registra
pérdida tras pérdida
y tras las arboledas vuelven
a arrastrarse largamente los tanques
Yo sé tú sabes él sabe
la tierra gira
un vehículo duradero
con sus calabozos
banderas ensangrentadas
sus flores bellamente florecientes
llenas de gorjeos de pájaros
desde el sol a la sombra
desde la sombra al sol

Du
Dennoch
Leg dich nicht schlafen.

VI

Ihr gut zu kennen
Alles rein ausgebreitet
Mit Händen zu greifen
Wenig Untiefen
Keine schillernden Blasen
Wohlanständig in Wollmänteln
Mit Krawatten
Keine Alpträume nachts
Noch Haare gestäubte
Plötzlich beim Beischlaf
Auf dem Weg ins Büro
Keine Gespenster am Strassenrand
Lazarus liegengelassen
Gute Geschäfte
Keine Sorge um Nichtmehrsein
Kein Gedanke an Himmelundhölle
Dann: Blutungen, leicht genommen
Niemand gesagt.
Fahrt über Land
Gutgepolsterte offene Rübenmieten
Mit Stroh ausgelegt
In einem fremden Gehöft ein Glas Wasser getrunken
Trinkgeld hinterlassen heraus
Vor einer Wand gestanden
Schwarz ohne Fenster
Gezittert

Tú
con todo
no te echas a dormir.

VI

Conocerla bien
todo bien expuesto
al alcance de la mano
pocos abismos
ninguna burbuja irisada
decentemente envueltos en mantas de lana
con corbatas
ninguna pesadilla de noche
ni pelos esparcidos
de pronto en el coito
camino a la oficina
ningún fantasma en la acera
Lázaro abandonado
buenos negocios
ninguna preocupación por el no ser ya más
ningún pensamiento sobre cieloinfierno
luego: hemorragias, tomadas ligeramente
dichas a nadie.
Viaje por el campo
bien tapizadas
abiertas camándulas
cubiertas de paja
bebido un vaso de agua en una granja extraña
parados ante una pared
dejada la propina afuera
negra sin ventanas
temblando

Vor der ohne Fenster
Schwarzen Wand.

VII

Zerrbilder jede Nacht
von solchen die unterirdisch
Einen Gang entlanghasten
Von solchen die ins Wasser tauchen lautlos
Wie Ratten schwimmen
Von solchen die über ein Minenfeld kriechen
Hundertäugig
Von solchen die ihre Motoren aufheulen lassen
Eine Schranke durchbrechen
Von Händen im Stacheldraht
Maschinenpistolengeknatter
Leuchtgranaten
Gezappel im Scheinwerferstrahl
Von Familien gedacht daheim bei der Lampe zu sitzen
Und keuchen im Finstern
Schleppen den steinkleinen Leichnam
Fluchten unzählige immer
Über den Erdball
Vom Unerträglichen ins Unbekannte
Vielleicht Erträgliche
Übt Vorsicht schweigt
Sprecht nicht von denen die nicht angekommen sind
Sie müssen es büssen
Sprecht nicht von denen die nicht angekommen sind
Sie müssen es büssen.

frente a la pared negra
sin ventanas.

VII

Caricaturas cada noche
de aquellos que subterráneamente
nadan como ratas
buscan un pasadizo
de aquellos que se sumergen en silencio en el agua
de aquellos que se arrastran sobre un campo minado
con cien ojos
de aquellos que echan a aullar los motores
rompen una barrera
de manos en el alambre de púa
tableteo de ametralladoras
granadas luminosas
pataleos en el rayo del reflector
pensados por las familias a la luz de la lámpara
y jadeos en lo oscuro
arrastrar del cadáver mínimo pétreo
huir de inmensurables siempre
sobre el globo terráqueo
de lo insoportable a lo desconocido
acaso soportable
sed cautos callad
no habléis de quienes no han llegado
ellos deben expiar
no habléis de quienes no han llegado
ellos deben expiar

VIII

Immer daran zu denken
In Zusammenhang bringen
Fragen
Zurücktreten Abstand gewinnen
Was

Was sagen wir der Pressekonferenz
Wenn der Begrabene die Glocke läutet.
Er lebt nur einen Tag
Ein Tag ist lang

Unter uns Höhlen wie jene von Santa Rosa
Die man vom Meere sieht.
Oben die Kinder
Werfen sich Bälle zu, hüpfen
Ins Labyrinth
Sternkünstliches Firmament.
Wir arbeiten ohne Netz.
Fliegen, umklammern uns
Nüchterne Springer.
Muskeln wie Eisen
Zuckersüsse Musik.
Versäumnis tötet.

IX

Meergrüner Wind in den Lärchen
Chaotische Harmonie
Am Rand der Schonung aller Unsichtbaren
Die sich zujauchzen zutrillern schluchzen
Während das Licht dir von den Fingern schmilzt

VIII

Pensar siempre en eso
relacionar
preguntar
retroceder ganar distancias
qué

Qué decimos a la conferencia de prensa
cuando el enterrado tañe la campana
Él vive sólo un día
un día es largo

Bajo nosotros cuevas como las de Santa Rosa
que se ven desde el mar.
Arriba los niños
se arrojan pelotas, saltan
al laberinto
firmamento artificialmente estelar.
Nosotros trabajamos sin red.
Volamos, nos enlazamos
simples acróbatas.
Músculos de hierro
música azucarada.
La falta mata.

IX

Viento de verde mar en los alerces
armonía caótica
al filo del cuidado de los invisibles
que se saludan jubilosos se trinan sollozan
mientras la luz se te derrite entre los dedos

Die Torkelschnepfe schon einfällt.
Dann stufenweis dunkler
Änderung in der Tonart
Sehnsüchtiger leiser.
Abendtau Füße im Nachtgras
Holzfällerfeuer gelöscht.
Letzter noch einziger Liebesruf unentwegter
Und Antwort waldinnen vom Kauz.
Stern erster Venus. Dies All
All dies und die Insel Zypern.

y la tuerca de la prensa ya se ajusta.
Luego paulatina una oscura
variación en la tónica
de anhelosos más suavemente.
Pies de rocío nocturno en la hierba húmeda
variación en la tónica
Último aún único llamado de amor de quienes no vacilan
y respuesta bosque adentro de la lechuza.
Estrella de primera Venus. Este Todo
todo esto y la isla de Chipre.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

IRGENDWANN

Irgendwann
eine eiternde Wunde
ein Schrei
nicht hörbar
wird es aufbrechen
mit einer Kinderstirn wird es einhergehn
barfüssig
waffenlos
dieses Leuchten
Jahrhunderte
Gesellschaftsordnungen
können ihm nichts tun.

Es wird sein von immer zu immer
wie die Tränen gleich sind auf allen Gesichtern
durch die Kontinente, die Jahrhunderte,
wenn es kommt
dieses Lächeln
gleich hell auf den Gesichtern
aller Hautfarben
dieses Einverständnis
ist und wird gleich sein
immer
das Lächeln
der Verzicht.

EN CUALQUIER MOMENTO

En cualquier momento
una herida putrefacta
un grito
imperceptible
irrumpirá
se moverá con una frente infantil
descalzo
desarmado
ese fulgor
ni los siglos
ni las estructuras sociales
lo afectan.

Será de siempre en siempre
como las lágrimas son iguales en todos los rostros
a través de los continentes, de los siglos,
cuando llega
esta sonrisa
iluminando por igual
los rostros de todo color
este entendimiento
es igual y lo será
siempre
la sonrisa
la resignación.

NACHT

Man hat mich Tote aufs Wasser gelegt
ich fahre die Flüsse hinunter

die Rhône den Rhein den Guadalquivir
den Haifischfluss in den Tropen.

Am Meer die Särge.
Ich ohne Münze zwischen den Zähnen

ich treibe in meinem Bett
an den barmherzigen

Bewahrern
geliebter Toter vorbei

überzählig
unnützer als Treibholz

in den Tag.

NOCHE

Me posaron sobre el agua, muerta,
desciendo los ríos

el Ródano el Rin el Guadalquivir
el río Tiburón en los trópicos

En el mar los ataúdes.
Sin moneda entre los dientes

flores en mi lecho
pasando junto

a los compasivos cuidadores
de amados difuntos

superflua
más inútil que los troncos

hacia el día.

(Trad. Nicolás Costa.)

DER FEIND

Einst als ich ins Licht trat, sagte der Grosse im Dunkeln
seinen Leuten: "Den seht euch an
der dort im Licht läuft, der ist es, den nehmt euch vor
dem sollt ihr Steine vor die Füße werfen
dem lasst nichts durchgehn, den haltet im Auge!"

Und tret ich in den Schatten und häute mich schnell
und komm ans volle Licht mit Stock und Pfeife —
der dort im Dunkeln hat was mitbekommen
und sagt: "Den haltet strenger noch im Auge,
dem lasst nichts durchgehn, der ist unser Mann!"

Der Grosse hat seine Leute zur Rechten zur Linken
er kennt meine Kleider alle und Pfeifentöne
und findet meine Spuren im Wasser auch
dem kann ich nicht mit alten Märchen kommen.
Und um ihm einst den Blick zu trüben, braucht es
noch manche Kenntnis über Tuch und Schminke.

EL ENEMIGO

Cuando salí a la luz, dijo el Grande en la oscuridad
a su gente: "¡Miradlo
a aquel que anda por la luz, es él, tenedlo en cuenta
a él arrojadle piedras ante los pies
a él no le dejéis pasar nada, a él no lo perdáis de vista!"

Y si entro en la sombra y me desuello rápido
y salgo a plena luz con bastón y pipa,
aquel que está en la oscuridad recibió algo
y dice: "¡Seguid no perdiéndolo de vista,
no le dejéis pasar nada, él es nuestro hombre!"

El Grande tiene a su gente a derecha e izquierda
conoce todas mis ropas y sonos de pito
y encuentra mis huellas en el agua también
a él no le puedo venir con viejos cuentos.
Y para llegar a nublarle la vista, es necesario
aún más de una experiencia sobre tela y cosmético.

DER VOGEL

Ich rief: friss Vogel oder stirb, ich rief:
es gilt zu fressen
oder gilt zu sterben
was willst du tun da oben, rief ich, rede!

Es bleibt das Fliegen, rief der Vogel oben,
es bleibt das Fressen,
es bleibt das um die Wette pfeifen
schrie der Vogel.

Es muss geflogen werden, schrie er oben.
Wolke um Wolke, schrie er, Wind um Wind,
Himmel um Himmel muss beflogen werden
bis selbst der lahme Drache Flügel spreitet —

bis selbst der Stein um Schwingen bittet
schrie der Vogel.

EL PÁJARO

Yo exclamé: come, pájaro, o muere, yo exclamé:
¡se trata de comer
o se trata de morir,
qué quieres hacer allí arriba, exclamé yo, habla!

Queda el volar, exclamó el pájaro arriba,
queda el comer,
queda el competir silbando,
gritó el pájaro.

Hay que volar, gritó él arriba,
nube tras nube, gritó, viento tras viento,
cielo tras cielo debe ser volado
hasta que el mismo dragón paralítico despliega alas,

hasta que la piedra misma implora por balancearse,
gritó el pájaro.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

CHAUSSEEN

Erwürgte Abendröte
Stürzender Zeit!
Chausseen. Chausseen.
Kreuzwege der Flucht.
Wagenspuren über den Acker,
Der mit den Augen
Erschlagener Pferde
Den brennenden Himmel sah.

Nächte mit Lungen voll Rauch,
Mit hartem Atem der Fliehenden,
Wenn Schüsse
Auf die Dämmerung schlugen.
Aus zerbrochenem Tor
Trat lautlos Asche und Wind,
Ein Feuer,
Das mürrisch das Dunkel kaute.

Tote,
Über die Gleise geschleudert,
Den erstickten Schrei
Wie einen Stein am Gaumen.
Ein schwarzes
Summendes Tuch aus Fliegen
Schloss ihre Wunden.

AVENIDAS

¡Crepúsculos estrangulados
de una época en derrumbe!
Avenidas. Avenidas.
Encrucijadas de la fuga.
Huellas de carros sobre el sembradío,
aquel que con ojos
de caballos muertos
vio el cielo ardiendo.

Noches con pulmones llenos de humo,
con el duro aliento de los fugitivos,
al sonar disparos
contra el anochecer.
De un portón quebrado
salió en silencio ceniza y viento,
un fuego
que mascaba gruñón la oscuridad.

Muertos,
arrojados sobre los rieles,
el grito ahogado
como una piedra en el paladar.
Un trapo negro
zumbante de moscas
cerró sus heridas.

PSALM

Dass aus dem Samen des Menschen
Kein Mensch
Und aus dem Samen des Ölbaums
kein Ölbaum
Werde,
Es ist zu messen
Mit der Elle des Todes.

Die da wohnen
Unter der Erde
In einer Kugel aus Zement,
Ihre Stärke gleicht
Dem Halm
Im peitschenden Schnee.

Die Öde wird Geschichte.
Termiten schreiben sie
Mit ihren Zangen
In den Sand.

Und nicht erforscht wird werden
Ein Geschlecht,
Eifrig bemüht,
Sich zu vernichten.

SALMO

Que del semen del hombre
no resulte ningún hombre
y de la semilla del olivo
ningún olivo,
debe medirse
con la vara de la muerte.

Aquellos viven
bajo tierra
en una esfera de cemento,
su fuerza equivale
al tallo
en la nieve restallante.

La desolación se hace historia.
Termitas escriben
con sus pinzas
en la arena.

Y no será investigada
una generación
celosamente empeñada
en destruirse.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

ROBINSON

Manchmal weint er wenn die worte
still in seiner kehle stehn
doch er lernt an seinem orte
schweigend mit sich umzugehn

und erfindet alte dinge
halb aus not und halb im spiel
splittert stein zur messerklinge
schnürt die axt an einen stiel

kratzt mit einer muschelkante
seinen namen in die wand
und der allzu oft genannte
wird ihm langsam unbekannt

ROBINSON

A veces llora cuando las palabras
quedan quietas en su garganta
pero aprende en su lugar
a conducirse silencioso

y descubre viejas cosas
en parte por necesidad y en parte jugando
astilla piedra hasta hacerla cuchillo
ata el hacha a un mango

graba con el canto de una concha
su nombre en la pared
y aquel que es nombrado demasiadas veces
le va resultando de a poco desconocido

AM GELÄNDER

Gesetzt den fall ich tät es eben
und plötzlich da mein leben fällt
begegnet mir ein zweites leben
und wirft mich wieder in die welt

vielleicht ist gar kein toter tot
und bleibt ein arbeiter und esser
und schindet sich ums totenbrot
und meint wer atmet hat es besser

vielleicht will totsein tapferkeit
und heute kann mich nichts bewegen
die hände frei von allem streit
um einen bauch von brei zu legen

EN EL PASAMANOS

Puesto el caso de que yo lo hiciera
y de pronto cuando termina mi vida
me llega una segunda vida
y me arroja de nuevo al mundo

acaso ningún muerto esté muerto
y siga trabajando y comiendo
y se desuelle por el pan de los muertos
y piense que el que respira está mejor

acaso estar muerto requiera valentía
y hoy nada puede moverme
a librar mis manos de toda pelea
y posarlas sobre una barriga de argamasa

HÖRT WEG!

Kein wort soll mehr von aufbau sein
kein wort mehr von arbeit und altersrente
hört weg — ihr helden — ich rede allein
für asoziale elemente

für arbeiter die nicht mehr arbeiten wollen
für die stromer und wüsten matrosen
für die sträflinge und heimatlosen
für die zigeuner und träumer und liebestollen

für huren in häusern mit schwülen ampeln
für selbstmörder aus zerstörungslust
und für die betrunkenen die unbewusst
ein stück von einem stern zertrampeln

ich rede wie die irren reden
für mich allein und für die andern blinden
für alle die in diesem leben
nicht mehr nach hause finden

¡A P A R T Á O S!

Ni una palabra más sobre reconstrucción
ni una palabra más sobre trabajo y renta a la vejez
no escuchéis, héroes, yo sólo hablo
para elementos asociales

para trabajadores que ya no quieren trabajar
para los vagos y licenciosos marineros
para los penados y apátridas
para los gitanos y soñadores y locos de amor

para prostitutas en casas de faroles húmedos
para suicidas por afán de destrucción
y para los borrachos que sin darse cuenta
trituran un trozo de una estrella

yo hablo como hablan los locos
para mí sola y para los demás ciegos
para todos los que en esta vida
ya no saben volver a casa.

MEIN BESITZ

Ich habe einen mantel in die jackentasche zu stecken
einen taschenmantel

ich habe eine radio in die jackentasche zu stecken
ein taschenradio

ich habe eine bibel in die jackentasche zu stecken
eine taschenbibel

ich habe gar keine solche jacke mit taschen
gar keine jackentasche

ich habe eine schnapsflasche mit zwölf gläsern für mich
und alle meine onkels und tanten

ich habe eine kaffeekanne mit vier tassen für mich
und meine drei besten freundinnen

ich habe ein schachbrett mit schwarzen und weissen steinen
für mich

und einen freund

ich habe gar keine freunde einzuladen
niemanden

ich habe einen himmel endlos über mir
darunter mich wiederzufinden

ich habe eine stadt voll strassen endlos
darin mir zu begegnen

MI POSESIÓN

Tengo que poner un abrigo en el bolsillo de la chaqueta
un abrigo de bolsillo

tengo que poner una radio en el bolsillo de la chaqueta
una radio de bolsillo

tengo que poner una biblia en el bolsillo de la chaqueta
una biblia de bolsillo

no tengo una chaqueta así con bolsillos
no tengo bolsillos de chaqueta

tengo una botella de aguardiente con doce copas para mí
y todos mis tíos y tías

tengo una cafetera con cuatro tazas para mí
y mis tres mejores amigas

tengo un tablero de ajedrez con piezas negras y blancas para mí
y un amigo

no tengo amigos que invitar
nadie

tengo un cielo infinito sobre mí
para reencontrarme bajo él

tengo una ciudad llena de calles infinitas
para encontrarme en ella

ich habe ein lied endlos und endlos
 darin ein- und auszuatmen
ich habe nicht mehr als ein gras zwischen zwei pflastersteinen
 nicht mehr zu leben

tengo una canción infinita e infinita
para inspirar y expirar en ella
no tengo más que una hierba entre dos adoquines
para no vivir más

(Trad. Carlos F. Grieben.)

RADIX, MATRIX

Wie man zum Stein spricht, wie
du,
mir vom Abgrund her, von
einer Heimat her Ver-
schwisterte, Zu-
geschleuderte, du,
du mir vorzeiten,
du mir im Nichts einer Nacht,
du in der Aber -Nacht Be-
gegnete, du
Aber-Du —:

Damals, da ich nicht da war,
damals, da du
den Acker abschrittst, allein:

Wer,
wer wars, jenes
Geschlecht, jenes germordete, jenes
schwarz in den Himmel stehende:
Rute und Hode —?

(Wurzel.
Wurzel Abrahams. Wurzel Jesse. Niemandes

RADIX, MATRIX

Como se habla a la piedra, como
tú,
que desde el abismo, desde
una patria her-
manada lan-
zada, tú,
me fuiste en lo antaño,
tú en la nada de una noche,
tú en la noche en-
contrada, tú
de-nuevo-tú - :

Entonces, cuando yo no estaba,
entonces, cuando tú
medías el campo a pasos, solo:

¿Quién,
quién fue, aquella
generación, aquello asesinado, aquello
oscuramente erguido en el cielo:
miembro y testículo - ?

(Raíz.
Raíz de Abraham. Raíz de Jesse. Raíz

Wurzel — o
unser.)

Ja,
wie man zum Stein spricht, wie
du
mit meinen Händen dorthin
und ins Nichts greifst, so
ist, was hier ist:

auch dieser
Fruchtboden klafft,
dieses
Hinab
ist die eine der wild-
blühenden Kronen.

de nadie - oh
nuestro.)

Sí,
como se habla a la piedra, como
tú
con mis manos allí
y en la nada agarras, así
es lo que aquí es:

también este
fecundo suelo se entreabre,
este
ir - hacia - abajo
es una de las coronas
que salvajemente florecen.

SIBIRISCH

Bogengebete — du
sprachst sie nicht mit, es waren,
du denkst es, die deinen.

Der Rabenschwan hing
vorm frühen Gestirn:
mit zerfressenem Lidspalt
stand ein Gesicht — auch unter diesem
Schatten.

Kleine, im Eiswind
liegendebliebene
Schelle
mit deinem
weissen Kiesel im Mund:

Auch mir
steht der tausendjahrfarbene
Stein in der Kehle, der Herzstein,
auch ich
setze Grünspan an
an der Lippe.

SIBERIANO

Plegarias de violín - tú
no interviniste, eran,
según piensas, los tuyos.

El cisne negro estaba suspendido
frente a la estrella matutina:
con la hendidura carcomida del párpado
había una cara - también bajo esta
sombra

Pequeña campanilla
extendida en el viento helado
con tu blanco
guijarro en la boca:

También yo tengo
coloreado por los milenios
el hueso en la garganta, centro del corazón,
también yo
coloco cardenillo
sobre los labios

Über die Schuttflur hier,
durch das Seggenmeer heute
führt sie, unsre
Bronze-Strasse.
Da lieg ich und rede zu dir
mit abgehäutetem
Finger.

Aquí sobre el campo de escombros,
a través de un mar de carrizos
conduce hoy nuestra calle del Bronce.
Tendido allí te hablo
con el desollado dedo.

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

LANDSSPRACHE

volebat namque varium, iracundum,
iniustum, inconstantem: eundem exora-
bilem, clementem, misericordem, excel-
sum, gloriosum, humilem, ferocem, fuga-
cemque et omnia pariter ostendere.

plinius, hist. nat. XXXV, X.

was habe ich hier verloren,
in diesem land,
dahin mich gebracht haben meine älteren
durch arglosigkeit?
eingeboren, doch ungetrost,
abwesend bin ich hier,
ansässig im gemütlichen elend,
in der netten, zufriedenen grube.

was habe ich hier? und was habe ich hier zu suchen,
in dieser schlachtschüssel, diesem schlaraffenland,
wo es aufwärts geht, aber nicht vorwärts,
wo der überdruss ins bestickte hungertuch beisst,
wo in den delikatessgeschäften die armut, kreidebleich,
mit erstickter stimme aus dem schlagrahm röchelt und ruft:
es geht aufwärts!

IDIOMA VERNÁCULO

volebat namque varium, iracundum,
iniustum, inconstantem: eundem exora-
bilem, clementem, misericordem, excel-
sum, gloriosum, humilem, ferocem, fuga-
cemque et omnia pariter ostendere.

plinius, hist. nat. XXXV, X.

¿qué es lo que aquí he perdido,
en esta tierra,
a la que me trajeron mis mayores
por inocencia?
nativo pero intranquilo,
ausente estoy aquí,
instalado en espiritual desdicha,
en el bonito, satisfecho pozo.

¿qué tengo aquí? y qué tengo que buscar aquí,
en este plato de comida, en esta Jauja,
donde se va hacia arriba, pero no hacia adelante,
donde la saciedad se muere de bordada indigencia,
donde en las tiendas de comestibles la pobreza, cadavérica,
con sofocada voz desde la crema batida resuella y grita:
¡viento en popa!

wo eine gewinnspanne weit von den armen reichen die
reichen armen
vor begeisterung ihre kinostühle zerschmettern,
da geht es aufwärts von fall zu fall,
wo die zahlungsbilanz hosianna und alles was recht ist singt
und ruft: das ist nicht genug,
dass da die freizeit spurt und gas gibt und hinhaut,
das ist das kleinere übel, das ist nur die hälfte,
das macht nichts, das ist nicht genug,
dass die tarifpartner durch die strassen irren
und mit geballten fäusten frohlocken
und singen und sagen:
hier geht es aufwärts
hier ist gut sein,
wo es rückwärts aufwärts geht,
hier schiesst der leitende herr den leitenden herrn mit dem
gesangbuch ab,
hier führen die leichtbeschädigten mit den schwer –
beschädigten krieg,
hier heisst es unerbittlich nett zueinander sein,
und das ist das kleinere übel,
das wundert mich nicht,
das nehmen die käufer in kauf,
hier, wo eine hand die andere kauft,
hand aufs herz, hier sind wir zuhaus,
hier lasst uns hütten bauen,
auf diesem arischen schrotthaufen,
auf diesem krächzenden parkplatz,
wo aus den ruinen ruinen sprossen,
nagelneu, ruinen auf vorrat, auf raten,
auf abruf, auf widerruf:

donde a distancia de un margen de ganancia de los ricos pobres
los pobres ricos destrozan de entusiasmo sus butacas de cine,
y hacia arriba se va de caída en caída,
donde el balance su hosanna y todo lo que bien está canta
y grita: no es bastante
que el feriado siga la fila y acelere y chapucee,
ése es el mal menor, es sólo la mitad,
no es nada, no es bastante
que los asalariados deambulen por las calles

y con cerrados puños den grititos de gozo
y canten y digan:

aquí se prospera,
es bueno estar aquí,
donde se prospera hacia atrás,
aquí el señor que manda a los señores que mandan
les dispara con el misal,
aquí guerrear los muy lisiados con los apenas lisiados,
aquí hay que ser implacablemente amables los unos con los otros,

y eso es el mal menor,
no me sorprende,
los compradores lo soportan,
aquí, donde una mano a la otra compra,
palabra de honor: aquí estamos muy cómodos,

establezcámonos aquí,
sobre este montón de chatarra aria,
sobre este graznante parqueadero,
donde de ruinas ruinas brotan,
flamantes, ruinas de reserva, en cuotas,
a pedido, hasta nueva orden:

hiersein ist herrlich,
wo dem verbrauchten verbraucher,
und das ist das kleinere übel,
die haare ausfallen,
wo er sein erfolgreiches haupt verhüllt
mit wellpappe und cellophan
wo er abwesend aus der grube ruft:
hier lasst uns hütten bauen,

in dieser mördergrube,
wo der kalender sich selber abreißt vor ohnmacht und hast,
wo die vergangenheit in den müllschluckern schwelt
und die zukunft mit falschen zähnen knirscht,
das kommt davon, dass es aufwärts geht,
da tun wir fleckenwasser drauf,
das ist hier so üblich, das wundert mich nicht,

goldrichtig liegen wir hier,
wo das positive zum höchstkurs notiert,
die handelskammern decken sich damit ein
und bahren es auf unter panzerglas,

wo wir uns finden wohl unter blinden,
in den schau-, kauf- und zeughäusern,
und das ist nicht alles, das ist nur die hälfte,
das ist die tiefgefrorene wildnis,
das ist die erfolgreiche raserei, das tanzt
im notdürftigen nerz, auf zerchochenen knien,
im ewigen frühling der amnesie,

das ist ein anderes land als andere länder,
das reut mich, und dass es mich reut,
das ist das kleinere übel, denn das ist wahr,
was seine opfer, ganz gewöhnliche tote leute,

estar aquí es magnífico,
donde al gastado gastador,
y eso es el mal menor,
se le caen los cabellos,
donde él cubre su exitosa cabeza
con cartón ondulado y celofán,
donde ausente desde el pozo grita
establezcámonos aquí,

en este hoyo homicida,
donde el calendario a sí mismo se arranca de impotencia y
apuro,
donde el pasado en los tragaderos de basura arde sin llama
y el futuro rechina falsos dientes,
y eso proviene de que se prospera,
y aplicamos el quitamanchas,
es tan bonito aquí, no me sorprende,

auriprecisos aquí yacemos,
donde lo positivo se cotiza más alto,
las cámaras de comercio se cubren
y en féretro lo ponen bajo cristal blindado,
donde nos hallamos cómodos entre ciegos,
en las morgues, los negocios y las armerías,
y eso no es todo, es sólo la mitad,
es el desierto profundamente congelado,
es la rabia exitosa, eso danza
en la mísera nutria, sobre rodillas quebradas,
en la eterna primavera de la amnesia,

es un país distinto de los países distintos,
eso me duele, y que me duela
es sólo el mal menor, porque es cierto,
lo que sus víctimas, muerta gente común,

aus der erde rufen, etwas laut- und erfolgloses,
das an das schalldichte pflaster dringt
von unten, und es beschlägt, dass es dunkel wird,
fleckig, nass, bis eine lache,
eine ganz gewöhnliche lache es überschwemmt,

und den butzemann überschwemmt,
das löweneckerchen, das allerleirauh,
und die schöne rapunzel, die sind nicht mehr hier,
und es gibt keine städte mehr, und keine fische,
die sind erstickt in dieser lache,

wie meine brüder, die tadel- und hilflosen pendler,
wie sie mich reuen, die frommen gerichtsvollzieher,
die gasmänner, wie sie waten zuhauf,
mit ihren plombierzangen, wie sie stapfen,
in ihren abwesenden stiefeln, durchs bodenlose,
die gloriole vorschrittmässig tief im genick:

ja wären's leute wie andere leute,
wär es ein ganz gewöhnliches, ein andres
als dieses nacht- und nebelland,
von abwesenden überfüllt,

die wer sie sind nicht wissen noch wissen wollen,
die in dieses land geraten sind
auf der flucht vor diesem land
und werden flüchtig sein bis zur grube:

wärs anders, wär ihm zu helfen,
wäre rat und genugtuung hier,
wär es nicht dieses brache, mundtote feindesland!

desde la tierra gritan, algo sordo y sin éxito,
que en el pavimento contra ruidos penetra
desde abajo, y así se torna oscuro,
sucio, mojado, hasta que un charco,
un charco hartó común todo lo inunda,

y al hombre masa inunda,
y a los arbustos más rastreros,
y al hermoso rapónchigo, que ya no hay más aquí,
y ya no hay más ciudades y no hay peces,
todos se ahogaron en el charco,

cómo me duelen mis hermanos, los intachables, pobres
vagabundos,
cómo me duelen los piadosos agentes de la justicia,
los gasistas que en masa chapalean,
con sus precintadores cómo tranquean,
con sus ausentes botas, por el vacío,
y la gloriola reglamentaria en la cerviz:

sin duda serían gentes como otras,
si este fuera un país normal, distinto
del país nebuloso y nocturno que es,
abrumado de ausentes,

que ignoran quiénes son ni lo quieren saber;
que a este país cayeron
al escapar de este país
y prófugos serán hasta la fosa:

si fuera de otro modo se lo podría ayudar,
habría consejo y desagravio,
¡si no fuera este yermo, mudo país hostil!

was habe ich hier verloren, was suche ich
und stochre in diesem unzuständigen knäuel
von nahkampfspangen, genusscheinen,
gamsbärten, schlussverkäufen, und finde nichts
als chronische, chronologisch geordnete turnhallen
und sachbearbeiter für die menschlichkeit
in den kasernen für die kasernen für die kasernen:

was soll ich hier? und was soll ich sagen?
in welcher sprache? und wem?
da tut mir die wahl weh wie ein messerstich,
das reut mich, das ist das kleinere übel,
das schreit und so weiter
mit kleinen schreien zum himmel
und gibt sich für grösser aus als es ist,
aber es ist nicht ganz,
es ist nur himmelschreiende hälfte,
es ist noch nicht genug:

denn dieses land, vor hunger rasend,
zerrauft sich sorgfältig mit eigenen händen,
dieses land ist von sich selber geschieden,
ein aufgetrenntes, inwendig geschiedenes herz,
unsinnig tickend, eine bombe aus fleisch,
eine nasse, abwesende wunde:

deutschland, mein land, unheilig herz der völker,
ziemlich verrufen, von fall zu fall,
unter allen gewöhnlichen leuten:

meine zwei länder und ich, wir sind geschiedene leute,
und doch bin ich inständig hier,

qué es lo que aquí perdí, qué busco yo
y hurgo en este indigente revoltijo
de prendedores, órdenes de compra,
adornos de sombrero tirolés,
ventas-fin-de-estación, y nada encuentro
sino crónicas salas de gimnasia
cronológicamente ordenadas,
propagandistas del amor al prójimo
en las barracas por las barracas para las barracas:

¿qué hago aquí ¿y qué debo decir?
¿en qué idioma? ¿y a quién?
esta elección me duele como un puñalada,
eso me duele y es el mal menor,
que clama y así sigue
con pequeño clamor al cielo
y que se cree más grande de lo que es,
pero eso no es todo,
es sólo la mitad que clama al cielo,
todavía no es bastante:

pues este país, furibundo de hambre,
con esmero se desgrena con sus propias manos,
este país está dividido de sí mismo,
desintegrado corazón, dividido por dentro,
palpitando alocado, una bomba de carne,
mojada, ausente herida:

Alemania, mi tierra, no sagrado corazón de los pueblos,
harto mal reputada, de caída en caída,
entre todas las gentes comunes:

mis dos tierras y yo, somos gente dividida,
y aquí estoy sin embargo con fervor,

in asche und sack, und frage mich:
was habe ich hier verloren?

das habe ich hier verloren,
was auf meiner zunge schwebt,
etwas andres, das ganze,
das furchtlos scherzt mit der ganzen welt
und nicht in dieser lache ertrinkt,

verloren an dieses fremde, geschiedne geröchel,
das gepresste geröchel im *neuen deutschland*,
das frankfurter allgemeine geröchel
(und das ist das kleinere übel),
ein mundtotes würgen, das nichts von sich weiss,

von dem ich nichts wissen will, musterland,
mördergrube, in die ich herzlich geworfen bin
bei halbwegs lebendigem leib,
da bleibe ich eine zeitlang,
ich hadere aber ich weiche nicht,
da bleibe ich eine zeitlang,
bis ich von hinnen fahre zu den anderen leuten,
und ruhe aus, in einem ganz gewöhnlichen land,
hier nicht,
nicht hier.

cual penitente, y me pregunto:
¿qué es lo que aquí perdí?

lo que aquí he perdido,
es lo que en mi lengua se agita,
algo distinto, el todo,
que intrépido bromea con el mundo
y en este charco no se ahoga,

perdido en este extraño, dividido estertor,
el prensado estertor en el *neuen deutschland*,
el estertor frankfurter allgemeine
(y esto es el mal menor).
mudo estrangulamiento que de sí nada sabe,
y del que yo saber no quiero, tierra ejemplar,
hoyo homicida al que arrojado soy
con medio cuerpo vivo,
y en donde estoy ahora,
disputo pero no cedo,
donde estaré por cierto tiempo,
hasta que parta hacia las otras gentes,
y descanse, en un país totalmente común,
aquí no,
no aquí.

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

ANGESICHTS EINER LANDSCHAFT

Diese Landschaft wie ein
nationales Lied.

Ihr vielzugrüner Bart im Wind.
Er ist zu alt
für die Vögel, die sich
in ihm paaren.

Dazu ein Himmel
mit leisen Sohlen,
Gedichthimmel,
grosser Augenaufschlag.

Der grüne Anstrich überall.
Er färbt die Finger
und die falschen Töne.

Die nationale Luft
steigt in die Luft.

ANTE UN PAISAJE

Este paisaje como un
himno nacional.

Su verdísima barba al viento.
Es demasiado viejo
para los pájaros, que se
aparean en ella.

Además un cielo
con leves suelas,
cielo poético,
grandes se abren los ojos.

El verde tinte por doquier.
Los dedos colorea
y las notas falsas.

El aire nacional
asciende por el aire.

W O R T E

Einfalt erfundener Worte,
Die man hinter Türen spricht,
Aus Fenstern und gegen die Mauern,
Gekalkt mit geduldigem Licht.

Wirklichkeit von Vokabeln,
Von zwei Silben oder von drein:
Aus den Rätseln des Himmels geschnitten,
Aus einer Ader im Stein.

Entzifferung fremder Gesichter
Mit Blitzen unter der Haut,
Mit Bärten, in denen der Wind steht,
Durch einen geflüsterten Laut.

Aber die Namen bleiben
Im Ohre nur ein Gesumm
Wie von Zikaden und Bienen,
Kehren ins Schweigen um.

Vokale – geringe Insekten,
Unsichtbar über die Luft,
Fallen als Asche nieder,
Bleiben als Quittenduft.

PALABRAS

Candor de palabras inventadas
que se dicen detrás de las puertas,
desde ventanas y contra los muros
blanqueados con paciente luz.

Realidad de vocablos
de dos o tres sílabas:
recortadas de los enigmas del cielo,
de una veta en la piedra.

Desciframiento de rostros ajenos
con relámpagos bajo la piel,
con barbas donde el viento se posa
por un sonido susurrado.

Pero los nombres quedan
en el oído solo como un murmullo
de cigarras y abejas,
retornan al silencio.

Vocales, mínimos insectos
invisibles sobre el aire,
caen como ceniza,
quedan como aroma de membrillos.

REGEN

Regen wie
zu lange Sätze in
einer toten Sprache,
Latein des Cicero.

Salamanderzeit.
Die warmen Körper
beginnen zu frieren.

Jemand beugt sich
über feuchtes Papier,
um das Begräbnis
des Lichts zu beschreiben.

Die Spur der Schnecken ist
zäh wie das Gedächtnis
alter Leute an frühere Tage.

LLUVIA

Lluvia como
frases demasiado largas en
una lengua muerta.
Latín ciceroniano.

Tiempo de salamandras.
Los cálidos cuerpos
comienzan a enfriarse.

Alguien se inclina
sobre papel húmedo,
para describir
el entierro de la luz.

La estela de los caracoles
es tenaz como la memoria
en días anteriores de los viejos.

(Trad. Rodolfo E. Modern.)

CHOR DER GERETTETEN

Wir Geretteten.

Aus deren hohlem Gebein der Tod schon seine Flöten schnitt,
An deren Sehnen der Tod schon seinen Bogen strich —

Unsere Leiber klagen noch nach
Mit ihrer verstümmelten Musik.

Wir Geretteten,

Immer noch hängen die Schlingen für unsere Hälse gedreht
Vor uns in der blauen Luft —

Immer noch füllen sich die Stundenuhren mit unserem
tropfenden Blut.

Wir Geretteten,

Immer noch essen an uns die Würmer der Angst.

Unser Gestirn ist vergraben im Staub.

Wir Geretteten

Bitten euch:

Zeigt uns langsam eure Sonne.

Führt uns von Stern zu Stern im Schritt.

Lasst uns das Leben leise wieder lernen.

Es könnte sonst eines Vogels Lied,

Das Füllen des Eimers am Brunnen

Unseren schlecht versiegelten Schmerz aufbrechen lassen

Und uns wegschäumen —

Wir bitten euch:

CORO DE LOS SALVADOS

Nosotros los salvados,
de cuyos huecos huesos ya la muerte sus flautas talló,
en cuyos tendones ay la muerte su arco tendió —
nuestros cuerpos siguen quejándose
con su estropeada música.
Nosotros los salvados,
todavía cuelgan los lazos para nuestros cuellos trenzados
ante nosotros en el aire azul —
aún se llenan las horas del reloj con nuestra sangre en gotas.

Nosotros los salvados,
aún comen de nosotros los vermes de la angustia.
Nuestra estrella está hundida en el polvo.
Nosotros los salvados
os pedimos:
mostradnos lentamente vuestro sol.
Conducidnos al paso de astro en astro.
Instruidnos en la vida suavemente de nuevo.
De lo contrario el canto de un pájaro,
o el llenar de un balde en la fuente,
podría abrir nuestro mal sellado dolor
y arrastrarnos la espuma —
nosotros os pedimos:

Zeigt uns noch nicht einen beissenden Hund —
Es könnte sein, es könnte sein
Dass wir zu Staub zerfallen —
Vor euren Augen zerfallen in Staub.
Was hält denn unsere Webe zusammen?
Wir odemlos gewordene,
Deren Seele zu Ihm floh aus der Mitternacht
Lange bevor man unseren Leib rettete
In die Arche des Augenblicks.
Wir Geretteten,
Wir drücken eure Hand,
Wir erkennen euer Auge —
Aber zusammen hält uns nur noch der Abschied,
Der Abschied im Staub
Hält uns mit euch zusammen.

No nos mostréis aún un perro que muerde —
podría ser, podría ser
que nos convirtiéramos en polvo —
que ante vuestros ojos nos convirtiéramos en polvo.
Qué mantiene unida nuestra trama.
Nosotros, sin aliento,
cuya alma voló a El desde la medianoche
mucho antes de que se salvara a nuestro cuerpo
hacia el arca del momento.
Nosotros los salvados,
nosotros apretamos vuestra mano,
nosotros conocemos vuestro ojo, —
pero nos tiene unidos solo la despedida,
el adiós en el polvo
nos tiene unidos con vosotros.

WEISSE SCHLANGE

Weisse Schlange
Polarkreis
Flügel im Granit
rosa Wehmut im Eisblock
Sperrzonen um das Geheimnis
Herzklopfenmeilen aus Entfernung
Windketten hängend am Heimweh
flammende Granate aus Zorn —

Und die Schnecke
mit dem tickenden Gepäck der Gottzeit.

BLANCAS SERPIENTES

Blancas serpientes
Círculo polar
Ala en el granito
melancolía rosa en el bloque de hielo
Zona prohibida en torno al misterio
Leguas de latidos del corazón de distancia
Cadenas de viento pendientes de la nostalgia
flamígeras granadas de cólera —

Y el caracol
con el palpitante equipaje del tiempo de Dios.

WELCHE FINSTERNISSE

Welche Finsternisse
hinterm Augenlid
angeglänzt
von der explodierenden Abendsonne
des Heimwehs

Strandgut
mit dem Seezeichen
königlich
schlafbewachsen

Schiffbruch
Hände aus den Wellen
fliehende Versuche
Gott zu fangen

Bussweg
umarmend
Meilensteine aus Meer

O keine Ankunft
ohne Tod —

QUÉ TINIEBLAS

Qué tinieblas
detrás del párpado
iluminadas
por el explosivo sol del atardecer
de la nostalgia

Despojos del mar
con el signo del mar
regiamente
cubiertos de sueño

Naufragio
Manos de las olas
fugaces tentativas
de capturar a Dios

Penitente camino
abarcado
piedras miliares del mar

Oh ningún arribo
sin muerte —

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

INVENTUR

Dies ist meine Mütze,
dies ist mein Mantel,
hier mein Rasierzeug
im Beutel aus Leinen.

Konservenbüchse:
Mein Teller, mein Becher,
ich hab in das Weissblech
den Namen geritzt.

Geritzt hier mit diesem
kostbaren Nagel,
den vor begehrliehen
Augen ich berge.

Im Brotbeutel sind
ein Paar wollene Socken
und einiges, was ich
niemand verrate,

so dient es als Kissen
nachts meinem Kopf.
Die Pappe hier liegt
zwischen mir und der Erde.

INVENTARIO

Esta es mi gorra
este es mi gabán
aquí mi equipo de afeitar
en la bolsa de lona.

La lata de conservas,
mi plato, mi vaso,
con mi nombre grabado
en la hojalata.

Grabado con este
clavo valioso
que escondo
de ojos rapaces.

En la bolsa de pan
hay un par de calcetines de lana
y algo
que no descubro a nadie,

así sirve de almohada
de noche a mi cabeza.
Este pedazo de cartulina está
entre la tierra y yo.

Die Bleistiftmine
lieb ich am meisten:
Tags schreibt sie mir Verse,
die nachts ich erdacht.

Dies ist mein Notizbuch,
dies meine Zeltbahn,
dies ist mein Handtuch,
dies ist mein Zwirn.

La mina del lápiz
es lo que más quiero:
de día me escribe versos
que inventé de noche.

Este es mi anotador
esta es mi lona
esta es mi toalla
este es mi hilo de coser.

BRÜDER GRIMM

Brennesselbusch.

Die gebrannten Kinder
warten hinter den Kellerfenstern.
Die Eltern sind fortgegangen,
sagten, sie kämen bald.

Erst kam der Wolf,
der die Semmeln brachte,
die Hyäne borgte sich den Spaten aus,
der Skorpion das Fernsehprogramm.

Ohne Flammen
brennt draussen der Brennesselbusch.
Lange
bleiben die Eltern aus.

LOS HERMANOS GRIMM

Arbusto de ortigas.
Los niños quemados
esperan detrás de las ventanas del sótano.
Los padres se han ido,
dijeron que pronto volverían.

Primero vino el lobo,
trayendo panecillos,
la hiena pidió prestada la pala,
el escorpión, el programa televisivo.

Sin llamas
arde el arbusto de ortigas ahí afuera.
Mucho
tardan los padres.

UFERSTRASSE

Wer wird die Wäsche trocknen,
die am Fluss geklopft wird,
die Wäscherinnen zu Grabe tragen
im gestickten Hemd?
Wer spult die Garnrollen zurück,
vernäht seit Jahrzehnten?

In Weisswarengeschäften
läuft die Zeit ab,
wenn über Mittag
die Tür verschlossen ist,
der Schlüssel von innen steckt.

Wir wollen nicht warten,
bis die Fragen beantwortet sind.
Wir gehen vor zwei
und dem Hochwasser nach
auf Umwegen, ohne Zeit.

CAMINO RIBEREÑO

¿Quién secará la ropa
que están lavando en el río,
sepultará a las lavanderas
en camisa bordada?
¿Quién devana las madejas de hilo
cosido siglos atrás?

En las mercerías
transcurre el tiempo,
cierran la puerta
con la llave por dentro.

No queremos esperar
hasta que nos respondan las preguntas.
Nos vamos antes de las dos
siguiendo la pleamar
dando rodeos fuera del tiempo. Sin tiempo.

WEITGEREIST

Gleich hinter Vancouver
beginnt der Wald,
beginnt nichts,
beginnt, worüber wir fliegen.

Alles nördlich, wie du es liebst,
ein Salzkorn für die Waldläufer,
lederne Beutel, vielleicht
für Schwarzpulver, Gewürze, Tabak.

Was beginnt, geht sehr weit,
ein Rauch aus dem Böhmerwald,
ein Perspektiv, es gibt
wenig Menschen.

VIAJANDO LEJOS

Ahí, detrás de Vancouver,
empieza el bosque,
nada empieza,
empieza lo que sobrevolamos.

Todo a la nórdica, tal vez como te gusta,
un grano de sal para el pájaro,
petacas de cuero, tal vez
para pólvora, condimentos, tabaco.

Lo que empieza va muy lejos,
una humareda desde el bosque de Bohemia,
un largavistas, hay
poca gente.

(Trad. de Nicolás Costa.)

ANSPRUCH

Kommt uns nicht mit Fertigem! Wir brauchen Halbfabrikate.
Weg mit dem faden Braten – her mit dem Wald und dem
Messer!

Hier herrscht das Experiment und keine steife Routine.
Hier schreit eure Wünsche aus: Empfang beim Leben.
Zwischen die Kontinente, zu allen Ufern
Spannt seine Muskeln das Meer unserer Erwartungen
An alle Küsten trommeln seine Finger die Brandung
Über die Uferklinge lässt es die Wogen springen und auf-
schlagen

Immer erneut hält es die Flut hoch und gibt es sie auf:
Hier wird täglich das alte Leben abgeblasen.

Für uns sind die Rezepte nicht ausgeschrieben, mein Herr.
Das Leben ist kein Bilderbuch mehr, Mister, und keine peinliche
Partitur, Fräulein

Nix zum Herunterdudeln! Hier wird ab sofort Denken ver-
langt.

Raus aus den Sesseln, Jungs! Feldbett - meinetwegen.
Nicht so feierlich, Genossen, das Denken will heitere Stirnen!
Wer sehnt sich hier nach wilhelminischem Schulterputz?
Unsere Schultern tragen einen Himmel voll Sternen.

Alles Alte prüft: her, Kontrollposten Jugend!
Hier wird Neuland gegraben und Neuhimmel angeschnitten –

PRETENSION

¡No nos vengan con cosas terminadas! Necesitamos productos
[semifabricados.

¡Basta de insípido asado —vengan el bosque y el cuchillo!

Aquí gobierna el experimento y no la rígida rutina

Gritad vuestros deseos: concepción en vida.

Entre los continentes, hacia todas las orillas,

el mar de nuestras esperanzas tiende sus músculos

en todas las costas golpea con sus dedos el oleaje

sobre el filo de la costa hace saltar e irrumpir las olas.

Renovadamente levanta el oleaje y lo abandona:

diariamente se desinfla aquí la vieja vida.

Para nosotros, señor mío, no han sido escritas las recetas.

La vida ya no es un libro de cuentos, míster, ni una penosa

[partitura, señorita.

¡No hay nada que soplar! Desde ya se exige pensar.

¡Fuera de los sillones, muchachos! Camastro— si queréis.

¡No tan solemnes, camaradas, el pensar quiere frentes alegres!

¿Quién anhela aquí un acicalamiento guillermينو?

Nuestros hombros llevan un cielo lleno de estrellas.

Examinad lo viejo: ¡aquí, puesto de control juventud!

Aquí se cava tierra nueva y se recorta cielo nuevo—

Hier ist der Staat für Anfänger, Halbfabrikat auf Lebenszeit.
Hier schreit eure Wünsche aus: an alle Ufer
Trommelt die Flut eurer Erwartungen!
Was da an deine Waden knallt, Mensch, die tosende Brandung:
Das sind unsere kleinen Finger, die schiessen nur
Bisschen Zukunft vor, Spielerei.

Aquí el estado es para principiantes, semifabricados de
[por vida.

¡Gritad vuestros deseos: en todas las orillas
golpea el oleaje de vuestras esperanzas!

Lo que restalla contra tus pantorrillas, hombre, el furioso
[oleaje:

son nuestros pequeños dedos, que disparan tan sólo
un poco de futuro, jugueteos.

VON IRGENDWIE LEBENDEN

1

Das ist ein Mann auf dem Postplatz gegangen neben einer Frau
Da hat der Sog des Feuers die Frau in die Luft gerissen
Da war die Frau erst neben ihm und nachher nicht mehr
Da sind die Leute rasend über den Altmarkt gerast in ein Bassin
Im Wasser zu sein diese Nacht, da sind sie zerkocht
Da sind die sich aus den Kellern herausgraben konnten
In einem schwarzen Sturm auf roten Strassen hingeschwommen
Da sind sie viel später kalt im erkalteten Asphalt gelegen
Da hat er endlich am fünften Tag die Geschwister gesehn
Da hat er sie fast erkannt, nur waren die schwarz und still
Da wurden sie dann, weil die Wälder nicht ausreichten für
Särge

Zwischen vormals historischen Häusern aus dem Gesicht der
Welt gebrannt

Da fand er sich in eines Tages dröhnender Stille
Noch einmal heil in dem zerschossenen Mantel stehn

2

Da hat er die Stadt von sich getan, das schmutzige Laken
Da hob er sich auf vom zerfallenen Lager bei Nacht: da
Löste der Fuss sich aus Trümmern, das Auge aus Finsternissen
Da wuchs die neue schnell um ihn, doch schneller war jene
vergessen

Da hat er getan, als ob sich noch leben liesse, gelegentlich

DEL VIVIR DE CUALQUIER MANERA

1

Un hombre fue al correo junto a una mujer
de pronto el remolino del fuego arrancó a la mujer por el aire
la mujer estaba a su lado y de pronto ya no estaba
la gente se precipitó despavorida por el mercado viejo en
[una piscina

estar en el agua esta noche, allí se cocinaron
allí están los que pudieron desenterrarse de los sótanos
nadando en negro aluvión sobre rojas calles
allí yacieron mucho más tarde fríos sobre el asfalto enfriado
allí, al fin, el quinto día, vio él a los hermanos
y casi los reconoció, sólo que estaban negros y quietos
y luego, como los bosques no alcanzaban para ataúdes,
fueron quemados, eliminados de la faz de la tierra, entre
[casas otrora históricas
y él, un día de resonante silencio,
volvió a hallarse a salvo en el abrigo baleado.

2

Apartó de sí la ciudad, la sucia sábana
se levantó de noche del campamento derruido:
el pie se desligó de escombros, el ojo de oscuridades
y creció rápido a su alrededor la nueva,
pero esta fue más rápidamente olvidada
entonces fingió que aún se podía vivir, ocasionalmente

Da hat er mal wieder richtig irgendwie zu leben begonnen
im Licht
Da hat er Pflaumen gespeist und Worte mit richtigen Buch-
staben gesagt
Musiken losgelassen, auf Porzellanbecken gesessen über der
Welt
Irgendwas produziert für irgendwen, da liess er
Laufen was lief: da gab er
Dem Licht die Blösse, da war er da
Da waren die Himmel noch nicht bereit gemacht für die Glut
Da waren die Städte noch nicht bereit gemacht für die Ruinen
Da hat er seinen Leib bereit gemacht zum Ausbrennen aus
der Welt.

y empezó a vivir de nuevo de alguna manera en la luz
comió ciruelas y dijo palabras con letras correctas
desató músicas, se sentó sobre fuentes de porcelana
produjo una cosa cualquiera sobre el mundo para alguien
cualquiera, dejó
que corriese lo que corre: dio
a la luz la desnudez, estuvo allí
los cielos no estaban preparados para el ardor
las ciudades no estaban preparadas para las ruinas
y preparó su cuerpo para quemarse y desaparecer del mundo.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

E H E

Wir haben Kinder, das zählt bis zwei.
Meistens gehen wir in verschiedene Filme.
Vom Auseinanderleben sprechen die Freunde.
Doch meine und Deine Interessen
berühren sich immer noch
an immer den gleichen Stellen.
Nicht nur die Frage nach den Manschettenknöpfen.
Auch Dienstleistungen:
Halt mal den Spiegel.
Glühbirnen auswechseln.
Etwas abholen.
Oder Gespräche, bis alles besprochen ist.
Zwei Sender, die manchmal gleichzeitig
auf Empfang gestellt sind.
Soll ich abschalten?
Erschöpfung lügt Harmonie.
Was sind wir uns schuldig? Das.
Ich mag das nicht: Deine Haare im Klo.
Aber nach elf Jahren noch Spass an der Sache.
Ein Fleisch sein bei schwankenden Preisen.
Wir denken sparsam in Kleingeld.
Im Dunkeln glaubst Du mir alles.
Aufribbeln und Neustricken.
Gedehnte Vorsicht.
Dankeschönsagen.

MATRIMONIO

Tenemos niños en número de dos.
Generalmente vamos a distintas películas.
Del vivir separados conversan los amigos.
 Pero mis intereses y los suyos
 todavía se tocan
 siempre en los mismos sitios.
No sólo el problema de los gemelos para puños.
También los asuntos del servicio:
 Sostén el espejo.
 Cambiar las lamparillas.
 Ir a buscar algo.
 O conversar hasta que todo se haya conversado.
Dos emisoras que al mismo tiempo a veces
son colocadas en recepción.
¿Debo desconectar?
 Agotamiento finge armonía.
 ¿Qué nos debemos? Eso.
 Algo de que no gusto: tu pelo en el inodoro.
Pero tras once años aún bromas sobre el caso.
Ser una carne a fluctuantes precios.
Económicamente pensamos en centavos.
En la oscuridad me lo crees todo.
Cardar y retejer.
Dilatada precaución.
Dar las muchas gracias.

Nimm Dich zusammen.
Dein Rasen vor unserm Haus.
Jetzt bist Du wieder ironisch.
Lach doch darüber.
Hau doch ab, wenn Du kannst.
Unser Hass ist witterungsbeständig.
Doch manchmal, zerstreut, sind wir zärtlich.
Die Zeugnisse der Kinder
müssen unterschrieben werden.
Wir setzen uns von der Steuer ab.
Erst übermorgen ist Schluss.
Du. Ja Du. Rauch nicht so viel.

Repórtate.
Tu césped frente a nuestra casa.
Ahora estás nuevamente irónico.
Ríete del asunto.
Pero lárgate, si puedes.
Nuestro odio es estable como el tiempo.
Mas distraídos, algunas veces, somos tiernos.
Hay que firmar
los certificados de los niños.
Nos evadimos del impuesto.
Sólo pasado mañana es término.
Tú. Sí, tú. No fumes tanto.

ADVENT

Wenn Onkel Dagobert wieder die Trompeten vertauscht
und wir katalytisches Jericho mit Bauklötzen spielen,
weil das Patt der Eltern
oder das Auseinanderrücken im Krisenfall
den begrenzten Krieg,
also die Schwelle vom Schlafzimmer zur Eskalation,
weil Weihnachten vor der Tür steht,
nicht überschreiten will,

wenn Onkel Dagobert wieder was Neues,
die Knusper – Kneisschen – Maschine
und ähnliche Mehrzweckwaffen Peng! auf den Markt
wirft,

bis eine Stunde später Rickeracke ... Puff ... Plops!
der konventionelle, im Kinderzimmer lokalisierte Krieg
sich unorthodox hochschaukelt
und die Eltern,

weil die Weihnachtseinkäufe
nur begrenzte Entspannung erlauben
und Tick, Track und Trick, –
das sind Donald Ducks Neffen, –
wegen nichts Schild und Schwert vertauscht haben,
ihre gegenseitige, zweite und abgestufte,
ihre erweiterte Abschreckung aufgeben
und minimal flüstern und Bitteschön sagen,

wenn Onkel Dagobert wieder mal mit den Panzerknackern
und uns, wenn wir brav sind, doomsday spielt,

ADVIENTO

Cuando tío Dagoberto de nuevo cambia las trompetas
y nosotros armamos con tacos de construir
una catalítica Jericó,
porque la posición de los padres
o la tregua de casos de emergencia
no quiere sobrepasar los términos de la lucha,
o sea pasar del dormitorio al asalto,
dado que a nuestras puertas está la Navidad,
cuando tío Dagoberto nuevamente algo nuevo:
golosinas, pequeñas maquinarias
y parecidos armamentos lanza al mercado,
hasta que una hora después... ¡puff... plop!
la guerra convencional,
localizada en el cuarto de los niños,
oscila en alto grado en forma no ortodoxa
y los padres,
puesto que las compras navideñas
permiten un limitado esparcimiento
y Tick, Track y Trick —
o sea los sobrinos del pato Donald—
por una nada cambian espada y rodela,
abandonan su recíproca, reiterada y graduada,
prolongada intimidación,
y por lo bajo cuchichean y dan excusas,
cuando tío Dagoberto otra vez con su pinza blindada
y con nosotros, si nos portamos bien, juega al Juicio Final

weil wir alles vom Teller wegessen müssen,
weil die Kinder in Indien Hunger haben
und weniger Spielzeug und ABC-Waffen,
die unsere tägliche Vorwärtsverteidigung
vom Wohnzimmer bis in die Hausbar tragen,
in die unsere Eltern das schöne Kindergeld stecken,
bis sie über dreckige Sachen lachen,
kontrolliert explodieren
und sich eigenhändig.
wie wir unseren zerlegbaren Heuler,
zusammensetzen können,
wenn ich mal gross und nur halb so reich
wie Onkel Dagobert bin,
werde ich alle Eltern, die überall rumstehen
und von Kinder anschaffen und Kinder abschaffen reden,
mit einem richtigen spasmischen Krieg überziehen
und mit Trick, Track und Tick, –
das sind die Neffen von Donald Duck, –
eine Familie planen,
wo böß lieb und lieb böß ist
und wir mit Vierradantrieb in einem Land-Rover
voller doll absoluter Lenkwaffen
zur Schule dürfen,
damit wir den ersten Schlag führen können;
denn Onkel Dagobert sagt immer wieder:
Die minimale Abschreckung hat uns bis heute, –
und Heiligabend rückt immer näher, –
keinen Entenschritt weiter gebracht.

porque tenemos que comer todo lo que nos han servido,
ya que los niños en la India tienen hambre
y muy pocos juguetes y armas elementales
que nuestra diaria ofensiva llevan
desde los cuartos hasta la despensa,
donde los padres guardan el dinero de los niños,
hasta que ríen de obscenidades
y controladamente estallan
y por sí mismos pueden,
como hacemos nosotros con nuestro timbre desarmado,
juntarse nuevamente,

cuando yo sea grande y la mitad de rico
que mi tío Dagoberto,
declararé una justa espásmica guerra
a todos los padres que por doquier
charlan de hacer niños y de eliminar niños,
y con Trick, Track y Tick —
los sobrinos del pato Donald —
organizaré una familia
donde sea todo malignamente lindo
y lindamente maligno
y podamos ir a la escuela
con vehículos de cuatro ruedas
llenos de armas dirigidas,
para poder asestar el primer golpe;
pues tío Dagoberto siempre repite:
la intimidación mínima, hasta hoy —
y la Nochebuena ya está más cerca —
no nos ha hecho adelantar ni un tranco de pato.

(Trad. Norberto Silvetti Paz.)

OLMÜTZ 1942-1945

vom bischofsberg die haube –
verwest denn hier kein stein?
das kind spielt in der laube
– ein wappenbild mit taube –
das kind spielt: ich bin klein.

die mutter springt ins feuer
die gasse stülpt sich um –
ein bischof im gemäuer
speist säulenungeheuer –
das kind spielt: ich bin dumm.

der vater bannt das wasser
der sprungreif bricht entzwei –
ein schwarzer aderlasser
versammelt tausend hasser –
das kind denkt zweierlei:

es denkt: die wassergasse
der fluss erstarrt zu stein
und eine winterblase
prinzessin taucht hinein.

es denkt: die flüchterflüche
nun wandert auch das haus.

OLMÜTZ 1942-1945

de la capucha del monte del obispo—
¿no se pudre aquí ninguna piedra?
el niño juega en la glorieta
—un emblema con paloma—
el niño juega: yo soy pequeño.

la madre salta al fuego
la calle se vuelca—
un obispo en la muralla
come monstruos de columna—
el niño juega: yo soy tonto.

el padre proscribire el agua
el arco se parte en dos—
un negro sangrador
reúne mil odiadores—
el niño piensa dos cosas

piensa: la calle de agua
el río se petrifica
y una invernalmente pálida
princesa se sumerge en ella.

piensa: las maldiciones de los que huyen
ahora emigra también la casa.

der zaubrer in der küche
spült jedes lächeln aus.

vom bischofsberg der segen –
kein bild wird jetzt gemalt.
wir wollen die puppen in gräber legen
und unsern knochenmann freundlich pflegen –
das kind spielt: ich bin alt.

el mago en la cocina
expele cada sonrisa.

la bendición del monte del obispo—
ya no se pinta ningún cuadro.
pondremos en fosas las muñecas
y cuidaremos amistosamente a nuestro hombre de huesos—
el niño juega: yo soy viejo.

(Trad. Carlos F. Grieben.)

A PROPÓSITO DE OLMÜTZ

1942 - 1945

Querido doctor M.

Voy a escudarme en una frase de Moritz Heimann, tan apreciado por Ud. como por mí, para que nadie me reproche que se habla demasiado de mí y muy poco del poema que en unas pocas líneas le planteó enigmas. Heimann escribe lo siguiente al principio de su trabajo sobre Ibsen: "Si está permitido que hable sobre mí mismo —en este caso hasta resulta indispensable"... Con lo cual quiero confiarme a la fuerza de esta frase, al seguir las líneas de mi poema, que lo mismo pudo llamarse "Infancia" que "Olmütz" —mi infancia: desde luego, revela también otros pasados, no sólo el mío, y por eso lo escribí, a pesar de que el color que clamaba era solamente el propio.

Olmütz es una vieja ciudad: dos plazas, que se intercomunican, Columnas de la Peste góticas con flagelantes de piedra en el medio y, en la gran plaza, ordenando el espacio a su alrededor, la Municipalidad con su reloj artístico. Cuando, al sonar las horas, se ponía en movimiento su maquinaria, haciendo surgir de las portezuelas, hasta ese momento cerradas, al Hombre de la Guadaña, a la Riqueza con sus mejillas gordas y a otras figuras de parábola, mucha gente, allá abajo en la plaza, estiraba el cuello, y entre esa gente había niños a quienes se dijo en la escuela que el creador del reloj había sido proscrito y cegado por impío. No lejos de allí se alineaban los *palazzi* del arzobispo; cuando éste salía a la calle, la gente se inclinaba a su paso. Los domingos la multitud subía al duomo erigido sobre una roca al borde de la ciudad; acaso —no lo sé—, al igual que en la iglesia de San Vito de Praga, Peter Parker haya trazado aquí el plano de igual manera. Tiempo atrás se decía que había un monasterio adosado a la iglesia, un edificio encalado de estilo barroco, con un tejado en forma

de capucha erguido como un tallo; también había un crucero, donde se exponía el facsímil de una carta de Mozart, dentro de una cajita ovalada de madera: el pequeño Wolfgang Amadeus contrajo aquí la viruela, fue albergado por el obispo y cuidado en el palacio. La carta de agradecimiento vino de Viena.

La ciudad estaba rodeada de murallas, una fortaleza en la cual se había sellado una paz famosa, y la piedra era tallada; algunas de las murallas habían resistido al afán de paz, y allí se podía jugar maravillosamente al vigilante y ladrón, o los jóvenes trepaban por la roca hasta alcanzar el antepecho de los muros. Era la guerra. Primero, las gloriolas de los triunfos iniciales; luego, el tronar cada vez más próximo de las bombas y cañones, marchas y antorchas. Conversaciones de los padres, escuchadas a medio despertar, el padre se ponía el uniforme, el muchacho empezaba a rondar en derredor y también se ponía un uniforme, la madre callaba, y su ira era como la de una gran gata: estallaba inesperada en medio de los juegos.

¿Cómo poner esto en un poema?: los juegos, la ciudad, los sueños, la ceniza de todos los sueños. El primer impulso lo dio una fotografía que cayó en mis manos mientras trabajaba, y me sobrecogió: reproducía la montaña del duomo de Olmütz. Allí se veía lo que podía ser escrito. Así se conjuró todo de antemano; el tejado de la construcción barroca brilló en el recuerdo, como una señal pronta a la exclamación: "de la capucha del monte del obispo"—. La imagen se concretó en alocución, y a ello siguió de inmediato un asombro ante el presente que irrumpía en el acto de memorizar: "¿no se pudre aquí ninguna piedra?"

Él siempre recoge, aparentemente, al pasado en sus redes, y aquel que lanza la exclamación se reconoce en medio de la imagen: "el niño juega en la glorieta". Todo vuelve a amenazar con petrificarse, desde luego, en un bello signo heráldico: "un emblema con paloma..." El refrán entra como comentador del desarrollo del tiempo: "el niño juega: yo soy pequeño."

Era 1942 y el frente estaba aún lejos; el niño, al acecho, expectante, se sentía desconcertado y el nombre de Stalingrado penetró como una flecha en llamas en la espera. El mundo se transformó, la seguridad comenzó a resquebrajarse y los muros de la casa infantil temblaron. Fantasma angustiosos se deslizaron en los sueños; se volvió a hablar de triunfo: el juego comenzó. El suelo firme se rajó, se abrieron hondas grietas de donde

brotaba un fuego infernal, del que no escapó el niño. Ni tampoco los padres: "la madre salta al fuego"—. El entorno familiar se distorsiona: "la calle se vuelca"—.

El obispo, admirado, lejano en sus palacios, se convierte en lúgubre realidad, alterna con demonios cuya figura no se atreve el niño a delinear con más exactitud: "el obispo en la muralla / come monstruos de columna".

¿Qué hacer? Los niños conocen una respuesta que, por momentos, tampoco los grandes rehuyen, el refugiarse en la ignorancia: "el niño juega: yo soy tonto".

El tiempo arrastra consigo; los días se precipitan en el incendio voraz, sólo el padre puede tener aún poder mágico y "proscribir las aguas", pero las luces del juego se apagan, el círculo mágico ya no aprisiona, y aquel arco multicolor que el muchacho había proyectado sobre el empedrado hacia la lejanía sin fin, el arco se parte en dos.

El juego ha terminado.

En esta parte del poema me hizo Ud. una pregunta. Calificó Ud. de metáfora lograda aunque incomprensible la expresión "negro sangrador". Esto me asombró, porque precisamente en ese pasaje estaba yo seguro de haber encontrado una expresión exacta para la funesta seriedad que destruyó todos los sueños. La imagen ha surgido de un motivo real. Rodeado de centenares de coetáneos, y animado por el fuego que lamía los pilones, el muchacho aguardaba al orador a quien pudieran prestar juramento en coro. El orador llegó, de uniforme negro. Su voz estalló sobre la plaza, estridente, aturdió las cabezas de los niños, y sacó a relucir el odio, el odio al prójimo, a los "enemigos". ¿Acaso no era un sangrador que reunía a los odiadores? Eso ocurrió y lo testimonia la metáfora. El niño, así transformado e influido, se pone a pensar, mientras corre el tiempo y la guerra se acerca. Piensa primero en la calle donde estuvo su casa, en la "calle de agua", que se llamaba exactamente así —no es ningún invento de palabras—, porque esa calle corría a lo largo de un brazo del March, enmarcada entre dos pequeños muros de ladrillo y oculta por castaños. Y el niño sigue pensando en las leyendas que han terminado, en el río que ya no fluye: "piensa: la calle de agua / el río se petrifica / y una invernalmente pálida / princesa se sumerge en ellas".

El pasado se petrifica. El presente es el fuego que se precipita del cielo, la huida. Todos abandonan su lugar. Las maldiciones de los que huyen ("flüchterflüche") nombran un futuro que ya no significa nada.

Hasta la casa emigra, y en la cocina, donde antes solía estar la madre, se alberga un mago que rechaza, "expele", la última sonrisa.

La estrofa final trata de captar la precipitación en el recuerdo, comenzando como la primera estrofa, con un conjuro y llamando a la bendición desde el monte del obispo. La respuesta —es en 1945— dice todo lo que se perdió: ya no se pinta ningún cuadro, puesto que los cuadros son desplazados por realidades que no pueden plasmarse.

De pronto, varía la métrica (hasta aquí, los versos habían transcurrido en monótonos yambos), y cae en un áspero paso de danza, el ritmo de la Danza de la Muerte. El juego ha terminado, definitivamente. Se ha ganado a la muerte para un juego nuevo y terrible: "pondremos en fosas las muñecas/ y cuidaremos amistosamente a nuestro hombre de huesos." Ahora sabe el niño adónde lo ha arrastrado la corriente del tiempo, y juega, ciego de sal de lágrimas: "yo soy viejo".

El poema no pretende narrar. Quiere sintetizar y enfardar el tiempo en un espejo ustorio. Este tiempo ha jugado con muchos. Estos juegos, estas casas han abandonado a muchos. El poema pretende ser como un emblema que arde y del cual puedan todos leer el perfil de esa época. Claro que el poema lo ha escrito uno mismo, uno a quien invadió el recuerdo y lo dejó aterrado, y se deslizó de ese recuerdo y lo desterró al redactar estas líneas. Podrá Ud. comprender que leo las aclaraciones con disgusto, pues llenan las entrelíneas que debieran hablar por sí mismas. Le deseo a Ud. y me deseo a mí que esta carta mía le haya sido útil.

P. H.

(Esta carta fue dirigida al "Stutgarte Zeitung", que la publicó el 10 de diciembre de 1960).

(Trad. Carlos F. Grieben.)

RECEIVED

AUTORES INCLUIDOS EN ESTE VOLUMEN

THEODOR W. ADORNO (Frankfurt, 1903). Profesor titular de filosofía y sociología, y director del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Johann Wolfgang Goethe, en Frankfurt. Autor, entre otras obras, de *Kierkegaard*; *Filosofía de la nueva música*; *Minima moralia*; *Contribución a la metacrítica de la Teoría del Conocimiento*; *Notas sobre Literatura I y II*; *Dialéctica de la Aclaración*.

ALFRED ANDERSCH (Munich, 1914). Reside en Berzona, Tessin.

ERNEST AUGUSTIN (Hirschberg, los Montes de Silesia, 1927). Después de la guerra, estudió medicina: ejerció la profesión de médico en Alemania, en Quetta (Pakistán) y en Afganistán, donde construyó y dirigió un hospital. Allí, aislado en un paisaje lunar de arena y rocas, comenzó la novela *La cabeza*, publicada en 1962. Un año después publicó su segunda novela, *La casa de baños*. Ahora es médico en Munich.

INGEBORG BACHMANN (Austria, 1926). Doctora en filosofía. En 1952, lee sus poemas ante el "Grupo 47" (fundado por Hans Werner Richter, Alfred Andersch y otros jóvenes poetas anti-

conformistas). Su primer volumen de poemas, *Tiempo aplazado*, aparece en 1953. El segundo, *Invocación a la Osa Mayor*, en 1956. Ha vivido en Italia (donde ha escrito piezas radioteatrales), en Munich, como asesora literaria de la televisión, en Zürich. Autora de libretos para espectáculos musicales, crítica y ensayista. En 1961 recibió el Premio de los críticos berlineses por su libro *El trigésimo año* y en 1964 el premio de la Academia de Lengua y Poesía, de Darmstadt.

JÜRGEN BECKER (Colonia, 1932). En 1960, en colaboración con Wolf Vostell, publica el tomo *Fases, textos y tipogramas*. En 1962 aparecen *Campos 1-33* en los *Presagios*, presentados por Hans Magnus Enzensberger.

HANS BENDER (Mülhausen, pueblo al sur de Heidelberg, 1919). Soldado a comienzos de la guerra; a su vuelta del cautiverio en Rusia, en 1949, estudió en Munich y en Heidelberg. Al mismo tiempo comenzó a escribir: poesías, cuentos, novelas. Hasta 1954 editó la revista *Konturen*; desde 1956 dirigió la serie antológica *Junge Lyrik* y junto con Walter Höllerer editó la revista poética *Akzente*. En la actualidad es secretario de redacción de la

revista *Magnum*. Obras: *Una cosa como el amor*, novela (1954), *Lobos y palomas*, cuentos (1957), *Dieta anhelada*, novela (1959), *Con el barco-correo*, cuentos (1962), *Contrapartida lírica alemana desde 1945*, editor (1963).

HORST BIENEK (Polonia, 1930). Detenido en 1951 por razones políticas y condenado a 25 años de presidio. Minero en Rusia durante cuatro años. En Alemania desde 1955. Beca Villa Massimo, Roma, 1960. Editor de la revista "blätter+bilder" ("hojas+imágenes"). Autor del *Libro de sueños de un prisionero* (1957), *Nocturnos* (1959), *Conversaciones con escritores en su taller* (1962), *Lo que era lo que es* (1966), tomo de poesías.

JOHANNES BOBROWSKY (1917-1966). Obras: *Tiempo de los Sármatas* (1961); *Ríos del país de las sombras* (1962); *El molino de Levin* (1964).

HEINRICH BÖLL (1917) Librero, soldado hasta 1945. Siete novelas, piezas radiofónicas, cuentos.

ELISABETH BORCHERS (1926). *Poesías*, 1961.

VOLKER BRAUN (Dresden, 1939). Tipógrafo, obrero en construcciones subterráneas, maquinista. Desde 1960, estudia filosofía en Leipzig. El *Berliner Ensemble* presentó su obra teatral *Historia del falsificador Paul Bauch*. En 1965 publicó su primer tomo de poemas, *Provocación para mí*.

HANS CHRISTOPH BUCH (Wetzlar, Lahn, 1944). Alterna su dedicación a la literatura con su afición al jazz. Ha reunido sus obras en prosa en el tomo *Presagio 2*, 1963.

ELÍAS CANETTI (Bulgaria, 1905). Vivió en Viena y en Frankfurt. En 1938 emigró a Inglaterra, donde sigue viviendo. Autor de *Fascinación*, publicado en Alemania, Francia y E.E.U.U.; *Masas y poder* (1960) y *Tres dramas* (1964).

PAUL CELAN (1920). Vive en París desde 1948. Libros de poemas: *La arena de las urnas* (1948); *Amapola y recuerdo* (1952); *De umbral a umbral* (1955); *La rosa de nadie* (1963). Traducciones de poetas franceses y rusos.

HEINZ VON CRAMER (1904). Estudió música en Berlín con Boris Blacher. Además de desempeñarse como director en una radiodifusora y como autor de piezas radiofónicas, escribió entre otros los libretos para la ópera de Hans Werner Henze *El rey ciervo* y para la ópera-ballet de Boris Blacher *Cuento prusiano*. En 1959, premio Fontane por *La figura artística*.

HILDE DOMIN (1912). Doctor en Ciencias Políticas. Tomos de poesías: *Sólo una rosa para sostén*; *Regreso de los barcos* (1962); *Aquí* (1964).

GÜNTER EICH (1907). Premio del "Grupo 47", en 1950; Premio de Literatura de la Academia de Bellas Artes de Baviera, en 1961; Premio para piezas radiofónicas de los Ciegos de Guerra, en 1952; Premio Georg Büchner en 1959. Libros de versos: *Granjas apartadas*; *Mensajes de la lluvia*; *Para las actas*.

GISELA ELSNER (Nüremberg, 1937). Estudió filosofía, vive actualmente en Roma. Su novela *Los enanos gigantes* obtuvo en 1964 el premio Formentor.

HANS MAGNUS ENZENSBERGER (1929). Poesía: *Defensa de los lobos*; *Idioma Vernáculo*; *Escritura para ciegos*. Ensayos: *Detalles*; *Política y crimen*. Premio de Literatura de los Críticos 1961/62; Premio Georg Büchner, en 1963.

JÜRG FEDERSPIEL (1931). Periodista y crítico cinematográfico. Autor de piezas radioteatrales. Su libro *Matanza en la luna* (1965), obtuvo el premio Georg Makkensen.

HUBERT FICHTE (1935). Desde 1962 vive en Hamburgo. Ha publicado un tomo de cuentos y dos novelas: *Orfelinato* (1965) y *La paleta* (1966). En 1963 recibió una beca de la editorial Hoffmanns & Campe.

ERICH FRIED (Viena, 1921). Emigró en 1938 y desde entonces vive en Inglaterra. Allí fue sucesivamente peón, bibliotecario, bioquímico en la industria lechera, vidriero. Desde 1949, su actividad es exclusivamente literaria. Es colaborador estable de la BBCC y de varias radiodifusoras alemanas. Ensayista, poeta, novelista, autor de obras radioteatrales y traductor de poetas ingleses. Sus últimos libros son: *Poemas de advertencia* (1964), *Reflexiones* (1965), *Niños y necios* (1965), *La estrella que les fue guía — Viejas canciones e himnos ingleses* (1966).

FRITZ RUDOLF FRIES (España, 1935). Vive desde 1942 en Alemania.

MAX FRISCH (Zürich, 1911). Vive en Berzona. Premio C. F. Meyer de la ciudad de Zürich en 1938, Premio Wilhelm Raabe en 1955, Premio Charles Veillon en 1958, Premio Büchner en 1958, Gran Premio de Arte de Nordrhein-Westfalia para Literatura en 1962, Premio

de la joven Generación en 1962, Premio de Literatura de la ciudad de Jerusalén en 1965, Premio Conmemoración de Schiller de la Provincia Baden Württemberg en 1965.

WALTER HELMUT FRITZ (1929). Libros de versos: *Ser cuidadoso* (1956); *Imagen y signo* (1958); *Años transformados* (1963).

GÜNTER BRUNO FUCHS (Berlín, 1928). A los 14 años, auxiliar en la aviación. A los 17 años, liberado del cautiverio en Bélgica. Abandona el oficio de albañil y asiste al curso nocturno en la Escuela Profesional de Artes Gráficas. Después, es payaso en un circo ambulante. En 1950 se traslada a Alemania Occidental. De nuevo albañil, después minero y obrero gráfico. Sus poemas y cuentos aparecen en varias revistas. Algunos de sus libros son: *Después del allanamiento de la casa*, poesías y grabados (1957); *Breviario de un tragaespadas* (1960); *Sueños de taberna del Sr. Eules Kreuzberger* (1966).

GERD GAISER (1908). Doctor en filosofía; durante la guerra, sirvió en la aviación. Cuentista y novelista.

GÜNTER GRASS (1927). Escritor, pintor, gráfico. Obras: *Tambor de hojalata*; *Años de perros*; *Gato y ratón*.

PETER HANDKE (1942). En 1966 apareció su primera novela, *Los azispones*. Su obra *La afrenta al público* se estrenó en Frankfurt en 1966.

PETER HÄRTLING (1933). Libros de versos: *Estaciones de Jamin* (1955); *Bajo la frente* (1958) y *Genio del juego* (1962). Novelas: *A la luz del cometa* (1959); *Niembsch o la parali-*

sación (1964); *Janek, retrato de un recuerdo* (1966).

ROLF HAUF (1935). *Camino a Kohlhasenbrück*, poesías, 1962.

HELMUT HEISSENBÜTTEL (1920). Poeta, ensayista, crítico. Vive en Stuttgart y es director de redacción en la Radioemisora de Alemania del Sur.

GÜNTER HERBURGER. Cuentos, poemas, piezas radioteatrales. *Un paisaje uniforme, novela* (1964); *Válvulas*, poesías (1966).

WOLFGANG HILDESHEIMER (Hamburgo, 1946). Premio de Literatura de Bremen, en 1956; Premio Georg Büchner, 1966. Prosa: *Leyendas despiadadas*; *El paraíso de los pájaros falsos*; *Anotaciones inútiles*; Dramas: *La conquista de la princesa Turandot*; *El atraso*; *Nocturno*. Es autor de muchas obras radiotelefónicas.

WALTER HÖLLERER (Sulzbach-Rosenberg, Baviera, 1929). Enseña literatura en la Universidad Técnica de Berlín. Es miembro de la Academia de Artes de Berlín, de la Academia Alemana de Lenguas y Poesía de Darmstadt, del Consejo Científico de la Biblioteca Germánica Judaica de Colonia, de la Comunità Europea degli Scrittori, Roma. Con Hans Bender, dirige desde 1954 la revista de poesía *Akzent*; con Kurt Mai (†), la serie *Literatur als Kunst*. Editó con Gregory Corso la antología *Junge amerikanische Lyrik* (1961). Su volumen de poemas *El otro invitado* apareció en 1953.

PETER HUCHEL (1903). En 1945 volvió del cautiverio soviético; hasta 1948, director artístico de la Radio Berlín. Hasta 1962, director de *Sinn und Form*.

Autor de dos tomos de poesías. Recibió muchos premios literarios, entre ellos el Premio Fontane, en 1955.

JOSEF W. JANKER (1922). En 1941 fue incorporado al ejército. Durante tres años permaneció en el frente oriental; en 1945 volvió enfermo del cautiverio. Premio Estímulo Literario de Alemania Oriental, en 1961. Obras: *Entre los fuegos* (1960); *Con la espalda contra la pared y otros cuentos* (1964).

WALTER JENS (1923). Es profesor de filología clásica en Tübingen. Narrador, ensayista, crítico, traductor de autores clásicos.

UWE JOHNSON (Pomerania, 1934). Vive en Berlín Oriental. Premio Fontane, de Berlín Occidental (1960), Premio Internacional de los Editores (1962). Libros: *Conjeturas sobre Jacob* (1962). *Karsch y otras prosas* (1964).

MARIE LUISE KASCHNITZ (Karlsruhe, 1901). Desde 1958, vive en Frankfurt. Coeditora de la revista *Die Wandlung*, de Heidelberg. Premio Georg Büchner, en 1957; Premio Immermann de Literatura en 1964; Premio del Círculo Cultural de la Liga Federal de la Industria Alemana. Autora de novelas (*Comienza el amor, Elissa*), libros de poemas (*Poesías*, 1947, *Nuevas Poesías*, 1958, *Tu silencio — Mi voz*, 1962, *Una palabra más*, 1965, *En todas partes nunca*, 1966), tomos de cuentos, ensayos y obras radioteatrales.

ALEXANDER KLUGE (1932). Estudió derecho e historia. Autor de *Biografías* (1961) y *Descripción de una ciudad* (1964).

BÁRBARA KÖNIG (Reichenberg, Bohemia del Norte, 1925). En 1944, detenida

por la Gestapo. En 1945 recobra la libertad y huye a Selb. Un premio otorgado por el *Mannheimer Morgen* la resolvió a dedicarse al periodismo. Ha dirigido la revista *Kontakt* en Alemania. Autora de las novelas *Grava* (1959) y *La persona-persona* (1965), que obtuvo el premio Charles Veillon.

KARL KROLOW (Hannover, 1915). Vive en Darmstadt. Premio George Büchner, en 1956. Sus publicaciones más importantes son los tomos de lírica. *Los signos del mundo* (1952); *Viento y Tiempo* (1954); *Cuerpos extraños* (1959); *Manos invisibles* (1962).

GÜNTER KUNERT (Berlín, 1929). Vive en Berlín Oriental. Durante la última guerra mundial, declarando "indigno de servir bajo las armas" por cuestiones raciales. Dibujante y pintor, discípulo de Brecht y Becher. Ha publicado: *Indicadores de caminos. Inscripciones murales* (1950), *Bajo este cielo* (1955), *Jornadas* (1961), *El buen cancionero* (1961), *Recuerdo de un planeta — 15 años de poesía* (1963), *Ensueños diurnos* (1964), *Pronóstico del tiempo* (1966).

SIEGFRIED LENZ (1926). Estudió en Hamburgo filosofía, filología inglesa, literatura. Después se dedicó al periodismo. Ha escrito hasta hoy cinco novelas, cuatro libros de cuentos y dos piezas para teatro.

REINHARD LETTAU (Erfurt, 1929). Estudió filosofía y literatura en Heidelberg y Harvard. Desde 1960, profesor adjunto en el Smith College, de Estados Unidos. En 1965, regresa a Alemania, donde es asesor de la editorial Carl Hanser. Autor de *Dificultades en la edificación*, cuentos (1962); *La*

aparición de Manig (1963), traducidos en Estados Unidos, Francia, Inglaterra e Italia

FRIEDERIKE MAYRÖCKER (1924). Sus primeros poemas aparecen en la revista austríaca *Plan*. Su primer libro es *Pamplinas* (1964). En 1966, *Muerte a través de las Musas*.

CHRISTOPH MECKEL (Berlín, 1935). Algunos de sus libros son: *Manto mágico* (1956); *Hotel para sonámbulos*, poesías (1958); *Sirenas de niebla*, poesías (1959); *En la tierra de los Umbrautas*, prosa (1961).

HANS ERICH NOSSACK (Hamburgo, 1961). Premio del Círculo Cultural de la Liga Federal de la Industria Alemana, en 1957; Premio Georg Büchner, en 1961; Premio Wilhelm Raabe, en 1963. Algunos de sus libros son: *Entrevista con la muerte*; *A más tardar en noviembre*; *Espiral*; *El hermano menor*; *Después del último levantamiento*; *Encuentro en la antesala*; *El Testamento de Lucius Eurinus*.

HEINZ PIONTEK (1925). Tomos de versos: *La marea alta* (1952); *Penacho de humo* (1953); *Marcas de agua* (1957); *Con una pluma de grulla* (1962).

CHRISTA REINIG (1926). En 1964, Premio de literatura de Bremen. Ha publicado sus trabajos en revistas y antologías. Dos volúmenes de edición limitada: *Las piedras de Finisterre*, poesías (1960); *La imagen de mi degeneración*, prosa (1961).

KLAUS ROELHER (1929). Desde 1963, vive en Berlín Occidental. Cuentos: *Triboll* (1956), en colaboración con Gisela Elsner; *La dignidad de la noche* (1958). Drama: *El griterío* (1956).

NELLY SACHS (Berlín, 1891). Premio de Literatura de la Liga Federal de la Industria Alemana, en 1959; Premio Droste de Meersburg, en 1960; Premio de la ciudad de Dortmund, en 1961, Premio de la Paz de los librerías alemanes, en 1965; Premio Nobel, en 1966. Libros: *Viaje hacia lo sin polvo*; *Adivinanzas candentes*; *Poemas tardíos*; *La que busca*.

ROBERT WOLFGANG SCHNELL (1916). Director de teatro, actor, *regisseur* en el Teatro alemán Berlín. Junto con Bruno Fuchs y Günter Anlauf fundó *Die Zinke*.

WOLFDIETRICH SCHNURRE (Frankfurt am Main, 1920). Durante seis años, soldado involuntario. Empieza a escribir en 1954. Vive en Berlín.

GÜNTER SEUREN. Cuentista, poeta, crítico literario y cinematográfico. *Piano de invierno para perros*, poesías.

FRANZ TUMLER (Bolzano, 1912). En 1956 recibió el Premio Charles Veillon por la novela *El paso al otro lado*. Obras principales: *Un castillo en Austria* (1953); *El paso al otro lado* (1956); *El sobretodo* (1959); *Control de una despedida* (1964).

MARTIN WALSER (1927). Premio del "Grupo 47", en 1957; Premio Hermann Hesse, en 1962; Premio Gerhart Haupt-

mann. Autor de *Un avión sobre la casa* (1955); *Matrimonios en Philippsburg* (1957); *Mediotiempo* (1960); *Historias de mentiras* (1964); *El unicornio* (1966). También es autor teatral.

PETER WEISS (1916). En 1934 emigró a Inglaterra. Luego estudió en la Academia de Arte de Praga y fue pintor en Suiza. Desde 1939, vive en Suiza. Collages, películas experimentales. Prosa: *La sombra del cuerpo del cochero*; *Micronovela*; *Despedida de los padres*; *Punto de huida*; *La conversación de los tres caminantes*. Drama: *Marat-Sade*.

DIETER WELLERSHOFF (1925). Dramaturgo y ensayista

WOLFGANG WEYRAUCH (Königsberg, Prusia Oriental, 1907). Actor en Münster y Bochum. Desde 1959, vive en Gauting, cerca de Munich.

ROR WOLF (Thüringen, 1932). Durante dos años, albañil en la República Federal alemana, después peón en Stuttgart. Estudió literatura, filosofía y sociología en Frankfurt y Hamburgo. Inicia sus publicaciones en 1957, en la revista estudiantil *Diskus* de Frankfurt. Su primer libro es *La continuación del informe*.

KARL-ALFRED WOLKEN. Vive en Stuttgart y en Roma. *Entrada a media voz*, poesía, 1960.

ÍNDICE

	Pág.
<i>Minima moralia</i> , por Theodor W. Adorno	3
<i>Los últimos del "Hombre negro"</i> , por Alfred Andersch	7
<i>De la infancia del profesor</i> , por Ernst Augustin	12
<i>Campos</i> , por Jürgen Becker	20
<i>Vuelven los lobos</i> , por Hans Bender	23
<i>El tirador de cosas</i> , por Heinrich Böll	29
<i>Cuento</i> , por Hans Christoph Buch	38
<i>Apuntes 1942-48</i> , por Elías Canetti	44
<i>Recuerdos de una persona olvidadiza</i> , por Heinz von Cramer	45
<i>El ejemplo</i> , por Gisela Elsner	54
<i>Las avispas</i> , por Jürg Federspiel	60
<i>En el establo</i> , por Hubert Fichte	71
<i>El camino a Oobliadoch</i> , por Fritz Rudolf Fries	84
<i>El judío de Andorra</i> , por Max Frisch	90
<i>La condesa de Silesia</i> , por Gerd Gaiser	92
<i>El transporte del hermano ahogado</i> , por Peter Handke	97
<i>Información vacilante</i> , por Helmut Heissenbüttel	102
<i>Tynset</i> , por Wolfgang Hildesheimer	104
<i>La antesala</i> , por Josef W. Janker	109
<i>Señor Maestro</i> , por Walter Jens	115
<i>Conjeturas sobre Jakob</i> , por Uwe Johnson	123
<i>La muerte de una conducta: el Consejero Criminal Scheliha</i> , por Alexander Kluge	128
<i>Juegos diurnos</i> , por Barbara König	138
<i>Ensueños</i> , por Günter Kunert	151
<i>El sexto cumpleaños</i> , por Siegfried Lenz	152
<i>Interview; La aparición de Manig</i> , por Reinhard Lettau	160
<i>El mojón</i> , por Hans Erich Nossack	16p

	Pág.
<i>Panorama cotidiano</i> , por Klaus Roehler	172
<i>La flauta de Muze; Tranvías y relojes cucú</i> , por Robert Wolfgang Schnell	175
<i>El suicidio</i> , por Wolfdietrich Schnurre	180
<i>Sobre la autopista</i> , por Franz Tumlér	185
<i>Bolzer, una vida de familia</i> , por Martín Walser	191
<i>La sombra del cuerpo del cochero</i> , por Peter Weiss	197
<i>Un hermoso día</i> , por Dieter Wellershoff	201
<i>Algo sucede</i> , por Wolfgang Weyrauch	206
<i>Continuación del informe</i> , por Ror Wolf	216
<i>Invocación a la Osa Mayor; Mi pájaro; Posesión de la tierra</i> , por Ingeborg Bachmann	221
<i>Los sábados; Los domingos</i> , por Rolf Haufs	231
<i>Chagall</i> , por Elisabeth Borchers	233
<i>Yo puedo condenar al mío</i> , por Günter Herburger	235
<i>Piano de invierno para perros; Mi ciudad en la hierba</i> , por Günter Seuren	241
<i>Porque logres lo difícil; Yacía sin especial esfuerzo sobre el borde del camino</i> , por Walter Höllerer	249
<i>Canción del rey de los tiradores; Carreta</i> , por Günter Bruno Fuchs	253
<i>El regreso</i> , por Erich Fried	257
<i>Reunión</i> , por Horst Bienek	259
<i>"Tu nel tuo letto"; El amargo Browning o la acumulación de cesuras negras</i> , por Friederike Mayröcker	261
<i>Fin de la audiencia; Saludo desde Roma</i> , por Peter Rühmkorf	269
<i>A Nelly Sachs; Negativa</i> , por Johannes Bobrowski	277
<i>En el cementerio judío de Worms; Hombre de edad mediana</i> , por Walter Helmut Fritz	283
<i>Los precavidos; La abandonada</i> , por Heinz Piontek	287
<i>Cuernos de caza; Invierno de los niños</i> , por Karl Alfred Wolken	285
<i>Zoon Politikon</i> , por Marie Luise Kaschnitz	301
<i>En cualquier momento; Noche</i> , por Hilde Domin	315
<i>El enemigo; El pájaro</i> , por Christoph Meckel	319
<i>Avenidas; Salmo</i> , por Peter Huchel	323
<i>Robinson; En el pasamanos; ¡Apartaos!; Mi posesión</i> , por Christa Reinig	326
<i>Radix, Matrix; Siberiano</i> , por Paul Celan	337
<i>Idioma vernáculo</i> , por Hans Magnus Enzensberger	345

	Pág.
<i>Ante un paisaje; Palabras; Lluvia</i> , por Karl Krolow	357
<i>Coro de los salvados; Blancas serpientes. Qué tinieblas</i> , por Nelly Sachs	363
<i>Inventario; Los hermanos Grimm; Camino ribereño; Viajando lejos</i> , por Günter Eich	371
<i>Pretensión; Del vivir de cualquier manera</i> , por Volker Braun	381
<i>Matrimonio; Adviento</i> , por Günter Grass	389
<i>Olmütz 1942-1945</i> , por Peter Härtling	397
Autores incluidos en este volumen	405

ERRATAS ADVERTIDAS

	<i>Dice</i>	<i>Debe decir</i>
Pág. 44, línea 2:	mismo	mismos
Pág. 80, línea 14:	ño	no
Pág. 80, línea 19:	quiera	quiere
Pág. 85, línea 1:	occidentles	occidentales
Pág. 112, línea 23:	considera	considero
Pág. 191, línea 22:	archinanciana	archianciana

Este número 308-
309 y 310 de SUR
terminóse de impri-
mir el 21 de mayo,
de mil novecientos sesenta
y ocho, en la Imprenta
López, Perú 666,
Buenos Aires,
República
Argen-
tina.

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial y sin mencionar su procedencia.

La revista no se responsabiliza por las colaboraciones que se le envíen, ni mantiene correspondencia sobre ellas.

Los autores a quienes no se les avise en un período de cuatro meses que sus trabajos han sido aceptados pueden pasar a retirarlos en la Redacción, calle Viamonte 494, 8º, de 16 a 18, donde quedan a su disposición durante un año. Posteriormente serán destruidos.

Los trabajos acompañados de un sobre franqueado serán remitidos a los autores.

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 246.807

Título de marca Nº 229.356

LIBRERÍAS RECOMENDADAS

Nos especializamos en libros de
ADMINISTRACION DE
EMPRESAS
ECONOMIA
PSICOLOGIA

Solicite su pedido por carta

**BOOK'S INTERNATIONAL
S.A.C.I.F.**

Editorial - Librería - Exportación
Importación

Talcahuano 487 T. E. 35-8918
BUENOS AIRES

Los libros que importan en

Librería

JORGE ALVAREZ

* * *

TALCAHUANO 485 Tel. 35-6875
BUENOS AIRES

Librería

Nueva Visión

especializada en artes visuales
y ciencias sociales.

libros de procedencia nacional
y extranjeros
(en todos los idiomas)

Viamonte 500 esq. S. Martín

NOVEDADES LITERARIAS
NOUVEAUTÉS FRANCAISES
LIBROS DE ARTE
SUSCRIPCIONES

REVISTAS EXTRANJERAS
ENCUADERNACIONES
ARTICULOS DE PAPELERIA
LIBRERIA

"SARMIENTO"

LIBERTAD 1214-20
T. E. 41-4792-9500

**SIEMPRE ULTIMAS NOVEDADES
EN LIBROS FRANCESES**



REVISTAS - DIARIOS
PUBLICACIONES
PERIODICAS
EN FRANCES

LIBRERIA L'ALLIANCE

CORDOBA 936 Tel. 392-6497 Bs. As.

**LA LIBRERÍA DE
UNA GRAN CIUDAD**

ATLÁNTIDA

FLORIDA 643

**SIEMPRE CON LAS ÚLTIMAS
NOVEDADES**

GALERÍAS DE ARTE



GALERÍA BONINO

OSCAR CURTINO

Pinturas

Maipú 962, Buenos Aires

Barata Ribeiro 578, Río de Janeiro

7 West 57th St., New York

JORACI

Galería de Arte
Editorial

Obras de:

GAMBARTES

DUCMELIO

BRUZZONE

LUSNICH y otros

Láminas de artistas argentinos,
firmadas y numeradas.

Florida 681 y en Mar del Plata
San Martín y Corrientes

RIOBOÓ-NUEVA

GALERÍA DE ARTE

FLORIDA 948

Teléfono 3 - 544

**GALERÍA
VAN RIEL**

FLORIDA 659

T. E. 31 - 05

BUENOS AIRES

**GALERIA
GUERNICA**

**PINTURA NACIONAL
Y EXTRANJERA**

ARTE POPULAR AMERICANO

LA RUCHE

GALERIA DE ARTE

MAIPÚ 400 - 1ER. PISO

BUENOS AIRES

FLORIDA 947



SABANAS

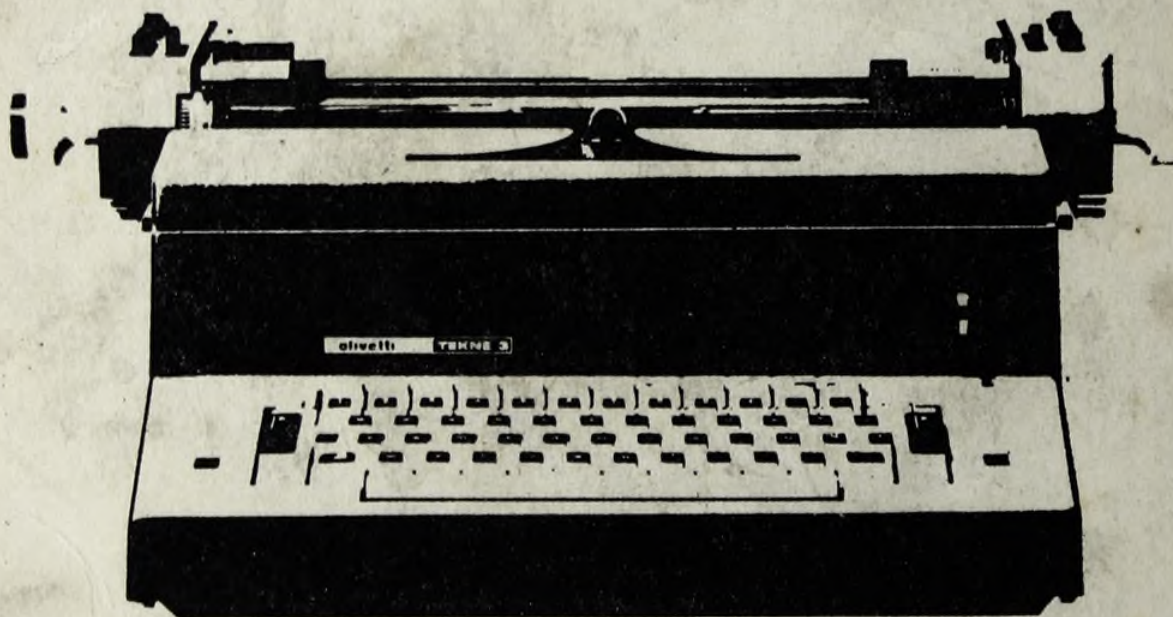
Grafa

Lo mejor está en el orillo





OLIVETTI TEKNE 3



UNA CONTRIBUCION UNICA A LA MODERNIZACION Y EFICIENCIA EMPRESARIA

Miren bien la Tekne. Es un placer. Tiene hermoso y sólido perfil. Un hermoso diseño. Pero mirar no es suficiente para revelar el ingenioso mecanismo que eliminó la vibración que produce la acción ultraveloz de impresión (más de 28 golpes por segundo) para suprimir el aglomeramiento de las letras. Tekne 3 traduce las órdenes del dactilógrafo —obedeciendo al cerebro, no al músculo— convirtiéndolas en páginas claras, consistentes, para cartas, stenciles, originales y montones de copias carbónicas. Es preciso que Ud. la pruebe para descubrir todo eso. Olivetti vende un total de U\$S 422.500.000. Tiene 51.600 empleados; fábricas en nueve países, subsidiarias en veintiseis. fabrica el 22% de las máquinas del mundo y el 32% de las máquinas de ca goza de una excelente reputación por su estilo y calidad. A través de una red o tes y filiales, Olivetti está en condiciones de ofrecer un servicio de primera en mundo que va desde las más corrientes máquinas de oficina, hasta las eléctrica dard, semi-standard y máquinas portátiles, máquinas de sumar, de calcular, miento de datos y equipos transmisores.

OLIVETTI ARGENTINA



H0008102

S1CJ.15.1.2

Precio: \$ 422.500.-m/arg.